

Jaime Quezada

# BENDITA MI LENGUA SEA

— Diario íntimo de Gabriela Mistral —



Biblioteca del Bicentenario  
*Planeta / Ariel*

JAIME QUEZADA (1942), es poeta, ensayista y crítico literario. Ha publicado media docena de libros de poesía, y es un estudioso e investigador de la producción poética chilena, en particular de la obra de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Jorge Teillier, en ediciones críticas, libros antológicos, compilaciones cronológicas y textos ensayísticos varios.

Es autor, además, de *Un viaje por Solentiname* (Santiago, 1987), *Poesía joven de Chile* (México, 1973), *Gabriela Mistral: Escritos políticos* (Santiago-México, 1994), *25 años de literatura chilena: 1970-1995* (Santiago, 1997), *Ernesto Cardenal: Poesía reunida* (Santiago, 2002).

Invitado por universidades, organismos internacionales e instituciones culturales, ha viajado por América Latina, Estados Unidos y Europa.

En *Bendita mi lengua sea*, organizado como "Diario íntimo de Gabriela Mistral", se recrean

*Bendita mi lengua sea*

DIARIO ÍNTIMO DE GABRIELA MISTRAL

(1905 – 1956)

JAIME QUEZADA

*Bendita mi lengua sea*

DIARIO ÍNTIMO DE GABRIELA MISTRAL

(1905 – 1956)

Planeta/Ariel





Este libro corresponde al volumen XXXII de la Biblioteca del Bicentenario

© Jaime Quezada

Inscripción N° 126.296 (2002)

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Santa Lucía 360, 7° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-293-0

Diseño general: Patricio Andrade

Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: julio de 2002

Impreso en Chile por

Imprenta Salesianos

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

## ORDEN DEL LIBRO

Voto	9
Referencias Prologales para estos Cuadernos de Vida	11
Cuaderno Liminar (Años diversos)	17
Cuaderno de La Serena (1905)	29
Cuaderno de Coquimbo (1906-1909)	37
Cuaderno de Los Andes (1914-1917)	45
Cuaderno de Varia Lección (1918-1921)	63
Cuaderno de México (1922-1924)	85
Cuaderno de la Errancia (1925-1935)	97
Cuaderno de Madrid y Lisboa (1934-1940)	125
Cuaderno de Petrópolis (1942-1945)	151
Cuaderno de los Sueños	165
Cuaderno de California (1946-1947)	173
Cuaderno de Veracruz (1948-1950)	187
Cuaderno de Nápoles (1952)	197
Cuaderno de Long Island, N.Y. (1953)	219
Cuaderno de los Adioses (1956)	231
Colofón	239
Notas y Referencias a los Cuadernos de Vida	241

REFORMAS PROLOGALES PARA LOS  
CUADERNOS DE VIDA

VOTO

Lo mejor y lo peor que he recibido en mi larga vida está en unos *Cuadernos* que se leerán a mi muerte. Entonces sabrán los míos —de allá adentro— muchas cosas, y entenderán mi ausencia del país.

G.M.

## REFERENCIAS PROLOGALES PARA ESTOS CUADERNOS DE VIDA

*Corro, echando a la hoguera cuanto es mío.  
Porque todo lo di, ya nada llevo.*

G.M.

CASO SINGULARÍSIMO en la literatura chilena la muy vasta labor creadora de una mujer como Gabriela Mistral (1889-1957) que no sólo escribió una poesía cargada de intensidad y sentido humano, en sus no más de cinco libros de desolaciones y lagares, de ternuras y talas, sino, y de manera muy principal, una mujer chilena del siglo veinte que supo decir buenamente lo suyo —y en lo suyo lo de los otros— ya en el poema, ya en la prosa, ya en el recado-carta motivadora. Su pensamiento y su acción en los temas tutelares que harán de su escritura un acercamiento al prójimo y una enseñanza cotidiana de vida.

Ella, Gabriela Mistral, que nos nace en un valle de Elquí, que se recorre el territorio patrio en andanzas educacionales, se nos irá luego por otros países y continentes en una errancia o extranjería de vagabunda voluntaria. Será como quien echa cuerpo y alma a rodar tierras, hablando con dejo de sus mares bárbaros, y con no más que su destino por almohada. Pero en todo lugar será siempre fiel a sus permanentes preocupaciones y motivaciones: su país natal de Chile, su América indígena. Y los habitantes de ese país y de esa América en sus geografías y sus costumbres, en sus vivires y realidades, en sus maneras de rescatar lo mal deletreado o lo mal averiguado.

A lo largo de toda su vida, Gabriela Mistral siempre estuvo escribiendo no sólo su propia poesía y su sorprendente prosa, sino también otros temas fermentales que la nutrieron: su patria natal, su continente americano y sus patrias adoptivas muchas del mundo. Amén de sus devotos artículos de fe o de su *mujerío* muy listo vueltos temperamento y pasión humana. Y, por sobre todo, del prójimo, del otro que fue su hermano en la misma tarea creadora. La que anduvo en múltiples

actividades de educadora, de congresista, de ajetreos consulares, se dejó su tiempo, su roba-noche para escribir sus *recados* tan tipificadores de escritura y de decires: lenguaje y estilo y tratamientos muy suyos.

Este intenso y poderoso lenguaje mistraliano queda de manifiesto en las vivenciales páginas de este sorprendente volumen de materias varias de la autora: lo íntimo, lo conversacional, los ánimos, las desventuras, las alucinaciones, las lucideces, las verdades muchas y de siempre. Gabriela Mistral, con esa donosa manera de contar tan suya —“mi bendita lengua”, “mi lengua viva”—, nos revela ahora su vida desde ella misma, “echando a la hoguera cuanto es mío”: Notas, apuntes, reflexiones, cartas, oficios consulares, anotaciones, artículos, entrevistas, confidencias. Manifestaciones de escritura —“la recadera que soy”— que permiten conocer, entender y comprender, en humana plenitud, a la Premio Nobel chilena.

La “mujer vieja que hace versos” deja en estas páginas de hacer literatura poética. Aquí, en cambio, está aquella mujer vieja (“tengo un alma vieja de vasca e india”) con mucha agua memorial adentro y que quiere comunicarse cabalmente con su prójimo. Una manera de estar ella en este mundo mirando sin dobleces ese mundo. Una Gabriela Mistral que no tiene temores de decir lo que piensa, aunque a veces, muchas veces (“me voy de lengua”), esos decires le traerán no pocos pesares. “Como buena maestra de niños, soy sincera”, dice, precisando siempre el fundamento de su conducta. También: “Yo confieso verdades”.

De estas verdades está hecho este libro. ¿Autobiografía? ¿Memorias? ¿Diario íntimo? Todas esas vitalísimas identidades tiene cada uno de los cuadernos varios que Gabriela Mistral llevó consigo a través de sus cartas, recados y anotaciones: “Cuento esto para ustedes por si cualquier día mi salud, curiosamente inestable, da una sorpresa. Sean ustedes mi lengua viva de muerta”. (Carta a Hernán Díaz Arrieta, Alone, fechada en Monrovia, California, 1946). También en una carta al Cónsul General de Chile en Nueva York, Alfonso Grez (octubre de 1946), contándole su vida “no poco estoica”, Gabriela Mistral le dice: “Lo mejor y lo peor que he recibido en mi larga vida está en unos *Cuadernos* que se leerán a mi muerte. Entonces sabrán los míos —de allá adentro— muchas cosas, y entenderán mi ausencia del país”.

Este diario o memoria o epistolario —llámese con mejor propiedad *Cuaderno de vida*—, comprende cronológicamente casi toda la vida de Gabriela Mistral: desde sus años de La Serena (1905), cuando ella apenas pasaba de sus 15 de edad, y todavía era una muchachita de nombre



Lucila Godoy, escribiendo ya nada de balbuceantes prosas ("soy paloma y soy fiera; sé arrullar y rugir"), y va concluyendo por los años neoyorquinos de 1956, meses antes de su muerte ("estoy en tiempo y obras anuladas"). Entre uno y otro trascendente hito se desarrolla toda esta apasionante y fervorosa y dramática existencia de una Mistral, en sus lecciones de maestra por las ciudades y pueblos de Chile, en sus desveladores afanes consulares y en sus errancias o vagabundajes muchos de ella.

Los más reveladores e insospechados momentos de su vida quedan registrados para siempre en la memoria de Gabriela Mistral. Cada acto, por muy menudo o cotidiano, tiene en ella su rito, su encantamiento, su recuerdo evocador. Desde la muerte ritual de un cordero en una fiesta magallánica de Año Nuevo a una sesión de espiritismo en una casa londinense. Y desde un escuchar tangos en un suburbio de Buenos Aires a un mantener sublimes diálogos con Giovanni Papini ("he tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda") en su casa italiana de Florencia. Y, en fin, gentes y lugares y vivas realidades durando años "en la retina del alma, que llamamos memoria".

De aquí sale una Gabriela Mistral profundamente humana en todas las circunstancias de su vida: creadora y recreadora, crítica y cuestionadora, contestataria y "mañosa", y con todas sus ternuras y obsesiones que le quitarán permanentemente el sueño y que llegan, a veces, al delirio y a una especie de narcisismo al revés ("en Chile no me quieren", "no voy a Chile, no").

Pero no sólo su vida, en sus intimidades y vivires cotidianos, también, y por sobre todo, las preocupaciones profundas por la vida ciudadana de Chile, atenta a los devenires y avatares de los procesos políticos e institucionales del país natal. Y capaz, incluso, de ironizar y caricaturizar a nuestros hombres públicos nacionales. El general Ibáñez siempre sacará la peor parte ("el milico de altas botas", "el militarote", "el hombre del sable"). Y algo semejante ocurrirá con los Presidentes Arturo Alessandri Palma ("el demagogo puro"; aunque años después reconocerá: "yo soy de las pocas chilenas que no tuvo nunca la gracia de oírlo en sus discursos") y Gabriel González Videla ("el futre", "el totalitario"). Palabras cargadas de resueltas y vivas intensidades y, a su vez, contradicciones válidas. Sólo a Pedro Aguirre Cerda ("el único protector de mi carrera") dará sus lealtades y amistades. Y admirará en él al mandatario reformista y patriarcal, al ciudadano demócrata "que no se improvisa como padre de su pueblo".

A pesar de los muchos triunfos y premios que honraron meritoriamente a Gabriela Mistral, no fueron esas honras capaces de sacarla de su solitaria y errante vida. Que soledad y errancia fue en ella su oficio y su conducta, su vivir permanente: "He vivido muy sola en todas partes", dice, no como queja o desdén, sino como actitud de norma y carácter. Así, tan pronto está en un lugar (cónsul de segunda categoría) y ya debe salir para otro destino: "Las casas no me amarran, me voy de todas partes". Tampoco los sueños y las alucinaciones la abandonarán en ese irse a todas partes: "Que vengo de una tierra en donde el alma eterna no perdía".

Además, Gabriela Mistral, en muchas facetas de estas anotaciones, no es la seriosa y amarga mujer que muchos equivocadamente creen, sino la mujer también alegre y festiva y entretenida y anecdótica, capaz de pasar tardes enteras conversando (y comiendo pan con ajo) con los campesinos de Arles o pidiendo a su hermana Emelina que le envíe arroces elquinos para endulzar las agriuras de la vida: "La boca mía recupera un lote entero de expresiones sumidas en mí que triscan de gracia y que creía no volver a decir en este mundo".

Así, lo suyo personal e íntimo, lo histórico, lo geográfico, lo religioso, será, en la obra y en la vida de nuestra autora, un contar mundo con proyección de humanidad. Y en un encadenamiento permanente de las más humildes cosas y de las más soberbias también. Un comprender que es siempre un goce. El personaje de este libro, sin alegoría y sin aureola alguna es, pues, la mismísima Gabriela Mistral, en su ser y en su hacer, a riesgo de la anti-advocativa frase de Marguerite Yourcenar: "Basta con que una mujer escriba sobre sí misma para que de inmediato se le reproche que ya no sea mujer. Como si la vida de las mujeres fuese más limitada, o demasiado secreta, y la verdad sea sólo posible en boca de los hombres".

El mismo año que publica su primer libro (*Desolación*, 1922), Gabriela Mistral se hispanoamericaniza viajando a México. Y a contribuir en los asuntos y reformas educacionales en un país que reordenaba su vida después de una revolución. Porque la Mistral andará, también, en los asuntos quemantes de la historia y atenta al destino del territorio de su América. A Gabriela Mistral, que con sus Himnos americanos de *Tala* (1938) ya había hecho muy suyo lo americano, importaba, a su vez, la otra realidad viva del Continente: sus indianidades, sus costumbres, sus cuestiones económicas, sus verdades sociales, sus guías-espirituales, sus ensayistas, sus reformadores educacionales. Una geografía hu-



mana y política y social que iba a la par con la otra, su física geografía, que se conoció y se recorrió en una especie de beneplácito en el bien ver, en el bien pensar, en el bien hacer: “Yo dormí en tantas casas que no puedo contarlas; comí en las mesas más dispares los guisos de las más variadas cocinas: comí en tarasco y en zapoteca, en yaqui y en otomí”.

A pesar de los muchos años de su extranjería, nuestra Mistral tuvo siempre un verdadero y auténtico amor por su país natal (“desde aquí puedo yo subir hacia mi valle de Elqui y bajar hasta mi Punta Arenas”), sin chovinismos ni meros afanes patrióticos. Más bien una preocupación latente por los asuntos vitales de Chile en sus realidades, circunstancias y avatares. Desde los más diversos lugares del mundo (Petrópolis, California, Veracruz, Nápoles, Nueva York) estará atenta a su Chile ciudadano sin aplebeyamiento alguno. Mucha historia contemporánea y mucho devenir cívico pasa por estos cuadernos que conservan su belleza de escritura y sus netas verdades. Contadora de patria, después de todo.

Preocupada siempre del destino de Chile (“una república que cumple con el régimen democrático que se dio y juró”), Gabriela Mistral (“yo soy una chilena ausente, no una ausentista”) siente nuestros pulsos nacionales como una tarea histórica, como una urgencia de los tiempos. Hay en ella un apego profundo por la voluntad de un Chile con sentido moral, que es su honra y su orgullo. En un país como Chile, donde “la mayoría de los chilenos tiene el patriotismo quisquilloso”, ella estará lejos de aquellos patriotismos de orfeones y escarapelas, diciendo su palabra desmitificadoramente, importándole, por sobre todo, la justicia social, y el “destino del pueblo, que es el vidente mayor”.

Los juicios de Gabriela Mistral sobre las realidades políticas, sociales, ciudadanas del país patrio, pueden —en las intimidades de estas páginas— arder y quemar. Y tienen, así, la energía que da la sobriedad y la verdad de su lenguaje (“la primitiva lengua mía”). Por estos decires mistralianos va y viene la historia sin mito de nuestros pueblos totales.

Los muy singulares y significativos textos del presente volumen, escritos por Gabriela Mistral en diversas épocas y en diferentes lugares de sus residencias por el mundo, se reúnen unitaria y armónicamente por primera vez. Páginas de maravillador testimonio en lo personal e íntimo, en lo plural y familiar. Una Gabriela Mistral en sus muy resueltos y espontáneos decires: “En todos los lugares he encendido, con mi brazo y mi aliento, el viejo fuego”. Hay en este viejo fuego un rescoldo vivísimo y tenaz. La palabra hecha vida y verdad en Gabriela Mistral, bellamente desprendida de su lengua.

He aquí, hacia los años finales de su vida, su leal confesión y su humano retrato: "Con los años de vagabundeo, cargando con estos ponchos o choapinos, de lo criollo, yo he ido aligerando sus urdimbres, hasta quedarme vestida como...el buen Inca, con lo más selecto de sus vicuñas y con el arco iris de sus tejedoras. Quiero decir que ando en criolla y que ando en europea, ahora, y con una soltura real, no postiza, menos jactanciosa, sin "show" a lo ...Dalí. Y leve como Dios me deja andar, voy caminando mi postrimería, con el bulto inclinado hacia la huesa, con los odiosos picoteando como gaviotas contra mi nuca".

En estas novedades de cosas y cuenta-mundo se desprende, además, un contar con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación aquellos sucesos muchos de la vida de Gabriela Mistral. ¿Fábulas, mitos, verdades? Todo eso, sin duda. Pero, por sobre todo, vida. En esta *Bendita mi lengua sea* (verso tan suyo de su paradigmático poema *Bendiciones*) son válidas y certeras estas palabras también de vida: "Cuando la vejez plena ya me cancele rejas y me clave en un rincón, entonces tal vez diga las muchas cosas que he vivido y que no tengo dichas". También nuestra Mistral había dicho: "Sean ustedes mi lengua viva de muerta". Así sea.

JAIME QUEZADA

Santiago de Chile, abril-noviembre, 2001.

Montegrande, Valle de Elqui, Chile, enero, 2002.

# Cuaderno Liminar

(*Años diversos*)

## I

¿Que si tuve otro nombre? Sí, yo tuve dos: el que me dieron de veras (Lucila Godoy) y el que me di de mañosa (Gabriela Mistral). Y el nuevo me mató el viejo: Una en mí maté, yo no la amaba.

## II

Soy humana, humanísima; un ser absolutamente afectivo: vivo de los afectos como del aire y la luz. Bajo mi apariencia de "amontonadora", a pesar de esa vida en "meeting", en multitud, que me ha dado el viaje, soy mujer de un puñadito de afectos profundos. Me estima gente. Casi es mi vanidad. Me estima gente que no me importa, a cada paso; y me estiman, poco o nada, gentes a quienes quiero enormemente.

Pienso lo mismo que San Francisco, sobre mi tristeza. Él la llamaba la enfermedad de Babilonia. Yo he sido, sin embargo, un espíritu desesperado, amargo y enviciado en su amargura, como en una droga diabólica. Una de mis mudanzas enormes es mi busca de la alegría. La busco hoy con una preocupación casi infantil. Me creo la alegría de mañana; al levantarme, pienso en la de hoy. Es cómico: casi me la organizo oficialmente. Procuro, en primer lugar, no tener esas horas muertas en que el alma se va hacia la tristeza como el ciervo al agua, naturalmente.

No tengo sino horas de cansancio físico en que me tiro y duermo, en pleno día, como un animal cansado. El resto es lectura y trabajo físico, muy principalmente caminar. Caminar es una maravilla olvidada por este tiempo. No caminar, como los ingleses, el mismo camino. Andar a pie todo lo que está medianamente cerca de nuestro pueblo. Caminar me

aviva entero el cuerpo y la mente: hay un alma de los caminadores y otra de los poltrones. Camino rápido, a grandes zancadas inglesas. Suelo andar a caballo, aunque tengo un tobillo roto de una caída. Se respira bien y se siente no sé qué sensación de poder, de energía donosa.

Luego de los trabajos manuales, yo no coso, porque me rindo a los ojos; azadoneo la tierra, desmalezo, barroteo, podó e injerto como un buen hortelano. Me da un verdadero gozo el olor de la tierra. Regar está entre mis placeres grandes. Ahora juego a la pelota. Me han encargado ejercicio por mi hígado malo. No tengo nunca grandes fuerzas, porque el corazón no me deja. Leo poco yo misma —tengo los ojos rendidos—, me leen y yo comento interrumpiendo, porque soy muy amiga de la lectura viva, con réplica, con comentario.

Hablo de mis defensas. Yo tengo un sistema nervioso enloquecido y andaría muy mal de equilibrio si no tuviese esos dos reguladores: el caminar y el jardineo. A media hora de La Serena tengo un pañuelito de tierra. Yo lo he plantado y sólo cuando me enfermo pago la poda y lo demás. En la casa, chica hasta desesperarme, sólo he podido hacer un jardín.

Viene lo peor, viene el veneno de la gente. Tengo yo una susceptibilidad que la llamaría trágica. Yo soy todavía tan tonta, que le pido perfección a la gente. Me duele horriblemente que me maltraten en lo que me importa más: en mí misma, no en mis versos, que he abandonado hace tiempo a las lancetas. Por esta susceptibilidad, abandono fácilmente a un amigo o a una amiga. Los dejo cuando no me viene de ellos fuerza para vivir, consuelo y verdad. Les exijo que sean ricos interiormente para no aburrirme; que tengan una vida, como intereses espirituales, efectivos. Todo esto es demasiado pedir, lo reconozco, pero sigo exigiendo.

Yo no me muevo sino entre extraños. No poseo la verdadera salvación: ¡un hijo! La mujer ideal tiene, además de todo, un hombre que la quiere y a quien quiere. Yo no fui querida nunca, cuando quise. Y no he podido querer a los que dicen que me han querido. Es la vulgar historia que nuestro pueblo sabio concreta en el adagio: "Amor loco, yo por vos y vos por otro". Cultivo un poco (un poquito chico) de desdén. Y no dejo a los intrusos entrar en mi vida y a empañar lo que Dios me ha dado. Y no concedo derecho a entristecerla, sino a los sucesos definitivos de la vida.



### III

Yo sé que el valle de Elqui adentro, que es en verdad mi pueblo, porque en Vicuña nací de casualidad, vive una miseria incalificable, igual que la de todo el Chile montañés que está lejos de las ciudades gastadoras y cursis. En la aldea de La Unión me hicieron. Y en la otra, Montegrande, me crié. Esta es la realidad. Y a Vicuña apenas la conozco, a no ser en un vago recuerdo atravesando de noche sus calles —a los siete años—, con una velita de sebo en mis manos.

### IV

Hace mucho tiempo, ocho o 10 años, cuando viví en Portugal, llegó a la casa de mi jefe, Cónsul general, un atacameño que me habló largamente de mis Godoyes de Copiapó. Es la única noticia sobre la familia de mi padre que yo he tenido de cerca, por persona que yo me encuentre.

Supe de siempre que vivían en Copiapó dos hermanas solteras de mi abuela Doña Isabel Villanueva Herrera de Godoy. Mi abuela me hablaba de ellas. Su ausencia de esa provincia derivó de que quiso educar bien a mi padre y, sobre todo, de que no se avino con mi abuelo (nunca lo conocí). Oí de mi madre que él tenía tierras en el Huasco, tierras grandes. De lo oído sobre mi abuelo deduje que, al igual de mi padre, él fue mal marido. Supe con detalles que mi abuela, Doña Isabel Villanueva Herrera viuda de Godoy tuvo el golpe moral —indecible— de que mi abuelo tenía mujeres, y que mi abuela no lo perdonó *nunca*. Era un ser inolvidable. Vivía en La Serena en una habitación cedida por unas monjas y en un curioso estado mental. No estaba loca; nunca le vi una violencia, pero deliraba constantemente. Yo iba a verla cada sábado. Me pedía, cada vez, que yo quisiese a mi padre “a pesar de todo” y me hacía repetir los Salmos de *mi Padre David*. Fue de ella de donde me vino el amor de la Biblia; no la habría yo tenido sin ella. Su estado nervioso y mental provino de que se le fueron al convento sus dos hijas: una al “Buen Pastor” de La Serena y otra al convento que no recuerdo. Ésta me la conocí como Jefe en el Hospital de La Serena. La llamaban Sor Carmen a ésta; la otra se llamaba en religión Sor María de la Natividad. Me han contado que las dos se fueron a escondidas de mi abuela, dejándola en la gran soledad que causó ese estado mental tan curioso: ella no estaba loca, pero cayó en un delirio dulce que duró hasta el fin.

Fue su vida muy triste: escapó del marido que la engañaba, y contra su voluntad las dos hijas se le huyeron hacia sus dos conventos. Yo nunca olvidaré a Doña Isabel —mi abuela— que no se parecía al mujerio nuestro y tenía un hablar de religión que nunca oí a las beatas de mi provincia.

Benjamin Subercaseaux me ha hablado “cosas” de los Villanueva: él asegura que todos son de sangre judía. Mi abuela era una mujer muy blanca y rosada, de ojos azules. Cuando le venía aquello —el desvario— la ponían a dormir. Su afán era hablarme de mi padre, contándome lo mejor de él para que yo no le tuviese rencor por su abandono de mi madre. Mi padre era muy “aindiado”, como allá dicen: tenía unos bigotes de Gengis Kan, caídos; nunca se puso sombrero y vivía un verdadero delirio ambulatorio que... la hija ha heredado, parece. Él vivió su vida casi entera en Atacama y se dio a beber.

Naturalmente tuvo mujeres. Sólo conozco de su vida atacameña un hijo de él que se me apareció de repente, mal marido y de cuyos amores salió Juan Miguel (yo lo llamaba Yin-Yin). Sólo penas recibí de ese hermano. Muerta mi abuela, que me leía cartas de sus hermanas Villanueva, nada más supe de mi sangre atacameña, nada. Fuera del apareamiento de mi Carlos Miguel Godoy al que me refiero —y que se parece bastante a mi padre— todo lo ignoro. Alguna vez topé con una estudiante atacameña quien me habló con gran respeto de dos hermanas de mi abuela, Villanueva. Me contó que eran excelentes pianistas y que vivían en una buena casa suya. Hace de esto unos 12 años a lo menos.

Parece que mis tías-abuelas Villanueva Herrera, de Copiapó, hayan muerto. Eran solteronas y siempre supe que vivían bien.

Mi padre tuvo su Seminario —de La Serena— completo. Hablaba latín como un cura y cantaba algunas cosas en... francés. Él, según me han contado, dejó a mi abuela porque quería hacerlo... cura y se fue escapado al fondo del Valle de Elqui, a La Unión. Allí conoció a mi madre, Doña Petronila Alcayaga Rojas. Hicieron ese matrimonio desgraciado. Mi padre iba y venía de Atacama al Valle de Elqui. Nunca contaba la vida de él en su provincia. Ya se había dado al licor y mi madre y mi hermana sólo sosegaban cuando él partía. De mi abuelo Godoy y de los bienes que él tenía —tierras que cultivaba— sólo he tenido datos vagos. Ellos corresponden al Huasco. Me contó alguien, hace muchos años, que le vino al final una obsesión de tipo religioso, por la pérdida de mi abuela, a la cual fue infiel.

Un día, en mi última estada en La Serena, se me apareció ¡por fin! alguien del Huasco y me habló de los bienes de mi abuelo. Otra vez topé



con alguien en lugar que no recuerdo. También éste aludió a aquellas tierras... (Olvidé contar que mi abuela Villanueva nunca me habló de su marido. Mi madre me contó que ella no lo perdonó. Se me ha olvidado el nombre de mi abuelo a quien no conocí... Ya me acordé: se llamaba Gregorio Godoy).

Si fuese dable saber qué "listo" cogió esas tierras o cosas de mis tías abuelas Villanueva y las tierras de mi abuelo Godoy, eso sería bueno para mí, incluso si no me beneficia porque seguramente todo habrá sido cogido por cualquier "listo".

## V

Yo me crié en Montegrande, el penúltimo pueblo del valle de Elquí. Una montaña al frente y otra a la espalda. Y el valle estrechísimo y prodigioso entre ellas: el río, treinta casitas y viñas. Viñas.

De 3 a 11 años, viví en Montegrande. Y ese tiempo y el de maestra rural en La Cantera me hicieron el alma.

El mar me gusta mucho menos que la montaña. No tiene el silencio, dentro del cual una pone todo. Además, su inquietud casi me irrita.

La montaña me lo da todo. Me eleva el alma inmensamente, me aplaca y se me vivifica. En cada quebrada con sombra pongo genios de la tierra, poderes, prodigios.

El azul festivo del mar no me gusta. Todos los colores de mi montaña me gustan.

## VI

Cuando salí de mi bolsillo montañés como el marsupial del saco materno y llegué al mar de La Serena mi primer encuentro con él se llamó miedo infantil. El segundo, en la Punta de Teatinos, éste se llamaría euforia. Mas el tercero, me lo tuve en la playa Guayacán Herradura y éste se llama *idilio*.

Eran incontables los "beira mar", los rincones marítimos, las caletas perdidas que había de tener en todas partes. Pero cuando de vuelta de todas llamo única costa a una marea y a un habla de mar, y que acude y cae a los ojos, es esa playa menudilla que en el mapa no apunta y que no anda en cuadernos de turismo. Nos ataranta el mar fuerte; la costa

larguísima no se disfruta: la línea recta es sólo goce de sí misma, pero el mar dulce y metido en bahía o ensenada, éste es el que nos contornea, nos mira, nos mece y nos conversa.

El nombre va de veras; aquella herradura marítima salió casi perfecta y el primero que la vio la dejó bautizada. Dunas medias y bajas, dunas regaloneadoras por donde los niños se echan a rodar sin daño en un alboroto de gaviotas; y luego la playa rasa, pulida y blanquecina, o mejor de ese plateado con piscas de oro adentro y como la marea hace escorzo grande, se va costa adentro, más sorbida que invasora; llamada y tirada de tierra adentro, allí hay aglomeración grande y densa de moluscos, algas trabadas y desperdigadas.

El aire es de poco suave latido; la bahía está de veras "guardada", esquinada como para suceso que no llega nunca y que ojalá no le llegue. El lugar es tres veces fino: por la arena, la brisa y la bruma mínima de ciertos días, y el lugar ha de tener aún otros imponderables, para que el alma lo busque pasados cuarenta años.

Un grupo de casas de pescadores tenía entonces y no mucho más de eso: También los remos eran silenciosos; también la pesca y los regresos con la barca: "de nada" espejeando corvinas.

Parece la contraplaya de La Serena, pero es la ahijada natural del puerto dulcísimo de Coquimbo y que es cosa mejor todavía: una dulzura de Nirvana que no sabe ni quiere ser contado para que no lo estropeen.

Las dunas de la Herradura dan para todos los niños de las dos ciudades; el tendal de almejas y el luche nutritivo dan de sobra para los vagabundos "sin blanca" y el silencio da... para ángeles y hombres.

Me eché en la arena mojada, sobre unos rollos endiablados de plantas y animales marinos hurgando lo muerto y lo vivo, queriendo entender, criatura de cerros y quiscos y caída de bruces al mar. Primer tacto del mar: gusto y susto; a cada manotada otro engendro, otra ramazón, otro bicho despampanante.

De pronto saltó uno entero, el mejor de todos ellos: una medusa, un trapo vivo plegado a una mecha de hilos gruesos; unos colores tiernos como los cintajos, algo de mentira y de veras.

En cuclillas, las manos asustadas, yo limpiaba aquello de pastos y arenas; y lo cogía y lo soltaba, entendía y no entendía. La arena me fallaba los pies en un hormigueo y cosquilleo. Mi gente me llamaba. Yo estaba deslumbrada y por lo mismo sorda, yo no veía sino eso.

Me metí al mar, la eché de bromas y una olita baja se la cogió, me la llevó de las manos. Arremangada, la seguí unos pasos, la grité como si

fuese Juana o Inés. Una ola siguiente ya se llevó del todo mis albricias con una risotada. ("Albricias se llama todavía en mi memoria...").

Sólo al perderla me la vi. La tumbada iba ahora recta con su cabezota de gloria cabalgando la ola de su salvación, dueña otra vez del mar, desenfadada, oronda sin acordarse de la playa ni de mi mano vacía. Era una mera medusilla, cosa de nada en la casta de las medusas apabulleantes, genéricamente pequeña, o muy niña... Su color corría del blanco al azul y al lila entre capicete y flequería. Nadie, me la supo nombrar; claro está vulgar, plebeya y todo, ella es, en mi recuerdo, un pariente del ópalo de Querétaro, de un amanecer de otoño en cualquier parte y del tierno gris lluvia. La niña de 12 años no había levantado bichos tan leves ni visto aquel salto de muerte a vida.

La muy vagabunda nadó un poco todavía, cerca de la playa llevando y trayendo mis ojos. Después ya me la perdí, con pesadumbre, tal vez con llanto. Me echaría otra vez a la arena puesto que hallé otras: una en las "últimas", la otra, muerta.

Las di vuelta, las hurgué, tal vez les hablé como a ella. No respondían a la mano, no daban señal de sí. Me estuve allí como ofendida, mirando fijo a mis palmas como quien soñó, robada de las olas y como aturdida.

Nadie me la supo nombrar, claro está, fruto exótico, valva de conchaperla, medusa. Lo mejor que posó sobre nuestras palmas y sus garabatos cabalísticos no son los dineros, ni los regalos, son las novedades de cosas y seres que tuvimos allí unos momentos, pero yo era medusa, bautizada, sin sabérmelo y un día me di al mar.

## VII

Entre las razones por las cuales yo no amo las ciudades —son varias— se halla ésta: la muy vil infancia que regalan a los niños, la paupérrima, la desabrida y también la canallesca infancia, que en ellas tienen muchísimas criaturas.

Si yo hubiese de volver a nacer en valles de este mundo, con todas las desventajas que me ha dejado para la vida "entre urbanos" mi ruralismo, yo elegiría cosa no muy diferente de la que tuve entre unas salvajes quijadas de cordillera: una montaña patrona o unas colinas, ayudadoras de los juegos, o ese mismo valle de un kilómetro de ancho y dividido por la raya del pequeño río, como una cabeza femenina.



Por conservar sentidos vívidos y hábiles, siquiera hasta los doce años, a saber distinguir los lugares por los aromas; por conocer uno a uno los semblantes de las estaciones; por estimar las ocupaciones esenciales, que son, precisamente, las bellas, de los hombres antes de conocerles las suplementarias y groseras: el regar, el podar, el segar, el vendimiar, el ordeñar, el trasquilar.

Por entrar a los libros a los diez años, contando ya con una muchedumbre de formas y siluetas legítimas, a fin de que no se amueble la mente de nombres sino de cosas: cerro, vizcacha, guanaco, mirlo, tempestad, siesta. (El campo solamente posee la madrugada y la noche, por ejemplo )

Con el deseo de recibir el alfabeto de los sonidos, antes de que me den tontamente anticipada la música adulta.

A fin de que mis manos tomen posesión concienzuda y fina de los tactos de las cosas, y se me individualicen cabalmente las lanas, los espartos, las gredas, la piedra porosa, la piedra-piedra; la almendra velluda, la almendra leñosa, y muchísimos cuerpecitos más, en las palmas conscientes.

La infancia en el campo, que avergüenza como un vestido de percal a nuestra gente cursí, la he sentido yo siempre, y la considero todavía, y cada día más, como un lujoso privilegio; agradeciendo la mía y deseando delante de cualquier niño que ya se endereza, el que la tenga semejante, cargada "del mismo maravilloso" que me ha sustentado a mis cuarenta años.

La ciudad pequeña no me satisface como transacción en esta pugna de la ciudad y el campo para sede infantil. Veo los patios de sus casas, sin rincones, a fuerza de arena, mosaico o asfalto, y no puedo conformarme con el higueral de la hacienda vecina, y más yo que por patio tuve la viñita de mi casa, y más allá una pradera larga de varios kilómetros.

En las grandes ciudades el envilecimiento es peor. Las ventanas de cuarto del niño dan a una calle hedionda, si es pobre, o a un muro bárbaro y ciego de almacén o de oficinas, si es burguesito. Yo abro mentalmente las puertas del mío, que caían a un cerro lleno de abolladuras prodigiosas y de fantástico peñascal; desde ahí saltaba el sol como un gimnasta rojo y las lunas se desprendían próximas, en el aire limpidísimo, como para caerme a la falda.

Duermo, hace diez años tal vez, en las pobres casas ciudadanas y no puedo todavía al despertarme aceptar sin repulsión física violenta los

ruidos sin nobleza de municipal y bajísimo ajetreo, batahola formada por camiones, sirenas; tártaras (las de grato silbo son pocas), de avalancha de trenes e interjecciones de mercado; todo lo cual se me entra por el cuadrado odioso de la ventana o la puerta y me avienta de la cara la maravilla del sueño matinal, parada todavía en mi cara.

## VIII

Mi pasaporte diplomático, con el cual fui a lo de Estocolmo, llevaba adjunto la siguiente filiación:

Srta. Lucila Godoy

Edad: 53 años

Estatura: 1.69 mt.

Cabellos: grises

Ojos: pardos

Nariz: regular

Boca: regular

Cara: ovalada

Color: blanco

Nadie entendía mucho —incluida yo— esto de ser Premio Nobel Gabriela Mistral y llamarse diplomáticamente *Srta. Lucila Godoy*. Una Lucila Godoy, a estas alturas de mi vida, de nombre más bien medio romántico-rural de una María de Isaac ya vieja y de un Martín Fierro de Elqui, todo junto.

## IX

En muchas tierras yo he querido clavarme a vivir, a esta edad de cuarenta años. Pero en algunas donde los cerros o la extravagancia de la costa son una mesa puesta para la fábula en que la mentira coma a su gusto, lo que yo quiero, lo que yo pido, es echar atrás treinta y cinco, y quedarme ahí con el tamañito de la vara de San José.

Arréglensela los teósofos con sus avatares de modo que yo vuelva a aquella tierra de mi Valle, que suele parecerme buena unas cincuenta veces, pero cada vida me la den de cinco años no más, que así yo me daré el gusto soberano de ser sucesivamente niña elquina, caxaqueña,

provenzal de las Santas Marías, bretona, corsa, cuarenta cosas más, y también niña de Sestris Levante en la costa ligúrica. Es la única transacción para consentir en volver: no me hace ninguna gracia vivir de nuevo metida en un mismo cuerpo cuarenta años, comer media vida los frutos de un solo clima, y salir a ver el mundo, a hacer mi visita de cortesía a los paisajes extranjeros, cuando los pobres ojos seniles ven sólo roca donde hay sirena encaramada y nombran "bosque", a secas, el lugar donde los elfos de la luz alfilerlean el follaje de todos lados.

Hallen manera mis amigos que cuentan con influjo sobre la "rueda de los nacimientos", de acomodarme esta combinación.

# Cuaderno de La Serena

(1905)

El mundo es un gran teatro y nosotros los actores. Pero el teatro tiene un decorado y nosotros no. El mundo es un gran teatro y nosotros los actores. Pero el teatro tiene un decorado y nosotros no.

Hay un alma y un cuerpo. Se mueven y crecen. Hay un alma y un cuerpo. Se mueven y crecen. Hay un alma y un cuerpo. Se mueven y crecen.

Los grandes no mueren. Los grandes no mueren. Los grandes no mueren. Los grandes no mueren. Los grandes no mueren.

Siempre hay una vida digna. Siempre hay una vida digna. Siempre hay una vida digna. Siempre hay una vida digna.

El mundo es un gran teatro. El mundo es un gran teatro. El mundo es un gran teatro. El mundo es un gran teatro.

Tengo una conciencia. Tengo una conciencia. Tengo una conciencia. Tengo una conciencia.



## I

Tengo un corazón grande y en el que sólo germinan grandezas: inmensos odios, amores y dolores. Son bestiales los primeros, divinos los segundos, sublimes los últimos. Hay una firmeza asombrosa bajo mi debilidad de mujer. Como el cristal de roca es fuerte, a pesar de ser cristal; yo lo soy a pesar de ser mujer.

He tenido sentimientos tan gráciles que se han tronchado a un leve soplo de desencanto, y sentimientos tan potentes que persisten hostilizados por las rudezas de la suerte, las tosquedades del infortunio y el poder del tiempo.

Soy paloma y soy fiera. Sé arrullar y rugir.

Soy modesta hasta la humildad y altiva hasta el orgullo.

Sé admirar las grandezas, pero aquellas cinicas grandezas en que yo creo: la virtud y la inteligencia. Sé admirarlas hasta la envidia porque la envidia es la admiración desbordante, es el grado culminante de ella.

Esas grandezas me merecen los homenajes más profundos. Las grandezas del oro no las considero sino bestias cubiertas de oriflamas. Del genio sería esclava. Y del oro no sería compañera. A aquél besaría los pies, las huellas. Y a éste no besaría las manos ni doblaría las rodillas en señal de reverencia.

Sólo hay para mí una dignidad, más que eso: una divinidad, ante la que tenemos el deber de prosternarnos, y que se debe respetar y adorar: la de la inteligencia.

Ser gusano del mundo social no me importa, pero lo que me exasperaría sería ser, por la derrota, mediocridad del mundo intelectual.

Tengo una obsesión: la Gloria. Una religión: el Deber. Una pasión y locura: el Arte.

Soy una niña en placeres y anciana en dolores, pero mis pocos años de infortunio los aprecio más que muchos de ventura por la enseñanza que me han dado.

Tengo una sonrisa eterna en los labios para responder a los émulos coléricos y a los cobardes insultadores: es la sonrisa de la potencia y de la grandeza ante la debilidad y la pequeñez.

Me enorgullece el inspirar ataques y odios. El inspirar desprecio me apenaría.

Tengo una coraza que hace imposible todo golpe mortal dirigido a mí por la calumnia y la maldad: mi carácter altivo, indomable, inalterable.

Hablo en mis cantos a los que saben el lenguaje en que van: ¡ellos me comprendan!

## II

He aquí mi filosofía moderna:

No muestres jamás al mundo ternura, mansedumbre ni piedad; al verte cordero se arrojarían sobre ti, te despedazarían riendo. Fiereza, bestialidad de sentimientos, impiedad, eso muéstrale. Al saberte león te dejarían vivir tranquilo.

No muestres compasión por nadie, aunque la sientas. Has favores sin afectarlos. Si vieran emoción e interés en tu rostro cuando les das limosna se abalanzarían sobre ti y desnudo te dejarían. Como a los canes, a los hombres no debe dárseles el alimento sino arrojársele.

Así tu práctica en la caridad.

Aunque se desborde a hiel en tu corazón, no la viertas en presencia de nadie. Lloras en el fondo de una caverna si es preciso y borras en tu rostro toda huella de lágrimas. No creas desdichado inspirar piedad ni amor; desdén, desdén y la más infame mofa, sólo eso.

Si quieres inspirar amor sé desdeñoso hasta el orgullo; se arrojarán a tus pies desmedándote amor como limosna. Y si quieres ser triste objeto de la burla, da a conocer con todas sus manifestaciones irrisorias esa gran debilidad, demencia e imbecilidad que se llama amor.

Has la travesía de la vida con el brazo armado. El mundo es un campo de batalla en que todos combaten, sólo los imbéciles descansan.

Teme más del hombre que de la fiera más sanguinaria. Y si huyes por temor de ellas de las selvas, ¿con cuánta más razón no huirás del

mundo por temor de él? Aquélla no haría sino despedazar tus carnes; éste te despedazará tu honor, tu fama y tu dignidad.

Prepara tu espíritu con la fortaleza del acero antes de entrar al mundo, si quieres cruzarlo, sin dejar en cada una de sus vallas, sus zarzales, sus picas, ¡jirones de tu corazón!

### III

Admito la vida. Admitirla como llega ofreciéndose, en la imposibilidad de cambiarla. Si es monstruosa, tratar de embellecerla con cuanto bello hay dentro del corazón. No elevar nunca a la dignidad de tragedia la pueril comedia que es la vida en cualquier escenario.

Amar a todo ser que aliente bajo el sol, pero no confiar en ninguno. Abrir la mano dadivosa, pero no el corazón, porque sucede que, al permitirle sacar de él un poco de piedad, asesta golpe mortal el mismo brazo que extrae el don.

No dormirse en la playa porque se vea el mar con quietud de adormecido, ni recostarnos confiados sobre la bondad de los hombres: es de igual duración la pasividad de ambos.

Ver en las manos de la madre la seguridad, como en las propias de que no pueden herirnos. Dejarnos acariciar sólo por ellas sin precauciones.

Cuando el vendaval azota fuera, no salir de nuestra casa pues somos incapaces de sosegarlo.

No llevar en toda circunstancia el corazón consigo, pero no dejarlo siempre hasta perderlo; que él no sienta a cualquier contacto, pero ¡por Dios! que no vaya a volverse insensible.

### IV

Amo a la humanidad no por mandamiento divino sino por natural. A los seres irracionales de una misma especie nadie les ha enseñado que se protejan ni se amen y, sin embargo, lo hacen. Amo esa legión fatídica de la Humanidad que forma su faz negra: el Pueblo. Lo amo porque le conozco. Le compadezco porque sé de sus lágrimas, porque he compartido su cáliz y he visto los dramas, indescriptibles de horror, en todos los cuales la Miseria lleva el primer papel, realizados en esa caverna

pestilente, negra y fría que se llama el suburbio. Ni aun sus crímenes me le hacen repulsivo. Todos ellos tienen un solo nombre: Hambre.

Amo al pueblo por su infortunio; porque sólo en él existe en forma perfecta. Allí tiene su pináculo el Dolor, porque reasume al Dolor moral y al dolor de las entrañas: ¡el Hambre!

## V

La instrucción de la mujer es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física y acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplación acaba. Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Se ha dicho que la mujer no necesita una mediana instrucción. Y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz sólo de gobernar el hogar.

Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir, es arrancar a la degradación a muchas de sus víctimas.

Instrúyase a la mujer. No hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre. Que lleve una dignidad más al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración. Que algo más que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración y al amor. Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas.

## VI

Ahora que leo con maravilla las crónicas astronómicas de Flammarion, me pregunto ¿por qué esa idea torpe de ciertos padres, de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón? ¿Qué religión más digna que la que tiene el sabio? ¿Qué Dios más inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo después de haber escudriñado los abismos de la altura?

Yo pondría al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de la naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo. Le daría todos los secretos de esas alturas. Y después que hubiera conocido todas las obras; y después que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su religión de lo que le dictara su inteligencia, su razón y su alma.

Cuaderno de Coquimbo

(1906-1909)



# Cuaderno de Coquimbo

(1906-1909)

## I

Como una enamorada estoy pensando cómo será el momento en que yo caiga con mi cuello sobre tu brazo. Cómo te miraré. Cómo me mirarás. Me impondrás una larga espera antes de verte. Iré viéndote pliegue a pliegue o me cegarás de un golpe con tu resplandor. Qué día mío será el que me salve, cuál de mis culpas mirarás con más ira. Qué canto mío me dejarás cantarte.

Déjame acabar de aderezar la mesa de los míos y después voy. Cuánto he soñado contigo y, sin embargo, qué miedo de no haberte soñado nunca como eras y hallarte extraño y demorar mucho tiempo en reconocerte.

## II

Tampoco te soy ajena dormida. Tampoco dormida quedo sin tus ojos y sin la llaga de mi pena de amor. He pedido al que da los sueños que me deje ir contigo por el país de los sueños.

Y una vez es un río cuya corriente lleva a ti, y mi corazón va enloquecido hacia el mar. Y otra vez es una rosa que tiene tu mirada en el corazón, bajo el polen. Anoche soñé que estabas dentro de mi corazón y tu voz salía de mi garganta, develando el secreto. Y mi cara ardía de vergüenza.

## III

Soy como una copa, amado. Me has colmado como una copa. Mirada a mirada, me has ido llenando. Palabra a palabra me has filtrado este vino de ansiedad.



## IV

Nocturno: es la hora en que los poetas escriben esos versos bañados de ternuras, empapados de amor, esos que encierran la esencia del sentimiento en el que vacían la hiel de sus penas ocultas y sus duelos íntimos.

Duermen las flores, resbalan en sus capullos las frescas gotas de rocío, como lágrimas que ruedan por las mejillas de una virgen pálida.

Duerme la naturaleza reclinada en el seno del silencio. Pero los seres que sueñan con imposibles, y deliran con alegrías idas, aquellos que viven pensando en sus esperanzas muertas, no duermen nunca, hacen a la noche la triste confidente de sus penas y duelos, dan a su frío céfiro los suspiros de sus pechos, las quejas de sus almas.

## V

Me acosté debajo de un gran peumo del valle que era la mayor sombra en el valle. (Porque estoy cansada y mi fatiga pide gran regazo y la fiebre de mi frente pide ancho abanico de sombra). Mas, yo quería que el follaje me cubriera sin esconderme el cielo.

El peumo tiene roto el tronco, ha abierto en sí un largo ojo de herida. Por la herida se ve el cielo, se sigue el vuelo de las nubes y se goza el viento que pasa. Por el ojo del tronco se ve el camino y miro pasar la niña de las ovejas y el mozo que vuelve cargado de heno todas las tardes. Y el cansancio no cae a mi corazón, porque estoy mirando no únicamente la rama amiga que me besa sino el valle entero.

Así quería yo tu amor: que me cubriera toda, que me poseyera toda, pero que me dejase mirar al mundo, verle el dolor, y amarlo, para consolarlo con canción. Pero tú querías darme un amor egoísta que me cubriera cegando mis ojos, velándome la tierra, haciéndome olvidar a los que gusto seguir con la mirada por los caminos.

## VI

Amo, amo, amo. Es decir, tengo hecha miel la sangre, hechos música los suspiros. Es la segunda vez que Dios pasa esa puerta. La primera fue cuando nací, y ahora que, por el amor, vuelvo a ser nueva como el recién nacido.

Si los hombres supieran, se detendrían a mi puerta por recoger el prodigio en una sola de mis miradas. Y si lo supieran las mujeres, traerían a sus hijos pequeños para que yo los toque con esta mano trémula del temblor de mi corazón.

## VII

Nos uniremos en una mirada sobre toda la belleza del mundo. ¡Oh, amor!, sobre la nube sonrojada de la tarde, que tú no pierdes mirando hacia el ocaso; sobre los musgos del camino que acariciaste al pasar; sobre el temblor luminoso del río, bajo el puente. Me mezclarás con toda la música de los violines, me oirás sobre la nota más aguda y me gustarás como un jugo de granadas.

¡A quién podrías extender sobre la tarde lacerada, sino a tu dolorosa!

¡A quién podrías mullir sobre los helechos altos, sino a tu dolorosa!

¡A quién podrías colocar sobre la piedad de tu plegaria, esta noche, bajo las estrellas, sino a tu dolorosa!

## VIII

Yo iba el otro día a la estación de Coquimbo, en viaje para La Serena, cuando al entrar me encontré con él. Como otras veces, traté de huirle. Me alcanzó y me dijo: Lucila, por favor, óigame. Tenía una mancha violeta alrededor de los ojos. Yo otra, un poco roja. La de él, pensé yo, es de lujuria. La mía era la del llanto de toda una noche. Lucila, me dijo, mi vida de hoy es algo tan sucio que usted si la conociera no le tendría ni compasión. Quizás quería contarme todo; pero yo no le contesté. No le inquire de nada. Lucila, le han dicho que me caso. Va usted a ver cómo va a ser mi casamiento. Lo va a saber luego. Siguió hablándome y acabó por decirme que en mi próximo viaje (que era en fecha fija) me iba a ir a esperar a la estación. No pudo ir. Se mató 15 días después.

¿Qué pasaba en ese hombre a quien faltaban diez o veinte días para unirse a aquella a quien, a juzgar por lo que supe, quería? ¿Qué alianzas son estas? Esas son las alianzas de la carne. A la carne confían el encargo de estrecharlos para siempre y la carne, que no puede sino disgregar, les echa lodo y los aparta, llenos ambos de repugnancia invencible.

En dos palabras cabe mi estado actual: no sufro. Se me ha derrumbado todo, y estoy tranquila, y tranquila sin estoicismo. Yo no sabía y no hubiera creído antes que el pensamiento pudiese liberarnos de todo. Así era: he pensado, he tenido un momento de lógica fría y me he curado de muchos dolores que eran sencillamente una necesidad mantenida con pretexto de hermosura.

## IX

Aquí quedó la tarde en que fui amada, las luces y las sombras de esa tarde, y su aire tembloroso de angelus. Perdura el árbol bajo el cual me miraste y el gajo de la rama bajo la cual fue el beso.

Aquí quedó una tarde del Señor. Todavía más de él porque miró el amor cumplirse.

Las tardes que vengan serán otras, tendrán otro modo de resplandor y de muerte. La que viene será de otros y no nuestra nunca más. Por una mano, esta tarde no moriré del todo, se prolongará todavía aunque escondió tras la sierra la sien ensangrentada. Con toda su dulzura de gota de miel, el crepúsculo se posó en el pequeño lienzo, con los surcos ya en sombras y con el temblor de nuestros pulsos. Tu amor se quedó aquí por misericordia hacia mi corazón que defendió de la muerte.

## X

Cementerio que lo recibiste, que infamado le hiciste un hueco en tu tierra, ¡bendito seas! ¡Cementerio que se abre al suicida ensangrentado!

Que tengas rosas, que tengas más rosas que otro, que no sabe amar. Que la misericordia te haga más fragantes los naranjos. Que su sien te dé más escarlata al clavel y más agudo el olor de la madre selva. Que la primavera se demore en ti. Que la tierra se vuelva más dulce porque fue bien madre y que yo llegue a ti un día para cubrir tu polvo de besos incansables.

Cementerio que, como mis brazos no lo rehusaron, ¡lo recibiste ensangrentado!

XI

¿Por qué te has dormido, si yo venía a decirte que te perdonaba? Yo venía a conversar contigo en este crepúsculo que se retarda sobre el cielo, en una larga misericordia de luz. Y te iba a hablar y a escucharte después hasta el amanecer. Y no íbamos a llorar más por el valle. Te traía el perdón, todo el perdón, y el amor eterno, el inacabable amor depurado de celos. Y estás blanco, emblanquecido de paz eterna.

No, no esperaste. No supiste que vendría. Y te tendiste en la tierra. Lo que no he podido decirte me quemará la boca y me oprimirá el pecho como una piedra. ¿Qué haré con mi perdón que no alcanzó a llegar a salvarte? ¿Qué se hace con el manojito de flores que te traía para la fiesta de nuestro amor?

*Cuaderno de Los Andes*

*(1914-1917)*

# Cuaderno de Los Andes

(1914-1917)



## I

Soy una maestra sin nada de arribista. Tengo una actitud de perfecta indiferencia para las personas que aunque en un círculo de esplendor se agiten no me interesan, porque no viven para las cosas que yo vivo. Vivo mi vida retirada y sin pretensiones en un pueblo, como Los Andes, intelectualmente infeliz. Aquí nadie o casi nadie lee. Gusto poco o nada del elogio en público. Me conmueve más una carta leal de un hombre o mujer de exquisito espíritu, que el artículo de diario en el que se alaba exageradamente.

Creo que yo recibí una misión en este pedazo de tierra: alejar del materialismo filosófico a algunos que más tarde tendrán actuación intensa en artes o educación. Me ha llamado la atención en el último tiempo un caso curioso: la gente a quien estimo, sin insinuación mía, se está dando a vivir vida honda, espiritual. Salas Marchán, por ejemplo, hombre admirable y director de la Escuela Normal J.A. Núñez, se ha enamorado de los místicos. Esto es significativo.

Pierre de Coulevain —me encanta esta comunidad de admiración— tiene en un libro esta frase: *Para juzgar a una mujer hay que saber cómo reza y cómo ama*. No estoy segura si la frase es suya. No importa. La cita merece tanta gratitud en este caso como la idea original. Eso vale por diez libros. Cómo reza y cómo ama. Y entre las dos cosas hay relaciones. Vio el lado maravilloso de la vida, como Maeterlinck, esta mujer. En verdad, todo concurre y de qué manera a veces.

## II

Los Juegos Florales me han sido la cosa más odiosa del mundo. Me acercaron a luminosos cerebrales que tienen el corazón podrido y que no conocen la lealtad. Me pusieron entre ellos y cada vez que entre ellos estoy, quisiera no haber sido nunca otra cosa que Lucila Godoy. Con evidencia del peligro, los he rehuido lo posible personalmente, pero, de todos modos, me han dañado más de lo que me han deleitado con su conversación, o con sus cartas, o con sus comentarios. Nada del mundo vale para mí lo que un buen hombre, un ser de corazón fresco y fragante que no chorree jugo verde de malevolencia. Si algo vale en mí, no es un mal verso o una mala prosa, es mi sinceridad casi desconcertante, mi lealtad para los míos, mi imposibilidad para herir a nadie cobardemente.

La vida ya fue para mí demasiado madrastra. Y me dejó este miedo, casi terror, de las gentes. Este pueblo andino en que a nadie conozco, es propicio a mi resolución de aislarme con mis heridas y con mis engaños. Soy tan huraña, tan fierecita de la montaña, hablando lengua, no otra, que la primitiva mía.

## III

A la semana de los Juegos Florales me duele un anónimo que me decía allí farsante. Pongo en lugar de esa palabra cualquier insulto, cualquiera, y me quedo tranquila. Nada he cuidado más celosamente que de ser presuntuosa. Y me he arrancado con pinzas calientes las pequeñas vanidades que me asomaban a flor de labios. De ahí que me exaspere la palabra farsante más que otra cualquiera.

¡Los Juegos, los Premios, la gloria. Nada!

## IV

Siento en mí un alma nueva. Como la naturaleza es sabia de un modo inconcebible, me dio el veneno de la verdad y me dio el remedio en formas sutiles. Veo con una claridad brutal a los seres, y no los odio. Se me han hecho transparentes los procesos de ciertas deslealtades, el manantial de ciertas cosas monstruosas, que yo llamé antes así, y que son naturales y simples. Es una maravilla que gozo día a día. Antes no ob-

servaba. Tenía la intuición y creía tenerla. En verdad iba ciega de idealismo, con una verdadera borrachera de sentimiento. Creí que la conciencia que vi en algunos seres sería el mayor suplicio y no lo es. Esta conciencia no mata la piedad, al contrario: con los ojos abiertos se compadece más, se es más delicadamente dulce. La única diferencia es que en la dulzura una no se da sino levemente. Viene una especie de pulcritud del alma, que aborrece el exceso por dañino o por ridículo, y una aparta los ojos a tiempo, se despidе a tiempo de los seres y las cosas.

## V

Mi enfermedad de los ojos (irritación por exceso de esfuerzo) me deja con 2 pares de anteojos: para leer y para andar. Detesto las caras con lentes, y Dios me castiga. ¿En qué no me ha castigado?

## VI

Hoy viernes, por fin, recibo carta tan esperada. Ya pensaba malamente que M.M.M. no me escribiría más. Yo le escribía, a pesar de todo, no para torcer su voluntad (he estudiado su silencio mucho y no le he hallado razón), sino para pedirle que de algún modo me hiciera saber cómo sigue su salud. Que al menos no me negara eso. Nada más que dos líneas, hasta que estuviera ya bien. No era una estratagema mía para "atraparlo", para procurar atraerlo, no. Lo aseguro con toda mi verdad. Aparte de esa Lucila que lo ha querido apasionadamente, hay otra Lucila que es capaz de interesarse por la vida de Manuel, por su vida, por su dicha. Así que me era absolutamente necesario saber si Manuel sana o se empeora.

Al menos, ahora, estaré menos intranquila y esta carta me trae un poco de dicha y de dulzura en el alma, y de esa fe que me pide el propio Manuel. Dos líneas, dos palabras. No exigía nada más.

## VII

Hay un cielo, un sol y un no sé qué en el aire para rodear sólo seres felices. ¿Lo seré un día? Cristo mío que me miras escribir, dame muchos días así.

## VIII

Ejercicio para cargar el dinamo:

Cada vez que uno siente cólera, pena, celos, etc., cualquier emoción baja, se toma una respiración profunda, sosteniendo el pensamiento siguiente: *Apropio toda la fuerza de esta emoción.*

Al retener la respiración, se mantiene el pensamiento siguiente: *Esta fuerza ahora es mía, forma parte de mi ser y yo dispongo de ella a voluntad.*

Al exhalar la respiración, se mantiene el pensamiento siguiente: *Doy paz al Universo entero.*

Se da paz si la emoción que se combate es cólera. Si se combate la pena, se da alegría. Y así, siempre se da (puesto que se ha trasmutado) la cualidad contraria a la emoción que se combate.

## IX

Siempre, siempre, hubo en mí un clamor por la fe y por la perfección. Siempre me miré con disgusto. Siempre pedí volverme mejor. He alcanzado mucho; espero alcanzar más. Pienso que la fe es un estado de vibración especial en la cual hay que ponerse para que el prodigio venga a uno o se haga dentro de uno. Este estado de fe se parece mucho a ese estado de arrobamiento que da el amor. De ahí que el que ama se parezca mucho al que cree y de ahí que la fe pueda llenar el sitio que el amor debió llenar en su alma. Santa Teresa y los místicos conocieron, dentro de la exaltación espiritual, el estado del amor como el más apasionado de los mortales; no les quedó ignorado ese estado. Lo conocieron enorme y arrebatador en sus éxtasis. ¡Se parecen tanto el rezar y el querer intenso!

El estado de exaltación en el que florece la oración, lo llevo yo a veces todo un día. Voy orando, orando. Mi corazón y mi pensamiento son una llama que clamorea al cielo por trepar hasta Dios. Y esos son mis días de dicha intensa. Será que riego las cosas de mi amor y gasto raudales de espíritu. Ello es que tengo después depresiones lastimosas. Y tanto como oí de luz cegadora veo después de entraña negra. ¡Caigo tan alto como subí!



## X

Yo vivo con poco. No como lo más caro: las carnes. Me visto pobrememente. Procuro tener de aquí a cuatro años un pedazo de tierra con árboles. Y me iré a vivir lejos de toda ciudad, con mi madre, si aún vive; si no, con mi hermana o con un niño que deseo criar. Tengo un ansia muy grande de descanso. Quiero leer mucho, estar sin la gente y sembrar y regar árboles. Es un deseo que se me hace a veces desesperación. La enseñanza es mecánica y es amarga. Yo que he trabajado desde los 15 años me he fatigado demasiado pronto. Esta conquista del pan ha sido para mí —antes— demasiado dura y estas cosas me han arruinado energías, alegrías, esperanzas, que hoy no puedo resucitar.

## XI

Imposible leer el Quijote, y en el año 1916, con el deleite con que lo lee gente "arcaica", a la que, posiblemente, le hable de cosas que son, todavía, su actualidad viva. Me guardo este pensar, bien guardado. Horrible sacrilegio tocar sin reverencia rayana en idiotéz ciertos huesos más santos que los de los santos. Y si quien lo dice en público es una maestra, habría antecedentes para destituir la.

Cosa perfectamente distinta me pasa con Shakespeare. Este es hombre para todos los siglos. Este es el artista universal y de todos los tiempos. Otelo anda por ahí; yo lo conozco. Y Hamlet, quién no lo ha visto en ciertas noches, en ciertas zonas del alma. Me parece inicua la pereza y el desdén con que se ha mirado su centenario en la América.

## XII

Más de una semana en cama. Fiebre alta en este invierno alto. La enfermedad me deja mal un pulmón y escribir me cansa enormemente. No puedo escribir de otro modo que echada en la cama. Tontería de la naturaleza. Pude enfermarme de las piernas, que casi no uso, pues no salgo nunca. ¡Pero de un pulmón! Debo dar miedo que me crean tísica. No hay cuidado: peso 80 kilos.



La *Revista de Educación Nacional* publica, en su último número, mis *Poemas de la madre*. Temo que espanten a las beatas, porque aunque son puros, son crudos.

### XIII

¡Tengo unas hambres de paz, de mucha paz, que no logro saciar! No iré a Santiago este mes de abril, mes de mi santo. Estoy muy cansada. Quiero recuperar fuerzas para mi labor, mi única razón de vida. A los niños me he dado y sólo para ellos guardo mi salud y mis bríos. ¡Soy una solterona enamorada de los hijos ajenos!

Comprendo el amor de algunos por las ciudades mayores. La ciudad es un vicio del siglo y, sin duda, hay refinamientos del espíritu que sólo pueden alcanzarse en una ciudad, florecimiento supremo de la personalidad que exigen la fiebre, el espectáculo soberano de dolores y pasiones, que sólo la ciudad da. Puede que un día yo la necesite imperiosamente. Soy mujer de enormes evoluciones. Hoy no la quiero. Más aún, me hace daño.

He aquí la cuestión: Hay dos puntos que me hacen desear una estada definitiva en Santiago: la Biblioteca Nacional, es decir, la facilidad para leer libros que necesito. Y los teatros, algunos, es decir, la comunión más continua con otras formas de belleza: la música, el drama. Dos grandes bienes, en verdad. Pero el reverso: lo que jamás me daría Santiago: Para vivir dichosamente, yo necesito cielo y árboles. Mucho cielo y muchos árboles. ¡Sólo los ricos tienen en Santiago estas cosas! Algo más que me robaría Santiago: la paz. Sería imposible aislarse del todo allí. Ando siempre en pensiones. Soy una huésped tan odiosa. No como carne y paso el día en la calle. Sólo en pensiones pueden tolerar todo eso. Y cómo envenena la vida la mala gente: ¡esos literatos santiaguinos! ¡Cómo se muerde y se hace toda clase de daños esa casta divina!

### XIV

Siento la desaparición de *Figulinas*. En las páginas de esa revista hay tantos primeros versos míos. Después de todo, es natural. No da Santiago para una publicación de indole netamente artística. Sólo un poeta

millonario, un Prado o un García Huidobro, puede, heroicamente, salir airoso en una empresa así.

## XV

Hay una montaña de desprestigio y de ridículo en Chile echada sobre las mujeres que escribimos. Hay razón en echarla. Sin exceptuar ni a doña Mercedes Marín del Solar, la mujer en Chile se ha extendido como las feas enredaderas en guías inacabables de poemas tontos, melosos y lagrimosos. Galega pura, insípidez lamentable, insufrible gimoteo histérico.

Y lo que nos ha perdido es la *pata* de los hombres. El elogio desatinado de esos hombres que no se acuerdan, al hacer sus críticas, de los versos escritos por tal o cual mujer, sino de sus ojos y su enamoradizo corazón.

Nadie tiene más interés que yo en que, al fin, demos algo las chilenas como ya han dado las uruguayas. Sé que la obra hermosa de una nos prestigiará a todas y cubrirá, siquiera en parte, las vergüenzas de tanta hojarasca loca y necia. Haga esa obra J. Inés, o B. Vanini, la O. Acevedo, y yo gozaré con la victoriosa. Y que alguna vez se tome en serio en Chile la producción femenina. Soy franca y llego a parecer ruda entre la comparsa galante y almibarada de los alaba poetisas. ¡Nunca perdonaré a los que publicaron mis primeros balbuceos con gran bombo, sin ortografía y con pésimo gusto!

## XVI

Cada día me vuelvo perezosa. Enfermedad más trabajo más dejación total: pecado de pereza. Me salvan las lecturas de Amado Nervo en cada día y en cada llanto mío. Con sus versos en mis labios yo fui hacia el amor, ellos me ayudaron a querer. Y cuando se fue el amor, ellos también me ayudaron a sollozar de modo sosegado y acerbo.

Qué extraña me siento y con un temblor incontenible en las manos. Para espantar un poco esta ternura angustiosa, busco esta cosa helada y antipática que es una máquina de escribir, y pongo en filas correctas lo que de mi mano sale irregular y sacudido. ¡Ay, Nervo!, místico dolorido

y sereno, y a quien debo el alma posiblemente tanto como a Dios, o más, ya que esta alma mía de hoy es otra cosa que la que traje a la vida.

## XVII

Asunto muy en secreto el que tengo, y como tal me lo han contado. Pero yo soy mujer, y me pica la lengua por divulgarlo: Juana Inés de la Cruz (o Luisa Anabalón Sanderson) me envió su reciente libro con una muy halagadora dedicatoria. Le contesté en cuatro líneas, pero muy cordiales. Sin grandes elogios, pero sin frialdad, con intención fraterna. Dicen que esas líneas le hicieron el peor efecto, por su brevedad y por lo diluido del elogio.

Así las cosas, un chismoso me instó con majadería suma a que le dijera lo que pensaba del libro. Me excusé tres veces. Al fin hablé. No dije nada grosero ni irónico. Dije que me parecía que hay en J. Inés temperamento artístico verdadero, que aún no da su expresión acabada. Dije que el libro no me había dado emoción alguna. Agregué: Algunos explican por ahí que son rimas muy sutiles. A mí las cosas muy sutiles se me escapan. Dije: Se parece a todo eso que hasta hoy hemos escrito las mujeres de América, excepción de una enorme Delmira Agustini.

El chismoso llevó eso y —quiero creerlo así— lo abultó y lo condimentó, ello es que (él mismo me lo contó) la Srta. Juana Inés lloró y dijo, ella a su hermano: "Gabriela me tiene envidia. Mi libro lo juzgaron Fulano, Zutano, Mengano que saben más que ella. Envidia pura". El chismoso probablemente condimentó las palabras de J.I. como las mías.

¡Yo envidiosa! Si no fuera zonzo, eso sería perverso. Tengo una facultad de admirar tan intensa y hermosa, que es lo mejor que Dios puso en mí. He dicho mi elogio cálido a las mujeres talentosas de mi país. Escribí largo y fervoroso sobre la Sra. A. Labarca H.; presenté a *Familia* a una Srta. Acevedo a quien no conozco, pero a quien creo capaz de dar belleza mañana; Iris sabe cómo la admiro; sufro pensando en la dulce Shade. Respecto a las de afuera: mi devoción por D. Agustini. La nombro como quien nombra a un grande amor. Tengo un fanatismo por esta artista enorme y fatal. Nadie ha admirado más a la ardiente uruguaya, entre las de su sexo.

Enemiga de pelambres "de comadres" deseo que no se me cite ante J. Inés. No hay para qué molestarla. Honrada yo como la que más, cuando dé un libro hermoso (y espero que lo dará un día) diré que lo es, y me

descubriré ante ella, sin que influya en mi juicio el infantil cargo que me ha hecho.

## XVIII

Ordeno un volumen de versos escolares. Ojalá se publique a mediados de este año. He querido hacer una poesía escolar nueva, porque la que hay en boga no me satisface. Una poesía escolar que no por ser escolar deje de ser poesía, que lo sea, y más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón, más estremecida de soplo de alma.

Después de ése, mi primer libro (con prólogo del poeta Víctor D. Silva) vendrá otro con versos de otra índole, compañeros de *Los sonetos de la muerte*. Yo no me explico el amor sino por los muertos, que ya no pueden traicionar ni desgajar la ilusión.

## XIX

A un joven enamorado mi consejo de vieja enamorada también: Guarde los jugos de su corazón para uno o dos grandes amores que le beban la vida. No se desmenuce en aventuras. Cuando se dé, dése bien. Como cuando se pasa en tren, mirando cien paisajes, no se queda la gloria de ninguno de ellos estampada en las retinas. Cuando la vida se pierde en amoríos breves e insípidos se ha de llegar a la vejez sin llevar un gran recuerdo —pan deleitoso— que la llene, y la entibie, y la libre del hambre espiritual. Un grande amor es una cumbre ardida de sol. Las esencias más intensas y terribles de la vida se beben en él. El que quiso así, no pasó en vano por los caminos de los hombres. Hay algo peor que la mujer impura, y es la insípida. Húyala.

## XX

No todos conocen lo que es vivir buscando el pan de los nuestros desde joven. Conocen, tal vez, la lucha del hombre, que es más liviana siempre y que hasta tiene hermosura. No saben, y yo lo cuento aquí, lo que significa vivir cuando se es mujer y cuando se tiene una repugnancia por la bajeza, que es herencia terrible.



Una vez, estuve yo en la plaza de Coquimbo, en traje de iglesia, a punto de entrar a casarme con un hombre a quien no sólo no quería, no estimaba siquiera. No iba a casarme por interés; era tan pobre como yo. Iba a casarme solamente por tener junto a mi un hombre que supiera contestar a un ultraje de hombre, golpear la boca de un bribón, matar también, si era necesario. El sabía que yo no podría quererlo nunca. Aceptaba, sin embargo. A tiempo medité bien; vi que, por evitarme una tortura, iba a crearme otra diaria y retrocedí. Pero yo no olvidaré nunca esa espera a las puertas de la iglesia, con un hombre a quien respetaba por fuerte y por honrado; pero al que no hubiera podido ni mirar con ternura.

Hasta ese punto puede llegar la amargura de la vida en mis condiciones. Por eso no puedo perdonar a mi padre todavía. Su falta de ayuda material a la casa la he olvidado; este desamparo espiritual, inmenso, este ir sola entre las gentes hostiles y perversas; diez cosas como la que cuento que yo culpo sólo a esta falta de apoyo moral de un hombre, no la perdonaré nunca.

Desde los quince años yo trabajo. La primera vez que enseñé tenía, recuerdo, un alumno de 16 años, mayor por uno que yo. A los 20 años tenía la misma fisonomía de hoy, porque salen al rostro las preocupaciones del hogar que hay que sostener, en el que se es todo: marido, padre y hermana.

Hace seis años me encontré con esta alma sana y noblísima que es mi jefe de hoy, doña Fidelia Valdés. Me levantó, sin rebajarme, con una caridad pomposa y podría decir que, fuera de ella, no debo a nadie ni un mal pan negro. ¡Las lepras de la montaña! No todo es égloga de Virgilio en este mundo.

## XXI

En el donoso valle de Aconcagua, a dos kilómetros de santa Rosa de los Andes, se encuentra Pocuro, aldeúcha de unas cuantas centenas de habitantes. Las geografías se cuidan poco de anotarla; los turistas que llegan a la ciudad de Los Andes por hacer excursiones a la montaña, rica de laberintos sobrenaturales, no van a Pocuro, porque nadie les habla de él; la misma gente ciudadana suele ignorar ese recoveco de su valle, que al cabo tiene muchos iguales, jugosos y bonitos. Casi nadie sabe que ese pueblucho lleva aureola histórica y que se merece la visita, y también la peregrinación. Allí, en Pocuro, vivió y enseñó Sarmiento.



En su primera escapada hacia Chile, Sarmiento tuvo que peonear en la Cordillera como barretero, yo no sé si por atravesar la montaña sin dar sospechas, o porque no llevaba blanca en el bolsillo, al igual de cualquier emigrado. Llegando a la primera ciudad, a Santa Rosa de los Andes, pensó quedarse allí un tiempo, buscar medios de ir viviendo, observar la situación de Chile y pensar más tarde en el viaje a Santiago.

¿Qué había de pedir él que no fuese una escuela? Llevaba a la escuela más que a Facundo atravesada en el pensamiento, y la imagen del pan suyo y la del pupitre escolar se le hacían una sola pieza; la escuela se le venía solita al alma, como el halcón al puño del cazador. La pidió, pues; era un extranjero, con la añadidura de desterrado. Las autoridades revisaron de una ojeada al pedigüño, revisaron el cuadro del servicio y le ofrecieron lo disponible: el pobre Pocuro, que apenas juntaba treinta niños para su escolita, si es que los juntaba.

Yo no sé cuántos años se quedó allí Sarmiento: me han dicho que uno, me han dicho que dos. Siempre es mucho para que esa estación de su vida se olvide tanto en las biografías. Cuando pude, averigüé entre las gentes de Pocuro sobre esa "pasada" y conseguí saber poco; y lo sabido, contradictorio. Tres veces fui a pie desde Los Andes a mirar la casa del maestro Sarmiento, y más cosas me dijeron la construcción despotrada y el paisaje circundante que los que viven en las vecindades.

La casa es fea y no ha debido ser mejor: la escuela del tiempo, chata y pesada como la duna; construida en unos adobes que la mucha y la poca agua se llevan; creo que techada de totora chillona que se calienta en verano, pero que se llena de bichos; con un patio pelado que apisonaron los niños, y donde sólo se ve el clásico poste donde se amarraba el caballo. Para sala de clase bastaba un cuarto; para habitación del maestro soltero, otro cuarto.

En ese rincón chileno de llorar, adonde no llegaban periódicos ni gentes con quienes cambiar un comentario argentino; en ese grupo de casas al que se llamaba aldea dándole promoción, vivió un tiempo un maestro vital, amigo de la escuela-palacio, amigo de la asamblea en que dar su salto de tigre sobre el malo o el adormilado, verdadero amigo de la ciudad de los hombres.

La majestad épica del paisaje, la limpieza esplendorosa de la atmósfera, la blandura femenina de la vegetación; aquella caja luminosa, violácea abajo, blanco-fulgurante arriba, formada por cerros soleados, han debido confortar a Sarmiento en los largos meses de la pobreza pasada en soledad, que es la peor pobreza.

Esta naturaleza de fuerza en la altura y de regaloneo en el valle, ha debido volver soportable a Sarmiento su doble destierro: el de la Argentina y el de la vida urbana que era su preferencia. Si al pobre Pocuro de una sola calle y de memoria de tiza, le decimos alguna pesadez porque no se dio cuenta de su hombre ni procuró ayudarlo, tal vez nos contesta que le hizo más sangre en aquellos meses y le dio empuje para que después se peleara con los adulones de Bello o con los inocuos Domingo Godoy, cuando llegase a Santiago.

Don Pedro Aguirre Cerda, hacendado y profesor, que es dueño de la tierra de Sarmiento en Pocuro, hablaba una vez conmigo sobre esa reliquia americana que no hemos honrado con honra grande ni pequeña: ella no ha merecido ni unas horquetas que la mantengan en pie algunos años. Hablamos de fundar allí una Escuela-Granja Sarmiento, excelente en una zona ruralísima, y si no pudiéramos ambos en la empresa, traspasar al Gobierno la obligación, bastante imperiosa.

Mi amigo Aguirre retiene su promesa, y yo creo que su libro reciente, *El problema agrario*, cuya edición él destina a una escuela-granja en que ambos guardaríamos la intervención entera, busca juntar buenos dineros con esa finalidad.

El disgusto de la miseria escolar, así en la roña didáctica como en la pobreza de la casa-escuela; la cólera hacia la dejadez americana, hecha de ignorancia y de sensualidad; el desprecio con escupitajo de los matones de la provincia que, no sabiendo hacer, tampoco dejaron hacer; el hambre furiosa de la biblioteca pública, sufrida en los puebluchos donde la noche es más larga para gozar narración y los sentidos están más limpios para recibir y comprender; el ímpetu elefantino que empujó la cultura de las capitales hacia el desierto verde, todo esto que en bloque se llama "el hombre Sarmiento", ¿no lo conoció él y no lo padeció en la soledad de Aconcagua, delante de un pupitre descascarado y de la modorra de mi gente chilena emparentada con su gente argentina del tiempo?

## XXII

### Cartilla de instrucciones

#### *El papel:*

Por razones de higiene se debe preferir el papel ligeramente amarillo y tinta negra, y rechazarse el papel satinado porque el reflejo es perju-

dicial. El papel debe tener un grosor suficiente para que no traspase la escritura de una cara a otra.

*El lapicero:*

El grosor y el largo del lapicero debe ser proporcional. La pluma no se debe quemar antes de escribir porque el acero de que está fabricada pierde el temple y se descompone luego.

*Papel secante:*

Se usa para afirmar la mano cuando se escribe a fin de evitar el desaseo en los cuadernos, principalmente a las personas que le transpiran las manos. La plana se secará solamente cuando se termina o cuando ha concluido la clase.

*La tinta:*

Debe preferirse el color negro y adherirse bien al papel a fin de que los cuadernos tengan buena presentación.

*Modo de sentarse para escribir:*

En la escritura normal la cabeza debe estar bien equilibrada sobre la columna vertebral. La frente ligeramente inclinada. Los ojos separados del papel por lo menos 35 cm. Los hombros a la misma altura. La distancia de la parte anterior del tórax a la arista del banco permite bien el ejercicio de los movimientos respectivos. El tronco del estudiante derecho. Los pies apoyados en el suelo, en toda su extensión, cuidando que el derecho esté más adherido que el izquierdo.

*Las letras:*

Se deben agrupar según el parentesco. Es decir, según los rasgos comunes que hay en ellas.

*Las ciencias:*

El estudio de las ciencias tiene por objeto colocar al niño en contacto directo con las cosas y fenómenos de la naturaleza. En esta enseñanza se cultivan también los sentidos y se desarrollan las facultades del niño, pues él es obligado a ver y pensar sobre las cosas que le rodean y a expresar con claridad lo que ha visto, interesándose poco a poco hasta la simpatía por esa naturaleza que le rodea.

En lo posible la enseñanza de las ciencias debe hacerse en la forma más intuitiva. En zoología como en botánica se debe elegir como intuición el objeto natural y si esto no fuera posible, objetos embalsamados y cuadros. La materia debe tomarse con preferencia de la Patria. Y el Profesor deberá elegir, entre los temas, los propios de la región en que esté ubicada la escuela y en los alrededores.

*Lecturas:*

No es necesario que el profesor lea antes a los alumnos. Lo hará cuando los trozos sean muy cortos o difíciles y siempre que los jóvenes lean mal. Otras veces bastarán las correcciones mutuas de los alumnos y las observaciones del profesor, o la lectura que éste haga de una parte del trozo. En los demás casos hará leer directamente a los discípulos. Primero los más aventajados, después los más tímidos, salvo en las repeticiones y cuando los trozos sean muy fáciles, pues esto último sería una oportunidad para hacer leer en primer lugar a los más débiles.

*Tratamiento de una poesía:*

Lectura de la poesía, por el maestro.

Explicación de voces y sentido de las estrofas.

Lectura de la poesía por los alumnos (una estrofa cada uno). Reproducción dialogada.

Aprendizaje de la poesía (por estrofas, cada estrofa por periodos).

Análisis literario (practicarse oralmente en toda composición de mérito evidente).

## XXIII

Tengo el descubrimiento de un tesoro: el de la tierra de Dios, que me da una paz casi sobrenatural, un sosiego que tiene algo de infinito. Trabajo en un huerto menudo, chiquito, haciendo hortaliza y jardín. No sé decir el encantamiento que me da este ejercicio nuevo, el olvido de mis penas, la creación de una nueva vida, que le pido a Dios me conserve.

Mi sueño es malo. Duermo apenas tres horas, y eso es daño grande para el cerebro, que no descansa. Quiero hacer, antes de morirme o de entrar en la vejez, una escuela según mi conciencia religiosa, agrícola y de programa simple, para siete niños muy pobres que coman conmigo, y trabajen conmigo el suelo. Así alivio mi corazón.

## XXIV

La vivificación de la flora teresiana dentro de mí es un gran momento de mi vida: la animación de Santa Teresa en mí. Poner el cielo en notas; en palabras no cabe, las rebasa. La escalera de Jacob que deja subir las almas por ella, desprendiéndolas de la atolladura de cieno. A mí me den



esa escalera, que estoy pronta, aunque no sea digna. Lo merezco sólo porque, como Pascal, voy buscando a Dios con mis gemidos.

## XXV

Me acuerdo de una de mis cinco Nochebuenas de Los Andes, que se me ha hecho un bloque. El paisaje es cosa tan fundamental que no se muda realmente de sucesos sino cuando se cambia de paisaje. El cielo de constelaciones como licuadas, el aire generoso de doscientos huertos frutales que ciñen la pobre ciudad, y sobre todo la montaña unificadora de toda cosa, me cuajan una sola Navidad.

Noche tan cálida es la de diciembre que los niños no entienden el frío de Jesucristo en Belén y es justo que no lo entiendan; noche, además, tan asistida de frutos en cualquier mesa, aun la pobre, que tampoco entenderían si se les contase que la diosa azteca de los frutos, o Pomona sencillamente, fue a ver al Niño llevándole una guirnalda terciada de frutos del hombro a la cintura, duraznos ardiendo y damascos capitosos, y que la pagana se cristianizó allí mismo.

Grandes y muy terrenales esas constelaciones de diciembre, casi una cosa de coger. Nunca fueron para mí en la infancia lo que es la estrella para el hombre de la llanura, divinas por lejanía y desasimientos de nosotros, sino una como rama más alta del árbol del mundo, bien de la tierra, bien mías, por lo tanto. Me hubieran contado a los cuatro años el culto del árbol de Navidad y yo tomara por eso el cielo suntuoso del valle de Elquí —el mismo de Los Andes— con la familiaridad de la naturaleza que tuve de niña y que me ha crecido hasta hacerme el compadrazgo juguetero de hoy.

Me veo con una banda de niños esta noche. No eran las burguesitas de mi escuela, las de comer jamón y torta mórbida a esta hora; eran "los otros" de los barrios en que esta noche es como todas; niños sin ninguna fábula del pesebre, cuatro añitos y siete añitos a los que nadie ha contado la gesta sobrenatural del buey y el asno sin gestas, la fortuna de unos pastores despertados por ángeles y la gran aventura de la tierra misma, de sentir lomito divino encima de ella; niños sin Selma Lagerlöf reciben la dicha de mano de la imaginación que es madre rica.

No me acuerdo de mí misma en estas Nochebuenas andinas; ignoro si yo tenía oración verdaderamente cristiana para el pesebre en esos años capitosos en que, echada contra un árbol, yo era un tronco



alentador no más, y en la cordillera partida como un gran toro de sacrificio, una especie de agua despeñada que no se mira a sí misma. Pagana, y bien pagana, que se había metido por la fuerza en el zapato de fierro de un budismo con el que al fin no pude más; eso parece que haya sido yo por aquellos tiempos.

## XXVI

He vivido aquí los seis años más intensos de mi vida. Todo se lo debo a este sol traspasador, a esta tierra verde y a este Aconcagua, río tan mío del Aconcagua. Hasta tal punto fijé mi corazón en este paisaje hebreo de montañas tajeadas y purpúreas, que quiero llamar a Los Andes mi tierra también nativa, la tierra de mis preferencias. La otra, Coquimbo, ni me dio jamás la misericordia de esta paz ni fue para mí otra cosa que un sorbo renovado de salmuera y de hiel.

Y no es solamente que aquí haya escrito casi todos mis versos. Es, por sobre todo, que aquí me han dejado ser la maestra que Dios quería de mí. Esto es lo único digno de contarse: he enseñado seis años en un liceo bajo la dirección de una educadora (señorita Fidelia Valdés) cuya vida profunda y pura ha puesto en mí los breves toques de luz que mi conciencia mira en mí misma. No tengo el remordimiento de haber robado nada en mi escuela. La literatura jamás fue un fin para mí. El colegio me ha bebido toda la juventud. Mi sensibilidad, mi pequeña cultura, mis grandes entusiasmos, todo lo he dado a la profesión. Soy pobre. Este tesoro de juventud era mi único tesoro y se lo entregué de una manera absoluta.

Ha sido un ministro andino, don Pedro Aguirre Cerda, quien trajo hasta mi rincón de montaña el ofrecimiento de un ascenso. Se trata de un educador altísimo y de un político que es toda una hermosa figura moral. Y acepté la honra que significa un nombramiento que lleve su firma. Con esa honra me voy ahora a la patria magallánica.

# Cuaderno de Varia Lección

(1918-1921)

## I

A pedido del Ministro de Instrucción (el futuro Presidente Aguirre Cerda), fui nombrada directora del Liceo en Magallanes, y navegué hacia las grises postrimerías chilenas. El encargo que me diera mi venerado amigo era doble: reorganizar un colegio "dividido contra si mismo" y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabundaba.

Tenía el señor Aguirre el mejor corresponsal para conocerse los problemas de la tierra extremosa, como que moraba en Punta Arenas su hermano, el doctor Luis Aguirre. Así, Magallanes no era en su cabeza unitaria ni un charco de bruma austral ni la enfiladura de pingüinos de que habla el "Manchester Guardian". En sus conversaciones él me daría la Patagonia con la precisión de una carta geográfica.

El primer encargo se cumplió pronto; el segundo era más complejo para mujer. Pero un equipo de hombres de cultura me ayudó a ver y entender los "nudos" del caso magallánico-antártico, zona dura de vivir, pero materia fascinante para el chileno.

El profesorado que llevé resultaría bastante apostólico, puesto que se decidió a vivir largo tiempo en el país de la noche larga. Gracias a él nuestro Liceo abriría una Escuela Nocturna y gratuita para obreras —el analfabetismo era subido en la masa popular—. Mis compañeras iban a enseñar al más curioso alumnado que yo recuerde. Menos defendida del hielo que el hiperbóreo europeo, aquella buena gente —mujeres y hasta niñas— llegaba sacudiéndose la nieve al umbral y entraba a la sala con el hálito hecho vaho, dándonos el rostro rojo y duro que hace el frío, una piel parecida al pellejo del pececillo rojo.

Después de la hora del Silabario, yo daba otra de "conversación". Incrédula como hoy de la "pedagogía pura"; recetas de maestros entecos,

yo me pondría a hablarles de su propia vida, de las contingencias que se trae el vivir entre los elementos hostiles —hielo y puelche—, y de la obligación de ver la unidad, “contra viento y marea”, a pesar del tajo del mar enfurruñado y el desparramo loco de islas.

Una noche vi llegar gente extraña a la sala y sentarse hacia el fondo, familiarmente. Daba yo una charla de Geografía regional; me había volteado los sesos delante de aquella zona de tragedia terráquea, hecha de desplazamiento y de resistencias, infierno de golfos y cabos y sartal de archipiélagos.

Al salir, el grupo forastero se allegó a saludarme. Dos reos políticos del Presidio de Ushuaia habían sabido de ese curso nocturno y tan informal, quisieron ir a verme, y se les sumaron unos chilenos inéditos para mis ojos.

Sentados otra vez, los seis u ocho, me contarían la escapada de los corajudos, los trances de la pampa y el nadar las aguas medio heladas; husmeando entre matorrales encubridores, hasta alcanzar la ciudad de Punta Arenas.

Yo miraba y oía a los fugitivos, con novelería de mujer lectora de aventuras, pero, sobre todo, devota de Ghea, nuestra madre, y de sus “claros misterios”. Los ojos se me quedaron sobre los dos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos...: eran el aborigen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre.

Mis huéspedes volverían solos después, y traerían a otros más, calculando siempre la salida de las alumnas nocturnas, para hablar a su gusto, mudos que soltaban la lengua en perdiendo el miedo y que regresaban para no cortar el relato, por “contar muchísimo más”.

Fue allí donde yo toqué pueblo magallánico y patagón. Podría haber vivido diez años sin contacto con él: el corte entre las clases sociales era allí grande y vertical. Y esta novedad de los ojos sería más un repaso de facciones exóticas y un oír la jerga de oficio inédito; sería el de aprenderme la zona feérica.

Porque ellos conocían en sus tres dimensiones el territorio extremo y además el aquarium ante-polar, al cual la humanidad vislumbra apenas en libros raros o estampas insípidas.

Ellos me contarían las Islas de la danza pàvida en torno al remate del mundo y después de ellas, “las Mayores”, a las que “no se daba fin”. Estas serían la Tierra y el llamado “Casquete del Mundo”. Y todo lo daban, revuelto con las aventuras de percances polares, en seguimiento



del “lobo de dos pelos” y de bestias que casi veo, pero que no sé mentar después de los treinta y tantos años...

## II

La vecina, lavandera, persona muy tranquila, me dijo hoy que iba a llevar a un diario cierto reclamo sobre las alumnas de la Escuela Nocturna, que pasan lanzando piedras y le han roto un vidrio. En este momento pasa un grupo de muchachos —no me consta que sean alumnos— y tiran una piedra a los altos del Liceo, cerca de una ventana de mi pieza. Días antes, ya la Profesora del Curso Primario me había manifestado la conveniencia de pedir a los profesores algunas recomendaciones sobre la forma en que salen los alumnos. Suelen molestarla gritando al pasar por el frente. Por esto, yo he anticipado en 10 minutos la salida de las niñas.

Sé más que nadie que no cabe responsabilidad a los maestros en estas cosas, casi inevitables, explicables en todo caso, en niños; pero quizá algún consejo, una reconvención serena y amistosa para evitar comentarios.

## III

Una mamá quejosa me escribe por mis *Canciones de cuna*. Se queja de la simplicidad y el descuido de mis menudas estrofas. Lo que yo he dicho tiene otro acento: la canción de cuna ha de ser como la gota de agua, divina en su simplicidad y en su descuido. Ligera como el rocío que no alcanza a doblar la hierba; esa estrofa es, sin embargo, más difícil de hacer que un elegante soneto. También he dicho: hagamos las canciones de todas las madres, hagámoslas vulgares, las que el estribillo ingenioso hace prenderse fácilmente en el labio humilde. Y hagamos también las otras, las sutiles, que poco a poco irán siendo comprendidas y amadas. Y agregó: haremos también las canciones sutiles, porque es una forma de desprecio al pueblo darle la belleza inferior, la torpeza rimada.

Como hay mamás y mamás, yo recibo esa carta como un elogio, porque no es una carta literaria. Elogio generoso que no consagra ni exalta vanidades; es una voz de ternura, y yo recojo esta ternura que los buenos me dan a mi paso.



La mamá quejosa de mis pequeñas canciones tiene una ventaja enorme sobre mí: es mamá auténtica. Yo, en cambio, soy mamá de ensueño, o de broma, si se quiere. Ella es de "las llamadas y, a la vez, elegidas". Yo soy de las no elegidas de que habla el Evangelio.

Pertinaz en esto como en todo, testaruda como buena hija de campesinos, yo sigo buscando lo que llamo simplicidad a través del arte. Y soy también como la quejosa: ¡Cuándo se harán los verdaderos arrullos en nuestra pobre lengua, sin literatura infantil; cuándo se harán bellas y hondas para que no sean la cosa grotesca que son hoy, y signifiquen respeto al niño, que es la suma belleza! ¡Cuándo seremos más artistas, para que nos repugne la vulgaridad fea en todo, pero, sobre todo, en el arte! ¡Cuándo seremos tiernos, y no secos de alma, para comprender la voz tierna y la intención piadosa! ¡Cuándo haremos más y desdeñaremos menos!

Al menos, me digo ahora, que los cantares de cuna deben ser soporíferos, para que hagan dormir más pronto al niño.

#### IV

Tenemos feriado hasta el lunes. Me he quedado en cama porque he tenido una de mis congestiones cerebrales, leve, leve. Días de enorme depresión espiritual, que no sé si achacar al invierno que empieza o a los contratiempos del colegio. Me alivio un poco leyendo una obra recién traducida de Gorki: *La madre*. Es como el génesis de la revolución rusa y es la lectura que me ha removido más en el último tiempo. Son 700 páginas, más o menos.

#### V

Magallanes casi no es Chile; estamos como al margen de la vida nacional. Sólo así puede explicarse lo tardío de todo. Para las Navidades llega lo que debió llegar para el "18". Pero estoy en donde estoy con un último invierno que se va y que me trató un poco mal, pero soy fuerte. Me entretiene *Billiken*, la revista que Constancio Vigil dirige en Buenos Aires. Necesita láminas y literatura infantil, y le colaboro desde Chile. El 10 de enero quedo libre; el 15 salgo para Última Esperanza: se me alarga el territorio. Me iré cualquier día y me llevaré estos paisajes y desolaciones.

Es este año el de la Pascua del mundo: nos está naciendo "en un pesebre" la libertad. Así la siento. (25 de diciembre 1918).

## VI

El Año Nuevo de Magallanes se me ha fundido y no sé despegarlo. Me acuerdo de la granja perdida en la pradera desatada; cuarenta kilómetros a norte o a sur para encontrar una majada. La elemencia de la estación la goza aquella gente como nadie después de un invierno que, a fuerza de mal, parece creación del Diablo y no jornada natural de la tierra; quieren poseer las noches tibias y las pasan al descampado.

Estoy viendo al grupo patagón y al medio una sola extraña. Estamos sentados en torno de un fuego grande que alumbrá hasta donde puede esa llanura en que yo, hija de quebrada, aprendí el goce y la dignidad del espacio. Hay un poquito de niebla vagabunda, de esa que en invierno se vuelve una emboscada para el que camina y le dá la ceguera, pero que en verano, cuando llega a cuajarse, es una niebla en derrota, que corre bajo aquí y allá como un perro golpeado, y se mete al fin en un matorral que la guarda.

Los demás asan el consabido cordero, y yo lo llamo de Abraham, porque el paisaje merece la mención. La patrona limpia la buena porcelana en que la lonja luzca y que a mí me sobra, porque la comeré, lo mismo que Abraham, a pura mano habilidosa y robusta mordida. Me entiendo yo con el negocio del fuego, que es el único menester de los de una cena que yo conozco, y lo cumplo a lo mágico, cuidando de que la llama sea grande, y además que sea hermoso, como debió ser el fuego de las acciones de gracias, un poco fanfarrón, de puro ancho y crepitador, y con una cresta pura que sería la lengua del agradecimiento.

Cortar el cordero es para aquella gente un rito importante, aunque lo repitan cada semana, y el descuartizador adquiere en aquel momento preponderancia de héroe sobre los comilones sentados. Distribuido el cordero, que ahora sí fue de oro, la patrona coge el cuchillo del trance, lo enjuga en el mantel de damasco y me lo pasa como su regalo de Año Nuevo. Es un cuchillo grandote, de hoja bastante bruta, que habrá rebanado unas mil gargantas mullidas de corderitos. Pero el mango es cosa de ver: entero de plata indudable, de grave plata labrada por buen plateero y que tiene musarañas que a mí se me ocurren unas patitas cruzadas de huemul o al menos de chinchilla.

Como yo me sonrío volteando el cuchillo y cuando me lo acuesto en las rodillas suelto una risa grande, la patrona me pregunta si ella ha hecho una majadería dándomelo. La sosiego, diciéndole que "eso" lo mismo corta la carne que el pan. Antes de que me corrijan el regalo, yo tomo la "telera" tostada, que en el suelo parece una rebanada de tronco también, la telera que se amasa para la semana, y la parto con unos cortes briosos y petulantes, y que me hago celebrar del grupo. (No hay elogio que más nos plazca que el que nos dan precisamente por una cosa que hicimos bien por casualidad...)

Me cuentan ahora la caza de las lindas bestias patagónicas y yo oigo embobada, atizando el fuego que mientras más se aglutina la noche va pareciendo más extraño y más heroico. El olor del robusto yantar se mezcla con el de la parva de leña devorada; cuando la buena pira se tumba por un tronco que cae, yo me levanto a enmendarla con dos troncos más y, entonces, miro la noche ahora más poblada por aquellos perros vagabundos en la niebla, que se acercan al grupo.

## VII

Carta a Pedro Aguirre Cerda: Muy respetado señor: He recibido un telegrama de usted respecto a gestiones que hace para obtener mi traslado a La Serena. Lo contesté, dándole brevemente algunas razones que me harían ingrato este nombramiento. Le ruego perdone la extensión de ésta: hace mucho tiempo que deseo, a usted que es la persona a quien todo lo debo en mi carrera, contarle algo de mi vida, y de mis ideas, porque debe conocerse a quien se ayuda, y usted ha ido muy lejos en su generosidad prescindiendo de este conocimiento.

Mis estudios en la Normal de La Serena me los desbarató una intriga silenciosa —con la que se buscó eliminarme— por haberseme visto leyendo y haciendo leer algunas obras científicas que me facilitaba un estudioso de mi pueblo: don Bernardo Ossandón, exdirector del Instituto Comercial de Coquimbo. Ya escribía yo algo en el diario radical *El Coquimbo* y solía descubrir con excesiva sinceridad, mis ideas no antirreligiosas, sino religiosas en otro sentido que el corriente. Achaqué, lo que me ocurría, a muchas cosas, menos a la verdadera.

Hace muy poco la exdirectora de la escuela, hoy mi amiga, me contaba que el profesor de religión del establecimiento fue quien pidió se me eliminara como peligrosa. No salí expulsada; se me permitió ren-



dir mis exámenes hasta finalizar mis estudios. Un amigo viendo que era imposible que pudiera estudiar con provecho sin profesor, pidió a doña Ana Krusche, directora del Liceo, me diera una inspección con la condición de permitirme la asistencia a algunas clases. Fui nombrada inspectora y secretaria.

El profesor de la Normal, presbítero M. Munizaga, hacía también clases allí y tenía mucho ascendiente sobre la directora. Me hizo ella una observación dura respecto a mi *ateísmo*, y a ésta siguió otra sobre mis tendencias socialistas. Me acusaba de lo último por haber procurado yo la incorporación de niñas de la clase humilde, cuyo talento conocía para las que el liceo estaba cerrado. Con estos cargos, buscó ella un discreto modo de eliminarme: no me dio trabajo. Por delicadeza, renuncié.

La situación de mi casa había cambiado mucho, y yo tenía que sostener a mi madre. Una sola vacante había en instrucción primaria, y la acepté con este desprecio absoluto que todavía tengo por las jerarquías dentro de un servicio en que no hay, en verdad, sino categorías morales e intelectuales. Fui a una escuela rural, a una legua de Coquimbo. Estuve allí dos años y vine a Santiago a dar mi examen final en la Normal N° 1 por cuanto la de La Serena no me daba garantía alguna de honradez.

El personal de aquel Liceo, excepción hecha de los profesores y de la señorita Fidelia Valdés, se hizo solidario de la injusticia de su jefe. Conoció, en pequeño, toda la maldad de los fanáticos, pues se me aisló.

Tres manchas tengo hasta hoy para esa gente que no ha evolucionado, porque, para mi tierra, la Colonia no pasa todavía: mi democracia, mi independencia religiosa y mis servicios en una escuela rural.

En un telegrama particular se me dice que se piensa reorganizar el Liceo. Si así fuera, creo que toda remoción de profesores que hiciera yo por justicia la achacarían a venganza.

Mi mamá vive allá. Pienso que puede haberse dirigido a usted con este pedido de traslado y que en eso tengan su origen sus gestiones. Ella es muy apegada a su tierra; yo le tengo un profundo resentimiento y no he querido ir a ella hace diez u once años.

Sin embargo, si el nombramiento se hace, cumpliré con mi deber, y allá, como aquí, procuraré ser digna de usted, de su estimación y de su apoyo, en cada uno de mis actos.

A Eduardo Barrios había pedido me indagara la suerte que ha corrido aquel proyecto de jubilaciones. No me atrevía a pedir a usted,



careciendo de un título, un traslado a otro pueblo, y quería aceptar un empleo en la Argentina. Él, según veo, habló a usted respecto de mi situación. Yo hasta hoy no tengo motivo de queja de Punta Arenas: el Liceo ha duplicado su asistencia y la triplicaría este año, al tener un local. En el edificio he hecho todo lo que puede hacerse; pero ya es insuficiente. He vivido en paz con el personal y no tengo, para querer irme, otra razón que la necesidad de reunirme con mi mamá, que aquí no puede vivir, y un poco también, el cuidar el vigor de mi espíritu, muy deprimido por el clima.

Dos palabras más sobre lo de mi pueblo.

Yo no soy antirreligiosa, ni siquiera religiosa. Creo casi con el fervor de los místicos, pero creo en el cristianismo primitivo, no enturbiado por la Teología, no grotesco por la liturgia y no materializado y empequeñecido por un culto que ha hecho de él un paganismo sin belleza. En suma, soy cristiana, pero no soy católica.

El rector del Liceo de esta ciudad, don C. Sangüesa, me ha preguntado por telegrama si me convendría permutar con la directora del Liceo de Temuco. No sé si ha obrado a petición de ella u oficiosamente. Le contesté diciéndole que sólo me convendría la permuta si mi sucesora se trajera a la profesora de castellano de su Liceo y me dejara las clases vacantes. Sin esto, mi sueldo sería demasiado escaso.

No tengo para qué decirle lo que usted sentirá hasta en mis silencios: mi gratitud definitiva y profunda por sus servicios. No tendría tampoco, cómo expresársela dignamente.

Hace votos por su bienestar,

*Lucila Godoy.*

Punta Arenas, 1° de febrero de 1920

## VIII

Extraño pueblo el araucano entre los otros pueblos indios, y el menos averiguado de todos, el más aplastado por el silencio, que es peor que un pogrom para aplastar una raza en la liza del mundo. Mientras norteamericanos y alemanes ojean el suelo de Yucatán, su archivo acostado en arcillas leales, donde la raza está mucho mejor contada que en los dudosos historiadores-soldados, y la remoción entrega cada vez más novedades grandes y pequeñas; y mientras el sistema de vida social quechua-aimará sigue recibiendo comentario y comentario sapientes que lo hacen

el abuelo del hecho ruso contemporáneo, a nadie le ha importado una gran cosa —excepto a unos dos o tres especialistas y a otros tantos misioneros— la formidable raza gris, la mancha de águilas cenicientas que vive Biobío abajo, si vivir es eso y no acabarse.

Su epopeya tuvo ese pueblo, una merced con que el conquistador no regaló a los otros, el apelmazado “bouquin” de Alonso de Ercilla, que pesa unos quintales de octavas tan generosas como imposibles de leer en este tiempo.

Cualquiera hubiera pensado que un pueblo dicho en poema épico, referido elogiosamente por el enemigo, exaltado hasta la colección de clásicos españoles, sería un pueblo de mejor fortuna en su divulgación, bien querido por las generaciones que venían y asunto de cariño permanente dentro de la lengua. No hay tal; la intención generosa sirvió en su tiempo de reivindicación —si es que de eso sirvió—, pero la obra se murió en cincuenta años de la mala muerte literaria que es la del mortal aburrimiento, la de disgustar por el tono falso, que estos tiempos sinceros no perdonan, y de enfadar por el calco homérico ingenuo de toda ingenuidad.

Lástima grande por el cantor, que fue soldado noble, pieza de carne dentro de la máquina infernal de una conquista, y más lástima aún por la raza que pudo vivir, hasta sin carne alguna, metida en el cuerpo de una buena epopeya, que no le quedaba ancha, sino a su medida.

El bueno de Ercilla trabajó con sudores en esa loa nutrida de trescientas páginas, compuestas en las piedras de talla de las octavas reales. Cumplió con todos los requisitos aprendidos en su colegio para la manipulación de la epopeya; masticó *Iliadas* y *Odiseas* para reforzarse el aliento, e hizo, jadeando, el transporte de la epopeya clásica hasta la Araucanía del grado 40 de latitud sur. Tan fiel quiso ser a sus modelos, según se lo encargaron sus profesores de retórica; tan presente tuvo sus Aquiles y sus Ajax, mientras iba escribiendo; tan convencido estaba, el pobre, de que la regla para el canto es una sola, según la catolicidad literaria, que se puso a cantar y contar lo mismo que Homero cantó a sus aqueos, a los indios salvajes que cayeron en sus manos.

Bastante pena se siente de la nobleza de propósito de la artesanía desperdiciada. *La Araucana* está muerta y sin señales de resurrección dichosa, aunque me griten: “¡sacrilegio!”, los letrados ancianos, y por ancianos inocentones y paciencudos, que la leen aún y la comentan en Chile —que en España y América a ninguno se le ocurre ya comentarla ni leerla—. Tocada por donde la tañen, no suena a plata cristalina de verdad;

responde como esas campanas de palo que hacía cierto burlón. Menos que sonar gayamente, echa la pobre aquellas sangres tibias que manan todavía tantos libros viejos cuando se les punza cariñosamente. Manoseada por el curioso del año treinta y dos, nuestra *Araucana* se nos queda en la mano como un pedazote de pasta de papel pesada y sordísima.

No importa el mal poema: la raza vivió el valor magnífico; la raza hostigó y agotó a los conquistadores; el pequeño grupo salvaje, sin proponérselo, vengó a las indiadas laxas del continente y les dejó, en buenas cuentas, lavada su honra.

El pueblo araucano se sume y se pierde para el mundo después de su asomada a la epopeya. La conquista de Chile se consume en toda la extensión de territorio, excepto en la zona de la maravillosa rebeldía; la Colonia sacude de tanto en tanto su modorra para castigar a la digna indiada con incursiones sangrienta y rápidas que la aplacan por uno o dos años. Acabado el coloniaje vulgar y poltrón, llegará la independencia sin traer novedades hazañosas en la zona centauresca, trayendo sólo ciertos procedimientos nuevos en la lucha.

El mestizaje criollo había de ser igual o peor que la casta ibera hacia la raza materna, y de maternidad ennoblecedora de él mismo, a quien alabará siempre en los discursos embusteros de las fiestas, pero a la que evitará dejar subsistente y entera. El mestizaje descubriría la manera de desfondar la fortaleza araucana y de relajar su testarudez dando rienda suelta a sus vicios, particularmente a la embriaguez en unas ocasiones, y arrancando a la indiada de su región para dispersarla y enloquecerla con la pérdida del suelo en otras, señalándole la famosa "reducción", la sabia "reserva", como un marco insalvable.

Los españoles, vencidos y echados, han debido reírse de buena gana muchas veces de cómo el criollo americano, en todas partes, continuó el aniquilamiento del aborígen con una felonía redonda que toma el contorno del perfecto matricidio.

Mucho se ha asegurado que el alcoholismo es la causa más fuerte de la destrucción indígena o la única de sus causas. La que escribe vivió en ciudad chilena rodeada de una "reducción", y puede decir alguna cosa de lo que entendió mirándoles vivir un tiempo.

Creo que estas indiadas, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra: los famosos "lanzamientos" fuera de su suelo, la rapiña de una región que les pertenecía por el derecho más natural entre los derechos naturales.



Hay que saber, para aceptar esta afirmación, lo que significa la tierra para el hombre indio; hay que entender que la que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y el de los dioses, la madre aprendida como tal desde el gateo del niño, algo como una esposa por el amor sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembras y riesgos. Estas emociones se trenzan en la pasión profunda del indio por la tierra. Nosotros, gentes perturbadas y corrompidas por la industria; nosotros, descendientes de españoles apáticos para el cultivo, insensibles de toda insensibilidad para el paisaje, y cristianos espectadores en vez de paganos convividores con ella, no llegaremos nunca al fondo del amor indígena del suelo, que hay que estudiar, especialmente en el indio quechua, maestro agrario en cualquier tiempo.

Perdiendo, pues, la propiedad de su Ceres confortante y nutritora, estas gentes perdieron cuantas virtudes tenían en cuanto a clan, en cuanto a hombres y en cuanto a simples criaturas vivas. Dejaron caer el gusto del cultivo, abandonaron la lealtad a la tribu, que derivaba de la comunidad agrícola, olvidaron el amor de la familia, que es, como dicen los tradicionalistas, una especie de exhalación del suelo, y una vez acabados en ellos el cultivador, el jefe de familia y el sacerdote o el creyente, fueron reentrando lentamente en la barbarie —entrando, diría yo, porque no eran la barbarie pura que nos han pintado sus expoliadores—. Después de rematar nuestra rapiña, nos hemos puesto a lavar a lejía la expoliación, hasta dejarlo de un blanco de harina. Robar a salvajes es servir la voluntad de un Dios, que tendría una voluntad caucásica.

El anexo de mi Liceo de Niñas de Temuco funcionaba vecino al juzgado: la mayor parte de la clientela de aquella sucia casa de pleitos, resolvidora de riñas domingueras, la daba, naturalmente, la indiada de los contornos.

Cada día pasaba yo delante de ese montón de indios querrellosos o querellados, que esperaba su turno en la acera, por conversar con las mujeres que habían venido a saber la suerte que corría el marido o el hijo.

Sus caras viriles, cansadas del mayor cansancio que puede verse en este mundo, me irritaban acaso por un resabio de la apología ercillana, acaso por simple sentimiento de mujer que no quería nunca mirar expresión envilecida hasta ese punto en cara de varón. Pero una cosa me clavaba siempre en la puerta del colegio, expectante y removida: la lengua hablada por las mujeres, una lengua en gemido de tórtola sobre la



extensión de los trigos, unas parrafadas de santas Antigonas sufridas que ellas dirigian a sus hombres, y cuando quedaban solas, una cantilena de rezongo piadoso o quién sabe si de oración antigua, mientras el blanco juzgador, el blanco de todos los climas, ferozmente legal, decia su fallo sin saber la lengua del reo, allá adentro.

Dejé aquella ciudad de memoria amarga para mí, y no volvió a caer en mis oídos acento araucano en quince años, hasta este año de 1932, cuando mis discos me la han traído a Europa a conmoverme de una emoción que tiene un dejo de remordimiento.

Digo sin ningún reparo "remordimiento". Creo a pies juntillas en los pecados colectivos de los que somos tan responsables como de los otros, y es el dogma de la Comunión de los Santos el que me ha traído en su espalda el dogma mellizo. Nos valen, dice el primero, los méritos de los mejores, y se comunican desde el primero al último de nosotros como el ritmo de las manos en la ronda de niños; nos manchan y nos llagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestros juzgados indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras.

## IX

Mi día de hoy: a la Estación a dejar a una amiga. Luego, una visita al Obispo, quien me habló de mi mala práctica de no hacer vida social, con lo cual pierde el colegio... Le dije: "Nunca, ni por la situación más encumbrada, haré concesiones al mundo. O me admite el pueblo así o me echa. Yo me iré antes de que me eche. Pregunte, Su Señoría, lo que ha ocurrido aquí en Temuco con mis antecesoras que hicieron vida de plaza y salones". También hay en eso un poquito de orgullo, me dijo. No sé cómo se llame; pero sé que es bien para mi alma y todo lo demás no me importa, porque yo no guardo sino mi alma.

Triste yo me siento cada vez que hablo con un cura. Tal vez sea soberbia, que yo soy el verdadero cura.

## X

Sustentando mis ideales democráticos en la Educación Nacional, ayer fui por segunda vez a la Casa del Pueblo. Y no creo que sea la última,

porque si un día, mis queridos obreros amigos, me necesitan para cualquier acto cultural y me llaman, vendré donde estuviere, a probarles (a pesar de que pase incomprendida en la ciudad) que el único valor social que reconoce mi corazón es el pueblo y que no deseo sino ser una de ellos.

En este Temuco, fuera de mi Liceo y de esta Casa del Pueblo, no me veo dando clases —con esta lengua que me tengo, clara como una espada y tajante como ella también— teniendo delante a una mitad de ejemplares de su arribista sociedad.

## XI

Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura. Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer. Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando:

—Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, esto?

Y escribí esa misma tarde, con intención casi religiosa, los *Poemas de las madres*. Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció, por ellas mismas.

Tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la Vida total. Y quedan para un libro próximo dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la Tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo.

## XII

Aguirre hace gestiones para sacarme de Temuco. Pide un liceo de Santiago. Yo no quiero ir allí. Amanda L.H. pasaría a ser visitadora y me

quiere mal, me hostilizaría a su modo: solapadamente. En Argentina tengo buenas condiciones de trabajo, pero Aguirre no quiere que yo salga del país. Me duele oponerme a este hombre a quien le debo todo. No hay nada resuelto. Aquí no me quedo. Para colmo, Valdés, senador por Cautín, me acusa de intervenir en política por ir a dar una conferencia a los obreros. Tiempos revueltos, propios de impertinentes y pechadores.

Por otra parte, pienso que, a pesar de sus promesas de dar sólo a los capaces, Alessandri no podrá dar sino a esos impertinentes y pechadores. Alessandri tendrá, a su pesar, que oír a la gente que lo acompañó que fue en suma 2/3, dañina e inferior.

### XIII

Llegué anoche de San Alfonso. Me fui allá por varias cosas. Primero, la tierra, que me gusta tanto, es como aquella en que yo me crié; me pone sana y hasta optimista, con ese optimismo que es el mío, cuando lo tengo, una flor de la resignación. Segundo, me fui allá porque la vida aquí en Santiago se me hace ya molesta, no hay un día sin visitas. Es molesto. Fui allá y me ha costado venirme: el tiempo estaba hermoso, transparente el cielo y la montaña resplandeciente.

En este viaje a la cordillera tuve muchas horas de ensueño. Soñaba sola. Tanto soñé al ver la belleza de los paisajes. Me acordaba de una poesía de María Enriqueta, la mexicana. Ella pinta un amor que ha pasado, y dice al final: "Hubo una vez en mi alma un gran castillo, donde un rey fue a pasar la primavera"... ¿Hermoso? Sí. Hubo un rey; hubo. Ya no hay nada.

### XIV

Hoy hablé de Martí en mi clase de castellano del 6º año de humanidades. Hablando a mis alumnas de los grandes prosistas americanos, les decía: Yo estimo mucho al uruguayo Rodó y al ecuatoriano Montalvo; pero al cubano Martí lo venero, le tengo una admiración penetrada de ternura, y cuando lo nombro, es algo más que cuatro sílabas lo que digo. Esta fue el alma hermosa por excelencia y el verdadero iniciador del modernismo, de la renovación de espíritu y forma, en nuestra literatura americana.



Ha sido este día el día de José Martí. ¡Cómo tantos! Los artistas que más han influido en mi vida, no solamente en mi pequeña obra, son: Tagore, Junqueiro, Andreiev y Martí, entre los modernos. No todos, por cierto, tienen relación con mi espíritu. Yo no soy dulce y simple como Tagore, ni tengo la crudeza del Junqueiro de las blasfemias; pero he vivido sus "Simples". En Andreiev he hallado, si, mi tortura interior, y en Martí, como en ninguno, la "palabra viva", aquella que se siente tibia de sangre recién vertida, a la par que una frescura como de hierbas con rocío: la frescura de un corazón que fue puro.

Qué alegría tan grande hablarle a mis alumnas de este hombre noble, como si se tratase de mi padre. Fue para mí hallazgo precioso encontrar un librito de Martí —*Versos*— en un puesto de libros viejos. A José Martí me lo amo a cada paso. Las mujeres no sabemos sino eso: amar, a un hombre, a una obra, a una tierra.

## XV

Me lapidan por esta culpa de entrar a una escuela a enseñar sin haber pasado por una escuela grande donde deben fabricarse, por ley del Estado, todos los maestros. Yo vine de otra parte. Vine de mi corazón. En primer término, de mi corazón lleno del ansia de darse.

Y después, vine de una vida de estudio, de un cenobitismo de estudio. No entré a esa escuela porque nací pobre. Pero si volviera a comenzar la vida, ahora que ya sé, tampoco entraría por esa gran puerta detrás de la cual estén la ciencia y el arte momificados y no esté la vida. Volvería a desconocerla, y ya conscientemente.

No tengo en mi cuarto un diploma ancho y con gran festón, que dice un ramo, que tiene una fecha y unas firmas. Las firmas no me vencerían de que soy maestra, si mi corazón no me lo dijera; el nombre de la ciencia me parecería un epitafio, porque allí la ciencia es eso, y mi nombre impreso no me daría un calofrío de vanidad.

Si quieren quitarme esta escuela mía, que me la quiten, probándome antes que no sé dictar mi lección cotidiana y que me la quiten los mismos que han recibido mis discipulas, como se recibe la rosa llena de gracia y teñida de soles.

Me quitarían esta casa, diez salas, 300 bancas. La escuela no me la pueden arrebatar. Porque enseñaré en cualquier parte. Donde quiera tendré discipulas, hasta que Dios lo quiera. Dios: me importa sólo Él, hoy



como ayer y como mañana. Él me dirigió hacia una escuela. Y aquí estoy, hasta que Él, no los malos hombres, lo quiera.

Siempre han tenido suspendida sobre mí la amenaza: "No tienes un diploma que te defienda y enseñas sin seguridad de tu escuela". Siempre han estado amenazándome con sus reglamentos y sus papeles timbrados. Y he acabado por llamar mi escuela "tienda". La tienda del árabe, que es para un día. No me han dejado gozar en paz el florecimiento suave y dulcísimo de mi jardín de niñas que me amaban y que recibían mi copa de pensamiento. En todas partes, de Antofagasta a Magallanes, los buenos están a mi lado, y los capaces también. ¡Pero son tan pocos! Los otros son más y se hacen recordar mejor con su zarpazo.

Mientras gané cincuenta pesos en una escuela rural no me aborrecieron. Decoraba el campo con la hebra de agua de un cantar y no les hacía daño. Salí de allí un buen día porque mi madre y yo no comíamos con un solo y breve pan. Y como sabía hacer eso mismo que los otros hacían —analizar gramaticalmente una frase y conjugar verbos— entré a una escuela mayor. Entonces me empezaron a mirar sin simpatía, porque sacaba mayor suma de un presupuesto que defendían vigorosamente. Pero no tengo pensado ningún privilegio. Otras os restan lo mismo y no os parecen intrusas. Yo he nacido aquí, junto a esta misma montaña madre, ella quiere alimentarse como a los demás, con sus vertientes generosas, y con las hijas de sus faldas. Ella da, en una misma espiga, la harina del pan nuestro y el mío. Ella os ama, porque aráis su valle, y me ama a mí porque lo sé contemplar largamente. Y a los que no aran ni arañan la veta en su roca viva, a los parladores, a los malos, también los sustenta. Dejadme ser la mala hierba que ella también deja vivir.

Dadme una razón noble para que yo os deje mi escuela, la que me dio Dios, y la dejaré. Probadme mi pereza o mi ignorancia. Fui a enseñar donde otras rehusaron ir. Yo que vivo del sol y que tengo por dicha de mirar abrirse una rosa, fui a la tierra de la nieve y no gocé tres primaveras. Y bajo un cielo gris sin una loma soleada que me sostuviera, sin la rojez de los frutos de otoño que me exaltaran, enseñé con rigor y con alegría. Decidme qué ideal elevado de la saya traicioné, qué prosperidad de colegio he malogrado, a qué aspiración noble no supe llegar.

Podrían dejar hablar a las niñas de mi escuela. ¡Son tantas! Hay muchas que ya enseñan como yo y saben, por lo tanto, hablar con verdad. Que ellas me hagan salir de mi escuela si las he defraudado. Pero hablan los que no conocen de mí sino una estrofa —si la conocen—, y no

me han visto consumir una juventud, quemar una vida en esta única llama de amor a los niños.

Yo no soy la intrusa que dicen en el mundo de los niños. Lo soy porque enseñé sin diploma, aunque enseñe con preparación. No estuve en un ilustre banco escolar de un ilustre instituto. No pude. Mi madre debía vivir del trabajo de mis manos cuando yo tenía quince años. Intrusos son los que enseñan sin amor y sin belleza, en un automatismo que mata el fervor y traiciona a la ciencia y al arte mismos. Intrusos los que sólo le piden a la enseñanza un sueldo mensual y le esquivan el esfuerzo de un cerebro flojo y la emoción del alma. Intrusos los que descansan, desde que salen de su instituto paternal y amparador, de toda investigación y se sientan en la cima de una cultura mediocre a reposar satisfechos. Intrusos los que se apegan a un partido o a una institución cualquiera para que les reflejen su resplandor y defiendan el pan de cada día.

Yo, mujer sola, tan sola que puede injuriárseme sin temor por cualquier cobarde, no soy la intrusa en el mundo de los niños. Miro a mi conciencia y hablo delante de ella e iré, tras de escribir estas palabras, tranquila a mi clase cotidiana. No robo mi pan. No lo arrebató a ninguna que muestre mayor derecho. Dios me puso aquí. Él me acompaña en mi amargura y me yergue en la protesta justa.

## XVI

Recibo la revista *El Maestro* (útil, sencilla y sana) que me envía desde México el rector José Vasconcelos. Confieso que tengo la antipatía de las publicaciones pedagógicas. Son generalmente una mezcla de estadística y de artículos de un tecnicismo árido y torpe. Son revistas que parecen escritas ex profeso para no ser leídas por nadie, fuera de unos cuantos eruditos pacienzudos, por lo unilaterales y lo pedantes.

Muchas veces he pensado que tales publicaciones, llamadas pomposamente "de educación", pero que no pueden educar a nadie, pues apenas son leídas, debieran ser semanarios amenos, donde halle algo aplicable a su vida todo hombre y toda mujer, donde el niño halle narraciones interesantes, el obrero, conocimientos científicos puestos a su alcance, y halle el profesor lectura espiritual.

La crisis de los maestros es crisis espiritual: preparación científica no suele faltarles, les faltan ideales, sensibilidad y *evangelismo* (perdóneseme la palabra). La enseñanza técnica que recibieron primero y la

cátedra después, han ido haciendo de ellos un recitador ordenado y paciente de textos y fórmulas, y el alma, o no la tuvo nunca o la ha perdido.

Tal semanario haría más por la formación moral de un pueblo que la escuela muerta, fábrica de bachilleres; limpiaría las costumbres, crearía, con el amor a la lectura, una fuente delicada de placeres al hombre y la mujer pobre; haría más patria que discursos de parlamento y, por último, obligaría a los escritores a ver claramente que tienen el deber de dar el sustento espiritual de su raza, que esa es su razón de que lleven el nombre y los honores de "intelectuales".

## XVII

Al hacer la enumeración de las cosas que han creado la enfermedad de nuestros países hay que poner a la maledicencia: maledicencia en política, en pedagogía, en todas las instituciones. Es un moho rápido que roe en el mismo silencio hierros, aceros, platas y oros. Y es una telaraña en que se enredan los pies más vigorosos lo mismo que en los matorrales de las selvas.

El chismecillo es una cosa semejante a ciertas arañas de mi tierra, la única especie venenosa que en el Valle conocemos, pequeñita y sedosa; casi bella. El chisme no alcanza a tener la púrpura escandalosa de la calumnia, es de color gris de araña que se funde con la tierra; por eso ni parece pecado. Anda más rápida que la calumnia. Los yanquis todavía no inventan un tipo de automóvil que recorra en menos tiempo una ciudad que el chismecillo.

Admiraba yo una vez un estanque lleno de peces de colores que parecían una fuga de saetas bajo el agua transparente. De repente la cañería surtidora trajo un golpe de agua lechosa y en un momento el espectáculo admirable desapareció. En el líquido terroso se anegaron los colores. Esto mismo lo he visto en las llamadas sociedades. No hay joven ni hay mujer, mozo ni viejo que no aparezcan anegados en esa agua turbia del chismecillo cotidiano.

## XVIII

Tengo unas inmensas ambiciones literarias, no mías, colectivas. Me entristece que la *Oración por todos* no haya sido escrita por una mujer,



siendo muchas santas muy dignas de concebirla y entregarla en estrofas de Víctor Hugo. Yo no deseo que hagamos odas al Niágara, pero podemos hacer parábolas bíblicas, porque las vivimos más que los hombres. Tengo una ambición más atrevida que las feroces de las feministas inglesas, y es ésta: quiero que las niñas de mañana no aprendan estrofas ni cuentos que no vengan de una mujer, y de una mujer chilena. Creo que somos capaces de darles el alma en muchas formas. Esa alma, según la feliz expresión de Delmira Agustini, "cabe en un verso mejor que en un universo".

## XIX

Veo claro mi situación en Santiago, desde que llegué a la dirección del Liceo 6; muy vidriosa. Yo misma me prometí al entrar a la casa no durar sino el tiempo necesario para probar a mis enemigos que podía organizar un liceo, así como había organizado dos: el de Magallanes y el de Temuco. Vivo ahora un año recibiendo anónimos de insultos y oyendo, de tarde en tarde, voces escapadas de la campaña.

Estoy en el Liceo de ocho de la mañana a seis de la tarde. No hay tiempo para leer sino los domingos. Vivo al son de campanilla. Estoy cansada de la administración, no de las clases. Y, sobre todo, estoy asqueada de mi gremio. La Soc. Nac. de Prof. celebró sesión para censurar mi nombramiento del Liceo 6. Un pariente mío barajó el golpe, pero que la nota se mandó, se mandó, conteniendo la censura velada.

Esto es vivir en pura zozobra, con el alma quebrada y amarga. Quiero, sin embargo, a mi colegio, y a mi gente, tan leal y tan cariñosa. ¿Debo sacrificarme por ellas? El alma, herida, duda.

Mientras viví en provincias me perdonaron la dirección del Liceo; en Santiago, no. Jamás mi gremio profesoral me perdonará mi falta de título. Sólo Aguirre Cerda es el único protector de mi carrera. Él sabe que hasta me habían hecho su amante, para justificar mi nombramiento. Ignora otras cosas iguales o peores. Agréguese a esta campaña a doña A.L.H, señora que se abanica con su dominio y con el poder de sus insidias. ¡Misericordias de todas partes, y soportables cuando hay grandes cosas que compensen de eso!

Yo he pensado lo que sería de mi madre si yo me muriera. No he podido ahorrar un solo peso en mi vida de maestra. Todo lo que tengo es una casita de obrero, en un barrio obrero, pagadera en veinte años, de los



cuales llevo pagado uno. Vivo al día. ¿Qué hace mi madre si yo muero? Se me dirá que las demás directoras viven muy bien. Sí: hay que averiguar cómo. Tienen medio-pupilaje que les significa una ganancia de hotel próspero, y tienen maridos y negocitos. Yo no tengo ninguna de estas cosas. Ni tiempo libre para leer y escribir.

Me quedo en Chile: no tengo para vivir. Hay meses que no tengo ni para ropa. Esa es toda la verdad. Me tengo en el corazón estas cosas. No sé olvidar.

# Cuaderno de México

(1922-1924)

## I

Este paisaje del valle de México es cosa tan nueva para mis ojos, que me desconcierta, aunque el desconcierto está lleno de maravillamiento. Yo he vivido muchos años en paisajes de montañas; pero de montañas agrias, en ese que yo he llamado paisaje hebreo por la terquedad y la grandeza hosca. Mi casa de Mixcoac queda frente a la montaña del Iztaccihuatl: línea a línea, es una mujer tendida y vuelta al cielo. La blancura de su nieve eterna aumenta la visión deleitosa. La saludo al abrir mi ventana como a mi diosa tutelar. ¡Qué dulces suben de ella las mañanas!

Mi fiesta cotidiana es la luz de la meseta. En los primeros días fue para mí una especie de éxtasis ardiente que sucedía al éxtasis del mar. Aunque entrecerraba mis ojos la luz por su crudeza, yo la recibía como debieron hacerlo los aztecas, místicamente. Era la compañera de mi infancia, perdida tantos años y que vuelve a jugar conmigo.

El valle en que nací la tiene semejante, y yo le debo a mi rica sangre, mi férvido corazón. Mis años de tierra fría fueron un largo castigo para estos ojos, los acostumbrados a beberla y a vivir de ella, como se vive del sustento. La he recuperado aunque sea por un tiempo y dejo que me riegue largamente. No quería perderla ni una sola mañana. Canta en mi pecho y en mis venas. La estoy alabando siempre, con una exaltación que no pueden explicarse las gentes mexicanas que nunca conocieron la tristeza desolada de la tierra austral.

Yo he apreciado aquí en todo su valor la importancia de una temperatura privilegiada. Solía decir en mi Punta Arenas magallánica que su horrible frío era una desventaja moral: me hacía egoísta; vivía yo preocupada de mi estufa y de mi carne entumecida. En La Habana viví cuatro días exclusivamente ocupada de matar el calor, de disminuirlo

siquiera, con mala fortuna, por cierto. En México puedo ocuparme de todo y no sólo de mi misma. La actividad no se resiente como piensan algunos por la dulzura del clima; para los pobres que no tienen ninguna forma de felicidad mundana, se me ocurre que este solo clima suavísimo debe serles una forma de dicha. Corrijo, sin embargo, mi pensamiento: los que han nacido aquí no pueden sentir en esto lo extraordinario que yo encuentro, y que llega a producirme ventura.

## II

Hace meses que vivo en un ajeteo del que no puedo dar idea. Cada día es una visita a una escuela o a un pueblecito. Y todo esto significa una clase, muchos discursos, y un oír cosas que me dan vergüenza, vergüenza verdadera. Esta gente mexicana quiere a los poetas, los siente personas decentes, hasta seres de selección; pero hacen tantas invitaciones, Dios mío.

Mi viaje a México me ha corregido algunos errores y me ha convencido de muchas verdades. Pobrecita yo al tener un poco de vista a la distancia, como dicen los teósofos. México es una cosa desconcertante: el pueblo más artista que uno pueda imaginar.

El indio es un refinado en el dibujo y la industria; una cosa increíble madurez de arte que es pura intuición. No me gustan los intelectuales mexicanos: librescos hasta exasperar, no con el amor, con el vicio de leer y de comentar lo que leen. Están más divididos que los chilenos, se odian más. Pero la raza es tan comprensiva de todos sus artistas que cada uno es una especie de rey. Tienen una influencia moral y política efectiva y una vida digna, económica y socialmente hablando.

El bueno de Vasconcelos me dice: "Si usted quiere, si le es más grato, dé aquellas conferencias sobre escritores americanos y queda libre. Pero yo deseo crearle una comisión más larga, y por eso le he dado a su nombramiento eso de redacción de libros para la enseñanza". Bueno, bueno. Será por eso, también, que me viene un cansancio nervioso que escondo, por cortesía. Cansancio, además, de mudar de casa y comprar desde tazas y escobas a muebles y hacerme una residencia de meses. El Gobierno de Obregón me abre crédito que uso muy poco, por decoro, toda vez que yo recibo un sueldo de tres mil pesos chilenos mensuales.

Vive México sobre tembladeras. Con la inquietud social enorme no hay firmeza alguna en ningún Gobierno. Aun así, el Presidente



Obregón me llena de atenciones. Me invita a su casa, me manda su retrato, con dedicatoria cariñosísima, sus libros. Me quiere poner una biblioteca entera en la casa, todo esto con una sencillez de campesino ilustrado, porque ilustrado lo es, y de un carácter de viejo militar. Se retrató conmigo; me ofreció un auto durante mi estada. Yo acepto de lo que me dan aquellas cosas que no significan arribismo.

Salgo a la sierra mexicana con los maestros misioneros —maestros primarios—, a enseñar el alfabeto a niños indígenas y campesinos. Yo no seré nunca otra cosa que la maestra rural. No he querido liceo alguno como mi escuela, la primera. Entre lección y lección descanso en las huertas michoacanas, y el calor me adormece.

### III

México me es generosísimo y cordial, pero yo tardo en cobrar confianza y no siento amigos míos sino a aquellos que lo son desde las honduras del alma y el pensamiento. Vasconcelos es mi único amigo de México y sin él me sentiría un poco “tolerada” en el país, pero sin firmeza al caminar. Vasconcelos es el hombre de tipo americano más completo que he conocido: antilibresco, sin odios sociales, con su cultura, hecha corazón y acción. El caso de Vasconcelos es éste: un hombre grande, enorme, y que está casi solo. Los intelectuales mexicanos no son de su tipo; son del de casi todas partes: hombres de cultura y de refinamiento, sin ideales sociales efectivos. No me fundo con ellos. No me “llenan” las conversaciones literarias ni son cosa de fijarme en un país las admiraciones calorosas de mi puñado de versos.

Admiro de México sobre todo al indio: una raza dulce, laboriosa, frugal, pasta espléndida que han olvidado y desdeñado criminalmente los hombres de don Porfirio Díaz. La clase media me parece egoísta y aristocratizante. La aristocracia vive a puertas cerradas o está en Europa. Hay en México —doloroso esto— un antiextranjero punzante. No me ponen dentro de él, pero yo me pongo.

Mis ideas contra el militarismo y mis ideas en favor de la cuestión agraria, me vienen de este México de Vasconcelos. En Chile, país ultraconservador, se alarman de mi estada en México, país de ideas contra el militarismo y en favor de la cuestión agraria, que hago mías también. Me he impuesto una tarea: ayudar a Vasconcelos en la enseñanza indígena. Me gusta ir a la sierra a visitar las escuelas de indios y a hacer lo

que pueda en favor de esta porción inmensa de la raza: doce millones en dieciséis de habitantes.

Vuelvo a ser la maestra rural que fui y que nunca se me ha borrado del corazón.

#### IV

Recibo en Michoacán un cable del Liceo 6 de Santiago. Me felicitan por un título de profesora de Estado. El asunto me deja perpleja. Llega a parecerme broma; pero para broma resulta caro un cable a México. Si esto es cierto, cosa que no me parece legal, me deja indiferente. Preferiría que me dejaran enteramente libre de gratitud hacia el Consejo de Instrucción, por el que no tengo ningún aprecio. Y, sobre todo, libre del San Benito de un título universitario. No sé de qué me serviría ahora, faltándome muy poco tiempo para dejar el servicio, no habiendo necesitado de él para presentarme a ninguna parte. No sé si contestar el radiograma o no. Pienso que no debe darse un título sin estudios previos, y yo no escribiría ni dos páginas de memoria, no daría ni una firma, para alcanzar esto que ya no me importa.

#### V

Cómo se respira la unión latinoamericana en este México. Se trata de una nación donde se ha declarado constitucionalmente que ningún hispanoamericano será considerado extranjero para los efectos de puestos públicos y de iniciativas diversas; de un país donde no se limitan a colmar de elogios líricos y de torpes adulos a los viajeros representativos de la América del Sur, sino que se hacen cargo de su vida, le allanan todo en sentido económico y le rodean de cuantas consideraciones es dable dar. Es el caso mío reciente. Mis gastos, desde los menudos afanes domésticos hasta mis traslados y hospedajes, corren de cuenta de la Secretaría de Educación. Yo no sé cómo expresar mi agradecimiento hacia un país que me ha cogido como una criatura de su raza y en ningún momento me ha hecho sentir la nostalgia de los míos.

En Chile se cree que este México es una caricatura de la civilización, una especie de ensalada de revoluciones y de minas de petróleo. México es con la Argentina el pueblo más culto de nuestra América, de

una riqueza estupenda, con una raza muy bien dotada y fatalizado por esta proximidad a los yanquis, que viven sembrando la reyerta y manteniendo la inquietud en el país. Comprendo a la mala gente que hay en todas partes, desprestigiando a los Gobiernos, en el propio país, con su prensa pagada, y en el extranjero.

## VI

Voy de visita a una escuela-granja en México. Al entrar mi primer pensamiento fue mezquino: ¿Para qué traerán a ver una escuela tan pobre a una extranjera? Porque es de estilo en estos casos, en muchas partes, mostrar a los visitantes los grandes colegios, de grandes patios y aulas doradas. Pero el pensamiento maligno desapareció en cuanto yo llegué al primer patio. Una multitud de niños, de pobrecitos, desarrapados, hacía labores de huerto: regaban, removían la tierra, desmalezaban, entre un rumor jubiloso de colmena de octubre.

Fui acercándome desorientada primero. Una hora después mi estado de alma era un respeto y un fervor religiosos por lo que estaba viendo.

Tenía delante de mí, realizada en tierra mexicana, la escuela que soñó León Tolstoi y que ha hecho Tagore en la India: la racional escuela primaria agrícola, que debiera formar el ochenta por ciento de los colegios en nuestros países, sueño mío ella desde hace quince años.

¿Qué serán estos niños en diez años más?, ¿qué los diferenciará de los otros formados en las escuelas primarias?

No serán, por cierto, aspirantes a bachilleres, postulantes eternos a empleos, que llenen pasillos de Ministerios, pidiendo con un montón de recomendaciones el puestecito fiscal más mezquinamente remunerado, con tal de ser miseria dorada, pobreza decente. Ni serán tampoco hombres unilaterales, sin la visión de unidad de la vida que caracteriza a los intelectuales; ni pesimistas que se han hinchado de odio y de desaliento por su pequeño fracaso, del cual no tienen la culpa sino sus manos torpes y su mente amodorrada.

Serán eso que es para mí lo más grande en medio de las actividades humanas: los hombres de la tierra, sensatos, sobrios y serenos, por el contacto con aquella que es la perenne verdad. Harán una democracia, menos convulsionada y menos discursadora que la que nos ha nacido en la América Latina, porque hay que decir mil veces este lugar común:



la pequeña propiedad aplaca las rebeldías, da dignidad a la vida humana y hace el corazón del hombre propicio a las suavidades del espíritu.

La pequeña república agraria que estos niños han creado, les irá revelando el régimen económico y los caminos por donde se busca la prosperidad de un país: no tendrán el odio de la riqueza, que sólo cuaja cuando el hombre no tiene nada que defender ni amar bajo el sol porque sea suyo.

No es que me haya lanzado en un río de fantasías; es que palpo, por primera vez en mi vida, lo que significa la pequeña experiencia de los niños sobre los grandes problemas sociales. He visto la fuerza estupenda que tiene la enseñanza económica cuando se hace carne en los hechos y se da como palabrería gárrula. Ha habido momentos en que la masa de escolares, por la que trabajaba en la tierra, por la sensatez que ponía en su trabajo, por las intuiciones que alcanzaba, me ha parecido una República de verdad, y me he sentido embriagada de una fe muy grande.

## VII

Me asombra la facilidad extraordinaria de expresión que tiene este pueblo mexicano, desde la niñez. La dicción aventaja a la de cualquier profesor chileno.

Confieso que cuando les hablo me esfuerzo un poco en pronunciar mejor mi español tan chileno. Ha sido mi mayor alegría oír conversar a los pescadores en el lago de Chapala, a los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla, y por todas partes, a los campesinos. Y este encanto de su lenguaje tal vez sea una de las cosas que les ha ganado mi corazón tan profundamente. Porque para mí lo mejor que tiene México en su haber para el futuro, es su masa indígena, esta pasta racial sencillamente maravillosa que son el indio azteca, maya o tolteca.

Los indios cantan trabajando, y cuando menos se piensa se está cantando con ellos; hemos entrado en su gozo. Oyéndolos hablar, mientras trabajan, sabemos cómo viven, qué problemas tienen y hasta las penas amorosas en que andan. A los tres días, yo bromeaba con ellos, que en el comienzo recelaban un poco de mi rostro de cariátide.

¡Mi México! El único que está en el corazón; mis indios de palabra sobria y donosa; mis niños de largo ojo oscuro, que me corregían la pronunciación de una palabra azteca; mis mujeres de piel dorada y habla dulcísima; ¡qué decoración antigua, contra la mole blanca del



Popocatépetl, la de su vieja danza española, bailada con el cuerpo de la reina Xochilt!

## VIII

Viajo, contenta y admirada perpetuamente, por este país, que llega a parecer, de maravilloso, cosa de fábula. He conocido al pueblo, al indio, sentidor y fino. Los literatos no han sido mi círculo: como en todas partes tienen bandos feroces y no son gratos de tratar para las gentes como yo, poco literatas. Los viejos son los más caballerosos, pero no tengo con ellos afinidades literarias. Vasconcelos me ha bastado: es lo más puro y lo más serio del pensamiento mexicano. Es la cabeza organizadora y creadora, y las manos activas. Hombre con cultura espiritual, con sentido religioso y lleno de ideas sociales. Me ha sido grato recibir favores de un hombre de su valer. México se da cuenta de que es lo más honrado y vigoroso que tiene, en la política como en la literatura filosófica.

## IX

México me ganó el corazón con sus reformas sociales. Con sangre (con algún barro también), con tragedia cotidiana. Aquí se hace algo por el indio, lo que jamás se ha hecho en nuestra raza. No lo hacen los intelectuales, fuera de Vasconcelos uno o dos más, la mente aquí, como en los demás países nuestros es bizantina, decadente, egoísta. Lo hacen hombres sin cultura, mirando unos a Rusia, otros al Evangelio. Lo hacen. No lo hacen los maestros, ellos siguen discutiendo sobre pedagogías. La discordia malogra el 70% del esfuerzo, la vergonzosa discordia latina, que acabará con nosotros. La cuestión agraria mexicana es, a mi parecer, la cosa más seria y grande que se verifica hoy en la raza.

## X

El projimismo azteca-español abre sus puertas sin más que silbar en un patio. Y abre no a un nombre ni a una amenaza de soldadesca, sino a la aventura y a la gracia, o mejor, a las dos cosas juntas. Se aloja una noche en una aldea, o se demora, o se queda cuanto se le antoje. Al tercer día ya

se conoce a todos, a la semana se tutea con media villa, y al mes ya parece que nació allí. Muy bien si la allegada ayuda a cosechar el café o a tumbar la caña; pero si sólo paga con el cariño y la chispa, basta y sobra.

Yo dormí en tantas casas que no puedo contarlas. Comí en las mesas más dispares los guisos de las más variadas cocinas: comí en tarasco y en zapoteca, en yaqui y en otomí. El común denominador de estas cocinas lo ponían las especias, las incontables hierbas de olor, el ají guerrillero de la lengua, el maíz abrahámico, dividido en doce tribus de sabor y color. Pero de una a la otra región, el México imponderable, que es maestro en el arte de matizar para diferenciar, logra dar novedad a sus materias y desorienta de tal modo con los trucos culinarios que cualquier carnita puede parecer venado y la perdiz faisán.

Con todas sus bayas y sus cereales y sus bestezuelas finas me agasajaron e hicieron de mí, por el repertorio de mesas, de costumbres y de vínculos inefables, la curiosa industria chileno-mexitli que me volví. ¡Ay, pero no sabía devolver el agasajo! Yo era una mujer de australidad, fría, lenta y opaca. Mucho más tarde le respondería con la tonada del sur y la cara vuelta hacia sus ternuras y a sus generosidades.

## XI

Desde la otra orilla, la ajena, yo miro con el espíritu, yo recojo en una gran bebedura de recuerdo, el país que he recorrido con los trenes trepidantes o con el paso lento de mi caballo de sierra. México, el territorio trágico y suave a la vez, donde un pueblo parecido al nipón vive en cada día la cordialidad y la muerte. Y esta mirada mía, recogedora de cuarenta panoramas, me lleva al corazón una oleada de sangre calurosa.

Gracias a México, por el regalo que me hizo de su niñez blanca; gracias a las aldeas indias donde viví segura y contenta, gracias al hospedaje, no mercenario, de las austeras casas coloniales, donde fui recibida como hija; gracias a la luz de la meseta, que me dio salud y dicha; a las huertas de Michoacán y de Oaxaca, por sus frutos cuya dulzura va todavía en mi garganta; gracias al paisaje, línea por línea, y al cielo que, como en un cuento oriental, pudiera llamarse *siete suavidades*.

Pero gracias, sobre todo, por estas cosas profundas: viví con mi norma y mi verdad en esa tierra y no se me impuso otra norma; enseñando tuve siempre el señorío de mí misma; dije con gozo mi coincidencia

con el ambiente, muchas veces, pero dije otras, mi diversidad. No se me impuso forma de trabajo: tuve la gracia de elegirlo; cuidaron de no darme fatiga, tal vez porque me vieron interiormente rendida; nada de la patria me faltó, y si la patria fuese protección pudorosa, delicadísima, México fuera patria mía también.

Amé aquí lo que he amado siempre: los niños, las obras del pasado y los relieves del porvenir. Y vi más dichosos a los campesinos que son mi verdadera familia en cualquiera tierra, y mis ojos gozaron de mirar igualdad entre los hombres. Sufrí lo que se sufre en país extraño o propio, por los celos de cualquier bien ajeno. Y me es dulzura profunda decir el bien y darle el contorno durable en el recuerdo, y pensar, con una balanza sensibilísima, como las que tratan materias diamantinas, los sutiles afectos, las delicadas ofrendas.

Dios libre a México de nueva angustia. Se ha derramado sangre suficiente para pagar todas las justicias que tienen precio de sangre. Dios le dé la concordia larga y segura que sigue, que nunca antecede verdaderamente a aquéllas.

El tren me arrebató el paisaje en grandes planos que bebe el horizonte, y yo sigo por el territorio extranjero, pura desolación, con los ojos velados, para aceptar lo más tarde posible, la mudanza irremediable.

# Cuaderno de la Errancia

(1925-1935)



## I

Hay en mí mucho vagabundaje, o sea intemperie, y el amor de la tierra todavía me lanza por rutas largas que llegan hasta la California. Fui una vagabunda y sólo la dolencia me tiene ahora en quietud: Mudar de país no es malo; pero a veces representa una empresa tan seria como el casamiento; nos casamos con otra costumbre, lo cual es cosa muy seria. La lengua forastera nos toma y literalmente nos inunda. En esta especie de catástrofe, existen muchos bienes, sin embargo: la acción vulgar y cotidiana, se nos trueca en novedad con solo mudar de sitio. Suele cambiar en nosotros aun el respirar, según la altura de la serranía o el bajo de la costa y se avivan o se relajan el ritmo de la marcha y el del habla también. Ciertos paisajes vuelven búdicos al más desasosegado: las ciudades locas ponen a hervir. Nos azoran cosas que creíamos inmutables: el pan es más denso o más ligero; el agua se hace aguda o gruesa, en todo caso novedosa. El propio cuerpo se vuelve otro, zarandeado por el más o el menos de la electricidad atmosférica, y por los alimentos novedosos para la lengua.

Pero quien no goce la placidez o las alacridades de la atmósfera y la gesticulación de las montañas en el horizonte nuevo, y el que se atolondre por el sismo que resulta la raza extranjera, y el que se asuste de la casa extraña por estar hecha en cemento y hierro y no en ladrillo o adobe; ése bien pudo quedarse en casa o puede regresar, pues no sirve para el oficio de vagabundo...

Cierto es que hay una especie de conjuración del país en contra del cuerpo intruso: cae sobre nosotros una serie de bautismos que quieren borrar el *agua bendita* de la pila bautismal. Rara vez lo extranjero resulta *confirmación*; lo que parece es conspiración, una prueba a fuego de

cuerpo y alma. El suceso es un trueque brusco del ritmo: la danza es otra, la tapicería también, los bailadores y... la orquesta entera.

Confieso que, por voluntad mía o por temperamento, las tierras extrañas no me arrasan la costumbre, que apenas me la remecen, de que la tengo añeja y tenaz. Errante y todo, soy una tradicionalista risible que sigue viviendo en el Valle de Elqui de su infancia.

## II

Es una tarde más que cálida. El calor me atenaza y me ahoga con su aliento húmedo. El tráfico de la ciudad se hace más lento y la gente se mete a los cafetines de Corrientes en pos de una bebida refrescante; vana ilusión: ella se evapora y deja las gargantas más secas aún que antes.

Calle Ayacucho. Un patiecito con flores. Allí llego despedida de un taxi y me hundo en el ambiente refrescante y sevillano a más no poder. ¿Quiere usted oír canciones criollas y ver nuestras danzas tradicionales, danzas que hoy día ya ni se conocen? ¿Qué me dice? No me hago de rogar y en un dos por tres me arranco de la ciudad comercial y moderna para absorberme por unos momentos en criollismo puro. Nuestra sangre hispana de conquistadores se estremece a los primeros acordes de un *gato correntino*:

*A Corrientes me fuera, mi vida,*

*De buena gana.*

*A tomar mate amargo, mi vida,*

*Con mis paisanos.*

Rasgúan las guitarras y el maestro Olmos, mi invitante, sonríe y dice: "Bailen con ganas, muchachos, para que la señorita que nos visita, que es chilena, se lleve una buena impresión de nuestras danzas criollas".

La *chacarera* es alegre, pero con un dejito de tristeza como toda la música argentina. La pampa delatada, con sus atardeceres inacabables y el gaucho que pica al bucy cuando el sol se despide con lentitud, inspiran esas canciones que terminan en un tono de melancolía. Se me pasa amablemente una cerveza que espuma en el medio ambiente. El muchacho que me atiende es zambo de pie a cabeza y el vaso de malta negra ni se le ve en la mano.

Y, con gracia y soltura, sigue el baile. *La firmeza* es uno de los bailes gauchos más antiguos. Después vienen *La media caña*, *La zamba*, originaria de Chile y Perú, tomando acá una expresión más tranquila y ceremoniosa. *El sombrero*, simpático baile en el que se usan los sombreros colocados en el suelo para ejecutar pasos alrededor de ellos. *El escondido*, *Pala pala*, danza indígena; y, por fin, *El cielito*, el más antiguo de los bailes argentinos. Todas estas danzas tienen una misma coreografía: el castañeteo de los dedos, los brazos extendidos y el zapatear del hombre.

Espero ahora el turno de los tangos, y como veo que no vienen, pregunto asombrada: ¿Supongo que me harán conocer algunos buenos tanguitos criollos? El tango me gusta. Hay tangos que hace 20 años no ceden su triunfo a los *Blues* americanos. Y no me parecen más sanas esas cadencias negras, que no son nuestras.

El tango no es típicamente argentino como se cree generalmente. El tango salió del arrabal a principios de este siglo. Posiblemente de las márgenes orientales uruguayas. Arrabalero por excelencia, no es expresión argentina gauchesca. Su letra es triste; pero con la tristeza canallesca del cabaret, del champagne, la milonga, la tisis galopante, la madre abandonada, el crimen y la mujerzuela fanée y descangallada, como canta un tango de aquéllos; el presidiario y, en fin, toda el hampa es cantada y glorificada hasta cierto punto en aquellos tangos del bandoneón.

El tango se fue a París, y allá, antes de conquistar Buenos Aires, se adueñó del aire viciado de los cabarets. Estremeció doliente a las mujeres *blasées* del París cosmopolita con el canto y el baile cadencioso de su ritmo lento y sensual. Les pareció exótico. Olía a pecado por tomo y lomo. Y la milonga del arrabal, pecaminosa y triste, fue el delirio del París enloquecido de la guerra.

La noche se abalanza con una rapidez desconcertante, y como si por primera vez lo hiciera, se precipita obscureciendo el patiecito sevillano. La esencia y el alma populares están enteras en el cancionero argentino:

*Buenos Aires, mi patria querida,  
Buenos Aires, la tierra del Plata.*

Y díganme ustedes, pregunto al penetrar de nuevo a la ciudad populosa: ¡Díganme si los tangos no son criollos!

### III

Vivo en este Puerto Rico de la manera más peregrina. Como la isla es tan pequeña, ando por todas partes, y voy a mis clases a Río Piedras y vuelvo a volar para conferencias y simples convites. El clima me hace mucho bien, pero las buenas gentes me agotan en este ajeteo.

En esta isla me quedaría. Me ofrecen lo que quiera en la Universidad. Vivo entre los isleños como dentro de una familia y me han dado una ciudadanía honoraria portorriqueña para que me sienta de ellos. Pero están horriblemente divididos entre patriotas y ayancados y me tiran de un lado y del otro, no dejándome en paz. No puedo ser yo una anexionista y renegar de lo que pienso por mirar a mi bienestar, ni puedo embarcarme en la aventura sin salida de los patriotas que no lograrán nada, porque son minoría y minoría mínima.

Me conmueve esa aprobación de una ley especial por los dos Cámaras, para declararme hija adoptiva de Puerto Rico. Pero me voy de aquí como de todas partes, por más que este clima sería mi cura y mi vida larga. Ya voy tomando no sé qué carne de judío errante.

### IV

El cafetal de Yauco culebrea por las colinas con listón a mancha, siempre velado, y siempre delicado en penumbra y vivaz de su fuego guardado. La tierra se llama Yauco, así con nombre diptongal, para que se oiga bien, al forastero que pasa le apuntan este nombre a fin de que no olvide que éste es el café arcángel entre los cafés ángeles del mundo, el trozo clásico del producto prócer entre productos próceres del suelo. El espíritu del café circula por los poros de esa tierra de migajón fácil y es cosa más noble todavía que el espíritu del vino en la viña de Virgilio que necesita, al cabo, malicia de hombre para volverse pasión.

Yo he dormido en esta tierra vehemente de Yauco, y como el cabrito de la leyenda árabe, las venas del perfume del café, su alma circulante debajo de mi casa me daba un sueño rico, hasta un poco alucinante, y todavía me siento la sien como cargada de esa pasión que chupé y guardé en tres noches de una almohada tan fuerte y dueña por tres noches de mis potencias.



A un vicioso de ese vicio mixto de ardientia y aroma que es la taza de café, le he pedido definición del de Puerto Rico, y él me la ha hecho más o menos así:

"El café asiático o africano se parece a esos padres que siendo solamente buenos pasan a ser mejores en los hijos. Los cafés americanos, y el puertorriqueño el primero, se han llevado delante en honra y provecho al padre árabe que migró a tierra más feliz que su Yemen, al trópico antillano para procrear estirpe de cafés.

El café de Puerto Rico es viril por la intensidad con que salta al cerebro apenas bebido y es femenina por la excitación sin daño que da a su bebedor. Al jazmín se le parece en lo de ser fuerte sin golpear el olfato, y al sentimiento que conmueve y no agita."

Dejo como mío el elogio del bebedor, y vea que me ha tomado el tono de alabanza que tengo al decir las artesanías. Al cabo el café es un trabajador-duende de los nervios, y lo más fino que pueda darse entre los operadores de nuestra sangre.

## V

Un grupo de jóvenes uruguayos me invitan a un homenaje que preparan en su país, tomándome como representante de la mujer de América. Yo no deseo sino que me dejen en paz, sin vitores. A mí me basta saber que esos jóvenes me guardan algún afecto. Dicen que la modestia de las mujeres es siempre una farsa; no. Esta no es modestia sino egoísmo, ganas de estar tranquila.

En la América se vive tributando homenajes y no se trabaja; haciendo discursos vehementes que avergüenzan a los festejados por su exceso; gastando la palabra en vanidades que a nada conducen. Yo no me siento símbolo de cosa alguna. Soy una individualista feroz y me molesta cualquier intento de honra colectiva. Reconozco la buena fe de estas cosas; agradezco bien lealmente el cariño de mis amigos, pero lo mejor que ellos pueden hacer por mí es no dedicarme fiestas que me exceden y me confunden. Los vivos no servimos para símbolos. Que recuerden a Delmira, que fue tan grande; a Sor Juana Inés de la Cruz... Ellas si son ya carne de símbolo.

## VI

Veo y reveo con minuciosidad de mujer el amplio mapa de Europa, por entretenimiento geográfico (yo fui profesora de geografía también) y por serias necesidades de vivir:

Mi ojo cae en Montpellier, ciudad con influencia española, lo que es cosa muy digna de tomarse en cuenta. La ciudad es mansa y culta, convida a trabajar. La vida, naturalmente más barata que en París. El clima es frío, y por esto, yo que soy reumática y a más enferma de nefritis crónica, no me quedé en ella. Pienso en la provincia francesa por sobre París. He visto yo tanto muchacho podrido y arruinado por París, que a nadie aconsejaría mandar un hijo allí. Y no es porque yo crea que la ciudad pudre a todos; pudre al de afuera. La juventud francesa de París es admirable como estudio y fuerza. Hacia el sur está Marsella, lugar de buen clima, de vida barata, con mucho de ciudad nuestra, por la mezcla con el oriente.

Italia me le temo por el fascismo y por la mala fama de los altos precios. Hay una buena universidad en Génova, menos buena que la de Montpellier, seguramente. No se puede comparar nunca una universidad francesa con una italiana. Pero Génova es muy helada (circunstancia digna de tomarse en cuenta, soy mujer) a causa de la bahía abierta. Pero a dos pasos de Génova, a 10, a 15, a 20 minutos, están Nervi, Rapallo, y un cordón de pueblecitos, tanto bajando hacia Roma como subiendo hacia la frontera francesa.

Muchos de estos pueblecitos tienen un clima muy dulce, el mismo de la famosa Costa Azul francesa, el mismo. Yo estoy ahora en uno de ellos —Cavi Lavagna—, pero a una hora de Génova. La vida no es más cara que en Francia, aunque la lira valga más. Las casas son del mismo precio; el lavado, la calefacción, los trenes y otras cosas son más bajos de precio.

Tengo un apartamento muy cómodo de cuatro piezas y siete camas, aunque somos sólo dos y la criada: yo, un niño de una amiga y no más. Pago tres mil liras al año, o sea, cuatro mil francos. Amoblado el apartamento, naturalmente.

El modo de vida es muy de nosotros. Italia es Edad Media, con su bien y su mal medioevales; criadas a lo criollo, sencillas, gran miseria, lengua fácil y por todas partes gente que ha vivido en la América. En Francia se vive en una soledad pavorosa, a menos de estar en París, en medio del fantástico egoísmo y del seco orgullo de ese pueblo para el cual todo americano no rubio es un meteco y una pobre bestia.

Continúo recreándome con mi mapa de reumática: Yo quise fijar mi pobrecita vida en los alrededores de Avignon, y tomé allí una casa que conservo y que he ofrecido a Vasconcelos, que por desgracia no es rural como yo. El verano es delicioso en Avignon. Yo volví a cultivar la tierra, a hacer jardines, a comer frutas que no fuesen de mercado. Pero el invierno es terrible. El viento de mi nombre —el Mistral— sopla allí como un demonio, un viento del que sólo hay iguales en la Patagonia. Se hiela todo, excepto el alcohol; los huevos se hacen piedra. No hay modo de calentar las casas, ni con tres estufas como yo tenía. Pero el infierno dura sólo tres meses o cuatro.

Yo vivía allí con tres mil francos, los de mi famosa jubilación de Chile. Soy sobria y no gasto en trapos casi nada. Con cuatro mil quinientos francos se vive en la provincia francesa, siempre que se haga el mercado por personas que no sea la criada (son muy ladrones) y que no se viaje. Los viajes son los más caros de Europa. Yo viajo en tercera en los trenes —muy aseados—, en primera en los barcos europeos y en segunda en los americanos. Pongo aparte mi gasto de libros que es crecido. En París, el problema de la casa es grave; para vivir barato, hay que vivir como un perro, en pocilgas. Ni pensarlo. Ay, la vida ideal sería Bélgica. Vida un tercio más barata que en Francia; ambiente más noble; sencillez y trabajo y una vida intelectual alerta y sólida. Pero el clima es pésimo. Yo hice allá una cura de baños de greda y el clima me arruinó, en cuanto salí de los baños.

Me han hablado hace días maravillas de la vida de Pisa, en lugares de invernar, pintorescos y tibios. Pienso también en Florencia, pero el invierno florentino es malo. Habría que pasar en la ciudad verano, otoño y primavera, y salir a las cercanías de Pisa o a Pisa en invierno. 2 horas. Hay que allanarse esta mudanza. Yo tengo tal pasión de Florencia, que he pensado en correrme hacia allá durante el invierno, si es que no me voy a Nápoles o al África. Pero me desaliento cuando veo que el calor no aumenta hacia Pisa y que toda mi vida está en el calor; que tres grados menos son para mí la atonía, la falta de fuerzas y una acedia que no sé decir.

Considero, y sobre todo, Nápoles. Es un puerto inolvidable, y el mejor clima de Italia. La ciudad es sucia; pero se puede vivir en lindos alrededores y viajar en tren o bus cada día al puerto. Pintoresca la ciudad, con sus calles sin aceras, de una estrechez de ciudad de juguete. Con sus vehículos que tiran asnillos vivaces, un asno plateado y alegre que yo no conocía. Con el alegre cinismo de sus gancheros, los más

pícaros entre los trabajadores del mar. Con su población vividora, que lleva la vida como una rosa entre las manos. Con sus casas de cuatro a seis pisos, pintarrajeados por sus tenderos de ropa, que caen hacia cualquier palacio. Con sus músicas, que son como la sangre sensual de la noche napolitana.

Mientras como mi pescadillo que huele bien en su buen aceite y bebo mi Capri y mi Falerno, oigo la otra resaca rumorosa, la grito de los marineros, y los miro ir y venir, riñendo o cantando. ¡Mi Nápoles, con su golfo mediterráneo que deja saciados de hermosura los ojos! Todo se me llena de azul. ¡Me quedo en Nápoles!

## VII

La *Historia de Cristo*, de Papini, es el libro más grande de los últimos años de Europa, me decía Vasconcelos. Y le decía yo, timidamente: La única obra grande, según mi espíritu, después del *Juan Cristóbal* de Romain Rolland.

Otra vez el Evangelio vivo, puesto en una luz nueva, contemporizado y hecho otra vez sustento para diez generaciones. Sencillo, a pesar de la opulencia, tremolante de fervor y radioso de humanidad. Cuando supe que lo habían reeditado en Chile, tuve alegría por el suceso espiritual para mis gentes. Me interesaba el varón de fe poderosa, tanto como el libro. Había pasado, de un golpe, a ser una de las conciencias que mueven nuestro tiempo brutal.

En Nápoles compré el *Diccionario del hombre selvático*. Lo leí en la isla de Capri. La lectura me manchó de violencia cuatro nobles siestas bajo los olivares. Una capacidad muy italiana de pasión, pero no el odio, ceñido como una espina, del Dante, sino un borbotear de marmitas del infierno. Un juicio final, pero en una llanura que fuera un poco establo, y un poco estercolero, y un poco plomo líquido, para que dancen los que oyen la sentencia. De tarde en tarde, pasa una ráfaga pura: son los santos y los artistas cristianos, sobre los que caen rosas, que no se sabe de dónde bajan en este aire de azufre denso. La humanidad, convocada por él, Giovanni Papini, desde los tiempos de Abraham hasta los Mussolini.

Papini es florentino. Sigue en él la poderosa y sutil sangre toscana sustentando la latinidad. Tiene 43 años. Un mediodía terrible, el suyo, que quema sus propios riñones. Vive seis meses en Florencia y seis en un pequeño pueblo del Casentino, vena de frescura en el verano de Ita-



lia, junto al Apenino. Sus biógrafos hablan de su "versatilidad filosófica y literaria". En su *Historia de Cristo* enriqueció el Evangelio hasta la mayor hondura.

Y a pesar del *Diccionario*, que me dejó —como dije— llena del espanto que en mi cordillera materna me daban los rodados de las pendientes, durante noches enteras, yo fui a ver a Papini. Es él, indudablemente, una de las conciencias directoras de Europa. Y somos muchos los que desde el continente selvático (así nos ven) no miramos en el continente de la decadencia, sino estos espíritus vigilantes y radiosamente humanos: Romain Rolland, Wells y Papini. Papini lo llena todo en este instante. Sus veinte o treinta libros hablan de un hombre de labor heroica como los del Renacimiento, y como ellos, atravesado de distintos caminos.

Fui a visitarlo a la playa en la cual veranea y escribe: es la costa de Pisa, el pequeño pueblo llamado Castiglioncello. Población casi improvisada; calles enarenadas, gratas de caminar; y pinares, densos pinares para esas curas de paz de que estamos hambrientos los heridos. Llego a su villa, una casa grande, de persianas verdes con un gran relieve de Dante, ángel Custodio muy digno de él pero que en mí aumenta el embarazo. El profesor Papini (así lo nombran en el pueblo) sale a mi encuentro desde un grupo de pinos antes de que yo llame a la puerta.

Papini es fuerte, sin ser graso, muy alto. Color pálido, piel fina, ojos claros, que el sentimiento muda dentro de la gama de los grises; frente noble de grandes sienes y una calidad del cabello que está en desacuerdo con el "violentísimo": pelo rizado y blando, de un castaño hermoso, un cabello casi infantil, de tierno, en la cabeza poderosa.

Se ha sentado junto a la mesa de mimbre donde leía *La ciudad de Dios*, de San Agustín. "A mí me sorprende —dice— la visita de una persona de habla española. Parece que entre ustedes se conoce poco mi obra". Se le conoce bastante, le digo, hasta el punto de que en Chile se ha reeditado la *Historia de Cristo*. Se le oscurecen los ojos.

—"Yo soy autodidacto", confiesa. "Todo lo he estudiado solo, en bibliotecas. Eso está contado en mi autobiografía *Hombre acabado* (Uomo finito). Poseo el inglés perfectamente para su lectura, pero no dispongo, al hablarlo, de sus matices... Ahora, veo que usted da mucha importancia al aspecto social en la religión. Yo no le doy casi ninguna. Para mí el cristianismo es mística, más que beneficencia; es fervor y anhelo trascendente. Su tipo lo da la Edad Media". Yo pienso, me atrevo a responderle, que la pobreza no es enemiga del progreso espiritual,

pero la miseria sí. La miseria afea la vida y encallece el alma. Para mí, la mitad de la religión es caridad buscadora, caridad andariega, de pies sangrientos.

—¡No!, me replica. Un pueblo sin fe puede ser envilecido por la miseria; pero eso no pasará nunca, por ejemplo, ni con el campesino italiano ni con el español, las razas cristianas por excelencia. Por otra parte, no sólo el hombre pobre sin vida religiosa. Al hombre sin fe se le vuelve tan venenosa la riqueza como la pobreza. Además, conceptúo que el miedo de la pobreza está fuera del cristianismo, religión heroica para heroicos”.

—¿Y qué piensa del fascismo? Yo tengo mucho interés en conocer este juicio de usted. “Yo repudio el fascismo como régimen de violencia”, responde. “No piense usted que la iglesia como institución se haya fundido con él. La iglesia ha sufrido todos los regímenes, sufrido, no aceptando, entiéndase bien”. Le manifiesto que me da una sensación de alivio saber que un espíritu de la significación suya para los católicos del mundo, haya quedado libre de la contaminación poderosa.

Papini habla con serenidad, casi con dulzura, y la bondad de su tono se me funde con la luz verde de los pinos, bajo los cuales seguimos hablando. Tengo el privilegio de oír a este hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa. Se le podrá acusar de fanático, de “ebrio del vino de Dios”, pero no se le puede decir lo que a otros varones de fe: que son vagos por misticismo ni confusos por ignorancia. En Papini encuentro una respuesta a cada uno de los problemas espirituales de nuestro tiempo...

## VIII

Murió Magallanes Moure. Lo supe por *El Mercurio*. Me dio mucha pena. Se me cayeron las lágrimas. He sentido sobre todo su muerte así, como un rayo, sin una enfermedad larga que lo hiciese pensar en Dios. La noticia me dejó el ánimo agobiado para varios días. No sabía de él en largo tiempo. Pero en su última carta, comentando lo de mi regreso siempre postergado, me decía que tal vez no nos volveríamos a ver. Ahora recorro esa carta con pena muy grande. Chile dará muchos artistas más. Pero es difícil reemplazar a este hombre que era, además, el insigne caballero, la bella alma tan rara de hallar en nuestra raza espesa. Me dice Ernesto Montenegro: “Tan pobres que somos, y que se nos fuera este

hombre". Es cierto: somos muy pobres, sobre todo de lo que él tenía en la vida más que en el verso mismo: la nobleza de cada hora.

## IX

Ya se puede hablar de Manuel Magallanes Moure con cierto espacio que atempera la vehemencia del cariño. A pesar de la muerte súbita, casi de accidente, estaba maduro para morir este hombre de tan perfecta pulcritud. Maduro por la ninguna impaciencia, la ninguna prisa, la ninguna urgencia de las cosas que aquí se reciben. Casi desconcertaba su desasimiento de las cosas y dolía su desdén de sí mismo, sobre todo en el último tiempo, cuando yo le conocí. Había volteado como viejos bolsillos el amor y la literatura, las únicas cosas que le importaron y, como viejos bolsillos contenían feas menudencias y chismes vulgares.

En su naturaleza aristocrática estaba el no quejarse, o el adelgazar la queja del modo en una estrofa, que apenas se la oía. Y tal vez, lo queríamos por diferente. Nos aliviaba de nuestro borbotón de violencia. Poco a poco, sin que él lo buscara, iba contagiándonos a lo largo de la conversación.

No gozó ni buscó, Magallanes Moure, la consolación religiosa. Pero su indiferencia jamás contuvo ni un grano de desdén hacia los que creen. Él no perteneció a nuestros desmelenados jacobinismos americanos. No se interesaba en la religión, vivía al margen de ella como de la geografía o del álgebra. Su probidad perfecta era laica, hija recta de su sensibilidad más que de su razón. Yo le conocí la rica piedad en sus relaciones con obreros de San Bernardo. Un día llegó a verme al Liceo 6. Venía de hacer no sé qué gestión judicial en favor de un reo. Me dijo: "¿No le asombra, Gabriela, el que después de dos mil años de cultura, todavía no hayan llegado las gentes al concepto elemental de que es imposible el juicio? Aún la culpa más vulgar tiene varios planos y ellas le ven la pura corteza y juzgan".

En el último tiempo también se había desprendido de la política. Porque Magallanes tuvo una pasajera tentación de la política. Perteneció a uno de los partidos más limpios de Chile, el liberal. Hombre que creía en la depuración de un pueblo por el sentimiento y la inteligencia ¡qué iba a decir en una asamblea! Era un buen árbol nuestro Magallanes, lleno de sentido como de hojas, para escuchar el mundo y, sin embargo, tranquilo.



¿Y su cortesía? Una cortesía sin empalago, especie de savia dulce, de talla que se vierte sin esfuerzo. Yo le desconocí la palabra gruesa, el chiste graso a que somos tan aficionados y, respecto de los demás, hasta del peor, no le oí nunca un adjetivo innoble. Pero él tuvo cortesía hasta para morir. Aquel levantarse en el tranvía y decir con delicadeza al mecánico que se detuviere en la estación próxima, sin dar alarma a los pasajeros, ¿no es la flor de la cortesía insigne de toda una vida?

Blanco, puro y un hermoso varón para ser amado de quien lo mirase: mujer, viejo o niño. Yo miraba complacida a ese hombre lleno de estilo para vivir y, sin embargo, sencillo. Se parecía a las plantas escogidas: trascendía a un tiempo naturalidad y primor. Tal vez las cabezas poéticas más bellas que han visto valles americanos hayan sido las del colombiano José Asunción Silva y la de nuestro Magallanes Moure. Y en una belleza con hechizo, de las que trazan su zona en torno. Un teósofo diría que su aura era dulce. Porque la voz hacía conjunción con el cuerpo fino para volverlo más grato aún. Perdida voz de amigo que suele penarme en el oído: cortesía del habla que, además de decir, halaga.

Su poesía se resuelve en el amor de la mujer y en una mirada minuciosa de la naturaleza. Es una pena que tengamos tan desacreditado el elogio en América, que no significa nada decir que la poesía de Magallanes fue la más pura, porque se ha dicho eso precisamente de muchos. Y cuando no estaba enamorado, se sentía huero de toda cosa y también de sí mismo. "La sensibilidad no puede escoger otra cosa que la mujer —decía— y después, lo que se parece a ella".

Entre un amor y otro caían sobre él unas grandes desolaciones. A lo largo de nuestros centenares de cartas, yo le recetaba, para relleno de esos hondones, un poco de fe en lo sobrenatural y de búsqueda de experiencia interior. Pero era de su tiempo. Habían hecho en él su feo trabajo racionalismos y materialismos, levantándole en torno el cerco de cemento armado de la incredulidad redomada que él no soltaría nunca para echar los ojos a mejores vistas. El dúo de las cartas era copioso e inútil; pero continuó a lo largo de cinco años.

Él se sentía con cierta obligación de cuidado sobre mi poesía, yo con la de un vago cuidado de su alma. No llegamos a nada fuera de conocernos un poco y de acompañarnos casi sin cara, porque hasta entonces no me había visto nunca.

Alguna vez le dije sin creerlo que la mujer lo banalizaba y lo tenía viviendo a la deriva. Él me contestó que una teología no lo haría a él más



cabal que una mujer. Y la razón tal vez era suya, que tan completo, tan alerta y tan digno anduvo por este mundo.

## X

Debo ser gran pecadora, porque Dios me da grandes penas y dolores físicos. Llevo 15 días de una neuralgia rebelde y dolorosa. Yo creo, y firmemente (soy católica), en este mundo como purgatorio.

Además, la muerte de mi madre me ha deshecho, me ha tirado a la ceniza verdadera. Ni mi fe me sostiene; apenas me levanta los ojos un poco.

Tengo ganas de irme de una vez a un clima caliente: Túnez o Argelia. El sol es mi cura y sobre todo mi gozo, toda mi alegría. Si la misericordia de Dios botara a Ibáñez de la Presidencia, yo pediría un consulado en el Cairo o en Atenas, o en cualquier puerto caliente. Me jubilaron con una miseria y no puedo vivir con eso. Pero Dios se olvida de nuestras patrias infelices.

## XI

Cunde por Europa el desprestigio mexicano por los actos de piratería y de violencia que se verifican para arrancar a una enorme masa india y española su fe. A través de mi prosa *La imagen de Cristo en le escuela* va mi respetuosa protesta a la persecución tonta y vana que se está haciendo en México respecto de las escuelas católicas. Yo estoy demasiado vinculada a ese país y al Ministerio de Educación, para que pueda entregar mi pensamiento desnudo y hostil a propósito de los sucesos religiosos. A la vez, tengo que cumplir con mi conciencia católica. Entra mucho en mi prudencia el temor de que se crea que, por mi gratitud hacia Vasconcelos (hoy enemigo acérrimo del Gobierno de México), yo me asumo a sus antipatías. No es solidaridad con él, es, sencillamente, que se hacen allá cosas torpes, de un fanatismo medieval al revés y con las cuales se está manchando la obra ilustre que México hace por la educación en el Continente. Verdaderamente se persigue al catolicismo, religión de 12 millones de habitantes.

Yo no pido privilegio para las escuelas católicas; solamente ese sistema de decencia que es le doctrina liberal respecto de las

instituciones religiosas, del credo que sean. La desgracia de América consiste en que lo mismo el líder creyente que el ateo, son *matones*, ignoran en su raíz el liberalismo, hablan de la libertad y no la practican sino cuando sirve sus intereses y afean hasta sus mejores empresas con el odio y el abuso de la autoridad.

Siento una profunda pena de que, mis lazos con la Revolución de México, me prive de escribir claramente una crítica sobre los sucesos a que aludo. Se trata de un pueblo nacionalista frenético, y se me diría que soy una desagradecida o un servidor incondicional de Vasconcelos. Yo estimo y admiro a la Revolución, la reforma agraria y la educacional; yo siento repugnancia por la etapa de persecución en que ha entrado.

Por otra parte, reconozco que los católicos de México se merecen algún dolor porque han sido elementos de desdén hacia el pueblo, de conservantismo capitalista, muchas veces. Sin embargo, no se merecen el atropello brutal que reciben. En ese artículo *Cristo en la escuela*, yo procuro decir en tono menor, sujetando mi impulso, el criterio liberal que rige en Europa respecto de la escuela confesional. Nada se conseguirá. Se cumple con la propia conciencia únicamente.

## XII

Contesto a lo bárbaro un cuestionario antológico:

Si, después de Juana, Sabat Ercasty es el mejor poeta del Uruguay, con otro que en este momento se me olvida.

Arévalo Martínez es guatemalteco. Grande, profundo poeta, poco divulgado, poco honrado por nosotros, prosista insigne en *El hombre que parecía un caballo*, y poeta definitivo.

En Colombia hay un excelente poeta poco divulgado también, que es Rafael Maya, es un poeta clásico, en la línea de Valencia, lleno de dones y de virtudes.

En el Perú ya no es poeta joven, pero sí posterior a Chocano, el admirable José María Eguren. Yo le escribo a Barranco, Lima. O, mejor, a Mariátegui para él.

Por Venezuela no olvidar a nuestra admirable Teresa de la Parra.

Por Cuba acordarse, en la prosa, de Jorge Mañach, ensayista y crítico de primer orden. También ha escrito cuentos.

Por Chile, naturalmente Pablo Neruda, nuestro mejor poeta nuevo (aunque ahora escribe futurismos que no se venden ni se leen). De Neruda

tengo solo un libro de segundo orden, pero es lo mejor nuestro en la poesía actual. Cónsul de Chile en Indochina (¿Saigón, se llama eso?), no recuerdo. Escribirle. Saludarle por mí también. Gran temperamento y forma madura.

Por Centroamérica preguntar a nuestro García Monge.

Olvidaba: son muy importantes por el Perú, Alberto Guillén y Alberto Hidalgo.

De México habría que poner primero a Xavier Villaurrutia; luego a Carlos Pellicer; luego a Torres Bodet y a José Gorostiza.

La neuralgia no me deja seguir... Hasta luegoito.

Agregado: Ya tengo otra dirección de Neruda (recordar que se llama Nefthalí Reyes y que es Cónsul de Chile), la de Singapore, Indochina. Al escribirle darle afectos míos.

### XIII

Tengo semanas y años en que no hago sino callarme lo que veo. Pero estoy en días en que se me sube a la boca, definida y con colores fuertes, la masa que se ha ido acumulando de observaciones y desengaños. Tengo entre las impresiones más penosas de mi vida mi vuelta a Chile. Yo viví siempre en mi país encerrada y no conocía a mi pueblo. Volví a Chile (1925) con una gran curiosidad de verlo bien y de sentirlo, porque desde afuera tuve alguna vez el arrepentimiento de ignorarlo en muchos aspectos.

Mejor hubiese sido volver a salir sin conocerlo, porque no miré sino síntomas feos y odiosos e hice constataciones. Aguirre Cerda alude, en una entrevista reciente, a esa chacota de revoluciones sin ideología y sin ideales. Fue uno de mis asombros. Lucro, lucro, que antes se llamaba sanfuentismo, que después se llamó alessandrismo y, más tarde, espíritu revolucionario. Vi una mafia pedagógica de gente inepta, sin luz de creación, queriendo dominarlo todo, y me parecieron más puros los pobres bolcheviques de la Asociación de profesores.

Vi la misma esclavitud rural. Y, lo que parece cuento, anoté que no hay un solo partido que tenga en su programa la cuestión agraria como cosa importante, en un país de latifundio medieval, fantástico. Vi un fenómeno de relumbrón que no sabe adónde va. Vi una clase media enloquecida de lujo y de ansia de goce, que será la perdición de Chile, un medio-pelo que quiere automóvil y tés en los restaurantes de



lujo, transformando en café cantantes por la impudicia del vestido y de la manera que la mujer de esa clase, que es la mía, ha adoptado de un golpe.

Y para qué fatigarme. Tantas cosas más. Aguirre tiene razón, y sabe mis juicios y mis expresiones más o menos violentas. Después de todo, tarde o temprano será presidente de Chile. Y es bueno que oiga a los pesimistas, aunque él, como todos los fuertes y los felices, sea un optimista, porque el pesimismo atempera y sirve a su modo, como los amargos en medicina.

Sí, creo que hay remedios y creo que la raza tiene enmienda, porque tiene fuerzas y porque tiene ambiciones. Me parece útil la ambición, hoy, que yo no siento en mí nada de ella, y la fuerza también me parece salvadora, aun cuando en Chile posee aspectos de brutalidad y de matonaje que me repugnan.

Yo no soy mujer de batalla y en ese ambiente eléctrico que dejaron las revoluciones viví unos meses sufriendo. Lo que puedo hacer —escribir— desde cualquier parte del mundo se hace, en paz, sin recibir salivazos ni cosas que descorazonan. No deseo volver todavía.

## XIV

Me pregunta mi amigo Froilán Turcios lo que pienso sobre la resistencia del general Sandino a las fuerzas norteamericanas. Me pone en apuros: yo oigo hablar de política la mitad del año —el tiempo que paso en París— pero yo no quería saber nada de todo eso. Sin embargo, voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política vendrá a ser (perversa política) la entrega de la riqueza de nuestros pueblos; el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad; el jacobinismo avinagrado de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras que ya se desnudan con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes.

Sobre Sandino ya he dado mis opiniones y mi apoyo en artículos de prensa.



## XV

Lo de Nicaragua aprieta el corazón. Lástima que no le demos sino palabras al hombre heroico. Las juventudes nuestras parlamentan en los clubs, pero esquivan bastante el sacrificio verdadero al lado del buen caudillo.

## XVI

Sandino con sus leales está cercado en una quebrada pequeña de su mínima Nicaragua. Le mandan dos mil tiradores (él tiene seiscientos pobres hombres a media hambre); le manden varios aeroplanos que no son el de Lindbergh, y no van tampoco a gozar el paisaje de Rubén Darío.

Pero en La Habana los delegados de la Conferencia Panamericana plantan, mientras tanto, una ceiba como símbolo de la fraternidad del Nuevo Mundo.

No dice el artículo lacrimoso que me informa, derretido de pasión botánica, quiénes han sido los de la idea. Suelen los yanquis tener una ternezas que desorientan en sus caras rapadas, su traje kaki y sus polainas de cuero. ¿Por qué una ceiba? Por ser ella el árbol "más umbroso de la América". Y yo entiendo, un poco perversamente, el más espeso, para que cubra feas cosas; el que echa más diámetro de sombra, refrescadora, no ya de pastores y ganados completos, como el árbol del poema, sino de caucheros y mineros acalorados de logro y violencia sobre los indios. La palma no, porque no esconde cosa alguna con su voluntad de desnudez, que es una como franqueza vegetal.

Pudieron los delegados, en vez de ceiba, plantar una caña —en tierra de caña—, símbolo más ceñido de la realidad. Así, los delegados mayores, los del Mississippi, se acordarian de que "casi es aire" de puro fina, esa armonía de las tres Américas desiguales: la América patrona, la América casi doméstica, que es la Central, y la América en tratamiento de domesticidad que es la que sigue. Yo tengo muchas deseos de que la ceiba se les seque.

Yo vengo a preguntarme ¿por qué escribo este articulejo político, yo, que no tengo manía política? Y me contesto rápidamente: Porque el artículo de marras sobre la ceiba de La Habana, me ha irritado una de mis bravas pasiones: la pasión forestal, tan fuerte en mí como la de las bestezuelas. Me deja sin cuidado que la gente de Brooklyn o de la Nicaragua oficial, digan sobre la visita de vistas de Mr. Coolidge, cosas

embusteras. Al cabo, la santidad de la palabra nadie la defiende después que se nos murió Maragall. Pero las ceibas estaban todavía inéditas para los *hombres de engaño*, que dice el Evangelio. ¿Por qué manosearlas y rebajarles el prestigio vegetal?

Me consuelo pensando en que no se les ocurrió elegir y plantar árbol de alianza en Chile durante la Conferencia pasada. Habrían caído sobre le araucaria, bastante limpia todavía de contaminación. Y me habría dado más pena. Al cabo, conozco menos a la ceiba que, sin embargo, me ha apesadumbrado tanto.

## XVII

He llorado la muerte de Sandino, más que todo por ser un crimen nuestro, una suciedad más. Paciencia.

## XVIII

Las casas no me amarran. Al mes de comprar la de Santiago, me fui a México; al año de la que tengo en La Serena me volé a Europa. Un mal genio se burla de mí cada vez que elijo un suelo para vivir en paz.

## XIX

Voy viviendo con dificultades económicas, por tener dos casas, la de mi mamá (en Chile) y la mía, aquí en Fontainebleau, y porque la vida ha subido mucho de costo en Francia con el alza rápida del franco, que ha dejado los precios iguales. Pero escribo para periódicos saldando mi déficit hasta ahora. Los sueldos que paga la Sociedad de las Naciones son decorosos sólo en Ginebra. Por vanidad francesa, que todos conocen, este Instituto de Cooperación Intelectual quedó costado por el Gobierno francés, y el resultado han sido unos sueldos calamitosos. Espero que mi Ministerio, que tiene la culpa de que haya venido, —porque me exigió que viniese— me dé lo que buenamente pueda para eso que llaman gastos de representación y que en Francia resultan subidos en un cargo de esta jerarquía: delegada de Chile.

Trabajo como Consejera en el Instituto de Cooperación de la Soc.

de las Nac. Es una labor técnica, un poco estadística, con utilidad a la larga, algo burocrática, pero seria y humana. El Instituto tiene una biblioteca, pero no compra libros. Así son en todas partes.

## XX

A Juana de Ibarbourou le he tratado muy poco. Le guardo la más cabal admiración literaria, y no hay astilla que le saque a lo que le di en aprecio hace diez años. Pero ella, su persona, me gusta menos, y por una razón que hace reír: es muy burguesa, pero muy burguesa. Sería cosa de páginas contar lo que yo llamo burguesa. Sólo este anticipo: Demasiado bien criada, incapaz de hacer un disparate, demasiado sagaz para este mundo. Me entiendo mejor en el trato con Alfonsina Storni.

Para leerlas, entre las dos Juanas me quedo con la uruguaya; para oírlas, para tenerlas al lado, me quedo con la Juana de México, con la preciosa monja. Estoy convencida de que ha venido a verme en este mundo en la persona de Palma Guillén, así, convencida. Cómo la quiero yo a Sor Juana. Por ahí me le tengo escrita: Sor Juana, monja verdadera, con la llama del amor por todo conocimiento. Como ella se anticipó a su época, con anticipación tan enorme que da estupor, vivió en sí misma lo que viven hoy muchos hombres y algunas mujeres: la fiebre de la cultura en la juventud, después el sabor de fruta caduca de la ciencia en la boca y, por último, la búsqueda contrita de aquel simple vaso de agua clara, que es la eterna humildad cristiana.

Dicen que yo tengo el aire más cabal de burguesa; pero yo no lo soy, y no es virtud sino incapacidad de varias cualidades: tino, regularidad, consideración a las tradiciones, aceptación de la jerarquía de este mundo.

## XXI

Pena definitiva: la muerte de mi santa madre. Yo vivía un poco sobrenaturalmente de su presencia en este mundo. Con mi fe y todo, he quedado con el alma en el puro polvo feo. Yo quisiera conversar con ella noches enteras ahora, cuando dormirme me cuesta y la oscuridad se me llena de miedos terrestres. La oración me levanta muy poca y la prueba de mi fe que sufro es muy dura.

Yo no sé si quiero a alguien sino cuando se van bastante lejos. Si se mudan cerca yo no tengo la revelación sobrenatural. Por eso con los muertos la prueba es perfecta.

## XXII

Chile sigue igual y lleva camino de hacerse peor con su milico de botas altas que no quiere dejar de ser Presidente.

## XXIII

El Via Crucis de Chile lo sigo estación a estación. Sé que hubo elecciones, que salió electo Alessandri y que hay muchas seguridades de que se vuelva a la normalidad. Dios lo quiera, aunque la era de las revoluciones en un país suela ser más larga. La noticia de la elección de Alessandri me ha alegrado por un grupo de amigos que podrán trabajar con él y por el hecho de que tengamos un gobierno civil. Por mí misma, me inquieta: me tiene mala voluntad y sabe que yo he tenido poca fe en su mesianismo. Sin embargo, yo misma espero vagamente de él algunas cosas buenas. Ha vivido varios años en Francia, ha debido observar y aprovechar mucho, ha sido prudente —*enfant ságe*— en este periodo de locura colectiva de Santiago, y está viejo, lo cual le sosegará los bríos excesivos.

Confieso sin rubor, que llegué a esperar algo útil de Dávila. En el fondo de esa fe, estaba mi viejo deseo de ver a un intelectual en la Presidencia, un dejo de mi sentido de solidaridad en el oficio. Me han contado, muy tarde, disparates y cosas feas de su gobierno, de las que los ausentes que leen diarios anodinos se quedan ignorando. Novedades acres de la política, después de todo.

## XXIV

Mi buena hermana Emelina sólo me manda minucia de noticias que no me importa y de gente elquina que tampoco mucho me importa. Yo veo a la gente cuando la veo. Le voy a decir que no me mande bobadas, sino sólo dulce de manzana y descorazados. Y arropes para endulzar mi vida de patiloca. ¡Hermana mía, échele usted unos arropes a mi agriura!



## XXV

Rompo y quemo cuanto me escriben los amigos, por miedo del chismoreo criollo, otra vez recrudescido como en los tiempos del militarote. Me da una gran tristeza ver el servicio llenarse de militares: en Barcelona, un ex Capitán; otro nombrado para París, y parece que otro ídem como Jefe del Dep. Se ve que Aguirre no puede resistir la pecha de esta gente horrible que es la de botas, o bien que los teme allá adentro.

## XXVI

Nadie que valga cree ya en Alessandri. Yo no he tenido nunca simpatía por este hombre, aun cuando en su honradez creí siempre, pero me he dado cuenta de que es la única carta que podemos jugar para una relativa unión de las clases, para unir, aunque sea a medias, a los opuestos. Y para llenar, aunque también sea a medias, el abismo que separa hoy a las gentes nuestras. Me parece el mal menor sin que me parezca ninguna maravilla. Era, sin duda, el candidato más razonable entre los que se presentaron a la lucha. Yo no puedo caer en ese nihilismo de nuestros izquierdistas de negar a todos y de volver la cara al Juicio Final como la sola solución. La clase media, la mía, ha perdido el juicio y no espera bienes sino por otros golpes militares y obreros.

La verdad, lo más grave de nuestro mal es la conciencia desorientada y envenenada por desvaríos de nuestra gente y el testarudismo de los latifundistas. Habría que hacer la defensa del orden a base de campesinos deudores de algún beneficio efectivo al Gobierno (una verdadera división de la propiedad), pues son la única fuerza que se puede oponer a los obreros en una guerra civil que, tarde o temprano, va a venir.

Es muy probable que no entienda ni mucho ni poco lo que ocurre en mi país. La distancia y la ausencia tan larga no sirven para ayudar el juicio.

## XXVII

Mis opiniones sobre la política y la educación nuestra pueden caer mal en Chile. La mayoría de los chilenos tiene el patriotismo quisquilloso. Pero yo tengo el hábito del chileno viejo, de decir lo que pienso. Lo digo de los países extranjeros y no es raro que no haga excepción con mi

propia tierra. Ni el mismísimo Aguirre Cerda se me ha molestado cuando juzgo con dureza. Nadie desea con más fuerza que yo, un Chile sólido y cuerdo, un Chile de política inteligente y, sobre todo, coherente, que amar y que obedecer.

## XXVIII

¿Figuras francesas? Verlaine, el "amado de los mejores", aun cuando parece que los peores han pisado en su vida y lo han aplastado en el pavimento, como a un pellejo de fruta preciosa.

Verlaine, tan débil para poder pelearse con el gañán robusto que llaman Diablo y que lo trató a él con el puntapié de los capataces a los niños que trabajan en su máquina.

Vagabundo sin sensatez para su disparate —otros locos fueron sensatos— que pudo escoger, para andarlas una Provenza o una Bretaña, donde el viento que hace volar el harapo (que en él tenía por nombre "pelerina") lo limpia y lo seca bien. En vez de eso fue vagabundo de ciudad y de una ciudad en que la calle pringosa, que es la del pobre, lo vuelve a su esponja hediondísima.

Verlaine cotidiano y nunca épico, cargado de pecados veniales que no son los de Condottiero o de Rey, por donde lo tenían que desdeñar más los "justos". Verdadero enemigo de sí mismo, como llama el teólogo al pecador. Yo le estoy mirando así, como vivió, enojado con su cuerpo y su alma, estropeándoles todo lo que podía con su poca fuerza, y diciendo que así probaba a Dios que compone el descalabro.

Reenseñador y devolvedor de la escritura medieval que teníamos olvidada nosotros, corrompidos por el viejo Hugo, pastor de avestruces; tan piadoso por habérsola traído como la que enseña a hablar a su niño y que aprenda por ahí el gruñidito de una bestezuela.

Pasaré mañana por las losas de Notre Dame, donde los domingos entro a rezar, y me darán ganas de añadir a las letanias de la Virgen una más que la llame: "Madre de los lisiados, ruega por Verlaine".

## XXIX

Mucha pena mi pena. La muerte es lo único serio de este mundo. Lo demás son bagatelas. Yo sé que ella me adoraba y yo también a ella. ¡Mi

linda viejecita! Pienso con sosiego y certidumbre de que su alma no vive ninguna tragedia allí, donde ahora está. Está solo ida, como pasa con los seres bellamente amados. Eso también suele ser un tránsito dulce. Hace ya dos años que se fue en ese tránsito mi adorada madre. Me parece ayer. Así gotea de húmeda la memoria mía infeliz, mi pobre memoria viva.

### XXX

Tienen soberana razón aquellos que dicen que mi amargura rebosa. Y razón tiene ella —la amargura— de rebosar. ¡Y cuánta! Pero ya es tarde para anular tanto tiempo y tanto vagabundeaje. He vivido en atmósferas o en napas diferentes a los de muchos. He crecido cicatrizando hasta llegar a tener un corazón que parece un grumo construido. Acaso estas palabras restañen algo.

Mis años de aprendizaje, del aprenderlo todo, desde escuelería a oficio de escribir, fueron de lidia diaria, y me gastaron las fuerzas antes de tiempo. Debí trabajar para sostener una casa sin hombre, con tres mujeres que en todo se auxiliaron. Pero a mi madre había que cuidar como mimo, no podía ya faenar, y su régimen de clima era tan estricto como el de mesa. En fin, esas etapas de pelea por el pan nuestro de cada día la he contado tantas veces, precisamente algunas tardes comiendo del pan en otras mesas.

Vivi alejada de una patria que nunca me quiso o que llegó a tolerarme una vez que el coro latinoamericano me alababa.

Me he hecho mi nombre a puro pulso de escritor. Ni título de maestra tuve durante años, y así me negaron la sal aquellos colegas que sólo consideran válida a la criatura que ostenta cartón —el odioso diploma—, que a veces se me ocurre gemelo a la marca quemada sobre una grupa. De Madrid tuve que salir por el azuzamiento de chilenos, sumados a españoles: toda una jauría desatada contra una pobre cónsul de última clase.

Hay veces en que todo se cierra, oscurece y hunde. Así habrá sido el trance del *Titanic*. Yo vivi eso, no en segundos de terror y de asfixia, en los que se sabe que pronto vendrá la liberación divina. Los vivi en días y días, que acabaron por moler todo aprecio hacia un país que se me erizaba entero... Mejor me quedo medrando al solcito de Arles.



## XXXI

Romain Rolland es el hombre que escribió aquella que podríamos llamar novela del alma y que se abre al misterio de la belleza del mundo, o sea la larga fábula del *Juan Cristóbal*. No es la novela del niño músico, del niño pintor, del niño-escultor. El deslumbramiento de la infancia, la crisis de la adolescencia, la hervidura de la juventud, no han sido nunca cogidos dentro de un libro como en esa que podía llamarse "historia del alma maravillosa del hombre".

Hoy es Romain Rolland una parte de la conciencia del mundo, de eso que suele parecer mito y que no lo es. Se han refugiado en él las virtudes perseguidas, o hechas pedazos, de la Humanidad: una equidad casi sobrenatural, la piedad hacia la muchedumbre desposeída de todas las tierras, y el idealismo que quiere seguir presidiendo, con otro rostro y otros hombres, la civilización. Una vida pura, un destino heroico, obedeciendo con sencillez; eso es para la América el hombre del lago de Lemán.

Yo había pensado, caminando por la montaña, en esa atmósfera pura que duplica las excelencias en el ser humano y suaviza el agraz de la mala sangre. ¿Se puede vivir aquí algún tiempo sin que sobrevenga sobre nosotros un suceso espiritual, uno de esos que voltean la vida como un fruto hacia el lado más luminoso? Yo tuve el acontecimiento.

El pequeño ferrocarril me deja en un paradero que pudiera llamarse de Romain Rolland, una subida entre árboles; luego se camina dentro del jardín del hotel Byron; se mira, rápidamente, la gran construcción que importaría en cualquier otra parte, y llego a la puerta de la pequeña casa. Casi no es una puerta, no cierra nada.

Viene caminando hacia mí un hombre un poco gibado, con un abrigo echado a los hombros con descuido. La primera impresión, que desaparecerá luego completamente, es la de un anciano; el rostro en el primer encuentro es frío. Entramos a una salita absolutamente modesta. Alto, muy delgado, con algo en toda la figura que no llamaremos elegancia, para no darle superficialidad, sino nobleza. Se sienta a mi lado, y a mí no se me ocurre nada que decirle. ¿Qué soy para él, maestra hispanoamericana que viene de pueblos desdeñados, que él no conoce, a decirle lo que sabe demasiado: que también su norma alcanza a las gentes de la América y que el Juan Cristóbal tiene hermanos de piel morena en la América del Sur?

Inicia una larga conversación que cubre todo el tiempo del té, so-



bre la situación política del mundo. Aunque no se le riza el semblante, voy sintiendo esta ansiedad más viva de Romain Rolland. Ningún hombre me ha parecido nunca más atento al mundo que éste. Desde su peña suiza, siente el jadeo de violencia que ha dejado la guerra en Europa. Yo le he preguntado antes sobre su actitud hacia Rusia. El no está con el bolchevismo, pero se guarda mucho de dar un juicio global, adverso al trabajo social de Rusia. Cuenta que ha recibido dos veces invitación para visitar la Confederación Soviética, y que ha rehusado. Elogia la labor de la esposa de Lenin en la educación popular. ¿Piensa usted que perdurará la Confederación de los soviets?, le interrogo.

—“Pienso, dice, que muchas cosas que ha hecho el Soviet no pueden desaparecer del mundo. Caerán otras”. Yo observo la discreción extrema que tiene al opinar sobre el caso ruso, discreción que no hay que sospechar de miedosa, en el hombre que durante la guerra la juzgó y lo perdió todo por decir la verdad de sus entrañas. Esta medida le viene de su probidad extraordinaria; no ha visto Rusia y prefiere esperar.

Le manifiesto que estoy de acuerdo, en una buena parte, con las leyes económicas, pero que me repugnan la tiranía nueva que con el Soviet ha llegado al mundo, y el materialismo odioso que es la atmósfera dentro de la cual se está creando lo que se llama la nueva cultura eslava. Cuando él me oye mi confesión de catolicismo, me mira un momento en silencio, y después me dice con su misma dulzura de antes: “Yo no creo”. Y se vuelve a hacer otro silencio.

La conversación continúa en el comedor... Y yo no sé lo que he comido, y no recuerdo ningún detalle de la mesa, sino esta conversación tan enjundiosa, y para mí tan nueva, que yo siento un poco la fatiga de haber seguido al escritor en campos que desconozco... He tenido una tarde entera al lado del hombre que es uno de los anotadores de la época. Este es el don que me reservaba la montaña suiza, y acaso yo no vuelva a recibir en la vida uno semejante.

## XXXII

Ayer salí a caminar a la buena de Dios. Una pareja de campesinos me llevó hasta el sanatorio donde Van Gogh trataba de sanarse con soledad y con pinceles. Estuve caminando entre los lirios que él retrató con llamaradas de lapislázuli y turquesa. Sigue todo igual a como lo dejara, es decir, absolutamente cambiado para siempre: los pinos se retuercen como

las lamentaciones de Isaías, el sol es de una gloria mayúscula y los cipreses cantan de pie como legiones arcangélicas.

Me mostraron a lo lejos, el trigal donde se disparó el pecho. Y sentí de nuevo la vieja emoción ante los desesperados de la vida, terriblemente valientes, capaces de esa violencia contra sí mismos, a la que yo nunca pude, ni en esas horas o días en que mi vida fuera también un vórtice.

¡Qué extraño agonizar en medio de un trigo glorioso, bajo la luz potente que dobla los tallos! Menos raro fuera ir muriendo entre los sudarios de una niebla nórdica.

Me volví a casa comiendo como una salvaje, buen pan con ajo y dentelladas a un queso que me compartían mis provenzales. No estoy para seguir suicidas. Tampoco para irme a Chile.

### XXXIII

Recibo carta con mucho atraso de Aguirre Cerda. Atraso porque don Pedro pone en el sobre mi nombre de veras (Lucila Godoy), y aquí apenas me conoce alguien con ese nombre mío. La carta llegó a la casa de mis amigos, donde me hospedo, en Río Piedras (Puerto Rico). Los sirvientes me conocen sólo el nombre inventado (Gabriela Mistral), y devolvieron la carta. Al fin, después de una rebúsqueda y seguidilla, la rescaté del Correo Central, de la lista sobrante con la anotación de... "desconocida". En el futuro don Pedro tendrá que poner mis dos nombres: el de veras y el inventado.

# Cuaderno de Madrid y Lisboa

(1934-1940)

## I

Hace diez meses que estoy en el consulado madrileño. Escribo poco; me he olvidado de hacer versos. Voy viviendo algo peor. La oficina sin ayudante me lleva todo el día. No la oficina, el horrible, el desventurado visiteo de estas extrañas criaturas que se quedan hablando de cinco a siete horas, y que se vuelven para mí más que un desagrado, un puro castigo, una desesperación.

Mucha vida he tirado y perdido yo por ahí, pero nunca tanta como pierdo en esta Castilla que, para peor, no amo ni llevo camino de amar. Cualquier día, cualquiera, tiro el Consulado (tengo además un jefe feo) y me echo al mar como a mis catorce años, sin más dinero que entonces, y con un cuerpo que ya me falla muchísimo en la fuerza.

Sé que esto no puede seguir así; las salidas, cualquiera de ellas es peligrosa. Y una más que eso. Pero voy a tomar una pronto. Y no es que pretenda que se pierden cosas mayores con mi esclavitud; es que no puedo seguir viviendo atollada en gentes, porque nunca me soporté cosa parecida a esta oficina de conversación empalagosa, que comienza a las nueve y acaba a media noche.

Si mi gobierno no puede darme un traslado de aquí a fines de año, dejaré el cargo. Tal vez me vaya a Colombia a trabajar un tiempo. O a Cataluña, a ensayar un trabajo editorial de textos para nuestras escuelas. Mi vida está perfectamente indecisa, y por ahí angustiada, porque a mí me angustia mucho la incertidumbre.

Tal vez sea que de más en más me siento sola en Europa, y que salvada una estancia larga en Cataluña, esta España me ha dado la más cabal, la más completita sensación de extranjería. Yo creí siempre que mi nostalgia de la América era únicamente la falta de la lengua entorno,



y no era eso, porque oírlo en chorro a mi alrededor no me ha consolado de nada. La raza es fantásticamente diversa y yo no sé cuándo lo entenderán y lo aceptarán, como suerte o desgracia sin remedio.

## II

Carta a Pedro Aguirre Cerda

Madrid 10 de diciembre de 1934

Respetado y querido amigo: Espero que estén ustedes bien, con más paz que la de los malos años y les pensaré en mi oración de Año Nuevo, al pensar a los míos, pidiendo para ustedes y para mí sosiego y buen trabajo, que es lo único que esta casi *infiel* (vocablo de cura) sabe pedir.

Le lleva esta carta, o se la hará llegar, don Julio Menéndez Behety, que ha pasado dos veces por Madrid y que él, tanto como su esposa, ha tenido para mí las más delicadas atenciones para esta chilena olvidada de sus chilenos.

He debido pedir a don Julio un servicio capital, y bastante pesado: el que me hiciera la gracia de anticiparme aquí, en España, el valor de veinte mil pesos chilenos, cobrándolos de usted al llegar a Chile. He debido hacerlo, a pesar de lo que me cuesta solicitar favores de este tamaño, porque he agotado ya por completo mis ahorros de Estados Unidos y de Puerto Rico, en un año y medio de sostener, a medias con nuestro Gobierno, su Consulado de Madrid. El hecho es pintoresco, pero perfectamente real: mes a mes esta oficina me ha dado la mitad de mi gasto y, a veces, menos de eso. Y he tomado la otra mitad de esta reserva, que tenía que agotarse. De no pedir a don Julio esta gruesa suma, era cuestión de irme a trabajar a América, perdiendo el Consulado posiblemente, pues hay varios ojos sobre él, o dejando aquí alguien en mi lugar, pagado por mí misma.

He contado la suma de veinte mil pesos como la de mi haber, y descomponiéndola o dividiéndola así:

Su carta de 15 de marzo me daba saldo a mi favor de 9.224, sueldos hasta febrero de 1933. Desde marzo a diciembre de 1933, son 8.400. Desde enero de 1934 hasta mayo del mismo, son 4.200. Mi pensión me la han pagado aquí desde julio. Pero yo hago esta cuenta consultando un atraso probable, que le ruego que cuando tenga tiempo me aclare. El total general de esos sueldos fiscales es de 22.844. Resto de esta suma el

Debe mío que comprende: 4.000 a Víctor Domingo Silva; 3.000 a don Zacarías Gómez. Consulto en globo, calculando con amplitud, 670 por aquel pasaje de mi ahijada Hilda Guerrero y el pago de dos años de mi fianza consular. Consulto ahora con el Haber un año de sueldos de *El Mercurio*, desde enero a diciembre de este año, o sea 6.000 pesos. Mis cuentas me dan un saldo a mi favor de 22.174. De esta cantidad hay que dar a don Julio Menéndez Behety los veinte mil redondos y que he recibido de él en estos días, aquí en Madrid. Queda un sobrante pequeño para pagar un pedido que he hecho de artículos chilenos que hago traer (todavía no) para mostrar aquí productos nuestros. El Gobierno, que no paga a su Cónsul, tampoco manda muestras de nada y pide propaganda de todo. Paga gastos de una Embajada que sube de los trescientos mil pesos y... Colombia costea su casa consular al pagar, mes a mes, mis artículos en un diario bogotano, aun cuando yo, por hacer pasaportes, no pueda mandarlos algunos meses.

Le he dado estas explicaciones largas y aburridas, como lo haría con un hermano, porque siempre he querido que usted conozca mis situaciones reales y porque esta movilización tan brusca de mi dinero le inquietará como una pequeña imprudencia económica. Me quedo a la intemperie, pero tendré lo necesario para ir tirando los meses que vienen sin angustia.

Le ruego, don Pedro, y lo hago mentalmente muchas veces, perdonar estas reiteradas molestias que le he dado y que le seguiré dando con el cobro de mis dineros de Chile. Usted sabe que nadie sino usted ha velado por mí desde mi país y que yo no tengo allá otra protección real de mí que usted, pues los demás se contentan con alabarme los versos sin saber más de mí.

Un abrazo a la señora. Voy a invernar en Barcelona desde donde le escribiré. Me mandaron, a pedido suyo, de Relaciones tres mil pesetas para esta salida a Cataluña. Se me pagan por meses vencidos y sin esta buena voluntad preciosa de don Julio Menéndez Behety tampoco habría podido salir... hasta el verano, es decir, no habría salido. Los catalanes, muy finos, me han ofrecido un curso rápido en la Universidad, que me costee la estada allí. Quiero descansar alguna vez y no lo aceptaré, aceptando, en cambio, dar unas conferencias en la Universidad sobre Chile y cosas americanas.

Un saludo muy respetuoso y muy cariñoso de su vieja amiga, adicta y reconocida.

*Gabriela Mistral*

### III

El famoso (y pérfido) Alessandri me tiró el anzuelo con un proyecto de ley en mi favor. Se crea un Consulado de carrera para mí, sin domicilio fijo y bien rentado. Es un cuento de las mil y una noches. Lo mandó a la Cámara de Diputados, donde pasó por 68 x 7 votos. Tal vez Alessandri no esperaba este resultado y creyó cumplir engañándome. El hecho es que al pasar el proyecto al Senado, para hacerlo ley de orden del Gobierno, fue retenido. Hace de esto dos meses, y allí está.

La cosa no daría para tema alguno si no fuese que he vivido estos dos meses en una agitación de espíritu, en una tensión tremenda esperando esa solución. Me he quemado los nervios. Era preferible que yo hubiese ignorado todo esto.

### IV

La literatura de esta España de hoy, por ser cosa menos humana, muchos se la conocen como yo. Hay una generación joven finísima, selecta, más hija de la poesía inglesa que de la francesa, y en el ensayo, alemana o racial española. Me gusta ella casi entera. Me place la tendencia de Bergamín en *Cruz y Raya* más que de la pedantona *Revista de Occidente*. Esta gente joven —pero sólo los más jóvenes— tienen hecha adentro de ellas una rectificación de la España en andrajos y en ira universal. Son caballerosos muchas veces y tienen línea espiritual, norma interior y exterior. Son muy pocos para rehacer a su raza. Varios de ellos sienten su tragedia.

Se me ocurre que los otros, la generación del 98, odia a la América con la excepción única de Valle Inclán que es quien la ha entendido. Baroja la insulta cada vez que puede y el propio Unamuno, don Miguel, me ha dicho hace días que el indio americano debe desaparecer. Mantengo con casi todos, hasta con Maeztu, a pesar de su actitud loca, relación amistosa. Prefiero frecuentarlos poco, por las tonterías que les oigo sobre nuestros países. Aún a los mejores: envidia de pobres, verde cara de una derrota que aún duele, que sangra España. Don Miguel tiene con la casa una relación casi familiar. Juan Ramón Jiménez sigue a medio juicio, con muchas manías, pero más poeta grande que nunca. Salinas tiene una mujer admirable, rara avis en este pobre mujerío español.



## V

Yin Yin está a mi lado leyendo una historia en francés. Está alto, pero delgado. Fue unos días a la sierra. Tengo sobre mí la preocupación de su madre, ya muy mal. Yo me he venido a vivir a la Ciudad Lineal, y aquí hay un buen jardín, recreo para mi alma.

## VI

Llevo un invierno muy malo. Toso hace dos meses, y se me va así la poca fuerza. Connie hace su oficina, con primor y esclavitud. Yin Yin crece y se pone lindo. Yo suelo escribir Rondas de niños y algunas otras cosas con el fin de levantarme el ánimo caído por el invierno, como siempre.

Aún no sé si debo decir mi España real o si debo quedarme con aquella que conocí el 24. ¡Ay, que son tan diferentes!

## VII

Vivo hace 2 años en medio de un pueblo indescifrable lleno de oposiciones, absurdo, grande hasta noble, pero *absurdo puro*. Hambreado y sin ímpetu de hacerse justicia; analfabeto como los árabes vecinos (tan lamentable casta); inconexo: hoy republicano, mañana monárquico felipista; pueblo en desprecio y odio de todos los demás pueblos: de Francia, de Inglaterra, de Italia, de... la América que llaman Española. Envidioso por infeliz y no por otra razón. No sé si perezoso, como dice el mundo europeo. Desorganizado hasta un punto que no se sabe decir. Pueblo de pésima escuela y de lindo hablar donoso; pueblo sin la higiene más primaria, sin médico, sin salario para curar hijo o mujer. Importándole poco o nada tener casa, tener vestido, tener alimentación suficiente. A la vez ese pueblo tiene otro perfil y le convienen, sin hacer con él un truco, los nombres que le dan los literatos en las clásicas estampas españolas. Pueden llamarlo estoico por cuanto es capaz de soportar; alegre; por el lenguaje verde/alegre genuino el andaluz y el vasco. Pero ¿cuándo fue español el vasco? Puede decirse que es señor, pues conserva, en algunos modos y hasta en la cara, huellas de lo que fue, dueño del mundo. Pueden decirle fuerte, ya que aún no lo deshace el hambre y



hasta en la basura municipal halla tres calamidades que comer, ¡Ay!, duele de veras en las entrañas, como dice Unamuno, esta España llagada y hambrienta. Y duele porque fuimos suyos y no se lleva en vano un cuerpo en gramos español.

Pero están dementes los literatos y literatoides sudamericanos que mandan articulitos o gritan a todo pecho pidiendo que nos españolicemos. ¿O es la política española lo que quieren transportar allá, por si fuese poca nuestra desgracia para doblarla con hispanidades de esta hora morada de España? No tienen ninguna conciencia y ningún decoro, para gritar así.

Llegué yo en pleno gobierno de Azaña. El hombre es un gran varón digno de la mejor raza de Europa: escribiendo parece un romano de la buena época (en los discursos, digo), haciendo ensayo vale por cualquier gran escritor español del periodo que se quiera. Gobernaban con él los De los Ríos, los Domingo y otros de esos que van a América a enseñarnos democracia. Azaña no robó, ni persiguió. Promovió a los intelectuales y llenó la administración de gente leída, informada. *No hicieron nada*; no hicieron nada válido. Eran y son tan españoles como los otros. Es decir, les parece más o menos natural la miseria asiática, la mugre asiática nacional, el paro trágico de los obreros, el desposeimiento de tierra del campesino. Y tienen igual ritmo ñoño de los otros e igual sombrío fanatismo interno e igual desdén de la justicia. Naturalmente han sabido de leyes agrarias tremendas y de fabulosas creaciones de escuelas y de Códigos de trabajo perfectos. No los impusieron, no los llevaron a vigencia, no los hincaron. Son fofos, gentes sin columna vertebral, hablantines, amigos de lucir. Y no fueron más allá de dar empleos a la clase media profesional. Al pueblo no lo sirvieron, ¡ah! para qué, lo dejaron igual.

Vino la reacción. Ya saben: el mujerío español —cosa sin redención y sin nombre— votó según su ignorancia, y su tontería. Que no sólo ignorancia. Votó a las derechas en bloque. Y los campesinos decepcionados y necios, igual. Es fantástica la falta de inteligencia en el mujerío y el campesinado; parecen criaturas de *tribu*. Como al español le gusta parecer, ya que no tiene volición para ser, el Presidente llevó a Lerroux a cubrir la República de manto de tal a dar un cariz de centro liberal a unos gobiernos de pura derecha hedionda, de evidente índole monárquica. En cuanto a lo que viene, serán unos *grados* más de conservantismo, o sea la España de siempre: sin vistas al siglo ni a Europa, cerrada a toda democracia, laxa, *mortecina*, madre del privilegio, productora de solda-

do y cura hasta lo infinitesimal. Hay, lo sabemos todos, el lote comunista y el anarquista (el socialismo es una pobre mentirijilla), los comunistas no son tantos como para triunfar de una política enorme; los anarquistas corresponden rigurosamente al *tipo* español más clásico: odian la organización y no les importa ningún gobierno, *bueno o malo*. Zona separada de hecho, Cataluña y en parte Vasconia. El catalán ha hecho un país bajo el ejemplo francés; ha creado una gran industria; tiene razón, tiene un clan, está vivo, ha vuelto la espalda al sepulcro de Castilla y se ha labrado con mar, comercio, clásicos griegos y latinos y con un espíritu regional de los más sabios y maravillosos de Europa. No es que sean separatistas, es que desde siempre fueron *otra raza*, otro ritmo, *otro sentido de la vida*.

Queda el catolicismo. El andaluz famoso es idolatría que no tiene apelativo porque va mucho más lejos que cualquiera; el castellano es la tapadera del régimen feudal—sub-feudalismo sin ideología— y de la tiranía milenaria. El vasco no lo he visto de cerca. Fascismo: sería español, si llegase, y ésto lo dice todo. Venir a España desde América, a aprender, la lengua. No la sabemos, y esto es vergüenza que cargamos. Venir a eso y a ver el Prado y los demás museos de pintura grande. Después irse. Es agria, desnuda, seca, paupérrima y triste la vida española para quien no viva metido en cafés, borracho de charloteo necio, zahumando la abulia para no verla y borrando con humo de cigarrillos la tragedia del país.

Yo no gusto del toreo, no me soporto un café, me importa la miseria del pueblo, me repugna la mentira de los patriotismos nuevos, y creo en la política *como economía y no más*. Vivo aquí muy infeliz, sin ninguna alegría, cargada de visitas ociosas, que no dejan trabajar, oyendo bobadas de política o jacobina o sacristanera, en un clima malo que me ha aumentado el reuma y la presión arterial. No sé qué hago aquí. A menos que sea lo de sostener, como si yo fuese Banco, el Consulado de una patria.

Sostengo con decoro esa oficina, ayudo a mi hermana de Chile, cargo el desastre de un hermano natural que ha hecho aquí antes pilatunadas amorosas, hago artículos de diario para ir comiendo, y espero, con *una angustia caliente*, que Chile se acuerde de que existo y que he hecho por él algo más que el personaje diplomático para merecer un sueldo decoroso de Cónsul de verdad, es decir, de carrera.

Suelo tener tristes encuentros con españoles que estuvieron en Chile. Prefiero no dar sus nombres. Van allá estos desgraciados (sentido mexicano) y les abren clubes, hogares, salones oficiales, prensa, etc., les dan

las entrañas. Ellos vuelven contando una ciudad de Santiago corrompida y grotesca, babeando aventuras de amor que son tragedias y que ellos no saben respetar; riéndose de la loca generosidad nuestra que ni cuela, ni escoge, ni jerarquiza, lo cual no impide que hagan hispano americanismo de diario o de discurso. El español tiene una lengua tremenda (la de la novela picaresca) y es aún, y a pesar de la cultura, el hombre o la mujer de la novela picaresca. Yo no he oído a los franceses que de allá vuelven las sucias miserias que a estos desventurados charlatanes, que ni aman su sangre de la América, ni han sabido nunca que una honra, personal o nacional, es una honra y que se la trata con miramientos, o a lo menos sin bellaquería. Soy mujer con respeto de lo respetable, y que esta náusea, ha de tener sus razones y de mucho peso.

Tres a cuatro años viví en Italia y casi seis en Francia. Aquella me hizo alegre y humana, amo y deseo el bien de ese santo pueblo italiano: hermoso, pobre, laborioso, clásico, tierno, lleno de capacidad desde todo tiempo. Está de más alabar Francia: no se la ama como Italia; se la estima, se aprende de ella y en ella con cada aliento, sigue desde ella la vida del mundo, el bien suyo pasa a ser de los otros. Sin caídas, sin eclipses, gobierna la inteligencia de Europa y de cualquier parte. No se pasa nunca en vano por ella; no se cansa una en vano estudiando su suelo y sus escritores. Da un bautismo de racionalismo para la vida y alimenta, a pesar de su racionalismo, cualquier vida espiritual. Sobre todo, no se ha muerto como el español entiende el que una patria debe alimentar a su pueblo.

Me di una pasada por el Portugal. También él perdió colonias sabiendo guardar algo y que no es poco. El perder no lo ha emponzoñado de odio contra todos. Es una raza con ternura, con amor, de idioma a su semejanza, dulce y procaz. Hay en él una atmósfera de poesía y religiosidad. Su convivencia es suave como la italiana, y es fácil. ¿Por qué no conseguir el que me manden a vivir a ese país *vivable*?

## VIII

Tal vez tenga que preparar mi mudanza a Barcelona, si es que ninguna cosa mejor se consigue. Yo pedí a mi Ministerio, y sigo pidiendo, un Consulado de carrera, aunque sea de última clase. Es indispensable. Ahora Pablo Neruda vive en Madrid y tiene su empleo de Cónsul adjunto en Barcelona. Quiere a toda costa, desesperadamente, conseguir este Con-



sulado de Madrid con carácter definitivo. Yo no puedo darle en el gusto de hacer una permuta definitiva, porque sé —de manera confidencial— que es muy probable que lo hagan Consulado de carrera el año próximo. Si así fuese, yo podría permutarlo con otro Consulado en Francia o en Portugal, o en otro lugar cualquiera, lo cual es imposible hacer con un pobre consulado honorario de renta infeliz, de derechas, como el que tengo hoy.

Tampoco puedo negarme a dar facilidades a Neruda, poeta nuestro por cuya obra yo tengo bastante aprecio. Además hay el hecho de que a mí me gusta Barcelona más que Madrid, que no me gusta nada, y que allá tendría una cantidad más o menos estable de entrada mensual que, sin costear mi vida, me obligaría a gastar de mi bolsillo mucho menos de lo que pongo aquí. El mes pasado dio esta oficina mía 700 pesetas y mi gasto fue, con dura economía, del mil quinientos. El presente mes lleva camino peor.

Después de dar muchas vueltas al asunto hemos llegado a esta combinación: Yo iría en comisión como Cónsul adjunto a Barcelona y Neruda quedaría como Cónsul en comisión en el Consulado de Madrid. Pedido de cambio, que no es permuta, que envío ahora a Relaciones. Ante todo, este arreglo no significa para mí ninguna solución feliz, y lo acepto con la finalidad moral de servir a un colega. Me importa mucho que el Ministerio se dé clara cuenta de este matiz.

## IX

Tronó la tempestad sobre mí y no pude más: salí de Madrid y espero, al fin, tener asidero en este Portugal. La tempestad no fue sólo española (mi visión de España yo la maduré sobre el terreno). Ocurre por los mismos días que mi Gobierno se acordase de que yo no soy espíritu glorioso, por desgracia, y me diese un sueldo de Cónsul de 2da. clase. Le prensa, la inconsciente y atarantada prensa de Chile, publicó a grandes títulos la noticia de mi “ascenso a Cónsul General” (3 o 4 grados más de lo que se me dio). Entonces los *buenos* criollos literatos se lanzaron a una campaña de injurias por aquella ley, sin saber, o sabiéndolo, que yo había servido 2 años el cargo como Cónsul honorario, poniendo y agotando en ello mis magros ahorros. Ha dirigido la campaña a ocultas Augusto D’Halmar, candidato perpetuo al Consulado de Madrid. Silva Castro la ha coronado con un panfleto. Sabía yo que esa gente me llama



*extranjera* por ser una de las pocas criaturas criollas que van quedando en un país ya bastante sajonizado. Sabía que me odiaban por eso y por mi vida en Europa más el ruido exagerado y vano de mi pobre nombre que anda en los papeles.

Pero ignoraba el furor que puede levantar en una masa de escritores con sueldos bajos, un cargo remunerado de Cónsul de 2da. clase que se da a una persona que ya envejece. Casi todas las patrias americanas dan eso o cosa parecida para sus escritores y acepto "el Karma" y la lejía lodosa.

## X

Se me hizo España. Y cuando entré a la atmósfera reseca de Castilla y me fui conociendo sus especímenes, comprobé que eso era la patria de los Onises, el zoológico en pleno... El implacable profesor Onís, este archigodo no podía digerir el hecho palpable de que aún existamos los mestizos y los indios. Y, menos aún, la (para él) infamia de que hablemos su lengua castellana, y hasta mejor que él. Porque los españoles se consideran emperadores de idioma, soberanos dinásticos que jamás abdicarán y a los cuales la Historia misma, más la Geografía, han derrocado. Que eso es nuestra América: el tendal de tataranietos hablando en vivo los que los tatarabuelos muertos. Además, en cuanto al legítimo *hablar bien*, una cosa es hablar y otra es *pronunciar*, y aún más otra, escribir. Se han engañado creyendo que diluviar palabras muy bien pronunciadas, pero muy mal reunidas (porque apilan y abruma), sea dominar la claridad y disponer la belleza. Me reventaban la cabeza hablándome en la oficina consular, hasta explicarle todo el silencio de la noche anterior, y toda la paz de los pobres objetos, también ellos invadidos por esa lava verbal.

Federico de Onís es cierto, me llevó a Nueva York, me dio clases que hacer, y me hizo la primera edición de mi libro. Callo, por decencia, las pequeñeces anexas. Pero no callo el choque, la colisión que tuvimos cuando yo comencé a dar mis clases. No se esperaba que yo ni nadie fuera a defender lo indefendible: la indiada. Y menos esperaba que el alumnado captase y apoyara ese alegato en donde la sinceridad iba como saeta al corazón.

Desplazó sus espías. Dos colegas en la clase. Dos soplonas que tomaban apuntes de mis improperios, y después se escurrían, antes que terminara la hora, a llevarle el trofeo de la evidencia: un sartal de verdades escritas por... Bernal Díaz y por el padre Las Casas. A las citas de

testigos españoles, yo sólo allegaba el calor de mi sangre ante toda esa sangre desgraciada.

Se lo zampé tal cual, sílaba a sílaba y cara a cara, pero el muy español no ablanda coraza. Le cobré horror, el horror que se siente ante lo monstruoso.

Y aunque medité con calma y supe que “un murciélago no hace gruta”, Federico de Onís no podía haber inventado, él solo, tamaña ceguera. Eso tenía que haberle entrado completo como un idioma del odio. No era capaz de fabricar tanto, tantísimo dolor.

Llegué, pues, a España, malherida. Debí, en verdad, llegar ya vacunada. Pero es que para el odio y para la estupidez nunca estaremos vacunados. Se hacen montoncitos de experiencia que no valen para la arremetida inédita.

Todo esto, y para decirlo en cabal, estaba agazapado en mí como esos bacilos que irrumpen cuando las defensas flaquean. Ya ha pasado el fiebrón. Convalezco.

Ahora busco el sosiego que necesito para vivir. Portugal es de una dulzura no... española, que me irá sanando, día por día, con sólo mirarle, desde la ventana, su luz y sus nubes. Ojalá el Portugal me hechice lengua y oídos con esta música cotidiana: ¡habrá que escribir de nuevo toda la poesía castellana, en portugués!

## XI

Suelo creer con Stefan George en un futuro préstamo de lengua a lengua latina. Por lo menos, en el de ciertas palabras, logro definitivo del genio de cada una de ellas, expresiones incommovibles en su rango de palabras “verdaderas”. Sin empacho escribo yo, en este dulce suelo y dulce aire portugueses, un ciclo de poemas con esta palabra *Saudade*. Ya sé que dan por equivalente de ella la castellana “soledades”. La sustitución vale para España; en América el sustantivo *soledad* no se aplica sino en su sentido inmediato, único que allá le conocemos.

## XII

El sosiego de Chile llega al parecer real y lindo, puesto al lado de la tempestad europea, no sólo española. Las noticias de los diarios de hoy

dan una sensación de peligro inmediato, por la repercusión de los hechos de España en el Continente, y como la prensa portuguesa tiene una censura estricta, los afuerinos que la leemos pensamos siempre que las noticias malas pudiesen ser peores.

Veo, por *El Mercurio*, que en Chile le sirven al público una salsa fuerte de las crueldades "rojas". Ya vendrá el tiempo en que se sepan las de los moros y habrá también para gritar y escandalizarse. Con todo y dar tanto horror, la forma de guerra colonial con que se pelea esa gente a la que llaman "Madre Patria" los chilenos, yo creo que más serio, por ser de más fondo, es la agitación francesa y, al lado de eso, la organización, seguramente ya finiquitada de los fascismos europeos y a la preparación rusa, que es su consecuencia.

Si Europa está tan loca como para suicidarse, ésta será la hora de nuestra América y ojalá nuestros dirigentes vean con claridad el hecho que se viene encima. Pero ojalá sepan que, aun en el caso de que el Fascismo triunfase en toda la línea aquí —lo que es dudoso— ellos tendrán que hacer allá un mejoramiento muy subido, muy fuerte, de las condiciones en que vive nuestro pobre pueblo, porque hasta esos fascismos envalentonados miran mucho por hacer justicia social y la cumplen a marchas forzadas. El programa fascista de Mussolini ojalá lo mastiquen bien nuestros conservadores para corrección de sus egoísmos y de su tremenda ignorancia de la realidad nazi y de la italiana, en este aspecto social.

### XIII

Mala, muy mala noticia saber la muerte de Teresa de la Parra, la grande y querida criatura venezolana. Yo no sabía cuánto, cómo, hasta dónde, quise a esta Teresa, porque mi vida de buena india, de buena salvaje, es muy subterránea e inconsciente, y el conocer ahora la trascendencia de este cariño mío, me ha hecho pensar, cómo la quería y en qué estado de ánimo tan menesteroso me ha dejado su muerte.

Yo no supe nada de su agravamiento. Estuve casi dos meses sin escribirle, llovía sin parar, y yo quería indicarle la validez de un sanatorio en la sierra para traerla aquí. ¡Dios mío! ¡En esa espera se fue!

Mi amistad verdadera con Teresa fue del último año del tiempo de España. Me la encontré en Barcelona hace dieciocho meses. Se había vuelto la criatura tan mágica en gracia pura, que olvidé en segui-



da su destrozo, era algo extraordinario esta Teresa que yo vi. Le probó mal Barcelona y se fue a Madrid. ¡Pobrecita! Sin que hubiese en ella nada de ese apetito violento de vivir que viene de los tuberculosos, ella buscaba aliviarse y durar. En Madrid estuvimos muy juntas, nos conocimos realmente y nos quisimos tanto. Yo no he visto mujer más depurada, más perfilada, más cabal. La idea de la gracia, que ha tardado mucho en entrar en mí, no se me ha hecho más patente que en este caso.

Allá en Suiza, en su sanatorio o no sé dónde, ella recibió a chorros la gracia sobre sí; yo no tengo de ello ninguna duda. El ser de encanto que conocimos en París subsistía, pero el hechizo no tenía gota de mundanismo; la cortesía era ya un dulzura de orden sobrenatural; sus vistas respecto al mundo me dejaban perpleja y nuestras conversaciones sobre el alma, son el único maná de mis últimos años vividos en vano con las gentes. Me daba vergüenza cuando al llegar a su casa (yo vivía en las afueras de Madrid), ella me servía de su mano el café o la fruta; era todavía una reina, pero una especie de Isabel de Hungría, santa y en consonancia de lo que exhalaban su cara y sus gestos. ¡Ay!, yo me limpié lágrimas delante de ella y dejé creer que eran por el tierno tratar.

No eran siquiera por su enfermedad, eran por su estado de gracia, eran de agradecimientos a los espíritus angélicos que le entregaban así por un tiempo a sus amigos. Me temo que muchos santos hayan tenido más énfasis, en todo caso más fanatismo y mucho menos elegancia en llevar disimulada su perfección. La lavaba a uno sin un gesto de las suciedades de la calle y de la vida, en unos momentos de oírle, yo era otra. Se me había vuelto una especie de tierna Prometida y de anticipación santa de otro estado que comienza aquí para algunos.

Yo solía creer que mi contentamiento de estar con ella era el sabor de rosa mustia, que ahora tenía mucho más que antes. También hubo algo de eso, pero no era todo. Padecía también con una dignidad sobrenatural, con algo así como una cortesía hacia la enfermedad. ¡Dios mío!, yo habría preferido no haber probado esta experiencia de conocerla en ese punto de realización espiritual para padecerla enseguida. Mejor me quedase la Teresa de antes, grata, fina, hermosa señora también, pero no esta señora que no vuelvo a encontrar en su raza y en este mundo. Esta señora que ya no tenía saldo que pagar a nadie, que estaba puesta al día con el Dios de los Cielos y que podía irse en cualquiera hora, sin necesitar de ayuda ni protección.



Tuvo quemado la última pizca de egoísmo o de complacencia en sí, la última señal de la carne soberbia. Y esto que ella había llegado a ser, o se había vuelto, en trueque de eso que la gracia logra, esto no se puede perder sin que a uno se le caiga el mundo encima.

Estaba para dar todo bien y sin recibir ninguno. Estaba ya puesta en una orilla que no era otra dimensión ni siquiera unos pasos más allá. Yo la he llorado desde el fondo de mí, donde la tenía sin saberlo, sin consuelo.

No quiero mirar esta pérdida como cosa normal, no quiero que se gaste esta sensación de enorme extrañeza, de absurdo cabal que anda conmigo desde que sé lo ocurrido; realizarlo, como dicen los gringos, me cuesta todavía. Pensar en la ausencia con calidad de cosa eterna, me da un espanto que no sé decir. Yo no podré olvidar este dolor porque a la edad mía ya no son casos ni anécdotas semejantes penas.

#### XIV

Hace mucho que yo me he liberado de la muerte como decoración de huesos, de hielo y de gusanos. Bastantes años vi, sentí y escribí dentro de ese concepto español de la muerte. Un buen día vino de ella, a Dios gracias, otra vista y otro tacto. No se me enfrían ahora los muertos como Teresa; más vivos andan en torno mío que muchos vivos, y me influyen tremendamente. Ojalá Teresa de la Parra no se olvide de mí y siga haciéndome señales. Un dato: la noche en que ella agonizaba, mi pobrecita, yo sentí una mano sobre mi hombro y me desperté de la impresión tan viva. Yo no sabía ni siquiera que se hubiese agravado.

#### XV

Leo una antología de Juan Ramón Jiménez, editada en Cuba, y me remueve el prólogo y me remueve otros sedimentos. Alguien me dijo que Juan Ramón daba a su choque con nuestro Neruda un sentido un poco de grupo racial, que, más o menos, él pensaba en "una sensibilidad del Sur que no lo entiende y que lo maltrata por falta de sentido de ciertas esencias". No, Juan Ramón, maestro de todos, no. Hasta tendría la soberbia buena de decir a Juan Ramón que me tengo por su admiradora más cabal, más íntegra en los dos sentidos de la palabra.

Una veneración lisa y llana he conocido yo, chilena, hacia él desde mi lectura de sus libros *Belleza y Poesía*. Y completo el círculo de la perfección después de la lectura de la antología cubana. Yo admiro a Neruda. Yo le quiero además. Y nada me ha sido más doloroso, más duro y agrio de ver, cómo ciertas brusquedades criollas de Neruda han ido a Juan Ramón. Esto quería decir al calor de esta antología de Jiménez.

## XVI

Mi jefe del Departamento Consular, el señor Errázuriz, ha resuelto mandarme como Encargado de Negocios y Cónsul General a Guatemala. El cree que la noticia me será muy grata. El no sabe que, contra la leyenda, yo soy una mujer que no tiene ninguna ambición, que sólo le pidió a su patria darle eso que se llama el *minimum vital* y que, conseguido esto, se quedó tranquila, sin mirar a un escalafón y feliz de no pensar en artículos de periódicos para comer. El piensa, además, mandarme a la América, donde yo "hago cosas". Yo las hago en Europa lo mismo, sólo que con menos campanillas que en esas tierras, donde se echan a volar por cualquier nadería. Al fin y al cabo acepto agradecida y no puedo rehusar por mi temor de aparecer como persona de "malas ganas", también porque se trata de la América, donde está mi corazón, aunque mi cuerpo ande ambulando por estas Europas.

Pero la verdad es que a mí me ha dado una grande, una profunda pena dar mi vida de paz de este Portugal medio-angélico, donde yo mejoro bastante mi salud y donde he tenido un año de felicidad, nada menos que de felicidad. Yo no hallo este país ni tonto ni inferior como dicen los sudamericanos. Hay una dictadura fuerte y no popular, pero de administración honrada. Yo no me mezclo en política en parte alguna de este mundo. Tengo aquí tierra verde, un río precioso, mis libros. Preparo un libro nuevo de versos, donde está mi trabajo de diez años. He escrito lo que era dable sobre Chile para el extranjero. Me acongoja salir de este reparo y refugio al aire tremendo de eso que llaman la diplomacia.

Pero obedezco sin ningún rezongo, porque he agradecido a Chile infinitamente que, al fin pensara en mi vida material y me alargase el pan nuestro de cada día. El señor Errázuriz puede mandarme donde le dé la gana, contra mi corazón de vieja sentimental.

## XVII

Me dijo Aguirre Cerda al despedirse de mí que "si era Presidente, haría una sola cosa al estilo fascista: llevarme a Chile por la fuerza". ¿A qué voy a ir? Unos jóvenes mandados al Congreso de la Paz en Nueva York informaron a todos los demás hispanoamericanos que asistían, de que yo me he vuelto fascista por la presión de los aristócratas chilenos con los cuales viví en Chile en mi viaje reciente. Al llegar a Cuba, vino un grupo de escritores a preguntarme sobre esta maldad. Les contesté que mi peor biografía les llegará siempre de Chile; que es mejor verme vivir y saber de mí por mi conducta. Estaré contenta cuando vuelva a vivir sin chismorreo chileno en tierra extranjera.

La elección de Aguirre Cerda, en lo personal, no me trae sino la mala perspectiva de que me llame a Chile. Y yo no iré a vivir entre la mafia pedagógico-masónica. Aguirre Cerda, sin embargo, es un hombre de gran sensatez. Creo que tomará muy en serio lo de hacer un gobierno de concordia.

## XVIII

Leo noticias de Chile en *The Times*: que hay alarma por el capital extranjero y que la hay más por un golpe de Estado de Ibáñez. Tanto hemos formado en los niños la veneración del soldado, que ahora creemos que una sargentada es la mejor presidencia para nosotros. Yo vengo harta de gobiernos de generales por el Pacífico, la pobre, la infeliz América Pacífica, llena de hambre, de pestes, de desorden y toda ella, desde el Perú, gobernada por ellos hasta Cuba. Me apena ver que los chilenos no tienen otro super hombre que el sr. General: es muy triste ver su patria caída en una mentalidad de tribu. Chile ha olvidado su terrible experiencia. ¡Aquellos tiempos del militarote!

## XIX

Mi aprecio y mi cariño de Pedro Aguirre Cerda son vieja gratitud y cosa en la que nada tiene que ver la política. Suelo darme cuenta de que soy una socialista, pero ay, no de Blum ni del sanguinoso Stalin, sino... del Imperio de los Incas o de su plagio, las Misiones del Paraguay, o de cualquier buen convento italiano.

## XX

Me asombran algunas cosas como éstas que me llegan de Chile: que los conservadores darán un golpe contra Aguirre, ayudando a Ibáñez. Yo creo que el verdadero y mayor riesgo de Chile es el ibañismo. Sería una locura. Aguirre es un burgués honorable y un hombre bueno. Ibáñez es el eterno sargento de los golpecitos de Estado americanos. Me han dicho que lleva este denominador: "Ibáñez es preferible a Aguirre". Me parece insensato.

Si Ibáñez llega al poder, me echará y me suprimirá aun mi jubilación de maestra (1.000 pesos), porque así lo hizo antes y yo no callo mi anti-ibañismo. Me dejó en Europa sin un centavo y Dios sabe mi vida de sesos exprimidos por el periodismo para comer y vivir con decoro.

Yo pienso con una tierna tristeza en este hombre limpio, que es Aguirre Cerda. Criollo, hombre racial, atollado en la tembladera o marisma de los intereses políticos de los otros, amenazado constantemente de golpe militar y viendo a la extrema izquierda dueña de la calle. Sé que es hombre de centro, absolutamente de centro, y lo oigo comentar como extremista por los que del gobierno no recogen sino lo más visible, que es, supongo, la manipulación logrera del ibañismo comunistoide o socializante. Y no hay día en que no abra el periódico con el miedo de hallarme con una noticia chilena a la europea, una matonada estilo infra-Hitler.

Vivo inquieta por la situación política de Chile. El Presidente tiene al enemigo en casa. Ibáñez saltará sobre él en cuanto pueda.

## XXI

Estoy realmente reconocida de mis amigos escritores ecuatorianos su empeño sobre el Premio Nobel. El primer paso que hay que dar en este grave asunto es la traducción de las obras. El poeta es, según lo he dicho más de una vez, una persona que nace, vive y muere dentro de su lengua. Es siempre el menos conocido de los escritores en el extranjero. Concha Espina está vertida a varias lenguas, mientras J.R. Jiménez o Machado, los dos mayores poetas vivos de España ¡son ignorados afuera! La traducción de la poesía es una empresa de romanos. Hay muchas más, casi todas malas y aun pésimas. Me dan vergüenza. Sin embargo, es posible que se haga una traducción cuidada, con la vigilancia del



autor. Hay en Francia una o dos personas capaces de traducir dentro del espíritu del autor.

La iniciativa de este largo trabajo no puede partir de mí. Usan en Europa de una manera muy linda de propagar a un escritor. Hacen algo que llaman Amigos de tal o cual poeta o prosista. Este grupo, que no es una sociedad con cuotas ni local ni tonterías, suele no tener reuniones. Hay alguien que con nombre de presidente, o mejor de secretario, lo hace vivir por medio de la correspondencia. Adelaida Velasco podría crear en el Ecuador los *Amigos de Gabriela*, reuniendo a los amigos míos repartidos en la América, no son muchos, pero son algunos. La labor es bastante pesada y larga. Este grupo podría ir reuniendo las traducciones cabales de mi poesía. Yo no puedo tener la iniciativa en este asunto que solamente la noble porfía, la tremenda voluntad de otros se puede llevar adelante.

Reunidas, muy a la larga, las traducciones de una parte de mi obra, bien escogida, sería sólo entonces el tiempo de editarla en la triple versión española, inglesa y francesa. Esto con mira a su distribución entre los miembros del jurado y los escritores suecos. Antes que todo, hay que hacer una campaña de difusión, de perfecta divulgación. No sólo hay candidatos, sino que Ventura García Calderón hace esta labor por sí mismo hace ya algunos años, con grandes medios, porque es Ministro en Bélgica, tiene dinero y una corte de amigos periodistas. De corte y de dineros carezco yo, y de su valentía, la de él. Los odios literarios en nuestra América son tan feroces como la Guerra española. Por algo venimos de éstos. Pero yo me doblaré los odios que ya cargamos. Hay, además un buen número de escritores de nuestro continente que valen tanto o más que yo. Hay novelistas de primer orden. Ventura olvida que existe Rómulo Gallegos, por ejemplo. El tema es para continuar. Pero estoy rendida de mis viajes de auto, malita. Dios me dé sosiego.

## XXII

Los de la Juventud Conservadora —Frei Montalva y su grupo— son lo mejor que ha dado de sí, cernida y lavada, la clase media. Pero cuándo será que se les vea en claro, para ahuyentar de la cabeza el tabú que les crea esa doble equivocación bautismal: la de llamarse conservadores y la de llamarse falangistas. Los nombres, en cualquier pedazo del planeta, tienen una importancia enorme, y ellos no cuidaron el rótulo, siendo Chile un país donde el rótulo puede tanto.

Pero me gustó mucho leer una declaración de estos jóvenes falangistas en el sentido de que apoyarían las reformas justas del régimen y que atacarían a las locas. Eso es lo que hay que hacer. La oposición de toro congestionado es muy criolla, pero no lleva a nada. Si Aguirre dura, presentará seguramente algunas reformas agrarias. Él no piensa ni remotamente en robar la tierra de los ricos. Él cree en la creación de la pequeña propiedad. Si no dejara de su paso por La Moneda sino eso, ya habría para guardarle gratitud grande y viva. Naturalmente los insensatos, la cola socialista-comunista de hará algunas piruetas extremistas por lucirse. Pero es de esperar que estos jóvenes no vayan contra una reforma que el grupo conservador y católico de Chesterton aceptó, defendió y propagó a bandera batiente en Inglaterra.

Si esa Juventud Conservadora tiene ocasión de hablar con el Presidente, que lo haga. Aguirre Cerda es un hombre que siente la calidad de la persona en forma directa, en el trato un poco íntimo. Es fatal, en este momento, el que entre el pueblo y él están los Ministros y que él no puede olfatear con su buen instinto de indio, semejante al mío, a cada individuo.

Yo sé que el centro, hasta hoy, odia al régimen y que el grupo de la Falange (mal nombre pero buenos hechos) es mal mirado por la gente de Aguirre. Pero habría que hacer algún sacrificio antes de que sea tarde. Lo que más falta en la izquierda marxista, es una juventud estudiosa, informada, cauta, sin gritos, y sin alcohol totalitario, eso está en la mayoría de la Falange, cuyas ideas sociales no tienen más diferencia con las de los viejos radicales que su sentido cristiano, necesario hoy al mundo más que al pan y al agua.

El régimen de Aguirre no ha sido para mí, como para tantos una escalera por donde subir ni una oportunidad de lograr rentas desatentadas. El régimen para mí, mujer sin partido, es Aguirre Cerda y la suerte de mi pueblo.

## XXIII

La "aventura" Premio Nobel va creciendo. La revista *Ercilla* de Santiago por su dueño, D. Ismael Edwards Matte, ha comenzado una campaña por la idea, según parece. Me manda la primera hoja que abre el tema: una encuesta con 6 opiniones favorables. El ha escrito una biografía mía en *Hoy*, hace dos años, con buenos datos. Pero esta "aventu-

ra" es toda una empresa y hay que comenzar con las traducciones en francés. El escritor y traductor Francis de Miomandre publicó un artículo caluroso sobre mí en París y tradujo 2 ó 3 poemas de *Tala*. Yo prefiero para las traducciones a una mujer, Mathilde Pomes. Lo que cobre será de mi cuenta, pero no soy yo quien puede ni debe tratar el asunto.

Me dolería mucho que Ventura García Calderón (que ahora está en Perú, supongo que moviendo allí a su gente) me creyera su enemiga literaria. Yo lo admiro y quiero, a pesar de sus malevolencias en contra mía. Poco puede hacerse ahora con París: siguen evacuándolo. Mis amigos traductores se dispensarán por Francia.

## XXIV

Las noticias que llegan de España son de novedad extrema. Trato la cuestión —en el estado de pensamiento que vivo, que es el de una duda que, en buena parte, acepta todo como probable— con el Ministro de Chile. Mi Ministro me dice que le parece muy buena mi idea de que se vaya haciendo algo, desde luego, por llevar a la América a la gente de cátedra que está en peligro en España, a la que pueda estarlo en este momento, y especialmente a la que lo estará en poco más si continúa el avance de los rebeldes (ayer caía Irún y las esperanzas están muy quebradas).

Le confieso mi interés de poner todo mi esfuerzo en este trabajo y mi actividad grande, porque se trata de un trance que así lo requiere. Que si aún en Chile (me daría mucha pena, mucha) fracasara la iniciativa habría que tentarlo con otro país americano. Argentina, tal vez. A México lo reservo para el resto de la campaña en favor de los profesores en desgracia, si cae Madrid.

Yo tengo el remordimiento de no haber hecho caso a mí misma en cierto momento que tuve la obsesión de escribir a Maeztu y de llamarlo a Portugal, cuando aún había camino libre. Dicen que lo han matado. Yo dejé "de obedecerme" por un prejuicio tonto. Maeztu anda en mi cabeza, camina por ella el día entero. Yo le quería, sin participar en casi ninguna de sus ideas. Yo le quería más de lo que sabía. No nos vaya a pasar algo parecido con tantos otros, por absurda que nos parezca la idea de su muerte.



XXV

La naturaleza chilena es heroico-trágica, según lo he contado en mis pláticas. El fuego trabaja en nuestros volcanes, mientras el hombre olvidado de él (porque no llevamos lastre de fatalismo) hace sus pueblos sin acordarse de su Plutón, en la confianza vital que siente el campesino de la Campania italiana, o el de las islas japonesas, aguijoneados también del fuego.

Lo catastrófico que llena las planas de los diarios de América, no ha sido, por desgracia, exagerada. Un tercio del territorio quedó dentro de la conmoción y las mejores ciudades de la zona, logradas a fuerza de civilidad corajuda, han padecido quebranto ligero o mortal. Pero Chillán, cuna de nuestro O'Higgins esencial, fue realmente arrasada y hay que levantarla piedra a piedra; y la ilustre Concepción, santo y señor del Sur, de tan noble estampa, ha perdido barrios enteros y deberá reedificarse en buena parte.

No ha sido la militarada loca ni la sombría guerra civil quienes han echado a tierra nuestra hermosa artesanía de ciudades coloniales. Podemos decir a los países que nos juzgan, con la cortesía del gentil hombre japonés: "Venid como siempre, nuestra casa ha sido trastornada en una noche, pero no por el brazo de sus hijos, sino por el vuelco de la tierra".

El Gobierno de entraña popular, que había llegado con el programa de dar trabajo y llevar pan, va a aplicarse ahora a rehacer el cuerpo de las siete provincias en desgracia.

Un mandatario, a la vez reformista y patriarcal, como Sarmiento, hombre de la tierra, pues la cultiva y hombre de libro, ya que enseñó a leer, recorre el sur con su santa mujer deteniéndose en cada población amagada, dejando los recursos y llevando fe a los ánimos. Don Pedro Aguirre no se improvisa como padre de su pueblo; ya lo fue antes de su alumnado y después de sus inquilinos.

Ayer no más. Hace siete meses, yo atravesé nuestro valle central, después de años de no verlo, en su raya brava y fácil de tierra maniquea, aquí llana, allá arisca, tendida de diez kilómetros y de pronto enderezada como el caballo de San Martín que llegó hasta él.

Iba en mi tren de ventanas anchas, gozándole la donosura, bebiéndole los olores frutales y mirando por todas partes la retirada del bosque y la invasión del buen cereal. Cruzaba mi vieja tierra sorprendida y contenta, agradeciéndole una vez más al sur de Chile el que sea tan lindo como para encandilar de gozo a sus propios hijos y tan recio como



para plantar entre la piedra, sobarle la esquivez y anegarla en verdes y verdes.

Las cumbres medio nevadas saltaban a mis ojos al paso de cada provincia; eran los volcanes nuestros, que parecen terribles joyas, cogidas en sus extremos por el cielo y la tierra. Yo los veía pasar, sin saber cuál de ellos tenía ya a medio pecho su llama, y la muerte que va con ella. El Llaima, el Villarrica, los demás, son puro destino antiguo, es decir, fuerza loca, que nunca podremos volver aliada. Pero entre sus tiempos de cólera, nos quedan unas grandes pausas, unos largos respiros, en los que nosotros, trabajamos, con tal seguro, con tal alegría, que nuestra historia llega a parecer sin tragedia y a dársela por feliz.

En Chillán me detuve, por deseo de sentir la vieja chilenuidad, el Chile clásico que es una de las orillas en donde duran mis pies.

Los niños chillanejos desfilaron a mi vista, cruzando su vieja plaza. Pasaba y pasaba en tres mil niños la sana mocería criolla, y yo no sabía que una porción de esa carne niña, una noche de fábula, pasaría del sueño a la muerte como de nodriza a nodriza, sin más que un grito en el tránsito.

Era el mes de mayo. El agro de Chillán había hecho ya su trilla, y voleado su pan. Yo veía el segundo Chillán que ha corrido la suerte del primero. El que viene plantará su vida en otro sitio, donde la presión telúrica sea más débil; y la falange de arquitectos jóvenes levantará allí una ciudad de hoy, acordada a suelo y atmósfera, como no pudo hacerla el español que fundó en lo extraño a sus sentidos.

Una ciudad de hombres ya pasó; otra viene: el criollo de Chile es de los que "quieren", es decir, de los que contestan a la tierra lo de Bolívar: "Si la naturaleza se opone, también iremos contra ella". Palabras que parecen temerarias pero que son un "halali" anti-pagano, un reto cristiano a las Erinnias.

## XXVI

Yo no conozco al Huidobro de ahora. Sé que anduvo por Madrid hace algunos años, carareando entre los jóvenes y proclamando sus invenciones o "creacionismos" (¿asi lo llama?). El bueno de Rosamel del Valle, que le reprochó mi ausencia en aquellas páginas de una antología publicada en Santiago, recibió nada menos que esta gruesa y sin pudor respuesta: "Esa pobre Mistral lechosa y dulzona, tiene en los senos un poco

de leche con malicia". Tal cual, parece chisme. ¡Claro, en esa antología llamada de *Poesía nueva*, y preparada por sus "discípulos" criollos, qué páginas iba a tener una vieja como yo! Gracia pura —por no decir bárbara— del *snob* caballero vanguardista. Mi poesía le debe resultar "dulzaina" y "gelatinosa", según sus adjetivas y caricaturescas expresiones en una entrevista que le leí por ahí, tirándome al mismo saco junto a Neruda y a Angel Cruchaga. ¡Al menos me deja en buena compañía!

Me quedo mejor con aquel Vicente Huidobro jovencísimo, muy compuesto y altanero, entrando y saliendo por los salones de su casa familiar santiaguina. Una de las buenas visitas que yo hacía, en mis pocos viajes de Los Andes a Santiago, era a doña M. Luisa Fernández, la escritora *Mona Lisa*, y madre de Huidobro. Me pasé tardes enteras en esa residencia, escuchándola en sus ilustradas tertulias. Ella me regaló un librito escrito de su mano y de su fervor católico: *Catecismo para mis hijos* (¡vaya en lo que termina ese "catecismo" en el Vicente hijo). Años después, y en gratitud y admiración por esta resuelta y noble mujer, yo le dedicaría mis *Poemas de las madres* que escribí, también con un fervor casi religioso, en mis años de Temuco.

Después de todo, pareciera que Huidobro es un grito de guerra contra la anécdota y la descripción. Y yo tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos.

## XXVII

Me parece penoso tratar lo de mi ida a Chile. Los Cónsules tenemos el deber de volver allá después de 4 años. Pero hay dos cosas que yo considero para un regreso. Hace no más de un año la prensa de mi patria me ha arrastrado por el barro, en una campaña de injurias. Yo tengo, para mi mal, fiel la memoria de la desgracia. Voy a pedir que, a lo menos, dejen pasar un año más, desde esos sucesos hasta mi regreso. Ir ahora mismo sería tener la malaventura de salir pronto y con un sabor muy amargo en la boca. Y yo no puedo ver con indiferencia que en papeles públicos me insulten vilmente.

Pero hay más. Algunos personajes de gobierno quieren que yo vaya a Chile en mal periodo de votaciones y de cambio de régimen, para hacerme dar color, o afiliarme, o fascistizarme. Color lo tengo y en ninguna parte lo he negado: yo soy socialista no internacionalista, es decir, con herejía o cisma en el sentido de desear que nuestro socialismo

futuro sea americanista criollo. No puedo ser fascista y menos puedo ayudar a ciertas personas en una propaganda sorda o abierta de esta índole.

Veo con pena en mi Legación de Lisboa, en la de París (aquí con más discreción) y en la de Berlín, que se abre en Chile, la era negra de la policía diplomática y consular y el torquemadismo aplicado a abrir almas y arrancarles su confesión de ideas para proceder. Las maneras son todavía muy finas y delicadas, señoriles; pero, desde los tiempos de Ibáñez no se veía en nuestras Legaciones este estilo y esta labor secreta.

Si el nuevo régimen que se prepara queda en esto, es tolerable; pero si se aguza o se precipita, habrá que pensar en buscarse el pan por otro camino que el oficial. También, mis ideas sobre libertad religiosa me impiden a mí aceptar el marxismo. Muchas otras ideas me vedan el hacerme prosélita y propagandista de un fascio de orden alemán y aun italiano. Los planes no parecen ser inmediatos. Cuando entren ya en acción directa habrá que improvisarse otros medios de vida.

# Cuaderno de Petrópolis

(1942-1945)



## I

El año que yo nacía, nuestra América Latina vio levantarse una nueva república en el Atlántico. De la boca de mi primera maestra, recibí yo la leyenda de un país el más real de todos en el mapamundi y también el más fantástico, por las excelencias de un orden casi inefable que Dios le ha dado, en disfrute propio y en guarda para nuestra raza común. Puedo decir, sin ninguna hipérbole, que el amor del Brasil es en Chile una leche de nuestra infancia, que es una costumbre de nuestra alma, como el entender y el obrar.

Llevo aquí en Rio un mes. Todo el tiempo se me ha ido en agasajos oficiales y privados. Hace sólo 4 días que como en el hotel mi dieta sana y que puedo dormirme temprano, cosa que me hace tanto bien. Pero como el calor del trópico es una maravilla en mi cuerpo, yo estoy resucitada. En Europa esta vida de ajeteo constante me habría deshecho a lo largo de un mes. Aquí el riñón funciona y soy otra criatura.

## II

Ocurre un fenómeno de superstición entre nuestras dos patrias lingüísticas, de la más ingenua superstición: creemos, en el Pacifico, que el portugués es una lengua que, como cualquier otra, cuesta vencer, una lengua que pide más afán que el italiano, por ejemplo. Y no hay tal, pues en el orden de la dificultad, ella viene a sernos la más próxima, carnal e ideológicamente.

Nuestra separación por el idioma me trae un recuerdo de mi Cordillera. Flanco y flanco, falda y falda de la montaña, eran claros, netos y

próximos para mí en su luz intensa, y cuando yo vivía dentro de ella, a todos abarcaba yo y me los gozaba en una sola ojeada. Pero, de pronto, al atardecer, caía sobre ella mañosamente una niebla ligera, casi un hábito, y en momentos, la montaña se volvía pura ceguera, anegamiento puro, de picacho a picacho. Todo estaba junto o frente a frente; todo se hacía de golpe, fabuloso por una bocanada de polvo volador.

La diferencia entre el portugués y el español, es ese resuello divino, o ese juego de vapor. Habría que soplar sobre la fantasmagoría de nuestro divorcio; habría que dar unos pequeños tajos en esa ceguera falsa dentro de la cual nos hemos puesto a vivir. La Cooperación Intelectual puede, yo creo, ensayar y cumplir una operación tan simple y que resultará tan feliz para la mejor convivencia del Continente. Mucho importa a la Sociedad de las Naciones el contacto viviente de nuestras lenguas ibéricas.

### III

Instalarse en países criollos tarda mucho, ahora que estoy en Brasil. Hay aquí una crisis grande de habitación y hallar casa en Río y oficina en Niteroi es una odisea. Además, el visiteo criollo que se lleva la vida. Ya no volveré a tener la vida mía y para mí que fue la de Europa, pero tendré, en cambio, —y es toda una compensación— el resuello del suelo americano sobre mi cara. Éste siempre me dio fuerzas y un poco de alegría, que una alegría mayor no puede vivirse en los tiempos que corren. Al menos esta *sagesse* me dará el sostén espiritual en el clima de tempestad que está viviendo el mundo y que yo veo acercarse a la América a grandes pasos.

### IV

Mi Ministerio (de Relaciones) me ha hecho llegar un álbum chileno oficial con abundante material fotográfico. Yo obsequié al académico Ribeiro Couto, Director literario de *A Manba* dicho álbum, recomendándole los paisajes. El prefirió dar a sus lectores aquella “Mujer araucana” seguramente porque un brasilero se deslumbra poco con temas de paisajes, por tenerlos en abundancia. Me alegra, después de todo, ver en periódico extranjero la estampa mujeril de nuestra raza.

Mi reputación de indigenista viene de lo poco que he hecho por la reivindicación del indio en general, con apoyo en la admirable cultura artística que tuvieron —y tienen— mayas, toltecas y quechuas. No podía valerme del araucano para mis fines por la flaqueza de su labor artística y por su raso primitivismo. Mi indigenismo, por lo tanto, no compromete ni de cerca ni de lejos a Chile y arranca sus raíces fieles de mi porción de sangre indígena nortea.

Por el ímpetu de la herencia y por una lealtad elemental, mi defensa del indígena americano durará lo que mi vida. No se trata de un trabajo sistemático, sino bastante esporádico: tres poemas, una conferencia y dos artículos sobre la materia. Salud pobre, viajes y falta de libros de especialidad no me han dejado hacer, por las artes autóctonas de la América, todo lo que yo les debo en cuanto a testimonios de quince pueblos nuestros, más indios que españoles, en los cuales he vivido y con quienes tengo una deuda de solidaridad cultural aparte de una deuda de gratitud personal. Y esto absolutamente desvinculado de mi profesión consular.

Salvo error de apreciación, esta pequeña contribución mía a la campaña indigenista americana ha servido un poco para acrecentar la simpatía hacia Chile de parte de los pueblos indios como México y la América Central, los cuales estiman en mucho el que los países blancos del Sur no desdeñen la ancha base aborígen que ellos tienen.

## V

Amigos muy queridos míos me hablan con un optimismo vivo de las diligencias ante la Academia Sueca. Creen que hay algún interés entre aquella gente por mí, a pesar de la lista de 20 candidatos. En todo este asunto de ese Premio Nobel, lo único que me ha importado ha sido ser correcta con los académicos que han tenido correspondencia conmigo y que son personas dignas de ser satisfechas y servidas. La Academia Sueca toma muy en cuenta las adhesiones privadas, sean institucionales, sean individuales, de escritores. De Centro América han ido sólo las adhesiones de Guatemala y de El Salvador, en los otros países no hay Ministro que haga la gestión. Hay Cónsules y una comunicación oficial indicando a los Cónsules hacer la petición, no sólo al Gobierno sino a las instituciones de cultura y a algunos escritores representativos, tendría algún efecto. Son países de muchos odios literarios, pero tienen islas limpias y

secas, como todos. En la Argentina, su Gobierno y la sociedad femenina más importante, adhirieron.

## VI

Para quedarme limpia: yo no he andado por mi misma en esa historia un poquito ridícula del Premio Nobel. El Presidente Aguirre Cerda metió mi nombre en ello, sin preguntarme palabra, y como lo hizo después de haberle rehusado yo unos dos cargos, persona del Ministerio me dijo que no anulase la presentación hecha a Suecia, porque lo lastimaría. Así hube de hacerlo, contra mi conciencia, por deber yo a don Pedro la mitad de mi carrera. Me siento, pues, al margen de esa gestión abusiva y fea, respecto de mis colegas mayores, que no podía salir de mis sesos, todavía sanos, y de mi pequeña cordura y mi mayor decencia.

## VII

El coco de Ibáñez continúa. Las dictaduras de cualquier parte del mundo en este momento son muy peligrosas: caen en el axe, en el bloque de los totalitarios, es decir, en la pesadilla. El ibañismo es lo más feo y burdo de la historia nuestra y repetirlo no tendría perdón de Dios. Ahora, según veo en la prensa, se han ido varios capos del ibañismo con Aguirre. Dios quiera no sean de los peores.

Sigo creyendo en la excelente pasta humana del Presidente Aguirre Cerda. Es su bondad lo que le llaman debilidad. Tal vez vaya también envuelto en bondad su deseo de prestigiar a los Ministros, dejándoles responsabilidad y elección del personal en los diversos servicios. Nunca he entendido el odio negro y ciego que tienen algunos hacia él. Porque Aguirre, que ha sido muy poco odiado en su vida, no tiene pasiones envenenadas y hay en él una especie de humor cordial, empleando la palabra medieval.

¡Ay!, el mal mayor es la pobre madera carcomida e infeliz que da nuestra clase media, y lo mal que anda el pueblo por lo que toca a un criterio político y a su ignorancia total de economía. No tengo yo ninguna debilidad por la clase alta, cuyo egoísmo necio veo muy claro. Pero tengo ojos para ver y saber que no se puede prescindir de esa clase por completo, aunque se gobierne con Frente Popular. La arena movediza y



molida de la clase media no nutre a un régimen. Más lo nutriría el pueblo, si no louviésemos en hambruna, es decir, en rabia y amargura.

## VIII

Pulso las fuerzas ibañistas, repartidas en todos los partidos. Digo mal al decirles ibañistas, digo totalitarias. Ibáñez ya no es un nombre acatado, pero milicos para hacer una trastada los hay y los habrá .... Yo soy una subalterna que debe tener, Santo Dios, la boca callada.

## IX

Veo que comienza una campaña de prensa de los desterrados españoles. Es muy posible que no la ganen. Lo que a mí me pasma más en Franco es el que su conciencia militar-católica haya aceptado lisa y llanamente tener en el destierro a unos 400.000 españoles. No lo ha hecho jamás otro país. El hombre pagano ignora que el servicio estatal, al Rey o a la Falange, no puede emanciparlo de ningún deber profundo de cristiano. Quitarle a un hombre la tierra de sus pies es algo que cuesta decir, que cuesta precisar. En el destierro ha muerto Diez Canedo y la mujer de Bergamín, entre los pocos que conozco. Y me temo que Bergamín también se nos muera. Ya no tiene cuerpo.

Las cosas que ocurren suelen echarme el alma a la ceniza. Mi vasco y mi indio me salvan y vuelvo a tener coraje para vivir.

## X

Por fin parece que he logrado mover a Palma Guillén, de Suiza. En estos días debe pasar el mar, lleno de peligros, pero yo confío en que no tenga obstáculos en su embarque. No logré convencerla de que pida el Consulado en Sao Paulo, que me la acercaría, porque pierde en grado. Yo no entiendo por qué la gente pone a un escalafón antes de su tranquilidad de vida. Ella ha dado más de la mitad para la adquisición de una casa aquí. Espero en que venga a verla. Yo quería envejecer aquí, con ella, con Yin Yin y Connie. Pero ella no es vieja aún y el proyecto no será verdad quién sabe hasta cuándo. Mientras tanto, yo hago el huerto con

un negro, y Connie mejora los cuartos, según su apetito yanqui de comodidad, que no es el mío.

## XI

Suelo pensar que el patrón nuestro G.V. se ha empeñado en ganar prestigio rápido y quedarse en algún cargo en el nuevo periodo presidencial, o bien, candidatizarse él mismo en un momento dado. El Cónsul me ha dicho que la "gloria" —con esta palabra— ganada por él en semanas es tal, que ha pasado al plano de presidenciable si lo quiere. Nuestra raza no tiene memoria y valdría la pena que alguien le exhumase los discursos pronunciados por el patrón bajo Ibáñez. Sería una literatura de lo más edificante.

## XII

No tengo ninguna ilusión respecto del Premio que da aquella ilustre Academia Nobel. Pero estimo y agradezco mucho el interés cordial que toma nuestro Cónsul de Estocolmo en este asunto, que se relaciona con la cultura chilena más que conmigo misma.

Ha habido de mi parte alguna desidia. Yo no he creído ni creo que me sea adjudicado ese Premio, hasta hoy demasiado europeo para que alcance a nuestras literaturas nuevas, realmente "de ayer". Vi hace años una lista confidencial de candidatos que me envió un funcionario del Instituto Nobel. Contenía la flor de la literatura europea y era un buen preservativo de ilusiones criollas.

El mismo funcionario me alentaba, sin embargo, con datos de valor, sobre el deseo y la decisión de varios miembros del Instituto Nobel sobre la liberación del Premio, dado sólo una vez al Asia a pesar de sus ochocientos millones de habitantes, lo cual dice mucho sobre su europeísmo.

## XIII

Nadie podrá entender mi espanto de hallarme a mi Yin Yin agonizando de arsénico. Nada, nada me había preparado para este golpe. Y nada hubiera podido prepararme.

Es cierto que él cruzaba dolorosamente una crisis de adolescencia. Pero no era tan dolorosa ni tan aguda como para hacerlo cometer esa barbaridad. En ningún detalle pude presentir eso. En ninguno. Y vivíamos más unidos que nunca en esta casona vacía. Me quedan, como recuerdo precioso para esta vida *saqueada*, que es la mía, las conversaciones que tuvimos en las tardes de lluvia y relámpago. Ahora les veo gesto avieso a los rayos que caían sobre la sierra. Y le veré dolo y valencia del Diablo a todo lo que mi memoria baraja y baraja, buscando luz y tanteando sólo tiniebla, ceniza y silencio.

Han sucedido después cosas muy extrañas. Contaré una sola, como compendio. Entro a su cuarto, días después, cuando mi alma poco a poco volvía a mi cuerpo. Entro, digo, y me hallo con todo arrevesado como después de un huracán: libros y cuadernos desparramados, anaqueles remecidos, su armario abierto y todos los cajones volcados sobre la alfombra. Me retiré horrorizada. Salí al jardín. Hubiera huido, de no llegar entonces Cecilia Meireles, que entró a comprobar mis palabras. Si no hubiese llegado y no tuviese yo su testimonio, habría pensado que todo era una fata morgana mía. He tenido pesadillas que se prolongan de noche a noche como los capítulos de un libro nefando. Me despierto torturada. Vuelvo como de una Inquisición.

Debo merecerla. Esta muerte de Yin, en lo que le entiendo, es un castigo a delitos míos de vida anterior, de los cuales nada supe y sólo recién me voy enterando: aprendiéndolos como una biografía de ultratumba, eso es el "karma".

Cristo, mi Señor, ha de sostenerme sobre este pantano. Si no me dan ayuda sobrenatural, creo que me moriré pronto, como bien quisiera. Me queda ahora sólo mi pobre hermana baldada, que ha de partir en cualquier momento. Ojalá ella me tiree a seguirla en su regreso. Mi madre no me acude ahora. Se me ha estuchado en un limbo al que mis oraciones no alcanzan, no entran. Juan Miguel lucha por enhebrar su ruta hacia el cielo. Le rezo todos los días, al caer la tarde, antes de la noche, que ahora temo, y le pido que avance con la fe que nunca perdiera, la fe bendita que ha de valerle para ser perdonado y entrar en su bienaventuranza.

Mi ánimo está por el suelo, literalmente por el polvo. Ni la poesía logra empinarme. Sólo un instante. Y me abato.

## XIV

El destino me trajo la presencia verbal del libro de Frei cuando más la necesitaba. Las almas flacas —y yo lo soy, digan lo que digan mis críticos— estamos corriendo el riesgo de darnos al desaliento de cualquier romanticismo, o bien al peligro mayor de mirar el planeta, vuelto de revés, con una repugnancia tal que nos lleve a la huida de los místicos falsos. Y yo me defiendo, hasta hoy, de estas malas cosas.

El libro de Eduardo Frei es de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur, aunque traiga la vestimenta de maestro constructor y hasta de maestro albañil que decidió darle su gusto de la modestia. Acertó en la forma literaria, tanto como en la doctrina; el “barbilindismo” está hartamente desprestigiado en la América Latina por toda la vanidad o todo el engaño que andan en las escrituras llamadas estéticas.

Pero, le ha ocurrido a Frei lo que a todas las gentes honradas que trabajan al margen de la ambición y están exentas del hábito criollo de mentir. Le ha pasado hacer un libro admirable sin darse cuenta de ello, al igual del forjador de hierro, que sin pretender sacar de su negocio con el metal sino unas simples rejas de ventana o unas lámparas sólidas para el mercado, vino a sacar obras maestras que no necesitará vocear ni poco ni mucho, pues se venderán solas...

Sus ideas sociales de reconstrucción se me parecen mucho al oscuro hierro forjado de los italianos y los belgas. Ellas son sólidas, bien torneadas y serviciales.

He leído la obra capítulo a capítulo, en un largo goce. Siento complacencia en el equilibrio que Dios le ha dado para manejar el tema social valerosamente y sin perder el tino necesario al que maneja fuego; me conmueve su radical honestidad en el trato del adversario, verdadero fenómeno en un ambiente como el nuestro, donde se niega al enemigo no ya la sal, sino aire y suelo, y me admira la capacidad de síntesis que le ha librado de la pulverización en que paró el análisis de los ensayistas en el siglo pasado.

Creo que muy pocos han sabido en Chile el crítico social de primera agua que había en hombre sin frecuentaciones literarias de círculo, chileno puesto en un barbecho pardo antes de dar la obra.

Gracias, por estas virtudes cardinales que pasan a enriquecer la chilenidad, pues según la ley cristiana, rebosan bañando casi la raza entera.



## XV

Anoche vi a Yin Yin. Rezaba yo jaculatorias por su alma, y de pronto sentí que alguien me miraba. Topé mis ojos en los suyos, verdes únicos, inolvidables. No sentí miedo. Tampoco angustia. Sentí una dulcedumbre sosegada como de sueño, pero totalmente lúcida: yo veía moverse la cortina y las ramas de afuera. Recuerdo, ahora, hasta unas campanadas tenues, muy a lo lejos.

Yin estaba de pie ante mi cama, a unos pocos pies de distancia. Me miraba, me taladraba esa mirada dulcísima, sin tristeza; mirada de criatura que ya ha probado su cielo. Yo le hablaba con los ojos, yo le pedía decirme lo que quería. Pero Yin sólo era mirarme y mirarme. Y poco a poco se me fue borrando, de abajo hacia arriba, de los pies a la cabeza, que permaneció por un rato como un fruto de esos ojos, suspendida en el aire. Y se desvaneció con una delicadeza de vaho.

Yo quedé por mucho rato estática, clavada en mi cama, incapaz de moverme. Hasta que un brazo comenzó a acalambarse, y al liberarlo, sentí que había pasado algún tiempo.

He pensado a fondo, hasta hallar esto: Yin vino a verme porque quería que yo supiera su paz, su arribo final. Ya pueden sosegar mis oraciones. Ahora está a salvo, perdonado por la misericordia incesante de Jesucristo. ¡Loado sea! Y ahora puedo rezarle como a bienaventurado.

## XVI

He visto, con mucha alegría, que el libro de Frei—*La política y el espíritu*— ha sido recibido con una gran simpatía y, a trechos, con un aprecio vivísimo. Yo me lo sabía, pero confrontar el juicio con la realidad me conforta grandemente. Sólo Alone no ha visto la categoría del libro. Extraña ceguera y extraña falta de percepción de los valores en hombre que se tiene por un valorizador al margen de la política. Él hace política dentro de su crítica, hace ya mucho, lo cual está mal, y hace la política más vana, la de los viejos recalitrantes.

Leí anoche solamente, y con la sorpresa consiguiente, el artículo, tan torpe, de Alone. Tengo un aprecio muy grande del libro mismo que me parece admirable, por eso lo prologué. Pero atribuirme la intención de crítica en unas frases que son, en boca mía, de la mayor alabanza, es

de una torpeza que no entiendo en Alone. Pero comprendo que, en la mentalidad en que él está, según pude verlo por mi conversación con él en Santiago, el partido de Frei debe serle particularmente antipático. Esa es la política tonta y fatal de las derechas y por ella están donde están.

Alone nos ha hecho a todos el mal de divorciarse de modo tan radical de la juventud, que esa juventud resentida con el crítico de ideas añejas, se ha ido de bruces al comunismo y a la batahola literaria, por reacción violenta. Omer Emeth hizo una bobería semejante. Están viejos, están añejos y el tiempo no es para vejestorios ni para dómynes de palmeta.

## XVII

El libro de Frei me ha entonado, tonificado, lavado los sentidos: ¡qué honradez mental, qué madurez de juicio, qué vistas tan verídicas sobre la época, y qué buen estilo! Parece un adulto, pero ya no me importa nada sino de los asuntos en su hueso mismo.

Estamos viviendo tales tiempos que sólo una moralidad absoluta vale por un cumplimiento del deber y todo acomodado y zalema debe mirarlos Dios con asco, desde donde mira este mundo degenerado.

## XVIII

La noticia de la muerte de Pedro Aguirre Cerda me toma de sorpresa y me deja en asombro. Se había dicho y asegurado que su enfermedad no era tal. Todavía me cuesta creerla y guardo cierto remordimiento respecto de él. Dejé de escribirle, por verle atollado en su marisma de masones y de comunistoides; me pareció inútil e ingenuo. En él no podían sino sus allegados. Pero es la verdad que se ha muerto un hombre bueno, cuyos errores uno por uno no pueden contarse como cosa salida de raíces malas suyas sino de esto más o menos: su bondad niña de chileno viejo, casi de hacendado crédulo; su fidelidad a amigos a quienes se dio, porque la derecha no le ofreció otros; su profunda ignorancia de la situación del mundo europeo y de lo que ocurre en este momento; la fatalidad de ser masón y la mentalidad de éstos, que es de la mediocridad y de la angostura que sabemos. Dios lo haya recibido en su reino, porque

tuvo una disidencia muy importante respecto del chileno: no tenía crueldad ni matonería, y estos vicios son tan graves en nuestra raza que han de ser muy odiosos al Señor.

En mi última carta yo le recomendaba que se fuera al campo, a liberarse un poco de la fatiga de cargar con tantos problemas graves y de toda urgencia. "Hay que hacerlo a toda costa, Don Pedro", le decía. Al menos me queda ese consuelo.

Cuaderno de los Sueños

## Cuaderno de los Sueños

como cuando se le vino al sueño. Tu sueño me muestra a un hombre  
como una mujer.

Hay cuartos en el Día del Despertar, de la Noche. Y así de  
las cosas que se van y vienen. Hay de la Noche. Y de la Noche. Y de la Noche. Y de la Noche.  
Hay cuartos en el Día del Despertar, de la Noche. Y así de  
las cosas que se van y vienen. Hay de la Noche. Y de la Noche. Y de la Noche. Y de la Noche.

### II

Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este  
mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.  
Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.  
Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.

La vigilia del día que me a... Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.  
Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.  
Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.

Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.  
Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.  
Yo sé que en este mundo, algo que me pasa. Yo sé que en este mundo, algo que me pasa.



## I

La maravilla del sueño está derramada en mí como un sentido recreador, como esas cosas que quiero dejar depositadas en el fondo más seguro de la conciencia. Yo le digo al sueño: "Tú me harás dormir a tu semejanza, como una madre".

Hay quienes son del Día, del Crepúsculo, de la Mañana. Yo soy de las almas que no sé quién llama de la Medianoche, y he entendido mejor a la criatura nocturna. Me viene un verso olvidado que dice: *La mayor misericordia concedida por Dios a los hombres es el sueño.*

## II

Voy a contar un sueño vivido, algo que me pasó: Yo trabajaba en ese pueblecito de que he hablado tanto, Los Andes, pero vivía fuera de él, en un monte, acompañada de dos criadas, y había un guardián que me salía al camino a darme los buenos días. La directora de la escuela era de parecer que yo viviese en el pueblecito para no tener tanto que caminar, pero yo le prometí que sería la profesora más puntual.

La víspera del día que iba a comenzar mis labores, advertí a la criada que la primera que se levantase temprano, despertaría a la otra. Me retiré al piso de arriba cuando todo estaba envuelto en esa calma de Los Andes.

Dormimos. Pero cuando desperté, vi que había mucha claridad afuera y llamé a la muchacha. Ella encendió lumbre para hacer té. Me desayunó, y le dije que sacara el quitasol porque esa mañana estaría ardiente. Nos pusimos en marcha y el guardia del camino nos preguntó a dónde

íbamos tan de mañana. Le expliqué todo, y él se rió. "Pero si es la luna, señorita, y serán las dos de la mañana".

Cerré mi quitasol y nos volvimos a casa, a seguir durmiendo.

### III

Sueño tenido en Petrópolis. Soñé más o menos esto: Yo iba caminando por un lugar cerca y casi sobre el mar, es decir, muy próximo a la costa. Pero era un lugar fragoso, más bien de cordillera que de mar, aunque yo sabía que el mar estaba allí junto, por cierta bruma que era marina.

Iba yo subiendo esta especie de acantilado marítimo, pero no del lado del mar sino del otro. Hallé primero un puente, de cuerdas parece, pues me acordé de los puentes quechuas. Lo pasé con tino, sabiéndolo de material que se dobla.

Anduve algo más y entonces me hallé con un quiebro de la roca que debía pasarse por sólo dos tablas. Una de ellas tenía la mitad astillada. Y yo debía emplear las dos tablas para pasar.

Sabía muy bien que de fallarme el tablón derecho, yo caería hacia el abismo, que era el mar cubierto de bruma.

Y yo tenía la voluntad de pasar a toda costa, de alcanzar, de llegar a donde iba, sin saber cuál era el lugar adonde iba.

Pisé con gran tino y con coraje, y llegué al otro lado.

Fue en ese punto, recuerdo, donde me desperté... Me desperté, no sé si pronto o mucho después, a medio sueño y media vigilia, con esto acabado de soñar.

### IV

El sueño más intenso y con una sensación más viva de la realidad que yo he tenido nunca, lo tuve en Cuba. Una experiencia muy extraña que quiero contar.

Di esa noche una conferencia sobre Martí, y hacia el final, sea porque yo estaba muy conmovida o muy cansada, se me acabó la voz enteramente. A la salida, el Ministro de Chile con su mujer me tomaron para llevarme en auto a tomar aire y darme fuerza, y con ellos anduve hasta la una de la mañana. Volví al hotel; fui a acostarme y mi fatiga era tanta que tuve la tentación de tenderme vestida. Me acosté en forma, sin em-

bargo, y poco después comenzó un sueño tan ordenado como capítulos de libros, y a la vez coherente e incoherente.

*Primera parte:* Yo entraba a un sótano bastante oscuro y húmedo y en el comienzo no veía casi nada. Fueron apareciendo poco a poco unas muchachas, las niñas que mi hermana ha criado y sostiene en Chile. Una de ellas vino a acompañarme a Francia y se me portó muy mal, pero muy mal. Yo sentí un golpe de cólera, fuerte, de cólera demoníaca, y con trabajo, conseguía decirles temblando: Díganme ustedes ¿hasta cuándo yo debo andar así caminando, tierras extrañas, acabándome la vida, porque ustedes, que no trabajan, pesan tanto en la casa de mi hermana? Una de ellas se reía con sorna, y yo temblaba de rabia, de una rabia mala. De pronto yo miro hacia un lado del sótano y veo una mujer que amasa, a la manera de los panaderos belgas, manejando la masa de harina con los brazos que la tiran en alto de aquí allá.

La mujer tenía una cara de gran fatiga, austera, cara de mujer del pueblo nuestra, la que yo podré tener en unos años más, si me adelgazo, más morena que yo, ella muy gastada, y levantando y bajando la masa rítmicamente. Interrumpió aquello para decirme, con mi nombre de la infancia: Señorita Lucila, yo hago el pan para la señora Emelina —mi hermana—. Este es el pan que yo hago y más tarde usted lo tomará en la casa, con mate. Y me pasó una tortilla dorada, como no las veo desde aquellos años, con el borde repulgado, que allá decimos, un pan redondo y lindo. Yo lo tomé, tan conmovida, tanto, del olor, de la forma olvidada, del pensamiento de comer eso nuevo. La cólera se me fue, como cortada. Pensé que mi hermana gastaba todo lo que gasta en darse un gusto así, en que pagaba a esta pobre mujer, etc. Y se me fundió adentro no sé qué, más que el corazón.

*Segunda parte:* De un golpe, yo estoy en otra parte, en una como terraza de café, junto a una mesa donde había varios hombres con el sombrero echado sobre la cara. Yo levanté mi cara y me hallé con un cielo extraordinario todo el cuajo de estrellas, de estrellas en relieve, gruesas y de una luz que siendo fuerte era suave. Yo pensaba en que ese cielo tan luminoso debía ser tropical, porque yo estaba en Cuba. Pero volvía a mirar y poco a poco iba sabiendo que eso no era el cielo tropical, que de ser cielo real, lo mirasen como yo aquellos hombres, y ellos no sabían nada. Otra mirada arriba y el cielo había mudado por completo: las estrellas estaban ahora en orden de rueda, el cielo entero se había vuelto una rueda, con las estrellas en radios, no recuerdo yo una pieza central. Entonces ya supe ése no era el cielo.

En el mismo momento de saber esto, sentí que me cogieron por la nuca, fuertemente como tenazas, pero sin ningún daño. Yo supe que me llevaban a alguna parte, yo sentí no precisamente un vuelo, pero sí un transporte en el vacío y por testigos que no me llevaban ellos, pero que iban conmigo, llevándome a una prueba en un movimiento muy fuerte, me hicieron correr tres veces un líquido por la columna como quien lava una botella, de abajo a arriba. Yo sentía una mezcla de miedo y de deseo de saber, y comencé a rezar a mis muertos, en concreto a mi mamá..., a Pitágoras, diciéndoles que yo tenía miedo. Vi no sé cómo ni dónde, si detenida, ni llevada todavía, vi una escalera de caras que eran las de mis muertos, hecha de puros semblantes, angosta y no entera. Miraba a mis abuelos y los demás no los reconocía naturalmente, pero sabía bien que eran mis muertos.

Ellos, los que me llevaban, hablaban entre ellos comentando que yo no quería. Me bajaron. Sentí que me ponían sobre el suelo, sin daño, y que eso, lo que hacían, la prueba de la iniciación, se había interrumpido.

*Tercera parte:* Yo estaba en una plazuela de México, en la misma penumbra de todo el sueño. Fueron llegando indios, con sus grandes sombreros, sus huaraches y sus mantas. Uno me reconoció y me dijo: Señorita Mistral, aquí venimos a pasar la Pascua, y ahora con usted. Yo tenía molestia de pensar que la prueba no se iba a continuar allí, a causa de aquella gente. Les dije que no era Pascua, y yo para esto pensaba que en el Colegio, en Barnard, nadie me había dicho que fuese fiesta. Ellos me lo aseguraron de nuevo. Una pausa, y desaparecieron los indios, excepto el que me hablaba. Ahora no tenía facciones (la risa socarrona de antes), sino que la cabeza estaba como fajada por un pergamino, dejándola en forma de cubo de cuero.

En esa cara sin facciones, fueron cayendo una por una, como puestas, letras o judías o egipcias, que se enfilaban a la altura de los ojos o de la frente, cayendo las letras de izquierda a derecha. Yo pensaba que los que conmigo andaban me explicarían el sentido de la frase que quedó escrita como a lo largo de una venda, de oreja a oreja.

*Cuarta parte:* Yo sé que hay que continuar la prueba en otra parte. El resto del sueño es muy angustiioso. Me pongo a buscar un lugar donde acudan otra vez los que se han ido. Corro a lo largo de una casa de muchos aposentos. Entro a un cuarto que está vacío, y tiene a un lado solamente un poco de ceniza. Entro en otro que es un dormitorio burgués, y veo dormir a las gentes. Entro a una sala de clases, etc.



Al fin salgo de esa especie de "conventillo" a la intemperie. Me hallo a mi hermana debajo de un gran árbol. Le digo me lleve a descansar a un lugar tranquilo y ella me dice que tiene cerca su casa. Vamos caminando lado a lado y llegamos a una casa de fachada vieja y descolorida, en columnas griegas bastante viejas y que tiene delante una fuente que es un dragón chino. Me río yo de esa mala combinación de columnas griegas y de cosa china. Ella me dice que eso no es feo, etc. Entramos y mi sueño se acaba. Pero yo despierto agradeciendo a Dios lo vivido y diciendo fuerte: Gracias te doy Señor, etc. Doy la luz y me pongo a escribir mi sueño a una amiga para no olvidar. Son las dos de la mañana.

*Quinta parte. Los resultados del sueño:* Me desperté llena de fuerza, a pesar de aquella noche llena de agotamiento. Además, muy alegre, mucho. La semana había sido tal en Cuba, que me dormí en un banquete por allí. En una semana, cinco conferencias y la isla atravesada dos veces, aparte del visiteo de nuestra gente. No siento después del sueño mayor espiritualidad. Sí mayor fuerza y alguna intrepidez de espíritu.

## V

Me pasé la noche, traguitos por traguitos pequeños, explicándome la magia ocultista de Copán. ¿Si estuviera Asturias conmigo oyéndole leer el Popol-Vuh?

## VI

Del espiritismo yo tengo algo que contar aunque se me rían a carcajadas. Creo que no van a sobrar estas palabras aunque me las tengan por locas de remate. No importa, algo quedará. El asunto es esto: Inglaterra, mejor dicho, la alta sociedad inglesa está enviciada en el asunto espiritista. Una vez me llevaron a una sesión.

No me rehusé, aunque yo estaba ese día bastante porfiada. Cuesta negarse a una mujer inglesa, de la mejor clase. Ese país da, como ningún otro, la sensación inmediata de seriedad, decencia y originalidad. Había esa noche bastante gente.

Hasta el momento de poner yo mi mano en la famosa mesita, yo estaba sonriente de más y era porque esto mismo, vivido por mí en

Santiago con dos especies de grupos muy diversos, me había dejado turbada, preocupada y al borde de aceptar y creer. Pero yo había casi olvidado el hecho, solo había el que eso estaba ya distante y por ello desteñido.

La dueña de casa era de la clase que llamamos alta y tenía un rostro super noble y serio. Éramos 4 personas y esto permitió ver que fuera de nuestras manos puestas sobre la mesita, nada había en esa sala gringa que fuese raro o... habilidosa. Aquello comenzó y tardó algo. La dama tenía un rostro grave y yo, con un mal gusto que me apena recordar, yo estaba con una sonrisa entera en mi boca. Me parecía aquello dudoso como siempre.

Ya me aburría cuando casi de golpe, la mesita se puso a andar, como quien se suelta de golpe, se "despachó"...y como a zancadas. Tuvimos que levantarnos... y seguirla. La mesita topó en un mueble. Mantuvimos las manos sobre ella, y la mesita seguía caminando como una loca, las manos sobre ella, y la mesita seguía como una loca caminando la sala. Yo tenía en mí algo muy cerca del espanto. Dimos vuelta tres veces con ella. Procúrese entender este "con ella" que marchaba sola pero asistida, creo, del calor de nuestras manos. La hazaña la cumplió varias veces, más de cinco. Mi tensión era ya demasiado fuerte, y me retiré de la mesa, primero yo sola, después la otra asistente... Ya me cansé.

# Cuaderno de California

(1946-1947)

## I

Desde la decisión de la Academia Sueca viene ocurriendo en torno mio que las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé. Si no tuviese delante de mí el friso tremendo del mundo, parecido al delirio castigador de nuestro padre Dante, yo nada entendería al ver rodar mi nombre de pobre mujer en el cable y las revistas. Pero veo y palpo a cada momento el friso infernal de la post-guerra que nos mira y habla a todos a la vez con su desafío colérico.

Y lo que entiendo y me sosiega en mi cinematográfica actualidad es que está llamando a todos los reacios, los vacantes y los solitarios hacia una milicia americana de orden espiritual, hacia un arcangelismo combatiente, como diría Pearl Buck. Entiendo que andan tijereteando la noche de la post-guerra unas linternas sordas y buscadoras por todos los recovecos del continente y que buscan con una ansiedad creciente.

No soy una patriota ni una panamericanista que se endroga con las grandezas del continente. Me lo conozco casi entero, desde Canadá hasta Tierra del Fuego. He comido en las mejores y las peores mesas. Tengo esparcida en la propia carne una especie de limo continental. Y me atrevo a decir, sin miedo de parecer un fenómeno, que la miseria de Centro América me importa tanto como la del indio fueguino y que la desnudez del negro de cualquier canto del trópico me quema como a los tropicales mismos.

Soy una buscadora más entre los que vigilan en las tinieblas, cuidando tres bienes amenazados. En todo caso, nuestras personas no importan; lo que importa es que no nos derriben del cielo nuestros númenes divinos: la libertad, la paz y la democracia.



## II

Monrovia. California: Me prueba muy bien esta ciudad, tanto que casi me adormece. Pero yo necesitaría dormir con Juan Miguel, ¿eso sí descansaría!

## III

Resultas del Nobel: han sido 700 y tantas cartas. Mi vista da para poco y avanzo lo que el topo ciego. No, él es más rápido.

## IV

En estos días yo me debato como un animal flechado, traspasado, horadado por un pensamiento: el creer que nuestra Europa se ha puesto a matar y a dejar que le maten nada menos que su Humanismo. ¿Qué hacer, Santo Dios? Y eso me corroe en llaga viva cada hora. ¿No podría hacerse algo así como un Congreso de clasicistas, y mostrarle al mocerío que hay vejestorios lozanos, que hay faraones del espíritu, mejor dotados que los atletas de hoy? Pero no estamos en días para "celebrar" congresos ni seminarios ni nada fuera de... victorias a cañón.

## V

Quiero mucho a las criaturas o bien no me importan nada. Sufro cuando las quiero, y cuando no las puedo querer sufro también no sé qué vergüenza.

## VI

Santa Bárbara es para mí, sobre todo, un cierto airecillo que me aligera el corazón, que me lo descansa y suaviza. Ando aquí sin cansarme a causa de él, ando con otro genio, ando otra. Y creo que todo eso es el cierto airecillo de mar.

Aun así yo debo cumplir con mi propia advertencia: Lo 1° y lo último para el corazón es el nivel del mar. Lo segundo es vivir con sosiego, sin vida social alguna. Lo 3° trabajar poco, no más de unas 2 horas. Lo 4° dormir bastante y siempre. El mar da lo 1° y lo 4°, y lo 2° y 3° lo da Sta. Bárbara.

## VII

Debo en gran parte al apoyo de los países sudamericanos esto del Premio Sueco. Y me alegra, con todo lo que me llega de los amigos que están lejos, esta montaña de cartas y telegramas. La gente, más o menos errante como yo, es muy sensible al recuerdo y al olvido. De estos mensajes y de estos apoyos morales vivo en el extranjero. Y trabajo con alegría cuando los recibo, aunque sea de tarde en tarde. Recién me voy organizando de esta montaña de cartas después del 45.

## VIII

Estoy perdiendo la lengua, no la leo sino en un mal diario español de aquí. Ayer fui a Pasadena, y a Los Angeles, por una conferencia de Caillois; también por comprar medias (andaba con unas prestadas de Connie), y por comprar patitas para dormir, que no debo tenerlas de lana, y por una visita, etc. Y me cansé bastante. Además de la diabetes, el corazón está dañado.

Hoy no quiero trabajar. Es cosa tremendita ser Premio Nobel y seguir escribiendo. Pero esos lindos viejos de la Academia quieren que sigamos, por eso no premian a viejos, porque ya están callándose. Yo sólo quiero redondear este último libro. Tengo un cuadernito y copio, es lo mejor. He luchado sobre unos originales de hace años. Reviso las estrofas de mi *Hospital* aun cuando sé que las hago torturadas. Ya me repugnan los versos tristes.

## IX

A pesar de las fiestas y de los artículos de mis amigos en la prensa por todo aquello de Estocolmo, las difamaciones de unos y de otros sobre

mí no me dejan tranquila. En otro tiempo, en el México del 24, yo resultaba comunista para los conservadores de Monterrey, y beata para los radicales de Michoacán. De eso hace ya más de veinte años. Me parece ayer. Pero a estas horas del mundo que vivimos, nada sostenido, ninguna campaña o empresa se hace sin dinero.

No es raro que en mi país, lleno de odio para mí, esta campaña haya tomado un aspecto de difamación personal.

Ha venido de Chile un correo enorme: hay preciosas bondades y hasta ternuras de los niños y los viejos, y hay un bajo fondo de injurias que no tienen calificativo; hay postales abiertas con figuras indecentes y palabrotas dignas de la picaresca y de la grosería de nuestros paisanos de arrabal.

Yo no soy la comunista que andan gritando estos malvados. No tengo ni he tenido jamás un solo contacto con Rusia, uno solo. Creo que son siameses fascistas y rusos. Soy —pobre de mí— una criatura increíblemente sola, sin afirmadero en secta, partido, ni siquiera clan. Esta mujer sola ha vivido 25 años afuera del país, medio-hambreada por Ibáñez un tiempo, trabajando día a día. Mis paisanos me declaran una perezosa y un escritor de dos libros. No tengo yo su gusto. No tengo yo el gusto de la abundancia de ellos, ni la vanidad para hacer libro tras libro. Escribo como quien comienza siempre a aprender la lengua y no doy ninguna trascendencia a lo que hago.

## X

Qué bien me hizo mi noche de anoche en casa de Juan y Raquel: vacié toda mi alma en una conversaduría que nos llevó horas. Sólo ellos, lindos amigos que admiro tanto, tienen ese don de escucha y ese don de paciencia que humaniza al prójimo. Les dije mis razones, muchas, de mi lejanía de Chile. Y, con el corazón oprimido, agregué aquellas otras cosas agrias no dichas a nadie nunca. Pues sólo ellos me quieren. De Chile, ni decir. Si hasta me han colgado ese tonto lesbianismo, y que me hiere de un cauterio que no sé decir. ¿Han visto tamaña falsedad?, les dije. Lo único que faltaba que dijeran esas barbaridades de esta pobre mujer. ¡Chismes! Todo eso es tan amargo, pero además ponzoñoso.

Soy tan sola, Juan, Raquel, les dije. Ellos saben. Mi vida va de la escritura a la lectura y necesito siempre a alguien cerca de mí. Por eso yo le agradezco tanto a Palmita su inmenso aporte para mi vida, su cola-

boración, su ayuda enorme de compañía. Su linda amistad, de ella y de su marido español, han hecho mi tranquilidad cotidiana. Pero nunca terminarán de mancharme, y de habladurías que manchan más todavía, y que llevo como una carga. ¡Qué poco me conocen! ¿Y por qué habrían de conocerme? Ustedes, en cambio, les dije, son mi paño de llorar, llorando verdades, que después de todo no valen sino para sosiego de mi atormentado corazón.

## XI

Un malestar que cargué por Europa y que me siguió aquí en California (una flaqueza grande de cuerpo y una semiceguera que me hacía caerme constante) acabaron en un hospital de Santa Bárbara. En tres semanas me aliviaron de cuánto es dable aliviar a una mujer vieja. Salí por mis pies y viendo bastante con el ojo que está válido. Estos médicos son realmente prodigiosos. Era diabetes. En Brasil me trataron siete años por amebas tropicales. No había una sola para hacer presencia.

## XII

Juan y Raquel: Me vine muy feliz de haberlos visto. Y resentida con mi Juan chico, que no me reconoció, que se había olvidado de su "Cuenta Mundo". Es la ley del olvido que gobierna a los niños y no tiene remedio. Yo me acuerdo de él cada noche y encuentro sus patitas a mitad del camino entre San Francisco y Los Angeles. El baja y yo subo un poco (ver un mapa), y que no olvide su libro de animales. Hallé a Raquel más linda que nunca. Pero que no enflaquezca más.

Les pienso uno por uno y los admiro tanto. Mis días allí, y más las noches, fueron mis reinos de familiaridades absolutas. Estoy como aliada de más.

Un recado para Raquel: el que me preste su abrigo, sólo para echarlo a los hombros a la salida de una comida que me dan en Mills College, a donde voy. El mío lo perdí no sé en qué viaje. Le ruego dos palabras por telegrama sobre esto. Anote esta nueva casa de ustedes: 729 East Anapamú. St., Sta. Bárbara. A ver si llegan acá, ya que no fueron a Monrovia. Afectos para todos.

*Gabriela*



### XIII

Le dije al Presidente Truman, porque entendía yo que hablaba también con su pueblo, en la más cordial entrevista con mandatario yanqui:

Se escribe sobre nosotros con frecuencia en la prensa norteamericana, y suele discurrirse hábilmente acerca de uno u otro aspecto de nuestra vida. Pero los conjuntos se dan mal y el ojo norteamericano no resulta panorámico cuando se vuelve al sur. Si la voluntad de conocer nos es verdadera; si se quiere superar la información sobre los negocios en la América del Sur con la información sobre la América del Sur, si es verdad que se ha iniciado aquí una empresa mixta de averiguación física y espiritual de nuestro bloque y si de veras se procura que la palabra "América" suene a totalidades y nombre lealmente como lo hace la geografía, a un Continente completo, uno de los primeros pasos para semejante faena será la apertura sin visera hacia los pueblos nuestros.

Lo que pedimos es no sólo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos, sobre todo ser comprendidos. Tenemos más que decir de nosotros de lo que se cree. El presente es bastante dinámico y muy rico; pero el pasado que el norteamericano sabe a medias, no fue menos rico por haber sido un poco extático. Del indio comenzamos apenas a hablar los indo-españoles y del indio deberemos ocuparnos muchas veces porque siendo nosotros operación de mezcla, mestizaje en bloque, el alegato de la sangre que se nos reputa como nociva resulta indispensable.

Parece que el norteamericano quiere convencerse de dos cosas para estimarnos y para dar a nuestra raza como válida en una paridad: de que el indio sirvió y de que el mestizo reteñido de indio sirve como célula de una cultura; de que los progresos modernos del sur se aproximan algo a los de Norte América y permiten, desde luego, las relaciones de igual a igual que nosotros le pedimos...

Mucha gente del sur puede contestar a estas preguntas tácitas, pero que casi se tocan con el aire, cuando se habla con un norteamericano.

### XIV

Muerte de Emelina. Mi hermana era lo único y último que quedaba de mi familia normal. Nos acabamos todos. Esto de perder mi sola obligación de vivir es cosa muy fuerte. Ella pesaba sobre mí con la tribu que tenía en torno, pero era mi deber y lo más racional del mundo, porque ella me crió

y ella fue mi única maestra. *La maestra rural*, era ella. Un ser de una caridad fabulosa. Absurda, pero increíblemente grande y profunda. Estoy absolutamente tranquila sobre su destino sobrenatural. Pero el golpe me ha caído en lo más flaco del cuerpo, que es el corazón. Yo soy, ahora, un ser sin pariente alguno: en mí se acaban dos líneas de gentes.

## XV

Lo peor que me pueden decir a mí es que quieren escribir sobre mi personita. No, no. Es mucho mejor que eso vivir a la gente, con lo mejor, lo medio y lo bajito que tienen y olvidar que son "autores" y que son viejos. La vejez crea otro ser, mitad niños mitad ruina. Pero el viejo, yo creo, tiene don de amistad. Sobre el tesoro de algunas amistades de viejos y viejas —¡rescuerdo tan dulce y ayudador!— yo he vivido en varias partes. El tiempo, los tiempos, se hielan y endurecen...

## XVI

Yo tuve la intención de comprarme en Arica una lonja de tierra y hacerme allí un barracón donde vivir rodeada de naranjos y bananos. Ese proyecto se me desbarató. Yo habría ido allí a pasar algunos inviernos y a tener algunos "tactos" de mi país, de su suelo, y algunos alientos vivos de "mi gente chilena". Santiago para mí es intocable. Se ha vuelto una super ciudad caliente, bochinchera, presumida y peligrosa para cualquier ser que diga lo que piense, y que piense en contra de ese conglomerado loco y vanidoso.

Yo he sufrido bastante en mis últimos años para echarme de bruces en la aventura y regresar ya con un rótulo de "reaccionaria" pegado a la frente, más una cosecha de odio en la falda.

Quiero morirme en paz en este destierro que parece enteramente voluntario, pero que no lo es.

## XVII

Van cinco años del asesinato de Juan Miguel (suicida no "suicidado" por mulatos xenófobos). La sombra de él camina a mi lado, sin nada de

horrible, dulce y fiel. Pero yo no soy la misma y sólo la tierra, el mar, el campo tienen para mí dulzura. Nada de lo mundano me toma y vivo consolada —cegada voluntariamente— por las lecturas que me atrapan y por mi trabajo.

## XVIII

Falta demasiado tiempo para que Chile vuelva a ser país integralmente republicano. Yo *me iré* antes de que vuelva a la regularidad, a la norma, a la ley. Tal vez sea bueno *irse limpia*. Lo mismo que el comunismo detestó el fascismo.

## XIX

Tanto tiempo sin señales de vida, en este mundo que sólo da señales de muerte. Pero el Gran Primario y el Gran Primate, nos han hundido en un infierno colectivo total, y los que hemos sobrevivido en las fuerzas del holocausto, hemos estado muriendo día a día, de vergüenza, de pena, de lucidez. Los años de Portugal fueron para mí una mixtura de Calvario y Arcadia. Me dicen que la virgen les prometió a los pastorcitos de Fátima, salvaguardar intacto el Portugal, velando Ella para que la matanza no entrara en esas dulces tierras, tan vecinas, tanto a las ácidas de la España acérrima. Dormir en Lisboa, sabiendo que la frontera era sólo una rayita azul o roja... en un mapa de menterijilla, requería un cansancio físico de derrumbarse, como el de los buenos peones de riego.

Cuando hube de salirme de esa vida lisboeta llena de agrados, acepté la legación en Niteroi —una vieja oferta— y me fui a un país que apenas había aguaitado de paso, yendo hacia Chile. Sabe mi suelo, y sé yo que esa desgracia echa a perder las maravillas del país, estropea toda la memoria feliz. Hablemos de plantas. Al fin y al cabo, toda suntuosidad botánica nos recuerda el Paraíso mal aprovechado...

Seis años quedé en la sierra brasileña llamada de Los Órganos, viviendo dentro de unas y más colinas que son matto, o sea bosque. Cuesta creer en una conversación tan larga y sin tedio con los árboles. Pero esa es la verdad. Puedo decir que me voy de allí sabiéndome más las tribus vegetales que los habitantes y, además de eso, aficionada a la Botánica, hija de Linneo.



Es que 16 años de Europa me dieron cierta aridez y casi secaron en mí la frescura de los sentidos que sostienen toda la alegría.

Me tocó en la juventud el mal trance de una mala época: el romanticismo recogía su hojazón pirotécnica y reblandecida, en tanto que de él nacía el modernismo, que no era mucho mejor... aunque trajese bienes de adquisición y de eliminación.

Tal vez los de mi generación tuvimos la mala fortuna de salir de la mentira romántica, para pasar a la cara pintada de la nueva escuela.

Tardé bastante en descubrir, sola y sin brazo de llevarme, a los clásicos. Antes de entrar en ellos en pleno, tuve la Biblia, en cuanto a la lectura "que hace las entrañas" y el llegar a ella en tiempo de católicos anti-bíblicos, me vino de una abuela maravillosa a quien oí los Salmos en un reguero inacabable. No lo entendía de su boca y a la vez me fascinaban. Debo al libro plural el gusto del vocablo común y viviente, vulgar y cabal por su desnudez. Espero acabarme cogida a este verbo como una hierba brava. Creo que no me costó ni grande ni pequeño esfuerzo asimilarme a esta lectura tan jadeada para los jóvenes de hoy. La naturaleza del Valle donde me había criado era naturalmente enfática y el énfasis interno del Antiguo Testamento no tuvo conmigo ningún choque ni lo tiene hasta hoy. En cuanto al Nuevo, éste me costaría más, tal vez por ser de un sublime manso y divinamente abajado hasta la talla y la boca de los hombres.

Mi mejor tiempo de lectura, que corre entre los 17 y 25 años, añadió a mi libro formativo otros más, tan porfiadamente releídos como la Biblia: el Dante fue uno de ellos. Tiene su comedia la misma poderosa atracción que la montaña de imán del cuento árabe-egipcio. El Dante, que es Virgilio renacido y remachado, tiene mediterraneidad en lindo lingote de endecasílabos. Cuando no soy una campestre de Elqui, yo soy de la Campania o de Sicilia; es decir, compatriota allegada a esos dos grandes bucólicos.

Vino sobre mi generación un aluvión de literatura rusa. En buena hora, porque de verdad es que estábamos sumidos en los suburbios nada deseables de lo español y de lo francés, que eran pura mediocridad y bazar argelino.

Los rusos sombríos y los luminosos se me adhirieron tan fácilmente como si fuesen cosa de mi solar, estando tan lejos. Yo comí de los amargos que daban gusto a mi pesimismo natural, desde Dostoievski a Gorki, pasando por el conturbado Andreiev. Pero comía otro tanto de mi Tolstoi, evangelizador en botas y con una herramienta falsa de zapatero en la mano. Unos y otros me daban esas embriagueces de dolor y de



mística: la que atormenta para purgar y la que enseña para purificar, quedan pozos en mí y no quiero que se me sequen.

A causa de que no tuve universidad, mis clásicos españoles vinieron después (como para Neruda) y no al filo de la estación de siembra. Pero de haber tenido universidad, tal vez aquel senado de las letras raciales no me hubiese ayudado gran cosa, como se les enseña harto mal, cumpliendo con ellos en una mera cortesía.

Ellos me llegaron por la mano de los místicos, desde mi fray Luis de León hasta mi San Juan de la Cruz, hasta el pobre Molinos, haciendo una posada larga en Santa Teresa. El núcleo fue éste, y sólo de éste lar de fuego vivo fui tomando contacto con Calderón y Lope y la tremenda picaresca, hasta llegar a la intemperie ancha, salubre y definitiva del Romancero y de la poesía popular, que es realmente la enjundia del genio español y de la cual parece que se nutrirá siempre.

Chile ha sido el menos afrancesado de nuestros pueblos iberos. Comparé con México. Sin embargo yo tengo de Francia sobre mi algunas marcas que corresponden a las de los pescadores mordidos por los grandes señores del abismo: unos puntos de fuego de mi Pascal, él convivió con Montaigne y el ruralismo cristiano de Peguy, y respecto de la poesía provenzal, añadiendo a la italiana medieval, me sé su deudora indirecta, pero muy fiel.

Es natural que, por ley de jerarquía, yo haya nombrado a los grandes ancestros o abuelos, antes de mencionar a mis parientes próximos. Comencé, seguí y continúo leyendo a mi gente criollo-americana. Aunque suelen llamarme con el apodo de cosmopolita, que es para promoción, pero no legítima, yo he vivido mis años de extranjería llevando a los míos sobre mí como una manta o forro protector. Sé muy bien que el viento de otros climas no daña sólo la piel, sino los pulmones vitales. Sé más aún, que el abandono de lo propio desangra, enfría y nos hace acabar en esqueletos pulcros y ligeros, pero en "carcasse"...

Me he defendido con todas las maneras y las mañas de guardar por cuanto él representa la infancia, y que la infancia con su dedo meñique gobierna las tres edades.

He corrido el peligro, y lo confieso, de dejar caer de mí ese sabor de la leche materna que algún teólogo manda conservar en la lengua, lo mismo que el becerro antes de los pastos... Es muy verdad que mi patriotismo, a fuerza de mujeril y detallista, es más bien una especie de regionalismo absurdo. Pretendo que sea un licor mucho más fuerte, el amor del terrón, que el de la masa.

Con los años de vagabundeo, cargando con estos ponchos o choapinos, de lo criollo, yo he ido aligerando sus urdimbres, hasta quedarme vestida como...el buen Inca, con lo más selecto de sus vicuñas y con el arco iris de sus tejedoras. Quiero decir que ando en criolla y que ando en europea, ahora, y con una soltura real, no postiza, menos jactanciosa, sin "show", a lo ...Dali. Y leve como Dios me deja andar, voy caminando mi postrimeria, con el bulto inclinado hacia la huesa, con los odiosos picoteando como gaviotas contra mi nuca.

## XX

Hay de mí en Chile una tonta leyenda según la cual yo soy rica. Yo gano 426 dólares. Es el último sueldo y la última categoría del escalafón consular de Chile. Pradenas (Juan Pradenas, jefe del consulado de Los Ángeles) gana 1.200 y tantos dólares, a parte de sus negocitos. El Cónsul adjunto de Los Ángeles, gana 800 dólares. El de San Francisco 900 y tantos.

Bajo el Gobierno del señor González Videla, no mejoraré en nada. Soy persona que tuvo la mala suerte de conocerlo cerca trabajando con él en Brasil y me gané rencores que son cosa muy seria. No hubo más razón para ello que el no participar de sus ideas totalitarias (por no decir la palabra real) que él sustentaba por entonces.

La vida americana que vivo corresponde, en pocas palabras, a esta realidad: Sueldo de mi secretaria: \$ 150 (ganan aquí \$ 200 a \$ 250). Ella es una ex-alumna mia y acepta \$ 150. Sirvienta, por medio día: \$ 120 (ganan aquí de \$ 160 a \$ 200, aunque la cifra parezca imposible). Comida (comprendiendo sólo algo del gasto de visitas constantes): \$ 230. Ropa y viajes unos \$ 100 a lo menos. Médico y clinica: nunca menos de \$ 100.

Vivo en casa que compré y he arrendado la mitad de ella, con sacrificio del silencio en que me gusta vivir.

Una *casita* que adquirí antes en Monrovia da \$ 50.

Por el hambre mundial y por no olvidar mis vinculos con el Valle de Elqui, con Francia e Italia, ayudo a gentes que están en la mayor extremidad y esto constantemente.

Me he quedado sin fondos para caso de emergencia, rigurosamente sin nada en caja. Así, mi vida no está económicamente saneada. Muy lejos de eso.

## XXI

Tengo la sorpresa de constatar de que mi corazón —siempre malito— mejora por la mayor cantidad de alimento. Como tres veces lo que antes. Esto me ha disminuido las palpitaciones muchísimo y me ha afirmado el estado general. Ayer soporté bien ocho horas de visitas seguidas y anteayer once horas de conversación. ¡Yo que no podía con dos horas antes!

Esta super alimentación (yo había bajado catorce kilos) comienza con el siguiente riguroso desayuno: Me dan un platito no grande de avena cocida y azucarada con sacarina. Un vaso grande de jugo de naranja. La naranja californiana tiene mucha azúcar y me la sustituyen, a veces, con el jugo de toronja en latas. Tomo —y esto por vicio— dos tazas grandes de café con leche. La leche me neutraliza mucho el mal efecto del café. El médico me obliga a comer un poco de tocino puesto al horno. Yo lo detesto, pero el cuerpo necesita de alguna grasa. Este tocino se prepara así: Se pone al horno donde se derrite en parte. Lo que queda es una especie de chicharrón bastante enjuto, con más de carne que de grasa. Esto es solamente una lonja angostita de tocino, una lengua estrecha y larga de tres jemes. Por la mañana también tomo Magnesia para la digestión, que es mala, *Magnesia Phillips*. Esto es el desayuno, que acaba con dos Vitaminas B Complejo, es decir, B B2 etc., el complejo entero.

Con este pequeño almuerzo, al que me he habituado y que nunca usé antes, yo puedo trabajar la mañana entera de 9 a doce y media, dos horas en mis papeles y mi inglés, y media hora en el jardín, que es el único ejercicio que hago y me hace mucho bien. (Sé de plantas casi tanto como de literatura). En la tarde sólo leo (esta casa de Santa Bárbara tiene espacio para mis dos mil libros), converso, recibo gente, etc.

Así, mi mayor descubrimiento ha sido saber que el corazón mejora increíblemente sólo con triplicar el alimento más las vitaminas. La fatiga cardíaca disminuye a ojos vistas y casi desaparece. Yo subía la escalera haciendo tres paradas... Ahora, ni hablar. Atrás queda esa ignorancia criolla para comer. Yo misma viví esa salvajería de no saber nada preciso sobre el valor nutritivo de cada materia.

Cuaderno de Veracruz  
(1948-1950)



## I

Estoy sin libros orientales. No he desempacado varios cajones que me traje de Monrovia. Otra vez la cara al viento. Y la errancia. El pulso malo. Regué plantas y la mano quedó así temblando. Escribo en el triste día del asesinato de Gandhi. ¡Qué horror! Dios tenga piedad de la India. Y del mundo, que se cierra como la noche.

## II

Me he dado cuenta, leyendo "Los perros", de Ciro Alegría, de que eso es el valle de Elqui, en el ambiente, pero en todo él, y no digamos en los adentros de cada uno. Y entiendo, por rebose, que mi gente —la santiaguina y las otras—, no me quisieron nunca, por sentirme "afuerina". Y eso somos todos los montañeses. Y es un poco fatal, es algo sin enmienda.

## III

Leo, leo y leo, y me hace tanto mal ver el descalabro del mundo, que hoy estaba pensando en que no puedo curar mi alma, a no ser de que abandone por completo esta lectura matinal que me daña el día entero. Porque viví 17 años en Europa y ese continente, sin que yo mismo lo supiera, es casi una mitad de mi alma.

## IV

Me ha dado muchísima satisfacción recibir por el correo de hoy un libro del chileno Jorge Millas. Es un raro hombre que ha escrito, siendo mozo, un bello libro de filosofía. Me da mucha pena no ir a Puerto Rico y verlo en ese lugar del mundo que tanto puede en mi corazón.

## V

No me gustan las razas barbadas de más. Y tal vez sea por esto que no me quiero a mí misma y que he salido a buscar lo más lejano, como el Asia, a fin de poner agua al vino, de descargar las odres españolas de "añejo" que pudiese llevar yo misma sin saberlo, y sobre todo, sin quererlo. Los pueblos que más me gustan son los realmente jesucristianos: Italia, Bélgica, el listón mediterráneo, orilla izquierda, sin arabias ni otros bebedizos. Si a pesar de todo llevo yo estos vinos ácidos y demasiado densos, ayúdeme alguien a "aguarlos" o a meditarlos con otras cosas. ¿Cuáles?

## VI

La situación del mundo me da poca paz. No se ve salida excepto la sorpresa que da lo sobrenatural, dueño verdadero del mundo.

Cuando sosiegue, si puedo, cerca de México, ingresaré en esa Asociación o Hermandad del Santo Espíritu que me place y entusiasma, devota amiga en NSJC.

## VII

Mi gobierno ha regateado un poquito mis pasajes. Con esto tal vez me da margen para decir: "Déjeme aquí". Pero esa gente ignora absolutamente el México entrañable y jesucristiano. Y nunca me entenderá el Sur ese México que es el "de veras".

## VIII

Escribo a lápiz; hay días en que no pueden los ojos con la tinta.

## IX

Confidencial: Yo he pedido al Ministerio que me manden a Italia o Suiza. En comisión para ver con el clima de qué ciudad me avengo. Estoy cansada de caer y levantar en México y cansada de la vida carísima de EE.UU. No sé si me dé esto el Patrón.

## X

Tuve un colapso hepático-cardíaco de una hora. Viví el más dulce estado que yo haya conocido en este mundo, todo eso antes de la adrenalina que me resucitó. Ya no tendré ningún miedo de la muerte.

## XI

Vivo hoy como nunca viví: sin saber dónde estoy mañana. No quiero dejar muy atrás mi casa de California. Hasta pensaba en Québec, por la lengua latina. Hoy recibo carta de un patricio nuestro (senador, jurista y consultor del Ministerio de Relaciones Exteriores). Me dice que está pidiendo mi traslado a Italia. Aquí no puedo quedar en la canícula. Me tiene con la cabeza muy congestionada.

## XII

El calor me ha restado ocho horas de posibilidad de trabajo. Sólo me queda esto: de 8.30 a 9.30 a.m. y de 8 a 10 p.m., ¡y tengo tal rezago de cartas!

### XIII

Me duele mucho, pero mucho, saber que C. A. se separa, si eso es verdad. Traté muy poco a su mujer. Se me echa la vista atrás y me encuentro con un error de mi propia vida, de amargas consecuencias; y entonces me lleno de azoro.

Me tengo observado el hecho de que en cada mestizo genuino el amor vive o muere —y de mala muerte— apareado con una ansiedad angustiosa que resbala poco a poco a un tipo de celos sombríos y a veces trágicos. Eso es un río oscuro que arranca y atraviesa milenios. Poder contra *eso* es muy difícil y yo naufragué en esta Pasión, así con mayúscula, o en esta Agonía ídem. Somos agónicos en el mejor y más grave asunto de la vida, que es, en unos el amor y en otros el hecho religioso.

Yo sé que toda mi vida sentimental naufragó porque yo no supe matar a mi matador; la desconfianza rasa, el pesimismo absoluto, mejor el *derrotismo* en lo sentimental. Y los celos *absolutos*.

### XIV

Me voy haciendo quieta demás, un poco inmóvil, excepto cuando dan el turno del agua y salgo a regar mis pobres plantas.

### XV

No he sabido más del asunto de Neruda. Yo quería evitar el viaje a México mientras dure la tensión que hay en Santiago al respecto.

Conozco muy poco a Neruda en lo personal; mucho en su obra que admiro profundamente. Es seguro que aún se encuentra en Chile. Son lamentables tales vicisitudes en un gran poeta como él, y es mi deseo más vivo que todo se solucione satisfactoriamente.

### XVI

Yo confieso y en pleno, que hay en mí una criatura llagada por demasiadas experiencias vividas con mis compatriotas allá adentro de Chile, y



afuera del país también. Una llaga se hace con el resobo, la insistencia, la repetición de los años.

Es posible que aquellos chilenos tengan razón en detestar mi errantismo Pero errante vivi allí mismo en Chile. Sólo la Cordillera me retuvo 7 años, 7, en Los Andes. Y de esa vida larga no tengo sino un nombre de amigo andino. Vivi aislada de una sociedad analfabeta cuyas hijas eduqué y me despreciaba por mal vestida y mal peinada. Es verdad, sí, que me entiendo más con italianos y norteamericanos que con los míos. Los primeros me dan su fervor, su clima cálido; los otros una gran limpieza hecha de sinceridad, veracidad, tolerancia para mis defectos y el ejemplo de su honrada vida laboriosa.

Y como vivi fuera de mi lengua casi 14 años, me quedé aquí por oír español y vivir con veracruzanos campechanos. La cursilería del chileno me empalaga, los orgullitos, la soberbia y la maledicencia ociosa y temeraria. Más limpia y agradada me deja hablar con un indio.

## XVII

En México hay algunos imponderables que absorber. Hay la búsqueda sin tregua de una justicia social, hay un temperamento religioso en lucha y vencedor de políticos y de ricos paganos; hay una dulzura de vivir que en el campo es indecible; y hay, sobre todo, una dulzura de carácter, una miel subterránea que permea la costumbre y que aleja la tragedia y los vinagres del carácter español.

## XVIII

Yo recibo frecuentemente cartas de chilenas que se ofrecen para venir conmigo. Pero ninguna de ellas parece saber estas cosas:

1° Los pasajes de Valparaíso a México valen, según me informan, 500 dólares. Como lo más seguro es que la persona regrese a Chile, habría un gasto de 1.000 dólares a mi cargo. Mis ahorros en dinero son 1.500 dólares. Esto está destinado a mis gastos de entierro y a cualquier caso de eliminación en mi empleo. (Yo no soy persona grata al Gobierno).

2° Yo sólo tengo un empleo que dar a cualquier persona de Chile: es el hacerse cargo de mi correspondencia, que es muy grande, es decir, ser mi secretaria; pero, además, la dueña de esta casa, pues yo tengo

grandes caídas de salud. Llevo ensayadas aquí 4 personas, bachilleres y normalistas, y ninguna tenía la buena redacción que requiere mi correspondencia.

3° La vida conmigo es de esclavitud, como la de toda enfermera. Pero además hay muchas visitas y la dueña de casa debe saber bastante para gobernar a la cocinera.

Cada persona que se me ofrece desde allá declara que tiene un buen empleo. En México los sueldos son bajos y los empleos escasísimos. Y es una gran responsabilidad traer a gente nuestra que realmente tiene allá "una situación hecha". México, además, no enriquece a los suyos; la gente sólo alcanza a costear una vida familiar y social muy modesta. Yo no hago ahorros. En toda mi vida sólo he ahorrado dando clases en Nueva York en 2 universidades. Todo eso lo gasté en Europa. Tengo 61 años y sólo poseo una casita en EE. UU. que he testado para la Universidad de Chile. Ella no me costea la vida, y sin mi cargo de cónsul no saldría a flote.

## XIX

Estuvo aquí Latcham y habló directa e indirectamente contra Neruda y contra mí. No halló coro: ¡dicen que hubo silbidos!

## XX

Estoy en la hacienda El Lencero, debajo de Jalapa. Y acaba de decirme un indio, guardián de la casa: "Dicen que ustedes no tienen ahora Presidente, que lo han tirado".

Supongo que sea la versión popular de ese cable sobre un "levantamiento comunista".

## XXI

La leyenda negra de Maritain es obra y logro sólo de los pechoños de las Bolsas y de algunos curas malos, malos curas. En el Vaticano tiene a pocos, pero tiene al N° 1, y eso basta (al Papa). ¿Hay que escribir algo todavía en su defensa?

## XXII

Cosas muy malas han dicho de mí en aquel país que Dios me dio por patria. A ciertos compatriotas sólo les falta atribuirme un asesinato. También eso anda en biografías escritas allá adentro en las cuales se dice que Romelio Ureta se mató por mí. Aunque sabe la Justicia que se mató por un defalco hecho en vísperas de su casamiento forzado con una señora que le pedía lujos. También las lenguas infames han dicho allá que Yin (Juan Miguel) se mató por causa mía, dándomelo incluso como obsesionado por amor de mí.

No se desea volver a lugares del mundo donde se hace con los propios asuntos de novela policial. Yo no soy ningún dechado; tampoco una cosa extraordinaria. Yo soy una mujer como cualquier otra chilena.

Mejor me pongo a regar estas plantas que pongo en mi tierra en el jardín.

Por todo eso, más otras cosas, más González Videla, no voy. No es ingratitud a mis chilenos buenos. Espero ver qué cara traerá el año 52. Tengo 62 años y mi cabeza blanca.

# Cuaderno de Nápoles

(1952)

II

No me espanto más de un dulce Europa. Me iré con J. Irigoin a...  
yo y un poco de movimiento hacia los republicanos del sur de  
Napoli. Yo me voy a muchas cosas, algunas buenas y otras  
malas. Pero siempre voy al mismo sitio para encontrar a los  
y cuando vienen, a veces en sus discursos la gente se...

III

El porvenir que marca el año 52. Y así por...  
reconocer por Cristo. El tiempo de...  
cruzado hasta de Cristo...  
dado.

IV

Dada vuelta a la lengua...  
una mala cosa. Se acaba hablando "en vivo", pero solo se...



## I

Vivo en Nápoles, Calle Via Tasso, 220. No tengo qué ofrecer en este apartamento sino un diván litera donde hago dormir a mis visitas por no haber otra cosa. Me dicen que no se duerme mal en ese pedacito.

## II

No me espanta nada de mi dulce Europa. Me iré con 2 frazadas al hombro y un poco de bastimento hacia los pueblecitos del interior, detrás de Rapallo. Yo he vivido muchas cosas, algunas horribles y puedo vivir otras. Pero cargar conmigo el dinero necesario para conseguir alojamiento y comida válidos, significa en estos momentos la única seguridad.

## III

Espero ver qué traerá el año 52. Y qué pasa con mi cuerpo viejo. Y recemos por Chile. El bloque de dictaduras del Sur es fatal. Y en el antiguo feudo de Chile hay una inclinación vieja y fatal hacia la dictadura.

## IV

Daña mucho a la lengua nuestra una larga vida bajo idioma extraño. Es una mala cosa. Se acaba hablando "en libro", porque solo se lee y no se

oye alrededor del idioma propio. Así y todo, aquí he hecho el *Poema de Chile*: 60 estrofas de 6 versos cada una. Me falta corregir, que yo corrijo mucho.

## V

Esta casa, arrendada a causa de calefacción "visible", ha sido yerta todo el invierno. Mi tormento ha durado hasta ayer: Doris halló un calentador excelente que hace vivible siquiera 1 cuarto. Para mí. Porque mi pésima circulación hace que yo me hiele donde nadie se hiele. Yo traje de Magallanes un riñón dañado por el frío y que no funcionó más.

## VI

He estado relejendo –por entender– una colección de cuentos eslavos. Hay allí una obsesión de tipo projimista, de miseria extremosa, y, a la vez, de reacción quemante, brava y orgullosa, mejor dicho altiva.

No, lo nuestro es otra cosa menos peligrosa por contener menos enjundia, menos idealismo y menos veracidad. La mentira galopa sobre la América del Sur. Ignoramos la mística política; somos meros pechadores. No hemos dado un Tolstoi ni un solo santo de veras. Sta. Rosa era una española del Perú, super blanca, sin gota de mestizaje.

## VII

Me conocen, pero a medias o a tercias... Yo soy el fenómeno de una mujer sin partido político. No tengo pues, compadritos políticos que velen por mí. He deseado y, hasta hoy, realizado, el hecho absurdo pero absoluto, de vivir ayuna de partido, tan libre, –y tan sola– como el pájaro más solo y más desvalido a la vez. Creo que es la única manera de no tener clan que me gobierne. Pero he guardado el amor del pobrerío y esto por doctrina, una doctrina que mira sólo a la independencia, a fin de juzgar los hechos del mundo sin dictados que signifiquen órdenes de rojos ni de negros... Esta soledad es muy dura de vivir, hasta suele ser un poquito... pavorosa, pero deseo morirme así, mirando a los hombres solamente como a seres humanos y no como a sectas y a clanes.

Lo que temo de una situación que pueda ser de violencia es que se quiera presentarme o como roja o como negra... temo de eso muchísimo más que del hecho de morir. Yo estoy cansada de vivir en un planetita envenenado donde el derecho a vivir está subordinado al de embadurnarse la cara del color —de la tinta— roja o fascista. Esto es todo lo *que me trabaja*.

Ignoro, —absolutamente— lo que querrán hacer de mi los que mandan en Stgo. *El Patrón, me detesta* y el Min. de Relac. ha sido muy fino para mí pero él no me conoce personalmente. Y es muy importante eso del conocimiento directo.

Suiza queda muy cerca de mí. Pero, es país carísimo. Si viene la guerra yo pensaré 2 veces ó 3 la salida por esa vía. Hay que pasar 1 ó 2 fronteras.

Pero yo no abandonaré Italia sino dentro de una situación que no tenga otra salida. *Europa es la Madre*.

## VIII

Nuestros pueblos son, uno tras otro, hijos o ahijados de la locura, o de la demencia, si se quiere. Ellos tienen unos tiempitos de "personas". Llegan a parecer ya arribados, ya enmendados. El ataque vuelve y o es epiléptico o es una demencia más o menos dulce o un dormir con algunos saltos de animal de pesadilla.

Y se cansan del poquito que trabajaron o de sus luchas que son de animalitos menores: de gatos o de ardillas. Para volver a agitarse hacen a veces arengas revolucionarias. Y vuelve el sable. Ahora regresa a Chile. Todos declaran el deseo de que vuelva, añadiendo que hará barbaridades, pero que atajará la caída vertical de la moneda. Y ahora ni siquiera hay la gritería de los muchachos. Se han aburguesado ellos también: se han vuelto *futres* los desmelenados; han descubierto de pronto las delicias de la burguesía estatal, gubernamental. No excluyo del fenómeno a los comunistas: están de levita y frac, ellos mismos. Dentro de esta payasería nosotros nos acabaremos, pasaremos, no como el viento, sino como un ramalazo de la influenza española.

Me han pasado por la oficina las gentes más diversas de mi país: liberales, conservadores, demócratas, comunistas. Todos traen comisiones suculentas y todos han aceptado. El Gran Corruptor ha podido con el billar entero y las bolitas corren a su gusto haciendo su juego. El

Patrón de Juegos no es siquiera un maquiavélico ni un zorro: es un palarudo vuelto *futre* elegante y sonriente que ha hecho polvo nuestra economía pobre, usando ese polvo mismo en crear empleos y repartir gollería. Los EE.UU. le han dado dineros en cada coyuntura negra.

Tal vez, al recibir el golpe de Ibáñez, me vaya a tal o cual país. Espero no hacerlo. Me dan más grima los insultos que el suprimir un plato de la comida o el irme al campo, donde la verdura (que es lo que como) resulta menos cara y el aire es limpio todo el año.

Tan posible y dulce que sería pasar los añitos del segundo Ibáñez aquí en Europa, y partiendo el pan. No me pongo triste. La Melancolía, incluso la de Durero, es una bruja fea.

## IX

Yo soy animal de rumia, y rumio con frecuencia.

## X

He observado el daño causado en mi sistema nervioso por las comidas favoritas de ciertos pueblos. Siempre prefiero debilitarme a comer cosas de esas que llaman muy nutritivas pero que dañan los nervios. La avena es bastante escasa aquí y suelo tomar café en el desayuno, y eso me sube la presión y me da mal genio. Del té necesito a las 4 y, si no lo tomo, cae toda mi poca fuerza. ¡Ese café de Puerto Rico tan bueno de calidad como dañino para los hipertensos como yo!

## XI

Rapallo fue bombardeado en la guerra anterior. No tuvieron escrúpulo alguno de apuntar a un pueblecito tan lindo y débil como un niño.

## XII

Cada vez que leo la Biblia (en voz alta) casi me quema el verbo de los profetas, Isaías, Daniel, Jeremías. Fueron tan lejos en la violencia como



los líderes incandescentes de hoy. Pero los cristianos —y los masones que bautizan a sus hijos— se espantan del verbo desesperado de los comunistas. Y si aún no matan a los rojos, no es que les falten ganas. Suelo quitarles la vista porque no me vean el asombro —y el espanto— que me suele dar su odio. Y pensar que los indignados no son Savonarolas ni Magginis, que son... nuestros radicales.

### XIII

En mí no existen las ciudades de Chile: existen las aldeas miserables del valle de Elqui, en las cuales me crié, sobre todo Montegrande. Curiosa corrección mental. Anteayer, 3 de diciembre, yo comencé a escribir un “recuerdo” de esa aldea. Lo voy a mandar a *Zig-Zag*. Yo fui hasta allá el 38, vi la escuela en que me crié de los cuatro a los doce años, vi la miseria, vi la hebra de viejas amigas de mi madre tapadas con sus mantitos negros que salieron a la plaza por verme; vi la escuela en la cual no se ha hecho mejoramiento ninguno en cincuenta años. Dios guarde a ese Valle que es el único lugar de Chile que tengo íntegro en la memoria, que es mi vivencia casi cotidiana. Al rezar por mi madre y por mi hermana (que fue una especie de santa en la caridad), Montegrande salta entero vivo de ésta, mi pobre memoria anegada.

La memoria guarda una misteriosa región intuitiva, adivinatoria, que llevamos las criaturas sin saberlo. Yo supe, por ejemplo, cuando moría mi madre, cuando agonizaba, fecha que ignoraba enteramente. Como una sonámbula, sin hábito alguno de rezar a medio día, yo cogí una novena de ánimas francesa y leí, en voz alta, 4 días enteros de la novena. De quien nada supe nunca fue de mi padre, excepto sus tardías visitas. Parece que murió en Huasco.

### XV

Mi corazón ha vivido y todavía vive un poco el malestar cardíaco. Paso a veces semanas sin molestia alguna y esto significa que los Drs. no han entendido. También ha habido esta vieja comedia que me juega el Demonio. Al azar me he puesto a limpiar cuidadosamente el intestino, como si estuviese promovido a viscera noble, el muy sucio. Llevo, por primera vez, una limpieza absoluta de él, aupándolo a “entraña noble”.

Y no hay nada en el corazón. Había palpitaciones locas de asustar a

cualquiera. O un corazón como quedado o una gran ansiedad, parecida a la de los que esperan una noticia fatal. He dejado las horribles pildoritas. Creo haber probado todas las que venden los europeos. (Me consiento todavía la *sal de Carsbad*). El hecho es que la limpieza debe ser además de diaria, completa: vaciar el intestino cada día y enteramente. Y resulta que el corazón no dice nada, no baila su baile brujo, no se pone a hacer el trágico, por más que llegan de Chile noticias nada de buenas para mí.

También me doy cuenta cabal de que la otra mitad de la memoria me la da el trigo, las pildoras de trigo puro y yanqui que tomo en dosis de 3, por la mañana. Y, cuando tengo mucha gente en el día, 1 o 2 más al acostarme. La muy noble persona (el trigo) se puede subir de dosis: nunca hace mal. Son unas cápsulas de trigo americano ultra concentrado *Esprotin* (100 mg. Cia Lilly).

El mal demonio, que suele hacerme piruetas por medio de la memoria, suele embarcarme aun en cualquier fruslería de medicinas que me recetan. Vuelvo a caer; recojo el cereal noble de nuevo y adiós palpitations y adiós flaqueza cardíaca y adiós ganas de morirme. Esas pildoras parecen hechas por el San Francisco, patrón de los cereales.

Después de todo, soy una remediera del valle de Elqui. De un valle cordillerano donde todos resultamos médicos (meicos y meicas).

## XVI

Yo he tenido una vida muy dura; tal vez ella alimentó en mí la creencia de que esta vida de soledad absoluta —yo tuve sino la escuela primaria— que ha sido mi juventud, viene de otra encarnación en la cual fui una criatura que obró mal en materias muy graves. El creer esto me dio paciencia y una absoluta resignación. Mi padre abandonó a mi madre; después de esta desventura vendría la lucha de una maestra sin título alguno, combatida siempre por algo que yo llamo la conjuración masónica-profesoral de mi país.

Por esto, yo no residí allá adentro. La última vez que fui a Chile, tuve ciertas experiencias que fueron para mí más que penosas.

## XVII

Recibo convites de Chile, ninguno es oficial. Yo espero poder sortearlos y postergarlos. No deseo volver a "toparme" con aquel Soberbio Señor

que me trató con los pies en Brasil. Y casi lloro cuando leo que el próximo patrón es, precisamente, aquel otro que me destituyó del cargo de Cónsul hace años: fue mi Coronel. Parece que Chile pierde más y más su sensatez y su memoria histórica. Todas las cartas me aseguran que no saldrá Matte, sino "mi Coronel". Creo que repetirá su hazaña conmigo y que, por ello, yo tendré que irme a trabajar a EE.UU. o a Uruguay, sin llegar a Chile. Esta inclinación de mi país a los matones me preocupa y no logro entenderla.

## XVIII

Fue la lectura lo que hizo de mí una escritora, una lectora solitaria. Yo soy, pues, una autodidacta. Sólo mi hermana, maestra rural, me dio el amor de leer y el de escribir. Nunca quiso abandonar su escuela aldeana. Mucho le debo a ella todo lo que recibí.

## XIX

Vive en mi casa Miss Doris Dana, una profesora americana. Me cuida como una hija. Es la discípula más querida de Thomas Mann. Así es como una yanqui vive por tiempos con esta... comunista, fabricada ahora por el Sr. González Videla, su jefe y señor.

## XX

Mi caso es el de persona que no tiene en su patria sino a una buena alma de mujer, también vieja, que lee poco y no anda por las casas para oír... lenguas sueltas.

## XXI

Cuba está entre los pueblos que más amo a causa de lo que debo a su escritor fundamental -José Martí- y, además, porque su pueblo siempre me dio una acogida generosa, que no está sumergida en mi memoria de

viajera. Soy una vieja maestra de geografía y tengo gran simpatía hacia nuestros países tropicales.

## XXII

Otra invitación de Chile, esta vez del ministro Leighton ¡Cuánto deseo ver, oír y conversar días enteros con la gente mía de allá! Pero yo no iré, sino cuando haya bajado de la silla el hombre de mando, el Mandón atrabiliario. Espero no darle la mano nunca. Aunque siga diciéndole a su corro de adulones que soy una descastada, una anti-chilena, una soberbia, una mala persona, etc. etc. Doy gracias a Dios de no tenerlo cerca. Es mi paz. Ignoro los últimos sucesos políticos de Chile y no tengo idea del candidato "que va adelante". Pero mucho depende que la loca división de los partidos haga triunfar al Caballo, para perdición de la gente que no se entrega al sable ni al billete y para esclavitud larga. Creo que allá mismo muchos ven esta calamidad como cosa posible. La democracia anda de capa caída por la experiencia radical que vivimos. Ahora se oye y se lee a gentes sesudas que dicen preferir al Caballo a cualquier candidato de la democracia de izquierda.

Chile no tiene sesos aún, no tiene madurez. Rezo también por él.

## XXIII

Cabalmente se entenderá el que una persona que escribe, más Cónsul de Chile, reciba a Pablo Neruda —chileno en grande— cuando llega a su oficina. Ni siquiera viene seguido aquí Pablo. Viene su esposa, muy de tarde en tarde, y siempre por asuntos que no tocan ni de lejos al Gobierno del señor González Videla. Les recibo con la cortesía que se merecen, más el afecto admirativo que he sentido y probado a Pablo desde que tenía 14 años. Me llegaba al Liceo de Temuco a pedirme libros. Vino más tarde su comunismo y conjuntamente su carrera literaria maravillosa. Nunca me quisieron ni Pablo ni Delia, sobre todo ella. Según el relato de gente española de toda calidad moral, mi echada de Madrid, cuando yo era Cónsul allí, fue obra conjugada de García Lorca y Neruda. Aquél lo quería mucho y sabía a la vez mi choque con la frenética gente republicana y... la monárquica también. García Lorca era un temperamental. Pablo un enamorado de la España-España.



Dejé Madrid sin pena. Vivía ya espiada incluso por el portero del edificio, un pobre hombre monárquico. Yo había prometido a Neruda permutar mi cargo en Madrid con el de Pablo en Barcelona. Tardé en verificar la permuta por meras razones de mi torpeza para una mudanza y porque, sobre todo, la permuta no llegaba desde Santiago a Madrid.

Poco vienen aquí, a la casa-consular suya, Pablo y Delia, a pesar de que se les recibe con el mayor afecto y con cabal distinción. Delia se fue a Buenos Aires, creo que para obtener dinero suyo. (No dejan salir dineros los Perones). Pero el fervor de esa buena mujer por Pablo, más el Buenos Aires de sus relaciones sociales, tal vez logren algo. Pablo sabe que, en todo caso, yo les valdré. En lo personal y en lo oficial, yo haré por ellos lo que esté en mis manos hacer. El deber no es hazaña.

Yo recibiré cada vez que él llegue aquí, a Pablo Neruda, primer poeta de nuestra lengua hoy, y persona aceptada con distinción por cualquier escritor europeo de primer orden. Es Pablo un chileno patriota hasta los huesos a pesar de todo su comunismo... literario, porque se vincula hasta con la aristocracia chilena, por chilenidad, pues el chileno acepta, sin esfuerzo alguno, como por vocación y hábito, al grande y al chico. Grandes compadres y comadres que somos, criollos fáciles, compadristas y fraternales. El que tanto Pablo como su mujer no me quieran, es mi destino chileno. Tampoco me quieren de allá adentro y el saber esto no me envenena, he acabado por creerlo una orilla de mi destino y del Destino con mayúscula también.

## XXIV

Yo fui un tiempo no corto de una sociedad teosófica. La abandoné cuando observé que había entre los teósofos algo de muy infantil y, además, mucho confusionismo. Pero quedó en mí de ese periodo la idea de la reencarnación, la cual hasta hoy no puedo, no sé, eliminar. Cada vez que me confieso, no soy ayudada respecto de este asunto tan hincado en mí.

Yo tuve Biblia desde los 16 años tal vez. Una abuela paterna me leía los Salmos de David y ellos se apegaron a mí para siempre con su doble poder de idea y del lirismo maravilloso. Tengo a mi padre David por el primer poeta del mundo. Después de esto vinieron las frecuentaciones con las místicas occidentales. La selección de oraciones con las cuales rezo tiene mucho Antiguo Testamento; pero el Nuevo me lo sé creo que bastante bien.

De aquel Budismo me quedó una pequeña escuela de meditación.

Aludo al hábito, tan difícil de alcanzar, que es el de la oración mental. Confieso humildemente que no sé rezar de otra manera. No puedo con el Santo Rosario. Una amiga mexicana, católica absoluta, me ayudó a pasar de aquel semibudismo (nunca fue total, nunca perdí a mi Señor J.C.) a mi estado de hoy. Nunca le recé a Buda. Sólo medité con seriedad las manifestaciones de este mundo, la indecible superficialidad de la vida americana toda y más tarde la de la vida europea.

Tengo, también, como una desventura el catolicismo español tan alejado de sus místicos, alejamiento que, en lo hispanoamericano, me parece pavoroso.

## XXV

Anteayer he sabido, con profunda pena, del suicidio de un gran escritor vasco-español en México. Yo le quería mucho y todavía hurgo con dolor esa muerte. Era Imaz y escribía ensayos de gran valor. Debe ser otro caso de hombre sacrificado por el destierro.

## XXVI

Todo el día fue de visitas y unos chilenos de Rancagua me tuvieron consigo hasta las 1 o 2 de la madrugada en el Restaurant en que yo como. Ellos son así. Menos mal que la noche fue de cantos. Es un Restaurant donde se oyen todas las canciones provinciales de Nápoles. Mucho oí de Chile. Mucho pregunté, también.

## XXVII

Estoy cansada de mi día con esos chilenos de ayer. Día entero. Dormí poco y tuve muy fuerte las palpitations del corazón. Aunque ellos no me dieron malas noticias. Se me removió Chile adentro. Y mucho.

## XXVIII

Ayer tuve una pena doblada de cierta vergüenza. Vino Neruda con su mujer. Había gente en el Consulado y él me pasó en silencio su pasapor-

te vencido para que le añadiese hojas timbradas. Le dije que no tengo aún sellos consulares ni pasaportes. Es la verdad. Aún no vienen. Neruda es hombre muy callado y que no hace alharaca. Pero supe por sus medias-frases que fue a Roma para su diligencia de pasaporte y volvió "en las mismas". Puse un telegrama respetuoso y cuidado al Embajador. ¿Es que no acabará la odisea de Pablo con pedir pasaporte a Roma?

## XXIX

Me decía un español catalán, Prof. conmigo en EE.UU. (Midelbury College): Cuando usted salga con sus alumnos americanos puede preguntarles por cada planta que usted no conoce. Ellos sabrán el nombre. Pero si se lo pregunta a un español o a un criollo, él le dirá: "Hierbecita de los campos". Y así era. Así mismo.

## XXX

Creo menos en la Acción Católica que en los falangistas. Léase Frei, Tomic y Cía cristiana o "católicos sociales" como se llaman. Lo de "católicos sociales" es nombre bien hallado. Así y todo, siempre me gusta más, el adjetivo "cristianos" por más anchos y más saturado de espíritu. Debe ser que en mi inconsciente trabaja mucho el dolor del quiebre luterano. La Cristiandad dividida me parece un suicidio universal.

Esos falangistas son la sal de Chile. El radicalismo parece una de esas monedas gastadas y sucias que siguen circulando pero que resultan pringosas al tacto.

## XXXI

Erré en lo del clima: Nápoles no puede carecer de sol por 3 meses. Pero no molestaré en ningún caso al Ministerio por otro cambio. Espero para eso a nuestro Presidente Cruz Coke. ¡Dios nos lo dé!

## XXXII

El hecho de haber yo preferido Rapallo a Nápoles fue la cercanía a los libros franceses. Con ir a Niza los tengo. No los tuve yo ni en los 4 años de California ni en los 2 de Veracruz (no pude subir a la meseta por el corazón). Y los libros franceses son mi pan. Y de leer vivo desde que me mataron a Yin los mulatos xenófobos de Brasil. Es terrible quedarse sola en el mundo; ni siquiera sé decir este hecho en todo su bulto y en toda su desolación.

## XXXIII

Hace rato que yo cancelé ese tema del Premio Nacional de Literatura. Sé que lo peor de "mi caso" con Chile es el odio de mi gremio. Y tal vez sea lo que más me dolió y me duele, desde que salí de Chile hasta hoy.

## XXXIV

Yo aprendí de GV que el más pobre ser posee un ámbito inmenso de poder maléfico.

## XXXV

Hay sobre mí un diluvio constante de cartas y otro de visitas. A veces 16 por día. Y hablar, hablar me pone el corazón primero al galope, después en una gran fatiga. (Tal vez me debería ir por unos días a Viareggio donde nadie me conoce la cara).

Sé por mujeres, desde Chile, que la candidatura de Ibáñez aumenta entre la chusma. Mis inquietudes vienen de ese lado. Ibáñez me dejó sin mi jubilación en Europa, y su Ministro de Educación, Eduardo Barrios—"mi hermanito"—cumplió la orden. Casi 4 años yo escribí artículos de diario para comer y vivir en Francia, sin calefacción y sin criada. Palma Guillén hacía la cocina conmigo. Se comprenderán, así, mis temores.

Mis temores vienen, además, de muchas otras cosas menudas. En la primera visita de mi jefe, el Cónsul General en Ginebra, antes de sentarse, si antes, me declaró: "¿Y sabe usted, Gabriela, cómo la detesta



a usted su pueblo?" Otro día llegó una Señorona, la Sra. Ladrón de Guevara y, como en los cuentos, hizo lo mismo. Entró y sin sentarse, vomitó los chismes y las furias de allá adentro. (Lo cual no impidió que me dejase a la hija por un mes como visita). Nunca entenderé el funcionamiento mental del criollo.

### XXXVI

Benjamin Subercaseaux me manda una carta sin calificativo, por la irritación de los escritores a causa de que "retengo el cargo de Cónsul después del Premio Nobel". Y llegan otras en un arroyo sucio de chismes sobre mi "indelicadeza" de seguir recibiendo sueldos de Chile. Ese dinero del Premio fue de 30.000 y tantos dólares. Mi exsecretaria Consuelo Saleva (que yo llamo mejor Saliva) robó de ellos de 8 a 10.000 dólares. Con el resto compré mi casa de Santa Bárbara. Eso es todo.

No, yo no puedo volver al país. No puedo porque cualquier día de mar malo me pondrá el corazón a bailar. Y no quiero porque tengo una memoria tenaz, terriblemente viva, y recuerdo mi pobre vida de Chile llena de humillaciones que me dio el gremio por no ser ni Profesora de Estado ni normalista. Menos perdono lo que de allá adentro sale y va y llega a los países hispanoamericanos, donde he vivido, en anónimos indecibles para enajenarme también a los de afuera. Parece que mis dos gremios son un triste amasijo de envidias sombrías. ¡Ay, de mí!

### XXXVII

Nápoles es una especie de Valle de Elqui en donde las gentes se ocupan de visitarse. Excepto el pueblo, tan pobre, y trabajador, aunque cante mucho. A pesar de todo es un pueblo para ser querido. Ya se ve poca mugre y mejor alojamiento; dígase lo que se diga, los demo-cristianos han hecho su faena. Ojalá la sigan; es cosa de llenar un hueco de 50 o 70 años casi hueros *de apostolado popular*.

Por si han publicado las fábulas que acostumbran los periodistas, cuento lo de Neruda: Supe —se dicen mentiras de más en la tierra meridional— que el Gob. *impedía* la entrada de Pablo. Me fui a Roma para hablar con el Conde Sforza, gran señor y amigo, y, por haber estado en destierros 10, 12 años, *protector de desterrados*. Supe, en llegando, que

los escritores romanos, con una admirable solidaridad: católicos y ateos, habían hecho ya una presentación al Gob. para que Neruda pudiese residir aquí. Lo obtuvieron por el periodo normal que se da a los turistas: 3 meses. Creo que le prolongarán el plazo, es decir, se lo doblarán. Pero es muy probable que No se vuelva a sus satélites. Está por ahora en Capri, que es un paraíso. Su mujer se ha ido a la Argentina. Espero que esta *santa* vuelva, porque Pablo necesita mucho de ella *siempre*. El está bien de salud, gordo y feliz. La prensa no ha dado ningún trompetazo por este asunto.

El conde sigue enfermo. Hace falta, es un liberal de los de antes, y como estuvo desterrado por el Sr. Mussolini, y por más de 10 años, se sabe lo que es eso y se lo evita a su patria recobrada.

### XXXVIII

Estoy pegada de un libro. No quiero que se me vaya el español y leo cada día como un estudiante. Las lenguas románicas se dañan una a la otra. Yo tengo ya en mí 4. Sólo el francés no se me confunde con las otras.

Para escribir yo tengo que meterme a la cama, en pie no hago sino leer. Escribo un *Recado sobre Chile*, un viaje imaginario, que me exige mucha lectura. Nuestra gente o no hace ciencia o la hace a lo bizco. En tres librotos franceses e italianos persigo a mi huemul. No está. Sólo aprendo la vida de los ciervos en general. Me gusta mucho leer ciencia: es la fiesta de mi vejez. El paisaje chileno sólo me lo conozco de veras en mi Patagonia querida y en mi valle de Elqui y en Los Andes.

### XXXIX

Hay en mí una tonta y sentimental porfía interior: la de creer que voy a perder mi lengua si no la uso al vivir dentro de otro idioma. Entonces me largo por un mes hacia cualquiera de nuestros pueblos sentimentales a la vez que venenosos. Porque nuestra raza juega, a la vez, con el cariño y el odio y resbala del uno al otro en una operación que sudo por entender, sin conseguirlo.

## XL

Mi mayor interés de ir a Chile, después de ver a los pocos míos de frontera adentro y hablar con ellos unas semanas, es la necesidad de acabar un larguísimo Recado descriptivo sobre Chile. Pero sé que no me dejarán verlo. Sé que tengo que entregarme a la gente por no herirla. Sé que sólo veré hoteles y casas de señores. No el paisaje, no los pastos cuyos nombres me faltan, no las cosechas, no la Cordillera a la cual no puedo subir, no los indios, no mi Patagonia querida, no las minas de carbón, no el desierto de la sal... El chileno ve siempre en la negativa una excusa o una hostilidad. Y yo tengo en Chile demasiados seres que me odian, una verdadera riqueza de antipatías sin causa.

Me dicen que si me rehuso a ir pueden pedirme la renuncia. Yo fui, bajo la dictadura de Ibáñez, tres veces a Estados Unidos a buscar mi pan cuando ese fenómeno me canceló la jubilación. Puedo ir de nuevo. Al cabo este viaje no es de un mes, ¡Santo Dios! Pero es más fácil quedarse en una casa italiana y comer de los 150 dólares que produce mi casa de California, la cual debo a Suecia.

Pudiese esta exigencia venir, en rayo oblicuo, de alguien no sabido ni sospechado, a causa del cual yo fui muy infeliz en cierto canto del mundo. La gravedad de esos hechos viven en mí como en el primer día. Yo no sé olvidar y el que no carga una esponja borradora acaba en llagas. Para mi mal, yo soy de estos "memoriosos".

Es mejor que no me llamen a Chile. Cuando hablo a la gente hablo con desnudez pura y puedo acabar con dos carabineros lado a lado.

## XLI

Yo soy una vieja agrarista y creo que una reforma agraria hará feliz al pueblo campesino que es el que más quiero en cualquier parte del mundo. Lo mayor y mejor del régimen italiano es el reparto agrario que ha comenzado. Como en Chile, parece. Esto me conmueve más que cosa alguna. Yo soy una vieja agrarista porque fui una niña del campo y vi el egoísmo y la estupidez de dos aldeas: ni un solo campesino con tierra. Tres haciendas dueñas del suelo y hasta... del mujerío que los patrones se adjudicaban. La suerte del aldeano y la de las mujeres rurales no sólo me toca, me sacude.

## XLII

Yo no soy la luchadora, de que hablan mis locas feministas. Yo soy sólo un poeta mitad niño mitad vieja, un ser realmente desvalido y que se rompe a la entrada de cualquier campo de lucha, y no sabe ni puede luchar.

Sin embargo, sigue válida mi cabeza. Hoy he escrito una Ronda de niñas en Montegrande, donde me crié. La pérdida de fuerza física, ésta sí es grande. No puedo caminar sin fatiga 3 cuabras. No tengo valor alguno. Lo peor de todo es la dieta.

Lo que yo me sé muy bien es lo de mi corazón. Está malito. Esto es herencia materna también, pero mi madre vivió casi 70 años.

## XLIII

Yo sé que los no pacifistas desde adentro se aprovechan bastante de lo que yo escribo sobre la Paz. Son unos ladinos. Pero yo aquí leo, y veo, a los que se preocupan de la guerra, y la dicen, y cantan, y la llevan casi en la ropa. Están locos. Su fe, su confianza alegre, su almohada y su sombrero son los cañones ¡y la atómica! Pero yo tengo fresca la de Hiroshima. Vi eso en el cine y no lo olvidaré más.

De otro lado, yo no tengo esos "Manuales de Piedad" en que leen las mujeres. A los 7 u 8 años mi abuela Villanueva me leía los Salmos y el Evangelio; era una bíblica pura. He oído en México gritar a los curas llenos de gozo y orgullo por la atómica. Me pregunto si vale la pena vivir, tomar medicinas, sobrevivir a algo como lo que preparan los del Este y los del Oeste. El Papa no es atómico aún, a Dios gracias. Querría yo adivinar si lo será mañana. Estampar esto me da calofrío, pero las "cosas" que se ven, oyen y leen hacen desvariar.

## XLIV

Mi posición en favor de la paz no dimana de partido político, pues no pertenezco a ninguno. Mi posición moral de pacifista es la reacción normal que la guerra levanta en una mujer, y particularmente, en una ex maestra y en una hispano-americana que sabe la estrechez de nuestros recursos y sabe también que las aspiraciones de nuestro gobierno son las



de aminorar, con una política de salarios suficientes, de habitación popular y de cuidado de la salud pública, las deficiencias de nuestra democracia, que por ser un hecho de ayer, no puede estar madura. (Tengo una conciencia muy viva de cada una de estas finalidades, que son las del gobierno actual y que son también la aspiración cívica de cada chileno consciente).

Yo no ignoro que hay algunos individuos que aprovechan de mi ausencia de Chile y del desconocimiento de mis ideas sociales para atribuirme maliciosamente cualquier color político, sea reaccionario, sea futurista. Soy para muchos una mujer que, por mero egoísmo, comodonería o conveniencia, no se interesa en la vida civil y política de su Patria. Ahora, y dando el salto temperamental del criollo, esa leyenda se vuelve de revés y paso a ser una líder más o menos comunista. S.E. el Señor Presidente González Videla, sabe más y mejor que cualquier otra persona que yo soy "el fenómeno de una mujer sin partido político", por cuanto él me conoció suficientemente en Brasil y vio allí, precisamente, mi alejamiento de esa gente. Mi indole refractaria al extremismo político no ha mudado y, por el contrario, se aferra más a su viejo concepto de que la política de los dos superlativos, el ultra-tradiconalista y el futurista, dañan a nuestra América criolla de Norte a Sur y le consumen los años o en una especie de calentura ecuatorial o en una inercia mortal.

Las leyendas presentes y futuras que allá adentro se confeccionen sobre mí, tal vez se basen en este hecho: es mi hábito recibir a quien llega al Consulado o a mi casa, a tirios y a troyanos, a honestos y a ladinos, y también a los que me detestan de un odio que es gratuito, pues apenas me han visto alguna vez. El conservador y el comunista son para mí lisa y llanamente "ciudadanos chilenos" que vienen a pedir información sobre el país en que trabajo. No me cuesta mucho darme cuenta de que a más de uno, o de una, no los trae sino la curiosidad de recoger mi "ficha política", que no existe. Frecuentemente veo en estos averiguadores o bien la chispa maliciosa o bien... la cólera del empleo que sirvo. Esto es humano y especialmente criollo. Más de alguno me ha enrostrado mi prescindencia "egoísta y comodona" en lo político. Les digo: "Siento mucho no poder darles gusto; tengo una falta real de temperamento político".

Es frecuente el que las visitas, sin cortesía alguna, me den largas informaciones sobre "el odio general que existe hacia mí en Chile". Les respondo que trabajo para Chile desde la edad de quince años, que jubilé

como profesora y que volví al servicio fiscal, porque esa jubilación no alcanzaba a costearme vida, médicos y medicinas, que mi carrera comenzó a los quince años, que estuve jubilada seis años y que tengo cincuenta y seis años de servicios. No estoy invalidada ni cosa parecida. Si el gobierno me manda jubilar, lo haré enseguida, pero no es cosa de obedecer el antojo de cualquier deseoso de vivir en Europa, que me acarrea miserias vulgares salidas de los circulitos literarios o partidistas.

Yo me hago leer bastante prensa, porque es mi obligación el informarme del continente europeo en cuanto a Cónsul y en cuanto... a habitante que vive sobre la costa misma. Ha estado aquí, en Nápoles, anclada frente a mi casa, una escuadrilla de diez y seis o más barcos de guerra americanos. La población parece haberse quedado más tranquila cuando ellos viraron hacia Sorrento. Es una pena el que en toda Europa exista este mismo "recelo" hacia la única nación que está dispuesta a hacer, en caso dado, algo serio y costoso por los europeos libres. Esta reacción es la popular y la de un sector de la clase media también. Los dirigentes europeos, en cambio, se dan clara cuenta de que sus naciones no pueden por sí solas ganarle una guerra a Rusia, nación ultra-militarizada, y que ahora suma a sus tropas el enorme contingente chino.

Los chilenos alarmistas me aconsejan dejar a Italia. Les contesto que tengo ya visto para el caso de invasión un refugio de tierra adentro, en la provincia de Nápoles, que es mi radio.

Yo no hago vínculos aún con el elemento popular de mi provincia de Nápoles y no puedo todavía palpar su conciencia un poco. Pero me alivia darme cuenta de que este pueblo, y no digamos el de Roma, ha ganado mucho en sensatez, en una prudencia fría que poco o nada tiene de la famosa "locura napolitana" de antes. Ha mejorado su tren de vida y los obreros pesan mucho sus conquistas de salario y su dignificación como clase. El problema de la habitación, o sea el de la "casa propia", sigue siendo duro y pide largo plazo. Nadie desconoce la labor y la honestidad de los gobernantes de Italia y la crítica de la prensa, aunque dura y constante, no es venenosa como la de nuestros países tropicales, porque no puede dar pruebas ni de torpeza ni de indolencia en los gobernantes. Por otra parte, el catolicismo, hasta hoy, refrena muchísimo los ánimos y sus fuerzas son anchas y respetables.

En todo caso, entre la Italia que me viví durante seis años bajo el fascismo y la de hoy, corre un espacio muy ancho: esto es realmente, hoy, aquí, realmente, una "democracia cristiana. Pero los recursos para hacer lo que falta, para crear la justicia social a lo suizo o a lo america-

no, son fatalmente inferiores, a causa del exceso fenomenal de población que vive sobre un territorio mínimo.

Hoy yo leo en la prensa la primera noticia internacional alarmante sobre la situación europea: es la del estado de sitio en Egipto y el dato desnudo de que Rusia tendría ya puestas las manos, es decir, su influencia, en la enorme masa popular de ese pueblo hambreado por siglos y ayuno de cultura primaria. No es precisamente Italia el foco mayor de descontento popular: son esos puntos norteafricanos y coloniales, donde los líderes, tal vez más comunistoides que nacionalistas, cuentan, o creen contar con Rusia en el momento dado.

Todo esto es todavía confuso de ver, porque el alma norteafricana, pariente de la oriental, resulta bastante secreta. La xenofobia norte y centroafricana, eso sí, es una tragedia viva. Los ingleses perdieron a la India principalmente por su complejo jerárquico y racial, que los hizo apoyarse allí siempre sobre la casta superior, la cual es muy pequeña. Nunca ensayó el inglés, en sus colonias, vencer la miseria rasa de ciudades y campos.

Durante mi estada en Francia —seis años— oí hablar del colonialismo democrático, que era el de Francia en Asia y África; pero los delegados hindúes y egipcios que acudían a las reuniones de nuestro Instituto de Cooperación Intelectual nada tenían de eufóricos al tratar de su vida colonial.

## XLV

Escribo un largo poema sobre Chile, aunque mi Valle de Elqui es mi único Chile por ser mi infancia. Se llama *Viaje imaginario*. Ya van 70 estrofas y sé que me falta allí mucho que añadir de orden descriptivo, pero no debo alargarlo más sino solamente corregirlo y ratificar algunos datos de la tierra austral que tengo borrados en mí. Lo escribo como quien sustituye un viaje que iba a hacer y emplea ese tiempo en dejar ahí —en los versos— contado el territorio en la medida de lo que sé y de lo que se puede.

Ahora me alivia escribir sobre plantas. Las distintas versiones de la *Salvia* me ocupan un tiempo. Toda hierba amé, pero ésta siempre fue mi ahijada.





## I

Por fin, ya el Gobierno me ha dado a Nueva York por sede, naturalmente en dependencia absoluta del Cónsul General y los Cónsules chicos que le siguen. A pesar de todo, mi salud sigue siendo muy pobre. En días como el de hoy "no valgo nada". La fuerza no la tengo ni en un mínimo. Pero no hay dolores, sólo hay esa sensación extremosa de una caída general de la fuerza. Sólo puedo leer y... dormir. Los tónicos —que ni uno solo— me enderezan en 3 o 4 días. Yo me asombro, sin embargo, de las reservas de Vida que perduran en este cuerpo enflaquecido y remolón.

## II

Me ha conmovido mucho el caso de Victoria Ocampo en la Argentina. Estoy bastante preocupada por ella. En su última carta me anunció un viaje como cosa inmediata, y no llega. La cuestión está en no dejar este asunto muerto u olvidado. Adhesiones a Victoria y pedidos sobre ella, y muchos. El mayor amigo de su Presidente es el mío, pero yo no soy persona grata en La Moneda. Importa más hacer una presentación a su presidente mismo, el argentino, muchas mujeres, a lo menos 3 o 4 de cada país, con el dato de la nacionalidad al pie, o al lado de cada nombre y además con los títulos expresos de cada una. Para que aquel "primario" sepa que le pide gente culta y conocida. Se pudiera también hacer una *manifestación pública en cada país del mujerío*. Evitando la crudeza en los discursos. Soy una pesimista respecto del caso de Buenos Aires. Sólo veo que lo que queda por hacer es apelar a los Presidentes de nuestras repúblicas.

Por ahora lo único que yo sé es cosa vaga: el gobierno argentino cree en un grupo de gente de la sociedad argentina, que opera contra el régimen y hace reuniones secretas. Miran esto como un delito y están locos de rabia.

Me da una gran tristeza el observar desde lejos que no hay progreso moral en nuestros pueblos criollos. La Argentina me duele como una llaga propia. Yo he querido mucho a ese país, mucho. Sigo esperando a Victoria.

### III

Ha vuelto mi enemigo a la Presidencia de Chile. Recuerdo el hecho de que en el primer periodo del mismo personaje yo vine aquí y me dieron unas clases en Columbia University. No tengo una queja ni un quejido de ese colegio. Y estando en deuda con ellos, ya sé que puedo volver allí cuando me eche el Patriarca Ibáñez. Se lo encontró Alone en una comida y le preguntó si iba a echarme de nuevo. Él le dijo que no, porque "un país de no sé dónde" me dio un premio que él "no sabe cómo se llama".

### IV

Mi vida es, a la vez, un tumulto de visitas y una gran soledad interior. Se me han muerto todos mis parientes y cuando ocurre esto hay algo en el ser que ni alcanzo a contarle: la vida pierde todo sentido y una se siente un mero fantasma.

### V

Al despertar cada mañana, yo suelo llamar a Doris y hablarle de ir a lugares que son de Francia y de Italia, y de... Chile. Pero yo no he realizado en mi memoria —que es pobre— la distancia que me separa de esos lugares. Doris me la ha contado, porque se da cuenta de que anda muy mal mi mapa. Esto deriva de mi vagabundaje, repito.

## VI

Tengo una vieja costumbre de poner apodos, pero cariñosos, no feos. Pícaros a veces. Por ejemplo: Doris se llama a veces “gringa de la gringuería”. Tengo un poquito de picardía española. Mi leyenda de anti-española tiene poco de verdad. Tal vez venga de que siempre declaro el que mi padre era muy “aindiado”; tenía unos bigotes caídos como de Gengis-Kan. Dicen que mi abuelo era un indio puro, de Atacama. No lo conocí. Mi abuela materna era una Rojas. Este apellido lo da un libro español por hebreo también. No me gusta negar a mi gente.

## VII

Tengo delante de mí una buena revista de la Universidad de México que debo leer porque está bien. Bien y todo, trae un sacudón crítico para un español que me sacudió a mí, “a la española”, con la grosería de la raza. Ahora le ha tocado a él lo mismo. Se trata del soberbio Vicente Aleixandre y lo ponen hasta en retrato. La diz que madre España se asombra siempre de sus nietos criollos que usan hasta la grosería de la Abuela para responder a la Mamá.

Trae también la revista algo sobre Bernanos. El hombre es o fue “un caso tremendo” y me tocó conocerlo en su peor desgracia. No supe más de él después. Hay otro retrato de Ezra Pound el cual parece que pena aun en su cárcel por traición. Se volvió fascista frenético y parece que tiene cárcel “prevista”. Horrible cosa. No nos asombremos de estos “ejemplares”. Algún día un médico grande explicará muchas cosas nuestras.

## VIII

Al Presidente Carlos Ibáñez Del Campo:

Honorable Sr. Presidente:

Ruego a Vuestra Excelencia una subida gracia conociendo a la vez la piedad y la magnanimidad vuestra, Señor Presidente.

Respetuosamente suplicamos a Vuestra Excelencia indulto cabal para María Carolina Geel, que deseamos mujeres hispanoamericanas. Será ésta una gracia inolvidable para todas nosotras.

Dignese, Usia, oír este pedido que hacemos llenas de esperanza, y mande a vuestras servidoras, las cuales aguardan con ansiedad, vuestra respuesta, que siempre fue noble y justiciera en casos como el presente. Vuestra leal servidora.

Gabriela Mistral

Nueva York, agosto de 1953

## IX

Los escasos han entendido que *Lagar* no puede ser la segunda parte de *Tala*, así como *Tala* no lo es respecto a *Desolación*. Hay quienes nos quisieran cadena de eslabones gemelos, nunca capaces de variar la forma, el tono, la visión. Pero una es criatura de Dios y, por lo tanto, voluble y sorpresiva.

Después de Yin, la vida mía es *Lagar*. Escribo poesía porque no puedo desobedecer el impulso, sería como cegar un manantial que pecha en la garganta. Hace tanto tiempo que soy la sierva del canto que viene, que acude y que no puede ser sepultado. ¿Cómo sellarme ahora? No hay lacre tan espeso ni cera tan densa para sofocar ese empujón del canto que busca desembocar al aire, a la oreja, al corazón. Ya no me importa quiénes reciban lo que entrego. Cumpló por respeto a eso, más grande y profundo que yo, del cual soy el mero caño.

Pocos entenderán qué baluceo al columpiarme entre dos orillas, a punto de, por fin, desprenderme de este lado y caer al dintel de la Patria.

Vivo a medio irme, en puro deseo de irme. Muy lejos yo, muchísimo, de Santa Teresa, pero le entiendo cabalmente su morir de no morir. Sólo Jesucristo entregó su alma cuando Él quiso, Rey de su propia muerte.

Yo sé intuitivamente lo que hago; no tengo esa ciencia de otros escritores, que pueden exponer sus rasgos o sus trucos como quien dicta una cátedra de mineralogía. Cada poema es una aventura con rutas nuevas, incluso con armas y animales desconocidos. Y hay que inventar a toda prisa el arco capaz de tumbar al bólido incandescente que se nos viene encima o al ave vertiginosa que nos anilla. Parto de una emoción que poco a poco se pone en palabras, ayudada por un ritmo que pudiera ser el de mi propio corazón. Sonrio, conociéndome mis taquicardias... Pero, ¿acaso no están muchos de mis poemas, más que todos los de *Lagar*, a caballo de un corazón desbocado?

Fui una romántica escandalosa. *Desolación* flota apenas encima de



tanto almibar. Aprendí, después, de los clásicos y de la vida, a no arder tan aparatosamente como las Fiestas de Pamplona, para arder mejor, es decir, con brasa larga, con tizón escondido, como los griegos de siempre.

Todo el vocabulario ha de ser diferente, según la hoguera o según el brasero: en vez de los leños veloces en volverse humo, las pavesas que laten lento y suave. Nada les sobra.

Busco palabras primordiales, y que nombren derecho, palabras sin roña ni desgaste, duras como los ejes de madera de espino de mis carretas de Montegrande. Lo que no ha mudado en mí es el contacto con lo real, la buena yema de los sentidos rasando el mundo en un éxtasis que no interrumpirá ni la muerte. Pero lo que detrás de ella reciba yo, alucinada, no podré nunca escribir porque allá dejamos de ser tubos del canto, para sumirnos en el Canto.

## X

Algunos libros raros, curiosos y provocadores dispersos en los estantitos de mi biblioteca:

Juan de Ávila: *El aviso de escarmentados del año que acaba y escarmentamiento de avisados para el que empieza de 1935.*

Luis Castillo: *Migraciones de los animales salvajes, especialmente los de Chile.* (Prensas de la Universidad de Chile, 1945).

Rubén Darío: *Muy siglo XVIII.* (Madrid, 1914).

Ricardo Antonio Latcham: *Chuquicamata, estado yankee: visión de la montaña roja.* (1926).

Luis de Granada: *Guía de pecadores en la cual se contiene una larga y copiosa exhortación a la virtud y guarda de los mandamientos divinos.*

Alfonso Martínez de Toledo: *El arcipreste de Talavera habla de los vicios de las malas mujeres y complexiones de los hombres.* (1931).

Pablo Neruda: *González Videla, el Laval de la América Latina, breve biografía de un traidor.* (México, 1949).

Julio César Ramos: *Las vidas del gato, extraña gama autobiográfica de un teósofo saqueador.* (Buenos Aires, 1947).

Pablo de Rokha: *Neruda y yo.* (Ed. Multitud).

Winétt de Rokha: *Oniromancia.* (Santiago, 1943).

Arthur Schopenhauer: *Eudemonología, parerga y paralipomena, aforismos sobre la sabiduría de la vida.*

Emanuel Swedenborg: *El cielo y sus maravillas y el infierno.* (Nueva York, 1912).

Carlos Urquieta Santander: *Diccionario de medicación herbaria: la botica en el jardín.* (Santiago, 1933).

Carlos Vicuña: *El caballo político y la escatocracia occidental.* (Santiago, 1952).

Oscar Wilde: *La decadencia de la mentira y la importancia de no hacer nada.*

Y otros, y otros...

## XI

*Ejercicios de observación y fuentes para crear:* Se trata de hacer pensar al niño, a base de unas cuatro o cinco frases –oraciones, en gramática– que sean muy sencillas. Por ejemplo, una oración que dice “Juan iba de vuelta a su casa llevando sus herramientas, pasó el puente, siguió por el maizal y dio el silbido de aviso a su mujer. La mujer abrió la puerta.”

Hacer que el niño traduzca eso a imágenes y se quede sin leer “viendo al hombre que después de salir de la fábrica toma el camino hacia el río, pasa el puente, pasa el maizal, se acerca, llega, llama a la puerta o grita a la mujer, entra a la casa, da las buenas tardes y se sienta a descansar o a comer.” Tiene que *ver cada uno de esos puntos o imágenes.*

*En la lectura corriente que hacemos todos,* eso, lo anterior, se comprende enseguida, pero no se vive. Se vivirá si el niño se detiene y pasa eso, lo trueca y lo pone en 5 ó 6 imágenes: salida del trabajo, imagen de la puerta de la fábrica, imagen del camino, hay calles, suburbio y luego campo. Ver, es decir, objetivar, el puente, ídem el maizal, detenerse en esas cosas y verlas, o sea, pararse en sus imágenes, gozarlas, precisarlas.

Luego se objetiva la casa, la fachada, la puerta, el llamado, el o la que acude a abrir.

Todo esto parece una bobada o algo difícil. No hay tal, cuesta poco. Pero los cinco o más cromos mentales –imágenes– se viven, se ven realmente, casi se tocan.

Adquirir ese hábito es un tesoro y se cura al niño de hacer lecturas inertes o que pasan como el agua por los caños sin dejar nada detrás y se le evita cuando se prolonga hacia la juventud, la lectura muerta, sin crea-

ción, sin vivacidad, la engaña de leer sin compartir el texto, sin volverlo vivencia.

Voy a contar mi primer ensayo con este método. Yo iba a repasar una "vida" de Goethe, leída hacia años y ya casi borrada. Y me detuve en la tapa, que tenía un retrato de G. hasta la cintura. Los recuerdos perdidos volvieron así: primero la cabeza —perfecta— me recordó el equilibrio del pensador, la llamada "frente olímpica".

Pasé a los ojos: grandes para el visual precioso que él fue.

Pasé al cuello cabal. En el cuello hay una especie de pasamanería o bordado. Me acordé del poeta, casi Canciller de Estado y del cuidado que ponía en vestirse, cuidado de enamorado.

Seguí con la regularidad de todas las facciones hasta el mentón. La boca es la de un sensible. Mucho sufrió por un hijo deschavetado. Lo llamaron *olímpico* y era un pasional.

Muy controlado, sí. A pesar del *Werther*.

El tronco me recordó su estatura alta.

Etc., etc.

Todo esto que estaba sumergido me fue devuelto solo por un "mono" vulgar.

Entonces me puse a hurgar mucho, hasta dar en esto: la imagen, y no las palabras, es lo que se retiene. Pero si se lee cortando los acápites —separándolos, parando al final— y volviendo lo leído una imaginaria, eso queda asimilado y nunca se perderá por entero.

El método no sirve para las lecturas muy abstractas, pero ésas el niño no las construirá sino a los 16 ó 18 años.

La cuestión es *almacenar imágenes*, enriquecerse de ellas y librarse de leer corriendo. Y de muchas cosas más, largas de decir. Es ese, sobre todo, un ejercicio para ser un creador y no un recitador.

Hacerle ver plantas del jardín y quitárselas de delante y que procure verlas con los ojos cerrados. Que las cuente.

Que lea cualquier cosa breve, obligándolo a *parar*; y a que diga lo que ve al terminar la oración o el periodo. Al comienzo hará muchos errores; después no.

El chorro de inventores de EE.UU. se debe al visualismo sajón más que al kinder, y a una educación primaria que enseña con figuras, linterna mágica, cine, etc. Y que hace que el niño aprenda y *devuelva* en imágenes cada pedazo de calle, cada plaza, cada fábrica, cada accidente que vio, cada cuarto de su casa. Etc., etc. Son ejercicios de observación y fuentes para crear.

Yo me hice este método en Santa Bárbara, partiendo de experiencias sueltas y no aprovechadas antes. Los barbitúricos que me dio Coni por 4 o 5 años (¡qué horror!) me dejaron una mente casi deshecha, que voy rehaciendo.

## XII

Mi vista cada vez más flaca. Ni el lápiz me ayuda en este garabateo de hormigas que ahora sale de mi mano. Veo muy mal y tengo días en que leer es un suplicio. Y crece el dolor de cabeza, el dolorazo que me aprendí en España cuando me hablaban a gritos, por horas y horas, en mi oficina consular, gentes sin noción alguna del tiempo ajeno y sin ninguna humildad.

Ando con un cuerpo que no vale ya nada. Se triplica el plazo de las pocas cartas que escribo. La diabetes (herencia de mi madre) la llevo desde hace más de tres años, tal vez 5. No hay ningún dolor, pero hay una tal flaqueza que yo preferiría a ella el tener un dolor de gritar, pero que pasase esta cosa de no ser mío precisamente mi cuerpo, nada menos.

Me acompaña Doris una parte del día; luego me deja con una italianita de Rapallo; luego ésta me va dejar a otra porque ella se va a casar. Ay, qué triste es no tener familia. Ni siquiera tengo eso que llaman una prima de cuarto grado. Hace años escribí unos versos en los que decía esto: *Conmigo entran los míos a la noche que dura.*

## XIII

Salgo para Chile en una semana más. He creído desde hace 15 días que mi gente me puede esperar... Y hacerles una pregunta que tal vez los hará reír. Yo deseo saber ¿cuánto cuesta ahora la vida en mi aldea de Montegrande? Dame el costo de la comida diaria más o menos. Yo no tengo idea de eso y querría saberlo. Porque tarde o temprano yo jubilaré y pienso vivir un poco en Valparaíso y el resto en mi pueblecito. Yo sigo pensando irme a vivir allá cuando ya vea que mi cuerpo me da la señal.



## XIV

Ya mi barco se va acercando a la Patria y con él me voy allegando a Valparaíso, a Santiago, a Vicuña y a mi Valle de Elqui.

Nuestro país por austral es difícil de alcanzar hasta su extremidad. También deseo yo alcanzar a esa extremidad de mi Patria si ello es dable y mi salud me deja cumplir ese deseo. Yo fui ayudada en mi Punta Arenas y fui feliz allí a pesar del clima extremo. Nunca le he olvidado y desde entonces vive en mí el deseo de que las escuelas y liceos de Chile tengan en cada ciudad nuestra la cooperación que tuve yo en la ciudad de la nieve, de la lejanía y de la buena voluntad.

Mi primer recuerdo al acercarme a nuestro Valparaíso es el de dos colegios: mi escuela rural de Montegrande, que no tenía piso ni ayuda alguna de los ricos hacendados, y ese colegio austral cuya vida entera fue dulce y grata para mí hasta el último día (yo lo dejé solamente porque el clima casi polar dañó mi salud).

En cuanto a Valparaíso, vive en mi memoria por la cordialidad de su gente, más esa su alegría que parece una gracia que él recibe de su mar. Si yo viviese aquí —y esto puede pasar algún día pues nunca le he olvidado— no necesitaría para ser feliz sino de su aire juguetón y de la presencia del mar que en todas partes me hace dichosa y cura mis males.

Desde aquí puedo yo subir hacia mi Valle de Elqui y bajar hasta mi Punta Arenas. Es éste un deseo, pero además una deuda. De paso por las provincias del Sur, y por la mía, me será muy grato conversar con mi gente y recoger el material que me falta sobre la flora chilena en un largo Poema sobre Chile. Nada más voy a pedir a mis jefes de quienes me siento deudora por esta invitación a Chile.

## XV

¡Mi Presidente Ibáñez!, el enemigo arrepentido de hoy.

# Cuaderno de los Adioses

(1956)

Algunos de los poemas de este cuaderno, que se publicaron en la revista "El Estudiante" de la Universidad de Chile, fueron recogidos en el libro "Cuaderno de los Adioses" (1956), que forma parte de la colección "Poetas de Chile" editada por la editorial "El Financiero". Este libro, que contiene 100 poemas, es una selección de los mejores poemas de Neruda, que se publicaron en la revista "El Estudiante" entre 1954 y 1956. El libro fue publicado en Santiago de Chile por la editorial "El Financiero" en 1956.

## I

Cuando a mí me queda a la mano lo excelente, yo me apoltrono, me sumo y me clavo en ello como una barca en la duna mórbida. Cuando lo mejor me queda distante y la casa está sobre una carretera acharolada, buena ella para alejarse e igualmente suave para regresar, entonces yo me hago vagabunda, nada menos que una vagabunda.

Y yo vuelvo a ser la comadre con rostro de pan rasgado y bueno, la buena mujer que saluda amando, que desea de veras el mejor día a su prójimo y que casi echa su bendición, con la mano que se levanta solita, encima de la cabeza de un niño que pasa.

## II

Toda mi vida yo sentiré el remordimiento de no haber caminado Chile zancada a zancada, de poseer en mis sentidos apenas unos rumbos de mi tierra y unos cuantos colores organizados en mi recuerdo, y unos pedazos de carreteras.

## III

Ahora busco, casi a tientas, los aromas que son lentos como el paso en la arena. El olor más lejano me llega en el romero que en mi valle comienza en los cerros y acaba en los huertos con su aroma bueno que ahuyenta al brujo, con su olor sencillo que se aprende bien como dos cifras, olor honrado que da sosiego. Olor de romero de Castilla en mis ropas de

niñita, donde estaba en un gajo por cada pieza y en colchón, áspero como de insecto seco, en el fondo de la caja.

La flor del saúco, que está sobre cada anécdota de mi infancia; que cae encima de siete años de mi infancia. La flor del saúco gruesa y fina y pestañuda, con un olor fresco y doméstico. Yo veo mi taza blanca jaspeada de azul, y el corimbo pesado que había hervido de abejas humeando para mi fiebre. El saúco era verde y blanco, blanco verdoso, como uno de los ángeles de Juan de Fiésole, y yo le estoy mirando aún contra mi cielo de Elqui.

La corre-vuela blanca, que corría por la viña como un juego fatuo y se moría en tres días. Alcanzaba las cepas enanas como yo, y les colgaba sus campanas de mentira. Yo les allegaba mi oído y nada; las golpeaba en el borde, nada. Después en la noche, la corre-vuela me enredaba los sueños en el chisme de su talle de hebra. La corre-vuela que anda como la culebra golpeando con el pecho el suelo.

Y si hay algo luminoso en una huerta es el papayal. Pero el fruto aquí vale más por el olor que por la pulpa. Me acuerdo que hice de mi mano un camino de ellas para mi madre, y sé que alcanzó a andarlo y cosechó de ellas y las celebró por ellas y por mí. Muchas veces me dormí yo, en una huerta, con mi papaya de olor en la mano.

#### IV

Cuando una es ya Gabriela vieja, difícil criatura con manías y cansancio, yo pido me hallen un par de arcángeles, uno para cada lado, para el costado derecho y para el izquierdo, para andar bien del lado del mar y de la montaña, para guardarme de los dos vientos furiosos.

#### V

Espero en un año más no padecer de frío, irme a Túnez o a Argel y tener palmeras, cara morena y calor para mis huesos. El calor me hace un bien evidente.

#### VI

Vivo en un tonto hábito de afirmadera, de auxilio, de préstamos, de cucos, de miedos supersticiosos —que llega a parecer indio—, de juegos,



sobre todo juegos parecido a esto: las niñas, en el viejo Chile, jugábamos a la gallinita ciega (en mi Valle de Elqui). Pero con una variante que no sé cuál de nosotras la inventó. La niña vendada a la que soltábamos por el huerto, tanteando, hurtando troncos de damasco, cepas de vid, oía de pronto: "¡El río, el río!" Cuando la "gallinita" era una niña asustadiza (yo digo ahora "imaginativa") paraba en seco, los brazos en alto, la cara pálida, o muy roja. Sentía el río, ahí, a un paso...

## VII

Es algo muy melancólico esta situación de mujer extranjera y sola. Y más que eso, muy triste, envejecer en tierras extrañas, leer noticias extrañas, aprender cosas que a uno ya no le valen para vivir...

Ese vivir que para mí ha sido leer y escribir... ¡Buenas noches me dé el Señor hoy y siempre!

## VIII

Cuando yo era niña y preguntaba a mi madre cómo era dentro la Tierra, ella me decía: "Es desnuda y horrible". Ya voy viendo, madre, el interior de la Tierra: como el seno abullonado de una gran flor, está lleno de formas y se camina sin aliento entre esta tremenda hermosura.

Y la Gracia, madre, ¿sabes cómo es? "Mira: se entra en el cielo como por sorpresa. Como cuando apoyados en una puerta, que no sabíamos que existiera, ella de pronto cede. Tenemos la cabeza inclinada en un trabajo, se borda una casulla o se poda un naranjo; de pronto el cielo se abre y se camina hacia las cosas secretas: pero la puerta se vuelve a cerrar y has de seguir podando"...

## IX

Mi madre está delante de mí todavía, con su mínimo cuerpo, y me dice donaires para mudarme la cara seria y soltarme la risa, porque ella fue reidora, y feliz, sin razón de felicidad, por eso que llaman "gracia de Dios". Y me allega una jarra con agua cuando yo vuelvo de trotar los cerros. Es el gesto más límpido que guardo y que viene a mí sin ser llamado.

## X

Leo ya muy poco, nada, salvo, y con dificultades, un lindo libro del alemán-hispanista Karl Vossler, que me mandaron de la Argentina. Hallo en sus páginas un horrible tesoro: la soledad de la Virgen. Quisiera copiar en mi cuaderno un pedacito, un pedacito..., pero mi vista mala, mi pulso malo...

La extrema vejez es algo muy triste. Yin Yin tal vez ya me necesite. Y yo quiero estar donde él esté, donde sea. El nunca supo que había que estar juntos —digo— en su última etapa de absoluto secreto, y por secreto, de soledad. Cuando viene es que debe querer estar juntos, sentir eso.

## XI

Una piedra de Montegrande, grande y blanca como una gaviota encucillada, que era mi escondedero de toda cosa, metida tengo debajo de ella mi infancia y si vuelvo, la encuentro buscando el lomo de gallina blanca, la levanto como el ave con pollada y le recojo mis 5 años intactos.

Que yo tuve 5 años y llevé *piedrecitas de suerte*, para poner bajo la almohada volviendo del río, como niñas que se quieren ahogar. En la noche me hacían ronda en torno del núcleo de mis sueños y yo solía despertarme con los puñitos apretados, cogida a los otros puños que habían en la danza todita la noche.

## XII

Mi cabeza no me responde bien, como antes. Hay tardes en que no sé dónde estoy (y para lo que me importa...). Y tardes en que los recuerdos del Valle de Elqui me agarran como esos remolinos de aire a las hojas secas. ¡Paciencia!

Mejor me desahucio, apurando así la partida. Ya me encontraré con Yin Yin en las alamedas del cielo. Sabré encontrarlo: por la mirada azul.

## XIII

Con los años nos vamos reduciendo a escombros. ¡Cuánto temía esto yo cuando era una muchachita elquina que no se cansaba de trepar los peladeros

buscando flores y piedras! Y cómo echo de menos los ojos de gavilán con que deletreaba las briznas más lejanas y hasta el temblor del pelaje de un conejo al otro lado del Valle. Tuve ese surco de surcos, mi Elqui patrio, más conocido para mí que mis versos o el mapa de mis manos, y me lo tuve por rebose de unos sentidos certeros y alertísimos. Nada de eso vuelve.

Ahora, escribiendo estrofas de mi *Recado sobre Chile*, huelo en el aire frío, atrapo sobre el frescor de la nieve, un aroma que llega roto por los pinares, y en el que reconozco, pobre de mí, las manzanillas que mi madre ataba para sus infusiones. Y me acude un aroma a brasero que es toda mi vida de maestra pobre en escuela más pobre aún. Quince años, cosa apenas formada, yema de persona, y ya estaba yo "mascando piedras" para que mis gentes mascaran su pan. Pero en esa escuela sin tablas en el suelo, de puro barro reseco, barrido con un decoro japonés o belga, allí me fui haciendo el alma, y allí me acudieron los primeros ritmos.

Estoy, con tiempo y obras anuladas; sigo sentada allá en una mesa tosca y enclenque, mirando las cabezas peinadas, el moño de laca china de una niña que apunta la lección y acaricio las cintas blancas como floripondios que se mecen mientras la chiquita escribe apretando la boca y las cejas.

#### XIV

En el último día de la vida, quien ha caminado por sobre toda la tierra puede decir: "Yo tuve las visiones más nobles que da este mundo".

#### XV

Mi mayor flaqueza de chilena y de mujer tal vez sea ésta: busco la familiaridad inmediata, quiero la buena fe; pido, como todos los errantes, la casa tibia en que entrar, pues llevo años de ruta helada y de viento y polvo en el rostro.

Gracias a cada niño que me dijo, sin más, *Gabriela*, y a cada maestra que vio su oficio en mis gestos.

#### XVI

Se me va todo, se nos va todo. Apenas puedo despedirme.

## COLOFÓN

He contado esto para ustedes  
por si cualquier día  
mi salud, curiosamente inestable, da una sorpresa.  
Sean ustedes mi lengua viva de muerta.

\*



## Notas y Referencias a los Cuadernos de Vida

1. Cuadernos de Vida, vol. I, p. 10. Véase también el artículo "El cuaderno de vida de José Martí" en el libro "El cuaderno de vida de José Martí" (ed. por el autor), p. 10. Véase también el artículo "El cuaderno de vida de José Martí" en el libro "El cuaderno de vida de José Martí" (ed. por el autor), p. 10.

### II.

En el año 1925, cuando ya había regresado a Chile, comencé a colaborar intensamente, durante un año, en los trabajos de edición de los Cuadernos de Vida. En ese momento me encontraba en Santiago pero mi familia y yo nos movíamos en la ciudad de La Serena. Así, el 20 de octubre de 1925 escribí a Martí una carta en la que le informaba de mi llegada a Chile y le pedía que me permitiera ir a verlo a Santiago. En esa carta le dije que me encontraba en La Serena y que me gustaría ir a verlo a Santiago. En esa carta le dije que me encontraba en La Serena y que me gustaría ir a verlo a Santiago.

## CUADERNO LIMINAR

### I

De la muy numerosa obra recadera y epistolaria de Gabriela Mistral, merece especialísimo y meritorio interés el volumen *Cartas* (Gabriela Mistral: *Antología Mayor*. Cochrane, Santiago, 1992. Prólogo y compilación de Luis Vargas Saavedra), libro que ha sido motivo, fuente y materia para la escritura de este Diario.

Otros reveladores antecedentes mistralianos provienen de archivos diversos: archivo Magda Arce, archivo Leonora Kracht de Díaz-Casanueva, archivo Olaya Errázuriz de Tomic, archivo Marie-Lise Gazarian Gautier, archivo Raquel Tapia de Guzmán Cruchaga, archivo Gastón von dem Bussche, Archivo del Escritor (Biblioteca Nacional, Santiago), archivo-catálogo *The Gabriela Mistral Collection* (Barnard College Library, New York, 1978).

### II

Texto escrito en 1925. Gabriela Mistral ha regresado a Chile, después de colaborar intensamente, durante tres años, en los programas educacionales en México. Breve temporada en Santiago para radicarse algunos meses en la ciudad de La Serena. Aquí cuida de su madre y cultiva un huerto casero (“trabajo en un huerto menudo, chiquito, haciendo hortaliza y jardín”). De este acercamiento a la naturaleza y a la tierra —“regar está entre mis placeres grandes”— le dará tema, años después, para escribir *El oficio lateral* (1949), un estimulante recado en el cual señala: “confieso que yo, hija torcida de madre bordadora, a la cual no supe seguir, me tengo como único oficio lateral el jardineo, y cuento que dos

horas de riego y barrido de hojas secas me dejan en condiciones de escribir durante tres más”.

### III

Gabriela Mistral nació efectivamente en Vicuña, valle de Elqui, un 7 de abril de 1889. De nombre entonces Lucila Godoy Alcayaga. Hija única de Jerónimo Godoy (maestro de escuela) y de Petronila Alcayaga Rojas (modista y bordadora): “Es cierto que nací en Vicuña, pero a los diez días mis padres me llevaron al pueblo de La Unión (hoy Pisco-Elqui), donde se habían casado. Mi nacimiento en Vicuña fue un puro azar”.

### IV

En este texto-carta, escrito en 1954, Gabriela Mistral da señales sanguíneas y genealógicas en relación con sus antepasados elquinos. Es una de las pocas veces que habla con algún detalle de su padre (“mi padre era muy *aindiado*, y tenía unos bigotes de Gengis Kan”). Jerónimo Godoy Villanueva abandona definitivamente el hogar cuando ella tiene apenas 4 años. Años después, recorriendo la meseta mexicana, Gabriela Mistral se admirará observando los rostros de los campesinos indígenas, “porque había en esos rostros caxaqueños un no sé qué de mi padre diaguita”. También, es una de las pocas veces que la Mistral hace referencia expresa a un hermano paterno, “que se me apareció de repente, mal marido y de cuyos amores salió Juan Miguel (yo lo llamo Yin-Yin). Sólo penas recibí de ese hermano”.

### V

La naturaleza y el paisaje del Valle de Elqui, con sus montañas, su río y sus huertos de árboles frutales, constituye la patria real y verdadera de Gabriela Mistral: “Un valle cordillerano de Chile cubrió mi infancia. El Valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y en un corredor de montañas salvajes”.

## VI

De su laberinto de cerros tutelares elquinos, Gabriela Mistral llega a conocer la costa marítima de Chile (Coquimbo). La niña de 12 años se encuentra con el mar: "Me eché en la arena mojada, sobre unos rollos endiablados de plantas y animales marinos hurgando lo muerto y lo vivo, queriendo entender, criatura de cerros y quiscos y caída de bruces al mar. Primer tacto del mar: gusto y susto". Texto escrito, en Nápoles, octubre de 1932.

## VII

Todo el amamantamiento con la leche gruesa y vigorosa de una infancia rural queda de manifiesto en este texto escrito en 1928. Gabriela Mistral vive en la Provenza, entre Orange y Avignon (Francia). Viaja permanentemente a París para asistir a reuniones de trabajo en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (Sociedad de las Naciones). También dice: "Escribiendo, o viviendo, las imágenes nuevas me nacen siempre sobre el subsuelo de la infancia. Sigo usando sonidos, visiones y hasta olores de infancia".

## IX

Pareciera ser que el año redondamente de infancia para Gabriela Mistral, es el de los cinco de edad. Y en ese recreado tiempo cabalístico quisiera quedarse siempre ("Mi madre solía decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa me encontraba conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino"). Este desvariador afán de los cinco años queda de manifiesto, también, en el poema *Que no crezca* ("Los cinco veranos / que tiene tenga") de *Ternura* (1924) y en el poema *Pan* ("Yo con mi cuerpo de Sara vieja / y él con el suyo de cinco años") de su libro *Tala* (1938). Escrito en Sestris Levante, marzo 1930.



## CUADERNO DE LA SERENA (1905)

Los todavía balbuceantes textos humano-literarios de Gabriela Mistral —llamados por ella, *Diario del alma*, *Cartas íntimas*— fueron escritos cuando la autora, maestra de 15 años de edad, vivía en La Serena, y publicados en periódicos de la provincia (*El Coquimbo*, de La Serena; *La Voz de Elquí*, de Vicuña).

Gabriela Mistral trabaja como maestra en una escuela de aldea en Compañía Baja, cerca de la ciudad de La Serena. Es la época inicial de sus lecturas fermentales. Lee con admiración las obras del colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), las teorías astronómicas del francés Camilo Flammarion (1842-1929), y un buen número de biografías formativas y encendedoras. El libro mayor es un ensayo filosófico de Montaigne (1533-1592), "donde me hallé por primera vez delante de Roma y de Francia".

Sus artículos periodísticos, con mucho de su vida, trascienden no sólo cierto vago romanticismo, también ideas consideradas ateas, filosóficas y revolucionarias para la sociedad provinciana serenense, y que le traerán no pocos pesares. En *La Voz de Elquí*, periódico radical de Vicuña, publica su llamativo artículo sobre *La instrucción de la mujer*, que revela una de sus primeras preocupaciones por el tema femenino. Todavía ella es una adolescente, enseñando a muchachones que la sobrepasan en edad.

Firma sus trabajos con su nombre: Lucila Godoy, o bien con los seudónimos de *Alma*, *Soledad*, *Alguien*. Ese "alguien" que se deslumbra, además, por los cielos limpios de su valle: "Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo. Le daría todos los secretos de esas alturas".

## CUADERNO DE COQUIMBO (1906-1909)

Breves, emotivas e intensas prosas que dejan a flor de página los fervores pasionales de Gabriela Mistral y, al mismo tiempo, un dejar testimonio muy personal de aquel vivir enseñando, y a su vez, amando ("cuánto he soñado contigo") con el temblor de su corazón.

Por esta época, Gabriela Mistral enseña en la escuela de La Canteira, pueblito de la provincia de Coquimbo y, luego, es nombrada secretaria en el Liceo femenino de La Serena. Primeras aproximaciones a la obra del modernista y azul nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), a quien lee y admira por el sentido del ritmo y de la eufonia verbal de su motivadora poesía (años después lo llamará el "idolo de mi generación, el primer poeta de habla castellana").

Conoce en Coquimbo a Romelio Ureta Carvajal, un joven empleado ferroviario. "Nos pusimos de novios; pero él no tenía dinero para tomar mujer. Un día me dijo que se iba al norte a buscar trabajo en las minas para hacer dinero y regresar a buscarme para que nos casáramos. Aquella promesa constituye el recuerdo más dulce que tengo de él. Pero volvió al poco tiempo sin nada. Luego se enredó con una muchacha perteneciente a una familia que tenía humos de grandeza, y lo hizo llevar una vida cuyo tren él no podía seguir. Dejamos de vernos y de escribirnos". Esta referencia, manifestando "mi estado actual", queda en cada una de las prosas de este Cuaderno, de manera especial en el texto VIII, escrito en 1907.

Otros textos aquí seleccionados, hacen expresa referencia a la muerte de Romelio Ureta. En Coquimbo, un 25 de noviembre de 1909, este empleado ferroviario, soltero, de 27 años, se quita la vida de un disparo en la cabeza: "Un día tomó dinero de la Caja del Ferrocarril donde era

empleado. Como no podía seguir el tren de lujo en que se hallaba metido, se había dedicado a jugar. Después, en un momento de desesperación, decidió suicidarse. Antes del suicidio rompió todas las cartas de su novia. Después se vistió para la muerte y se disparó un tiro. Pero en un bolsillo se le encontró una postal mía. ¿Por qué estaba allí cuando hacía años que no nos escribíamos? A causa de aquella tarjeta, sin embargo, se asoció su nombre conmigo. Yo no tuve nada que ver con su suicidio”.

El 26 de noviembre de 1909, el diario *La Reforma*, de La Serena, informaba a sus lectores: “A las cuatro de la tarde de ayer puso fin a sus días, disparándose un balazo en la sien derecha, el joven don Romelio Ureta, empleado de la sección bodega de la estación de ferrocarriles de este puerto. En su domicilio de la calle Lastra, donde vivía en calidad de huésped, el Sr. Ureta se retiró a su pieza, trancó la puerta y se arrojó sobre el lecho. Momentos después una detonación sacudía toda la casa. Avisada la policía y descerrajada la puerta se encontró el cadáver del infeliz.

Este acontecimiento ha consternado a los numerosos amigos del joven Ureta y especialmente a sus compañeros de trabajo que lo estimaban en alto grado. El joven Ureta desempeñaba, en la bodega de los ferrocarriles de Coquimbo, el empleo de recaudador de fletes y desde hace poco tiempo venía dando que hablar su boato y la falta de relación que había entre sus gastos personales y el sueldo que percibía. Ayer, a las dos de la tarde, horas antes del suicidio, sus jefes le hicieron un arqueo y advirtieron que faltaba en caja la suma de \$1.501”.

El trágico suceso, que aquí queda revelado sin mito y sin leyenda, motivará en Gabriela Mistral la escritura de una serie de dolorosos poemas, entre ellos, *Los sonetos de la muerte*.

## CUADERNO DE LOS ANDES (1914-1917)

Gabriela Mistral se desempeña como inspectora y profesora de Geografía y Castellano en el Liceo de Niñas de Los Andes. Fija su residencia en Coquimbito, sector aledaño a la andina ciudad, “en el donoso valle de Aconcagua”. Se inicia uno de los periodos más tranquilos y gratos, dedicados plenamente a la enseñanza y a la escritura poética gracias al estímulo y buena comprensión de doña Fidelity Valdés Pereira (“alma escogida”, como la llama), directora del establecimiento. Colabora en diversas publicaciones literarias (*Primerose, Pacífico Magazine, Familia, Revista de Educación Nacional, Sucesos, Ideales, Figulinas*). Todas estas páginas recogen sus primeros poemas y aquellos versos escritos originalmente en un cuaderno (“pero nadie me toma en serio; tonterías de chiquilla”).

Un jurado, integrado por los poetas Manuel Magallanes Moure, Armando Donoso y Miguel Angel Rocuant, le otorga el premio de los Juegos Florales de Santiago (1914), la más alta distinción del certamen poético organizado por la Sociedad de Artistas y Escritores de Chile. Recibe flor natural, medalla de oro y corona de laurel por la trilogía de *Los sonetos de la muerte* que, con el seudónimo de Gabriela Mistral, concursa entre cuatrocientos trabajos.

En las tranquilas tardes de Los Andes —“mi lectura vespéral”— lee a Tagore, a Maeterlinck, a Amado Nervo (“místico dolorido y sereno”), a Romain Rolland, todas figuras admiradas y queridas que parecen insinuarle “el lado maravilloso de la vida y en vivir vida honda, espiritual”. Se inicia, también, una larga relación epistolar con el poeta chileno Manuel Magallanes Moure (1878-1924). A lo largo de centenares de cartas le receta un poco de fe en lo sobrenatural y de búsqueda de experiencia interior.



En el texto VI de este Cuaderno, Gabriela Mistral expresa su contento de recibir, por fin, una carta-respuesta de M.M.M. (Manuel Magallanes Moure). La carta aludida, y fechada en San Bernardo (4 de abril, 1915), es la siguiente: "Lucila, en este momento acabo de almorzar, me siento en el corredor de mi casita a escribirle. ¿Qué puedo decirle? Le encuentro razón y, sin embargo, me duele lo que usted me dice. Pero ya se lo explicará usted todo y saldrá del error en que está respecto de mí. Estoy bien. Algo preocupado, eso sí. Preocupado por lo que no ha estado en mi poder evitar. Le pido una sola cosa: fe. Esa fe que yo tengo ahora y que nada me destruirá ya. Gracias a ella estoy tranquilo y confiado, en espera de lo que ha de venir. Es un día precioso este de hoy. Van nubes blancas, de formas armoniosas por el cielo azul. Pienso en usted y en todo lo bello que usted me ha dicho de las nubes lentas. ¿Recuerda? Desde sus hermosas palabras, miro con mucha ternura a las nubes perezosas y mi alma se va con ellas. ¿Me perdona? Tengo que contestar una carta de mi casa y el tiempo urge. Crea en el verdadero afecto de su amigo. M.M.M." (*Cartas de amor de Gabriela Mistral*. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1978).

### XIII

El desapego que Gabriela Mistral tenía por Santiago viene a ser una consecuencia de considerarse siempre una "rematada regionalista". A la capital de Chile la llamará, otras veces, "Santiago, capital mentada de no sé qué". O más tarde: "No me gusta para nada la vida en Santiago, ciudad cursi y bochinchera". También: "Santiago, la de Valdivia: no tuvimos nosotros la buena fortuna de los Méxicos y las Limas coloniales, de que nos quedasen ciudades monumentales en piedra de durar y buenas recordadoras del pasado español". (*Descripción de Chile*, Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1934).

### XVII

Juana Inés de la Cruz fue el seudónimo literario usado originalmente por la autora Luisa Anabalón Sanderson. Y que más tarde, al contraer matrimonio con el poeta Pablo de Rokha, pasará a llamarse Winétt de Rokha (1892-1951). Gabriela Mistral hace referencia aquí al libro *Lo que me dijo el silencio*, poemas de Juana Inés de la Cruz, publicado en 1919.

La Srta. Acevedo es la poetisa Olga Acevedo (1895–1970). Autora de una obra de tendencia mística y fina sensibilidad (*Los cantos de la montaña, Siete palabras, El árbol solo*). La Sra. A Labarca H., es naturalmente la educadora Amanda Labarca H. (1886–1975). Escribió ensayos, novelas y cuentos. Por la época que Gabriela Mistral escribe este texto, Amanda Labarca publicaba su novela *En tierras extrañas* (1914). Iris, es el seudónimo de la escritora Inés Echeverría de Larrain (1869–1949). Autora de *Hojas caídas* (1910), *La hora de queda* (1916). La dulce Shade es el seudónimo de la escritora Marina Cox-Stuven (1882–1914), autora de *La vida íntima de Marie Goetz*, novela de 1909.

## XVIII

Ni el volumen de versos escolares que Gabriela Mistral anuncia (con prólogo del poeta Víctor Domingo Silva), “una poesía escolar nueva, la que hay en boga no me satisface”; ni la edición de un libro (“con versos de otra índole, compañeros de *Los sonetos de la muerte*) nunca se publicaron. Los versos escolares irían a dar a los *Libros de lectura*, del maestro-editor Manuel Guzmán Maturana. Libros destinados a la enseñanza de las escuelas de Chile. El otro, que con el nombre de *Suaves decires* publicaría en sus colecciones el grupo Los Diez, quedó en anuncio toda vez que el rigor autocritico de Gabriela Mistral (“como cantidad hay mucho, como calidad no hay”) lo dejó a medio camino.

## XXI

Conoce en Pucuro, lugarejo a no más de dos kilómetros de Los Andes, al profesor, abogado y político radical, Pedro Aguirre Cerda (1879–1941) que será, desde entonces, su amigo y protector (“el único que me ayuda”). Aguirre Cerda, a su vez, admira la obra poética de Gabriela Mistral, y su labor como educadora.

Años después, Gabriela Mistral dedicará su primer libro—*Desolación* (1922)—a Pedro Aguirre Cerda, “a quien debo la hora de paz en que vivo”. Y otro tanto hará el mismo Aguirre Cerda al dedicar su libro *El problema agrario* (1928) a Gabriela Mistral, “obra que usted ha inspirado”.

En Pucuro, también, recuerda al escritor, maestro y estadista argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811–1888), que vivió en este lugar sus años de exilio en Chile, desterrado por la tiranía de Rosas.

## CUADERNO DE VARIA LECCIÓN (1918-1921)

### I

Por decreto N° 216, firmado por el Ministro de Instrucción Pública, Pedro Aguirre Cerda, Gabriela Mistral es nombrada (15 de febrero de 1918) Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas. En Valparaíso, y en un vapor mercante, se embarca hacia las grises postrimerías. “La tierra a la que vine no tiene primavera”, dirá ella. En la austral ciudad del mundo, en pleno territorio de Magallanes, cumple funciones de educadora y de chilenidad: reorganizar un colegio dividido contra sí mismo y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabunda. Dicta conferencias, crea bibliotecas, abre cursos nocturnos para obreros.

En esas soledades de la Patagonia, “sólo un elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral: el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bosques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio Estrecho, y aullando como una cabalgata que tarda en pasar días y semanas”. (*Geografía humana de Chile*, Conferencia en la Unión Panamericana, Washington. Abril 1939)

En Punta Arenas y Ultima Esperanza, viviendo la aurora austral y en un clima extraño y perverso, escribe sus *Paisajes de la Patagonia*, serie de poemas que irán, luego, a integrar su libro *Desolación* (1922), título que le viene de estas desolaciones geográficas y espirituales. Allí, también, tomará contacto real con el aborígen inédito —medio alacalufe, medio fueguino—, gentes que iban a sus clases nocturnas, todo en un “hallazgo mejor para una indigenista de siempre”. En grandes cuadernos escolares toma notas y observaciones de la flora y fauna regionales, de las voces indígenas, de las hierbas medicinales y de otros valiosos



temas para sus clases, conferencias y sus escritos. Tampoco estará ajena a las costumbres y tradiciones australes, participando, por ejemplo, y con resuelto entusiasmo, en el rito importante de la “comilona” de un cordero (Texto III) que comerá “a pura mano habilidosa y robusta mordida”.

## VIII

Abandona la ciudad de Punta Arenas: “Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedí a ir a Magallanes, dejando atrás familia y todo, a reorganizar el Liceo de la ciudad. Un pueblo entero desde el obrero de la Federación hasta los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi misión”. Es, ahora, designada (abril de 1920) Directora y profesora de Castellano del Liceo de Niñas de Temuco, provincia de Cautín. Zona de frontera y colonización y con viva presencia de población mapuche (“región de la maravillosa rebeldía”, dice Gabriela Mistral). Recorre reducciones indígenas, en un acercamiento directo “con la brava gente-araucana”, visitando sus campos y caseríos.

## XI

Los *Poemas de la madre más triste*, que Gabriela Mistral (con una intención casi religiosa y toda la solidaridad del sexo) escribe en Temuco, pasarán a integrar, después, la sección Prosa de su libro *Desolación* (1922).

## XII

En Santiago se ha fundado un nuevo Liceo, el N° 6 de Niñas. Aguirre Cerda, Ministro de Instrucción Pública, ofrece la Dirección de dicho establecimiento a Gabriela Mistral. Deja la ciudad de Temuco, “de triste recuerdo para mí”, toda vez que el ambiente social que la rodeaba no era de su mejor agrado. Incluso un senador por Cautín, el conservador tradicionalista Estanislao Valdés (“Valdes”, lo llama simplemente la Mistral) la acusa de intervenir en política por ir a dar una conferencia a los obreros.



En verdad, Gabriela Mistral, además de sus tareas como educadora, tuvo en Temuco un apego muy inmediato por las realidades indigenistas y sociales, escuchando a los mapuches, visitando cárceles y ofreciendo conferencias a los obreros en la Casa del Pueblo: "Vengo por segunda vez hacia ustedes y no creo que sea la última, porque, si un día me necesitan para cualquier acto cultural y me llaman, vendré donde estuviere, a probarles que el único valor social que reconoce mi corazón es el pueblo y que no deseo sino ser una de ustedes" (*La Mañana*, Temuco, 29 de mayo, 1921).

Amanda L. H. es, por cierto, Amanda Labarca Huberston (1886-1975) que, además de ser autora de numerosos ensayos, realizará una actividad educacional relevante: profesora, directora, catedrática, fundadora de establecimientos de enseñanza. Gabriela Mistral, que celebraba, en años anteriores, algunas obras literarias escritas por Amanda Labarca, tenía ahora, y por razones seguramente pedagógicas, sus serias aprehensiones ("me hostilizaría a su modo: solapadamente").

En este texto la Mistral hace, también, alusión al Presidente Arturo Alessandri ("Alessandri", lo llama). Recién había asumido la Presidencia de la República (23 de diciembre de 1920), con las aspiraciones de reforma social difundidas en la masa del pueblo durante la campaña eleccionaria, y que encontrará luego fuertes contrariedades. De ahí que Gabriela Mistral, en un par de frases, deja de manifiesto: "Pienso que, a pesar de sus promesas de dar sólo a los capaces, Alessandri no podrá dar sino a los impertinentes y pechadores". Son, sin duda, las primeras motivaciones y preocupaciones ciudadanas de Gabriela Mistral.

## XV

La Universidad de Chile hace gestiones para otorgar a Gabriela Mistral, a través de su Instituto Pedagógico, el título de profesora de enseñanza secundaria: "Por mi falta de título soy una intrusa en el grupo de maestras; mis opiniones parecerían siempre a la mayoría las de un literato o las de un dilettante de la pedagogía". Esta falta de título, y al asumir como Directora del Liceo N° 6 de Niñas (Santiago), no la dejará en paz en medio de una polémica sobre dicho asunto.

## CUADERNO DE MÉXICO (1922-1924)

### I

Por iniciativa del gobierno de México (presidencia de Alvaro Obregón), y a través de su Ministro de Educación Pública, el filósofo, educador y político José Vasconcelos, es invitada oficialmente a permanecer en tierra mexicana, "por todo el tiempo que sea necesario para que Ud. sature este ambiente con los dones de su noble espíritu". Termina su tarea de educadora en Chile dejando la dirección del Liceo N° 6 de Niñas: "las tengo presente en esta hora de emoción", dice Gabriela Mistral a sus alumnas al momento de la despedida. Abandona Chile (23 de junio de 1922) embarcándose en el puerto de Valparaíso en el vapor *Orcoma*.

Su llegada a México es su mejor bienaventuranza: es aclamada generosamente por todo un país. La maestra Palma Guillén (que será después su amiga y secretaria) y el poeta Jaime Torres Bodet le dan la bienvenida. Gabriela Mistral se incorpora de lleno a sus nuevas tareas: colabora en los planes de enseñanza, en las misiones rurales e indígenas, en los programas de la reforma educacional. El paisaje del valle de México es cosa nueva para sus ojos.

### II

En México, y admirada del país humana y geográficamente, no tendrá sosiego. Realiza una activa labor docente en diferentes lugares mexicanos: con los pescadores del lago de Chapala, con los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla y, sobre todo, con los campesinos y los niños de las escuelas granjas: "Vuelvo a ser la maestra rural que fui y que nunca se me ha borrado del corazón". Se entrevista en varias

oportunidades con Álvaro Obregón —el presidente mexicano impulsor de la reforma agraria—, destacando en él no al general, sino al mandatario revolucionario y al hombre de energía, de honradez administrativa y de lealtad hacia la democracia.

### III

Es México el país que revelará a Gabriela Mistral aquellos grandes temas: el problema agrario, el asunto indígena, la cuestión social y que le importarán cabalmente durante toda su vida. Serán su materia y su rezongo, sus impacencias motivadoras cotidianas. Y, por sobre todo, el tema étnico: la masa indígena o las netas indianidades vueltas conciencia viva de la raza: “Me he impuesto una tarea: ayudar a Vasconcelos en la enseñanza indígena”. Así sean también sus preocupaciones agrarias: “En Chile, país ultra-conservador, se alarman de mi estada en México, país de ideas contra el militarismo y en favor de la cuestión agraria, que hago mías también”.

### IV

Gabriela Mistral hace referencia en este breve texto, y sin ocultar su extrañeza, de la decisión del Consejo de Instrucción Primaria (Chile) de otorgarle el título de Profesora de Castellano, a propuesta del Rector de la Universidad de Chile, Gregorio Amunátegui (junio de 1923). “Si esto es cierto, cosa que no me parece legal, me deja indiferente”, dice la autora chilena, que no contesta el radiograma.

### VIII

“Los literatos no han sido mi círculo”, señala Gabriela Mistral. Sin embargo, se entrevistó, mantuvo relaciones conversacionales y escribió sobre varios autores mexicanos de su tiempo: Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, María Enriqueta, Daniel Cossío Villegas, Alfonso Reyes, entre varios otros poetas, narradores y ensayistas aztecas. Alfonso Reyes, el autor de *Visión de Anáhuac*, es para Gabriela Mistral un prosista formidable. “Maestro Reyes” lo llama. Y mantendrá con él una amistad de toda una vida.

## X

Si en su Punta Arenas magallánica, Gabriela Mistral alababa el rito del cordero abrahámico, en México se maravillará “de los más dispares guisos y las más variadas cocinas”. Entre sus frugalidades y dietas alimenticias, la Mistral se dio gozosamente el placer de comer en tarasco y en zapoteca, en yaqui y en otomí.

## XI

Gabriela Mistral, con este emotivo saludo escrito a bordo del *Patric* (mayo de 1924), se despide de México. Y da las gracias por aquellas cosas profundas que le hizo vivir buenamente al país que se recorrió a su suelto antojo: “Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del Licenciado, señor Vasconcelos, el don de una Escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único periodo de descanso que ha tenido mi vida”.



## CUADERNO DE LA ERRANCIA (1925-1935)

El gobierno de Chile, a través de su Ministerio de Relaciones Exteriores, la designa Consejera en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (organismo de la Sociedad de las Naciones), con sede en París. Viaja en tren hasta Buenos Aires. En la capital argentina, además de otras atenciones, se da tiempo para asistir a espectáculos folclóricos y tangueros ("el tango me gusta", dice). Luego se embarcará para Europa (febrero de 1926).

Asume sus funciones en la capital francesa: "Es una labor técnica, un poco estadística, con utilidad a la larga, algo burocrática, pero seria y humana". Para superar sus dificultades económicas escribe artículos que envía a distintos periódicos de América Latina, toda vez "que los sueldos que paga la Sociedad de las Naciones son decorosos sólo en Ginebra; por vanidad francesa este Instituto quedó costado por el gobierno francés y el resultado ha sido unos sueldos calamitosos". Recorre Francia, la región de los Pirineos. Va a Lourdes. Visita Bélgica y Suiza. En la montaña suiza, en las márgenes del lago Lemán, se entrevista con Romain Rolland (el autor de *Juan Cristóbal*), y meses antes, en la Perugia italiana, había conocido a Giovanni Papini ("he tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa").

Vive en una pequeña casa de campo en Fontainebleau (Francia). Viaja permanentemente a París (en la catedral de Notre Dame ora a la Virgen por Verlaine), Ginebra, Roma para asistir a reuniones de trabajo del Instituto de Cooperación ("el trabajo de información, en lo referente a nuestros países americanos, lo hago yo casi enteramente").

Los graves sucesos de Nicaragua, en Centroamérica (intervención

armada norteamericana), la conmueven profundamente. Solidariza con la causa sandinista escribiendo artículos de apoyo a Augusto César Sandino: "Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos".

En París celebra sus cuarenta años de edad (7 de abril 1929): "mes de mi santo sin paisaje mío que me salte al ojo, sin dejo mío en torno con la lengua extraña rebotándome en la pobre oreja". Además de sus sesiones de trabajo en el Instituto de Cooperación Intelectual, visita otros países europeos, dicta conferencias sobre Chile (el *Pais inédito*, como lo llama) y hace periodismo intenso. Su creación poética queda en muchos casos, postergada.

### III

En 1931, invitada por la Universidad de Puerto Rico, Gabriela Mistral dicta cursos de literatura en Río Piedras y habla a los alumnos graduados sobre el sentido de las profesiones y otros palpitantes y permanentes problemas universitarios. Además de sus conferencias universitarias y pedagógicas ("todo el desorden del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocrementemente servidos"), conversa con las mujeres portorriqueñas sobre asuntos femeniles y sociales. Se interesa por la publicación de las obras de Eugenio María de Hostos (que fue educador también en Chile), el patriota "que enseñará a la América a pensar". Recorre el paisaje de la pequeña isla, "con las gentes que en ella quiero y me quieren".

### V

Enemiga de homenajes o autohomenajes ("soy una individualista feroz y me molesta cualquier intento de honra colectiva"), Gabriela Mistral prefiere que esos homenajes —en el Uruguay u otro país del continente— sean para personajes que "ya son carne de símbolo". Cita a la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz y a la poetisa Delmira Agustini. De la primera había escrito unos maravillosos motivos de admiración a la docta monja (*Siluetas de Sor Juana Inés de la Cruz*, "El Mercurio",

Santiago, 16 de septiembre 1923), y de la uruguaya Delmira Agustini (1890-1914) celebraba su poesía original y vehemente.

## VIII

El poeta Manuel Magallanes Moure (1878-1924) muere repentinamente de un ataque de angina ("he sentido su muerte así, como un rayo"). Había publicado sus libros de poemas *Qué es amor* (1915) y *La casa junto al mar* (1918). Vivía en su tranquilo retiro provinciano y tolstoiano de San Bernardo. En 1914 fue jurado en Los Juegos Florales de Santiago, concurso que otorgó el premio a Gabriela Mistral por su trilogía *Los sonetos de la muerte*. Desde entonces, y por espacio de seis años, Gabriela Mistral mantuvo una fervorosa relación epistolar con el poeta de San Bernardo: "El se sentía con cierta obligación de cuidado sobre mi poesía, yo con la de un vago cuidado de su alma (*Manuel Magallanes Moure*, "Repertorio Americano", San José, Costa Rica, 1935).

## XI

Con el título de *La imagen de Cristo en la escuela* ("El Mercurio", Santiago, 17 de octubre de 1926) Gabriela Mistral escribe un emotivo texto prosístico, definiendo posiciones en torno a la llamada "guerra cristera" que por aquellos años imperaba en México (gobierno de Plutarco Elías Calles, 1924-1928) y que dividió al país. Dice la Mistral: "A través de mi prosa va mi respetuosa protesta a la persecución tonta y vana que se está haciendo en México respecto de las escuelas católicas".

## XII

Gabriela Mistral no se equivoca con los varios nombres de poetas y escritores que cita, y casi a la rápida ("la neuralgia no me deja seguir"), en el cuestionario antológico. Los Arévalo Martínez, los José María Eguren, los José Gorostiza, los Jorge Mañach, fueron, son y siguen literariamente más allá de sus Guatemala, sus Perú, sus México, sus Cuba.

Y, sobre todo, Pablo Neruda. El poeta chileno (que Gabriela Mistral ya había conocido en el Temuco del año 1920), no pasaba de los 23

años, tenía también su propia residencia en la tierra de Ceilán (1927). El libro “de segundo orden” de que habla la Mistral es, tal vez, *Tentativa del hombre infinito* (Editorial Nascimento, Santiago, 1926). Neruda había publicado anteriormente *Crepusculario* (1923) y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924). La autora chilena tiene, sin embargo, una muy profunda admiración, que deviene en respeto, por el joven Neruda: “nuestro mejor poeta nuevo, gran temperamento y forma madura”.

### XIII

Gabriela Mistral hace referencia en este texto a los convulsionados momentos políticos en la historia de Chile (1925-1927). Se dejaba atrás un régimen parlamentario para entrar definitivamente en un régimen presidencial. Ahora con un civil —Emiliano Figueroa Larraín— en la Presidencia de la República, pero con un militar —el Ministro de Guerra, Carlos Ibáñez del Campo—, como verdadero jefe de gobierno.

Llama la atención la frase profética de Gabriela Mistral en carta a Pedro Aguirre Cerda: “Aguirre sabe mis juicios y mis expresiones más o menos violentas. Después de todo, tarde o temprano será presidente de Chile”. No pasará una década y media y se cumplirá ese vaticinio presidencial. (Con el correr de los años dirá frase parecida del falangista Eduardo Frei Montalva).

### XIV

Froilán Turcios, intelectual hondureño. Por esos años (1928) residía en México. Allí fundó la revista literaria *Ariel*. Considerado, después, un gran traidor a la causa sandinista. El propio Augusto César Sandino decía de él: “Turcios tenía una revista que convirtió en un órgano sandinista con el objeto de allegar fondos y hacer propaganda por la causa anti-imperialista. Fueron tantos los fondos que allegó que prefirió quedarse con varios miles de pesos y declararnos bandoleros”. (Revista *Alero*, Universidad de San Carlos de Guatemala, marzo de 1976).

Efectivamente, Gabriela Mistral escribirá tres novedosos, importantes y comprometedores artículos de adhesión al nicaragüense Augusto Cesar Sandino, y publicados en *El Mercurio*, de Santiago de Chile:



*Sandino, contestación a una encuesta* (4 de marzo, 1928), *La pobre ceiba* (25 de marzo, 1928), *La cacería de Sandino* (7 de junio, 1931). Razón de gratitud tendrá, entonces, el propio Sandino para honrar a Gabriela Mistral como la "abanderada intelectual del sandinismo".

## XVI

En enero de 1928 se celebró en La Habana la VI Conferencia Panamericana para tratar el tema central de la intervención armada en Nicaragua. A ella asiste personalmente el Presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge (1872-1933). En febrero de este mismo año, Gabriela Mistral escribe un texto sobre dicha reunión con el título de *La pobre ceiba* ("El Mercurio", Santiago, 25 de marzo, 1928), mientras ella está en el Puerto de Bastia, isla de Córcega.

## XXI

En la ciudad de La Serena, Chile, y a los 84 años de edad, muere (7 de julio, 1929) doña Petronila Alcayaga Rojas, madre de Gabriela Mistral. Su madre era su razón de vivir y una presencia que la sostenía: "Ella era una especie de subsuelo mío, de donde me venía fuerza y no sé qué nobleza, esa nobleza de tener madre. Y me siento como las plantas de agua cuando se les corta el pobre péndulo y van y vienen. Ahora soy una vagabunda que no tiene más que el aire y la luz en este pobre mundo".

## XXII

El "milico de botas altas" es, sin duda aquí, Carlos Ibáñez del Campo (1877-1960) que gobernaba el país por aquella época (1927-1931). El coronel Ibáñez, ascendido luego al grado de general, "era ante todo un hombre de espada, señalado por el vigor y la rectitud de su carácter" (Luis Galdames: *Historia de Chile*, Zig-Zag, Santiago, 1976). Su presidencia y su nombre se constituirá en una permanente obsesión en la vida cotidiana y activa de Gabriela Mistral: "Fue Ibáñez el que me quitó mi pensión, y tuve que vivir de una barbaridad de artículos que me mantuvieron".

## XXIII

“Sé que hubo elecciones y que salió electo Alessandri”, dice Gabriela Mistral en este texto, escrito en Cavi de Lavagna, Génova, en noviembre de 1932. Expresa manifestación de estar permanentemente atenta al devenir ciudadano de Chile. En la elección presidencial de 1932, Arturo Alessandri Palma obtuvo 187 mil votos de radicales, liberales y demócratas.

El intelectual Carlos Dávila (1887-1955), entre junio y septiembre de 1932 desempeñó el cargo de Presidente provisional de Chile. Fue el periodo conocido como *Gobierno de los 100 días*. Su régimen ambiguo, entre militar y civil, “había marcado el punto máximo de la descomposición de las fuerzas políticas del país”.

## XXVI

“Yo no he tenido nunca simpatías por este hombre”, dice Gabriela Mistral refiriéndose a Arturo Alessandri Palma, elegido Presidente de Chile en las elecciones de 1932. Sin embargo, años después (1936), cuando la Mistral está en Lisboa, le escribirá respetuosas cartas, llamándolo “querido Presidente”. O destacando su oratoria “como cosa viva”. O confesándole: “yo soy de las pocas chilenas que no tuvieron nunca la gracia de oírlo en sus discursos, por mi vida de provinciana”. O despidiéndose en esas mismas cartas: “Pido a Dios que le dé salud y felicidad que Ud. merece”. O firmando como “su paisana obligada que lo respeta y lo quiere” (Lisboa, 25 de mayo, 1936).

Por esa época, también, Arturo Alessandri Palma, en pleno periodo de su ejercicio presidencial, se incorporó a la Academia Chilena de la Lengua con un discurso titulado *La oratoria parlamentaria*, toda vez que la Academia lo había elegido en su calidad de orador, de tribuno.

En su discurso, Alessandri hace recuerdos en relación con personalidades de la vida ciudadana de la república, desde el “vidente americano” Victorino Lastarria al “hombre igneo” José Manuel Balmaceda. Y desde el “escritor viviente” Benjamin Vicuña Mackenna a la “fascinación moral y política” de Enrique Mac Iver. Etc.

Gabriela Mistral escribió un elogioso recado celebrando dicho discurso “que mucho me sirvió su lectura para refrescarme y organizarme la historia nuestra” (Alessandri: *Político y Académico*. “El Mercurio”, Santiago, 5 de julio, 1936).

## CUADERNO DE MADRID Y LISBOA (1933-1940)

### I

En junio de 1933, Gabriela Mistral acepta el ofrecimiento del gobierno de Chile para ocupar el cargo de Cónsul en Madrid. Un año antes (Presidencia de Juan Esteban Montero) había sido nombrada Cónsul particular de elección de Chile, con servicios en Nápoles (Italia). Sin embargo, no puede asumir sus funciones (abril) por causa del régimen fascista que impera en Italia. El puesto se suprime "por razones de economía".

Ahora, en Madrid, reemplaza al poeta Víctor Domingo Silva. La prensa madrileña anuncia: "Gabriela Mistral, embajadora espiritual de la América española". Al asumir sus funciones ella señala: "Nunca América ha seguido con mayor interés los acontecimientos de España y, por mi parte, creo que este país está tomando cada día mayor importancia para el movimiento intelectual de la América Latina".

### II

Carta dirigida a Pedro Aguirre Cerda, y fechada en Madrid (diciembre, 1934). Gabriela Mistral, toda una Cónsul, deja al desnudo su precaria situación económica. Situación que la lleva, incluso, a pedir dinero prestado al comerciante y estanciero magallánico, Julio Menéndez Behety (de visita en Madrid por esos días). También revela la tardanza y los contratiempos en recibir oportunamente su "salario" como funcionaria consular del Estado chileno.

### III

"Alessandri me tiró el anzuelo con un proyecto de ley en mi favor", dice Gabriela Mistral. Anzuelo o no, lo cierto es que el Senado de la República de Chile (septiembre de 1935) despachaba una ley especial, solicitada por el Presidente Arturo Alessandri, que creaba el cargo consular inamovible y vitalicio para Gabriela Mistral.

### V

Su sobrino Juan Miguel Godoy Mendoza, llamado cariñosamente Yin-Yin por Gabriela Mistral, era hijo de un hermanastro suyo, y de madre española (que luego moriría de tuberculosis en Madrid). Gabriela Mistral recibe a Yin-Yin de la edad de cinco años.

### VII

Con motivo de este testimonio-epistolar, originalmente privado y confidencial ("cuidenme las espaldas", le pide a sus destinatarios, los chilenos Armando Donoso y María Monvel) y hecho público después, Gabriela Mistral es acusada, por un grupo de inmigrantes españoles residentes en Santiago, de abrigar sentimientos antiespañoles. Debe abandonar Madrid, sin antes fijar posiciones: "Queda establecido para un criterio lúcido, el que yo, periodista, he escrito con destino a la publicidad, incontables artículos sobre lo mejor de España que pasó por mis sentidos, y que yo, individuo que tiene amigos, vacié en unas hojas de cartas, dos materias de juicio: mi horror del abandono en que vive el pueblo español y mi asombro respecto de porciones de la idiosincrasia del mismo que yo me conocía" (*Respuesta a un manifiesto de españoles*, "El Mercurio", Santiago, noviembre, 1935).

### VIII

Desde octubre de 1935, Pablo Neruda pasa a desempeñarse como Cónsul en Madrid en reemplazo de Gabriela Mistral que ha sido trasladada a Lisboa. El año anterior Neruda tenía a su cargo el consulado de Chile en



Barcelona. En esta ciudad escribe su célebre poema-elegía *Alberto Rojas Giménez viene volando*, que publica la *Revista de Occidente*. Neruda incluirá después el poema en su libro *Residencia en la tierra* (Cruz y Raya, Madrid, 1935).

## IX

Tanto Augusto D'Halmar (1880-1950, Premio Nacional de Literatura 1942) como Raúl Silva Castro (1903-1970, crítico, ensayista, bibliógrafo) no tuvieron nunca simpatías literarias por Gabriela Mistral: "los buenos criollos literatos", los llama ella. Silva Castro, incluso, escribió unos Estudios sobre Gabriela Mistral (1935) bastante personalistas y desfavorables a la poetisa. "Los panfletos de Silva Castro", dirá irónicamente la autora de *Desolación*.

## X

En el Prólogo de la edición norteamericana de *Desolación* (1922), el primer libro de Gabriela Mistral, publicado por el Instituto de las Españas, se señala: "En febrero de 1921 uno de nuestros directores, D. Federico de Onís, profesor de Literatura española en la Universidad de Columbia, dio una de las conferencias organizadas por el Instituto y habló en ella de la poetisa chilena Gabriela Mistral. Este nombre, hoy glorioso, sonaba probablemente por primera vez en los oídos de la mayor parte de los numerosos asistentes, casi todos maestros y estudiantes de español. Pero apenas fue conocida la admirable personalidad de la joven escritora y maestra chilena, a través de lo que el Sr. Onís dijo y de la lectura que hizo de algunas de sus obras, puede decirse que Gabriela Mistral conquistó, no sólo la admiración, sino el cariño de todos. Porque todos vieron en la escritora hispanoamericana, no sólo el gran valor literario, sino el gran valor moral".

Gabriela Mistral tendrá, sin duda, estas gratitudes hacia Federico de Onís, pero no ocultará, después, su encono hacia el hispanista "que no se esperaba que yo ni nadie fuera a defender lo indefendible: la india".

## XI

Con el título de *Saudade* ("lo cual significa vivir en extrañeza del mundo") Gabriela Mistral escribirá, en "el dulce suelo y el dulce aire portugueses", un ciclo de atrayentes y motivadores poemas (*País de la ausencia, La extranjera, Beber, Todas íbamos a ser reinas, Cosas*) que forman parte fundamental de su libro *Tala* (1938).

## XIII

Teresa de la Parra (1889-1936). Escritora venezolana con residencia en París. Autora de *Ifigenia* (1924) y de *Las memorias de Mamá Blanca* (1929). Muere en Madrid en un sanatorio para tuberculosos. Gabriela Mistral escribió varios recados de elogio y de admiración por esta amada autora: "Yo no sé si en Venezuela se darán cuenta del tamaño de la narradora que les ha nacido". (*El Mercurio*, octubre, 1936).

## XV

La antología de Juan Ramón Jiménez, editada en Cuba, y que lee por estos días Gabriela Mistral, es una edición para las escuelas de Puerto Rico: *Verso y prosa para niños* (La Habana, 1937). Neruda lo llamará "el maldiciente de Juan Ramón Jiménez, viejo niño diabólico de la poesía. Poeta de gran esplendor, fue el encargado de hacerme conocer la legendaria envidia española" (Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, 1974).

## XVI

El señor Errázuriz es don Carlos Errázuriz, Director del Departamento Consular del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Será luego (junto con su esposa Carmela Echenique) un atento y gran amigo de Gabriela Mistral. Y, a su vez, un sigiloso diplomático en la campaña internacional para un Premio Nobel de Literatura a la autora chilena.

El ofrecimiento de Cónsul General en Guatemala para Gabriela Mistral no logrará prosperar. Por razones de salud, no acepta el cargo.

## XVII

El 24 de diciembre de 1938, el abanderado del Frente Popular, el radical Pedro Aguirre Cerda, asumía la Presidencia de Chile, en una atmósfera de espontáneo entusiasmo de las clases medias y obreras del país. "Gobernar es educar" había sido el lema de su campaña. Se cumplía así lo que Gabriela Mistral había vaticinado años antes de ver a Aguirre Cerda ("el único protector de mi carrera") en la Primera Magistratura de la Nación. Sólo que ahora con los temores de hacerse cierta la "amenaza" del Presidente de llevarla a Chile.

## XXI

En Chile y otros países latinoamericanos se inicia una campaña (1939), de personalidades e instituciones, en favor del Premio Nobel de Literatura para Gabriela Mistral: "No he creído, ni antes ni ahora, en la eficacia de esa candidatura mía al Premio Nobel, salida de Ecuador (por la escritora Adelaida Velasco Galdós), acogida por el Presidente Aguirre Cerda y luego sonada —¡Dios mío, en exceso!— por gentes de otros países nuestros".

## XXII

Eduardo Frei Montalva (1911-1982). Estadista de prestigio internacional, ensayista y abogado. Fundó junto con Bernardo Leighton, y otros de sus camaradas, la Falange Nacional, a través de la cual pretendía dar expresión política a sus ideales inspirados en la Doctrina social de la Iglesia. A partir de 1957, la Falange se transformará en el Partido Demócrata Cristiano. En 1964, Frei Montalva, es elegido Presidente de la República con su lema de "Revolución en libertad".

Gabriela Mistral, que mantuvo una larga correspondencia con Eduardo Frei Montalva, admiraba a estos jóvenes falangistas, por sus programas sociales y de acercamiento al pueblo. Y hasta aventuraba darles opiniones y consejos en aquellos años fermentales de la vida política chilena (1939-1945).

## XXIII

“La aventura Premio Nobel” llama Gabriela Mistral a toda la campaña iniciada por intelectuales y países diversos de América Central y América del Sur que respaldan y apoyan su candidatura al prestigioso galardón. Sin embargo, dicha “aventura” irá tomando cuerpo en todo el continente, durante cinco o seis años, hasta hacerse realidad el 15 de noviembre de 1945 cuando la Academia Sueca anuncia oficialmente el Premio Nobel de Literatura para la poetisa y maestra chilena Gabriela Mistral. La Academia fundamenta que se le otorga el Premio “por una poesía lírica inspirada en poderosas emociones y por haber hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

## XXIV

La tragedia que vive España —su guerra civil—, Gabriela Mistral la siente como propia: “En Lisboa yo no duermo muchas veces pensando en el dolor del pueblo. Presiento hasta el ruido de los bombardeos. Imagino el espanto de las poblaciones indefensas, y sufro”.

Ramiro de Maeztu (1876-1936). Escritor y político español. Perteneció a la generación literaria del 98. De posiciones derechistas llegó a formar parte del grupo Renovación Española. Domina en su pensamiento el tema de la hispanidad. Murió asesinado en Aravaca (España). Gabriela Mistral dice de Maeztu: “Yo le quería, sin participar en casi ninguna de sus ideas”.

## XXV

Gabriela Mistral deja aquí su dramático recado en relación con el terremoto que destruyó la ciudad de Chillán (24 de enero, 1939). Siete meses antes (mayo, 1938), de visita muy breve por Chile, había recibido un homenaje público de aquella histórica ciudad (“en Chillán me detuve por deseo de sentir la vieja chilenuidad. Los niños chillanejos desfilaron a mi vista, cruzando su vieja plaza. Pasaba la sana mocería criolla, y yo no sabía que una porción de esa carne niña, una noche de fábula, pasaría del sueño a la muerte”). El presidente Pedro Aguirre Cerda, que recién



iniciaba su mandato, visitó las ciudades en desgracia, "dejando los recursos y llevando fe a los ánimos". Gabriela Mistral destaca esta actitud presidencial, toda vez que "Don Pedro Aguirre no se improvisa como padre de su pueblo".

## XXVI

Gabriela Mistral hace referencia aquí a la *Antología de poesía chilena nueva* (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1935), preparada y prologada por Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim. La publicación de dicha antología causó revuelo en el medio literario nacional, y ácidas polémicas literarias, personales y periodísticas, a las cuales no estuvieron ajenos Vicente Huidobro (a quien se le atribuye el tutelaje de la obra), Pablo de Rokha y Pablo Neruda. Por esos años la Mistral, ausente de Chile y de las páginas antológicas, estaba como Cónsul en Madrid, y preparaba su traslado a Lisboa. La frase que ella pone —"tiene en los senos un poco de leche con malicia"— en boca de Huidobro, es efectiva, escrita de puño y letra por el autor de *Altazor* en carta al poeta Rosamel del Valle.

Doña M. Luisa Fernández de García Huidobro (1868-1938), la madre del poeta, usaba el seudónimo literario de *Mona Lisa*, autora de varios libros y anfitriona de tertulias literarias en su residencia santiaguina en aquellas décadas primeras del siglo XX. El nombre correcto del librito catequístico que menciona Gabriela Mistral es *Oraciones de mi madre para mis hijos* (Imprenta y Encuadernación Chile, Santiago, 1905). Libro que constituye hoy, sin duda, una rareza bibliográfica. Los *Poemas de las madres*, a su vez, y dedicados por Gabriela Mistral, se incluirán más tarde en la sección Prosa del libro *Desolación* (1922).

En mayo de 1939, el diario *La Nación*, de Santiago de Chile, publica una extensa entrevista a Vicente Huidobro (sin firma del entrevistador) hablando de su propia poesía en relación con la poesía vigente en su época ("Yo no tengo alma de sobrina de jefe de estación", dice, por ejemplo, peyorativamente de Neruda). A esta entrevista se refiere, seguramente, Gabriela Mistral cuando dice: "en una entrevista que le leí por ahí".

## CUADERNO DE PETRÓPOLIS (1942-1945)

### I

Gabriela Mistral es destinada a Brasil para hacerse cargo del consulado en Niteroi y, luego, en Petrópolis. Viaja acompañada de su amiga y secretaria, la portorriqueña Consuelo Saleva (que años después irónicamente la llamará Consuelo Saliva) y de su sobrino Juan Miguel. En Río de Janeiro dicta conferencias sobre Chile (su geografía, su literatura, su música). Buscando mejor clima para su salud se traslada a la ciudad de Petrópolis: "Petrópolis tiene su derramamiento de colinas, y tiene sus jardines, tantos que no hay quién los cuente".

### IV

El tema indigenista importará cabalmente durante toda su vida a Gabriela Mistral. Será México el país que le revela en su mayor intensidad esta brava pasión: la masa indígena o las netas indianidades vueltas conciencia viva de la raza. Este acercamiento a las verdades indígenas, sin embargo, tendría su encuentro originario por 1918, en la región de Magallanes. En Punta Arenas, entre los alumnos que asistían a sus cursos nocturnos —porque ella creó allí una escuela nocturna—, había algunos reos del presidio de Ushuaia que se fugaban por las noches para asistir a sus lecciones: "Los ojos se me quedaron sobre aquellos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos. Eran el aborígen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre" (*Recados contando a Chile*, Santiago, 1957). Luego, en Temuco, en aquella zona de la maravillosa rebeldía (según su propia, certera y épica definición de ese ámbito geográfico), conocerá, sin

prejuicio alguno, al pueblo mapuche o "la formidable raza gris" (como la llama). Mirándole vivir un tiempo (año 1920) entenderá a ese pueblo mapuche, a esas indiadas aventadas y barbarizadas por el despojo de su tierra: "Nos manchan y nos llagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestros juzgados indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras" (*Recados contando a Chile*). Años después, recorriendo la América, Gabriela Mistral dirá que semejantes no son todavía nuestra millonada de indios. También en su libro póstumo *Poema de Chile* (1967), Gabriela Mistral deja testimonio de sus permanentes fervores indigenistas: "Ellos eran dueños de bosques y montañas, de hierbas, de frutos, de aire... hasta el llegar de unos dueños de rifles y caballadas" (poema *Araucanos*).

## VII

Carta a Eduardo Frei Montalva, y fechada en Niteroi ("yo tengo un visiteo tremendo, a pesar de la distancia de Río en que estoy, y la gente me lleva dos tercios de mi tiempo"). Gabriela Mistral permanece siempre atenta a los devenires políticos chilenos. "El coco de Ibáñez continúa", dice, haciendo referencia a las tendencias ibañistas que lidera el propio ex-presidente.

## X

Palma Guillén de Nicolau, maestra y diplomática mexicana. Amiga muy directa de Gabriela Mistral durante toda su vida. Fue la encargada de recibir a la maestra chilena cuando ésta llegó a México en 1922, acompañándola después en los diversos lugares de residencia por el mundo. Fue la primera mujer embajadora de su país, cumpliendo funciones diplomáticas en Suiza. Gabriela Mistral dedicará su libro *Tala* (1938) "A Palma Guillén y en ella, a la piedad de la mujer mexicana".

## XI

"El patrón nuestro G.V", es el embajador y político radical chileno Gabriel González Videla (1898-1982). Gabriela Mistral no se equivoca de su

olfato presidencial, toda vez que "el candidatizarse él mismo" se cumplirá algunos pocos años después, cuando González Videla llega a la Presidencia de Chile (1946).

### XIII

En Petrópolis, Gabriela Mistral, recibe uno de los golpes más trágicos y dolorosos en su vida. Se suicida (agosto de 1943) su sobrino Juan Miguel, llamado cariñosamente Yin-Yin. Muere de una dosis de arsénico cuando recién pasaba de los 17 años: "Nunca la poesía fue para mí algo tan fuerte como para que me reemplace a este niño precioso con su conversación de niño, de mozo y de viejo".

Cecilia Meireles (1901-1964). Poetisa brasileña. Autora de una veintena de libros reveladores de la poesía del Brasil contemporáneo. Amiga de Gabriela Mistral a quien visitaba en sus viajes de Río de Janeiro a Petrópolis.

### XIV

Texto de Gabriela Mistral en relación al libro de Eduardo Frei Montalva, *La política y el espíritu* (Santiago, 1940). Publicado en Revista *Estudios*, Santiago, septiembre, 1940.

Gabriela Mistral se sorprenderá del comentario —"tan torpe"— que el crítico Alone (Hernán Díaz Arrieta, 1891-1984) hará de la obra del ensayista y político Frei Montalva. Alone (permanente admirador de la obra poética de Gabriela Mistral, después de todo), por más de medio siglo, será el *magister dixit* de la crítica literaria chilena (*La Nación*, *El Mercurio*).

### XVIII

El Presidente Pedro Aguirre Cerda, después de una penosa y rápida enfermedad, y cuando desempeñaba con su mayor dedicación sus altas funciones, falleció el 25 de noviembre de 1941. Desde muy temprano (maestra en Los Andes), Gabriela Mistral había tenido con el también maestro una siempre noble y franca y respetada amistad. "Su régimen para mí, mujer sin partido, es usted y la suerte de mi pueblo", le dirá Gabriela Mistral, en una de sus últimas cartas, con admirada lealtad.



## CUADERNO DE LOS SUEÑOS

### II

Texto que hace referencia a sus desvariadoras noches andinas (Los Andes, 1915). Publicado, a la manera de entrevista, en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, abril de 1923).

El texto III corresponde a uno de sus sueños de Petrópolis, Brasil, meses después de la muerte de su sobrino Yin-Yin (1943). "Vivo ahora como una sonámbula", dice ella, dejando de manifiesto sus días, o mejor, sus noches de medio sueño y de media vigilia.

El asombroso y simbólico y fascinante sueño relatado armónicamente en el texto IV, corresponde a una de sus instancias en Cuba (octubre de 1938. Gabriela Mistral tuvo en La Habana una activa presencia pública en lecturas, recitales y conferencias (los *Versos sencillos*, de José Martí, fue uno de sus temas). Se comprenderá aquello de estar "muy cansada, se me acabó la voz enteramente". El sueño se relata, en carta, al escritor costarricense Roberto Brenes Messen.

El curioso "ataque de espiritismo" contado en el texto VI corresponde a una carta escrita en Nápoles (1952) y dirigida a sus compadres chilenos Radomiro Tomic y Olaya Errázuriz de Tomic.

## CUADERNO DE CALIFORNIA (1946-1947)

Después de la distinción del Premio Nobel de Literatura ("por una poesía lírica inspirada en poderosas emociones"), en 1945, Gabriela Mistral es nombrada, por el gobierno de Chile, Cónsul en Los Ángeles (California). La gloria del Nobel no la deja tranquila: "las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé". Recibe la más variada (también impertinente) correspondencia. A lo menos 700 o más cartas de todos los lugares del mundo.

En junio de 1946 se radica en Monrovia, en una californiana calle llamada Buena Vista (aunque su propia vista no es de las mejores, "da para poco y avanzo lo que el topo ciego"). Un año después se traslada a vivir a Santa Bárbara (junio de 1947) a una casa que ha adquirido con el dinero del Premio Nobel. "Ando aquí con otro genio, ando otra. Y creo que todo eso es el cierto airecillo de mar".

### VIII

El libro que Gabriela Mistral "quiere redondear", y sobre el cual trabaja, es *Lagar*, que sólo se publicará en 1954 (Editorial del Pacífico, Santiago) con motivo de su último viaje a Chile. A la sección *Guerra*, de dicho libro, pertenece el poema *Hospital*, de ahí que ella diga: "Ya me repugnan los versos tristes".

## X

Por primera, y acaso única vez, Gabriela Mistral hace aquí referencia a aquellas “cosas agrias no dichas a nadie nunca”. Sus interlocutores son los chilenos Juan (Guzmán Cruchaga) y Raquel (Tapia Caballero de Guzmán). El diplomático y poeta (autor de aquellos memorables versos de *Alma no me digas nada*) cumplía funciones de Cónsul de Chile en Los Ángeles y era visitado a menudo por su compatriota y colega consular Gabriela Mistral, con residencia en Santa Bárbara. Noches muchas de conversación en un hogar que la hacía sentirse a sus anchas y suelta “de mi bendita lengua”. Este íntimo texto (archivo de Juan Guzmán Cruchaga) no deja de ser sorprendente y, a su vez, doloroso y dramático en esa especie de “karma” que llevó consigo la autora de *Desolación*.

## XII

Carta de Gabriela Mistral al poeta Juan Guzmán Cruchaga (1895-1979) fechada en Santa Bárbara, California, octubre, 1947.

## XIII

En agosto de 1946, el Presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, recibe en la Casa Blanca (Washington), en audiencia especial, a Gabriela Mistral. A la Premio Nobel chilena la acompañan el Embajador de Chile en USA, Marcial Mora Miranda y el Consejero de la Embajada, poeta Humberto Díaz-Casanueva.

## XIV

En la ciudad de La Serena (Chile) muere su hermana Emelina Molina Alcayaga (junio 1947). La maestra rural que le enseñó a leer y ver el mundo en el Valle de Elquí. Gabriela Mistral le había dedicado la edición argentina de *Ternura* (1945). Y, también, el poema-ronda: *El corro luminoso*. Era su único directo familiar sanguíneo. “Yo soy ahora un ser sin pariente alguno: en mí se acaban dos líneas de gentes”.

## XIX

Carta fechada en Monrovia (California) enero de 1947 y dirigida al comerciante vasco y su recordado amigo Pedro Zuloaga y Sanz.

## XX

El radical, Gabriel González Videla, asumió la presidencia de Chile en 1946. Años antes había sido Embajador de Chile en Brasil, época que Gabriela Mistral era, a su vez, Cónsul en Petrópolis.

El registro de las minucias económicas de Gabriela Mistral (ya toda una Premio Nobel, y Cónsul de Chile en Monrovia y Santa Bárbara, California) está consignado en una carta dirigida a Tristán Fernández, Monseñor de La Serena (Chile). Carta original encontrada en el archivo de la profesora y estudiosa chilena Magda Arce quien, a su vez, la encontró en la casa californiana de Gabriela Mistral, revisando papeles y baúles de la poetisa.



## CUADERNO DE VERACRUZ (1948-1950)

Periodo de residencia en México, esta vez en Veracruz, donde cumple funciones de Cónsul de Chile. Es ministro de Educación el poeta Jaime Torres Bodet, por cuyo conducto la invita oficialmente el Presidente Miguel Alemán. Por razones de salud no visita la capital mexicana. Recibe, en cambio, visitas de ilustres escritores que vienen de la Ciudad de México: Palma Guillén (que desde 1922 es su fiel compañera), Daniel Cossío Villegas (a quien le dedica su poema *La cajita de Olinalá*) y, muchas veces, el mismo Alfonso Reyes. ("Alfonso Reyes es realmente, varios hombres: un clásico americano").

En el Estado de Veracruz recorre aldeas campesinas. Se interesa por cultivar un huerto propio con frutales. Ofrece conferencias, reuniones con maestros, inaugura bibliotecas rurales ("las bibliotecas que yo más quiero son las provinciales, porque fui niña de aldeas y en ellas me viví juntas la hambruna y la avidez de libros"). El Presidente Alemán—"presidente civilizador", como lo llama— le obsequia un terreno de cien hectáreas en Sonora ("Yo me crié en el campo, en una quebrada cordillerana. Viví suspirando por sosiego para comprarme un pedacito de huerta. Nunca pude hacerlo; anduve errante, también, allá adentro de Chile").

Al despedirse de la tierra veracruzana, dirá esta frase que bien une sus dos intensas etapas de su vivir mexicano: "Soy niña perdida en el México del año 50; me tengo sólo el del 22".

### I

Gandhi fue asesinado el 2 de febrero de 1948.

#### IV

Jorge Millas (1915-1982). Poeta, filósofo y ensayista chileno. El más valioso representante del pensamiento filosófico chileno de su generación. El "bello libro de filosofía" a que alude Gabriela Mistral es su obra *Idea de la individualidad* (1943). Libro calificado "como de una rareza en nuestro ambiente". En 1949 estuvo en Puerto Rico dictando clases y conferencias.

#### XIII

Las iniciales de C.A. corresponden al escritor peruano Ciro Alegria, con quien Gabriela Mistral mantuvo una interesante e ilustrada correspondencia.

#### XV

"No he sabido más del asunto de Neruda", dice Gabriela Mistral en esta breve nota-texto, preocupada por la situación política y literaria del poeta y senador chileno (1948). El Presidente de Chile, Gabriel González Videla, iniciaba un juicio político en contra de Pablo Neruda, pidiendo su desafuero como Senador de la República. En una sesión del Senado, Neruda pronuncia un lapidario discurso: *Yo acuso*. Los tribunales de justicia *ordenan su* detención. Neruda partía a la clandestinidad, ocultándose en algún lugar del territorio chileno.

#### XIX

Ricardo A. Latcham (1903 – 1965). Ensayista y crítico literario chileno.

#### XX

Gabriela Mistral hace referencia, sin duda, a los sucesos políticos recientes de Chile. Gobierno de Gabriel González Videla y la promulgación de la llamada Ley de Defensa Permanente de la Democracia (1948).

Normativa que colocó en la ilegalidad al partido comunista y a sus militantes, evitando así una serie de problemas en las organizaciones sindicales.

## XXI

Jacques Maritain (1883-1973). Filósofo francés. Estudió e interpretó la filosofía escolástica y tomista. Tuvo una estrecha relación con Gabriela Mistral. Se cree, que gracias a su influencia, se acercó al catolicismo, luego de pasar por distintas posiciones religiosas, especialmente orientales.

## CUADERNO DE NÁPOLES (1951-1952)

### I

En diciembre de 1950, Gabriela Mistral es designada Cónsul de Chile en Nápoles (Italia). Comparte sus tareas consulares y sus lugares de residencia entre Nápoles y Rapallo. Por su oficina consular “me han pasado las gentes más diversas de mi país: liberales, conservadores, demócratas, comunistas”. En su casa de Nápoles cultiva un jardincito, “a Dios gracias”.

### VII

“El Patrón me detesta”, alusión que hace Gabriela Mistral al Presidente Gabriel González Videla en los meses ya finales de su mandato. También lo llama “El Gran Corruptor”, “El Patrón de Juegos” (que “no es siquiera un maquiavélico ni un zorro: es un palurdo vuelto futre elegante y sonriente”).

### VIII

Ante el temor de que Carlos Ibáñez gane las elecciones presidenciales de 1952, Gabriela Mistral, a manera de consuelo, dice: “Tan posible y dulce que sería pasar los añitos del segundo Ibáñez aquí en Europa”.

### XV

Durante casi toda su vida, más que de sus males físicos o de salud (corazón, reumatismo, diabetes), Gabriela Mistral estará preocupada de sus



hierbas, sus píldoras, sus manzanillas. Y, a su vez, recomendando remedios a otros. Después de todo, una remediera del Valle de Elqui.

## XIX

Doris Dana, profesora norteamericana e investigadora literaria (Barnard College). Amiga y secretaria de Gabriela Mistral desde 1946, año que la conoció en la Universidad de Columbia, Nueva York.

## XXI

De honda convicción martiana, en el contar y pensar la América, Gabriela Mistral siempre tuvo un real acercamiento lectural a la obra de José Martí (1853-1895), "el maestro americano más ostensible en mi obra y en mi vida", reconocerá la autora chilena. Alaba al patriota cubano como un luchador sin odios, un santo de pelea, "guía de hombres terriblemente puro que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido y padecemos todavía" (Conferencia sobre José Martí, La Habana, 1931).

## XXII

Bernardo Leighton, figura destacada en la formación de la Falange Nacional y en la fundación del Partido Demócrata Cristiano (1957). Ministro de Educación durante la presidencia de Gabriel González Videla ("el Mandón atrabiliario", al decir de Gabriela Mistral).

El Caballo, apodo popular dado al General Carlos Ibáñez del Campo, que fue Director y Coronel de la Escuela de Caballería cuando llegó a su primera presidencia (1927-1931).

## XXIII

Es muy significativo y revelador este texto, escrito en Nápoles. Una Gabriela Mistral admirando siempre a Pablo Neruda ("chileno en grande", como dice) y distinguiéndolo como "el primer poeta de nuestra

lengua y un chileno patriota a pesar de su comunismo". Pero, al mismo tiempo, lamentándose de que Neruda "no me quiere".

La verdad es que Pablo Neruda, desde que conoce a Gabriela Mistral en Temuco (1920), adolescente todavía, tendrá un venerable respeto y un admirativo sentimiento por la vida y la obra de la poetisa.

Cuando Gabriela Mistral es distinguida con el Premio Nobel de Literatura (1945), Pablo Neruda, senador, será el primero en rendirle homenaje y tributo en el Senado de la República. Ahora, la Mistral, hace genérico su pensar de que "nadie me quiere allá adentro de Chile".

Por esta época (1952), Neruda reside en Italia, Impedido todavía de regresar a Chile, desde que salió clandestinamente por aquellos asuntos de su desafuero senatorial solicitado por el Presidente Gabriel González Videla. Reside también en la isla de Capri, donde escribe su libro *Las uvas y el viento*, mientras en Nápoles se publican anónimamente sus resueltos y apasionados *Los versos del capitán* (1952).

## XXIV

Tanto en este confesional texto, como en otros, Gabriela Mistral no oculta sus tiempos y sus fervores orientalistas, teosóficos, budistas, en una aventura-desventura religiosa: "Una amiga mexicana, católica absoluta, me ayudó a pasar de aquel semibudismo a mi estado de hoy", su catolicismo. También, recordando una Navidad en la ciudad de Los Andes (por 1916), señala: "Pagana, y bien pagana que se había metido por la fuerza en el zapato de fierro de un budismo con el que al fin no pude más; eso parece que haya sido yo por aquellos tiempos".

## XXV

Ramiro Imaz, escritor vasco-español, residente en México. Salió de su España (1937) al exilio con motivo de la guerra civil. Gabriela Mistral lo llamaba "mi amigo y compañero". Su muerte (1952) "debe ser otro caso de hombre sacrificado por el destierro". Y otro suicidio también más en su vida de suicidios: Una década antes se suicida en Petrópolis (1942) su amigo, el escritor austriaco-judío, Stefan Sweig. También en Petrópolis (1943), su amado sobrino Juan Miguel. Y mucho antes (Coquimbo, 1909) el mítico Romelio Ureta.

### XXX

Frei, Tomic, Leighton, "los hijos de Maritain", llama Gabriela Mistral a esta "Cía. cristiana".

### XXXI

Gabriela Mistral confunde aquí (razones de distancias, olvidos, desvaríos, lejanías) a Eduardo Cruz Coke (que fue candidato de los conservadores en las elecciones presidenciales de 1948, ganadas por el radical Gabriel González Videla) con el nombre de Arturo Matte Larraín, candidato de la derecha chilena en las elecciones presidenciales de 1952 (triumfo de Carlos Ibáñez).

### XXXIII

El 3 de agosto de 1951, un jurado en Chile, integrado por el rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández, el poeta Juan Guzmán Cruchaga, y el escritor y diplomático Luis Cruz Ocampo, otorgaba el Premio Nacional de Literatura a Gabriela Mistral, "por la trayectoria y prestigio de una obra y por toda una vida dedicada a la creación literaria". Gabriela Mistral destinó el premio (100 mil pesos chilenos) a crear un fondo para los niños desvalidos del Valle de Elqui. Antes de ella, otros nueve escritores chilenos (Pablo Neruda, entre otros) habían obtenido dicho galardón, desde que se creó en 1942.

### XXXV

Los temores de Gabriela Mistral, ante un presunto triunfo del movimiento ibañista en las elecciones presidenciales de septiembre de 1952, se cumplirán plenamente. Carlos Ibáñez del Campo, con un respaldo electoral sin precedentes en la vida ciudadana chilena, llegaba a la Presidencia de la República por segunda vez (1952-1958).

### XXXVII

Gabriela Mistral preocupada, otra vez, de ayudar y dar colaboración a Pablo Neruda que ha decidido radicarse, por un tiempo, en Italia (1952). Además de los asuntos de desafuero (gobierno de González Videla), senatoriales y políticos, Neruda agregaba ahora aquellos otros amorosos-sentimentales. El poeta chileno vive en Capri en compañía de Matilde Urrutia, la destinataria de *Los versos del capitán*. ("Ay, nuestro amor es una cuerda dura que nos amarra, hiriéndonos", dice el anónimo capitán (Pablo Neruda).

Gabriela Mistral hace referencia aquí, y sin dar su nombre, a Delia del Carril, la mujer legal de Neruda por ese tiempo: "Neruda está en Capri, que es un paraíso. Su mujer se ha ido a la Argentina. Espero que esta santa vuelva, porque Pablo necesita mucho de ella siempre".

### XXXVIII

El Recado sobre Chile que escribe Gabriela Mistral será, en definitiva, su libro de publicación póstuma *Poema de Chile* (1967).

### XLI

El tema agrario es, en Gabriela Mistral, una materia que le importará siempre muy grandemente. Ella misma consideraba que los campesinos eran su verdadera familia en cualesquier parte y constituían la raza chilena efectiva, la mayor y la mejor de nuestras clases sociales. Consideraba que el suelo abandonado era lisa y llanamente una expresión de barbarie. Desde su tiempo de México (1922), su afán juicioso y prolongado por una reforma agraria, la lleva a decir: "Con la reforma agraria no sólo buscan los hombres de la revolución mexicana el cumplimiento de las promesas democráticas hechas al pueblo; buscan algo más: la mayor producción que es en todas partes el resultado de la división de la tierra". Esa acción agraria decorosa y salvadora era también la que deseaba para Chile, considerando que sólo los pueblos agrarios eran pueblos morales por sensatez.



## XLIV

La posición política de Gabriela Mistral y sus fervores pacifistas quedan expresamente señalados en este oficio, fechado en Nápoles (diciembre de 1951) y enviado al Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago de Chile. Firmado por Lucila Godoy, Cónsul en Nápoles.

## XLV

El largo poema sobre Chile, que originalmente se iba a llamar *Viaje Imaginario*, será en definitiva el libro póstumo *Poema de Chile* (1967). Se trata, en verdad, de un viaje imaginario de la autora (ya sombra, sonámbula, fantasma) por el territorio de Chile acompañada de un niño diaguita y de un ciervo o huemul chileno. Autora, niño y huemul forman la andariega trilogía de personajes en ese libro de acción de gracias por el suelo nutricio en su alabanza y en su elogio.

El poema *Salvia*, al cual hace referencia Gabriela Mistral, pertenece efectivamente a *Poema de Chile* (sección Valle de Elqui).

## CUADERNO DE LONG ISLAND, N.Y. (1953)

### I

En su ya larga carrera consular, Gabriela Mistral es designada ahora Cónsul de Chile en Nueva York. Deja Italia (1953) con destino a los Estados Unidos. Fija su residencia en Roslyn Harbor, Long Island, Nueva York.

Gabriela Mistral manifiesta aquí su conmovida preocupación por las circunstancias políticas que vive Argentina (gobierno dictatorial de Juan Domingo Perón) y, de manera especial, por la escritora Victoria Ocampo ("notable argentinaza", la llama), que padece persecución y prisión por sus públicas expresiones opositoras al régimen. ("Miran esto como un delito y están locos de rabia", dice la Mistral).

Gabriela Mistral debe, además, mucha gratitud a Victoria Ocampo. Fue ella quien publica en su Editorial Sur el libro *Tala* (Buenos Aires, 1938), considerado una de las obras poéticas fundamentales de la autora chilena y de la literatura hispanoamericana.

### III

Otra vez, y ahora con cierto humor y resignación, las ironías de Gabriela Mistral hacia Carlos Ibáñez, que lleva ya algunos meses en la Presidencia de la República de Chile (1953).

### VI

Con resuelta gracia, a pesar de su situación de salud no siempre buena, Gabriela Mistral dice tener una costumbre de poner apodos a personas

amigas y cercanas. Costumbre que le viene, sin duda, de sus antepasados elquinos, en sus hábitos y lengua real de sus gentes. También de la picaresca literaria. Y, sobre todo, por sus afanes conversacionales y dialogantes en su ruedo de intimidades familiares. Su libro *Poema de Chile*, por ejemplo, está lleno de estos humanos tratamientos, apodos y decires.

## VII

Gabriela Mistral cita aquí, aunque muy referencialmente, a Ezra Pound (1885-1971), el poeta norteamericano más universal y lúcido de la literatura contemporánea. “Se volvió fascista frenético y parece que tiene cárcel prevista”, dice la Mistral. Efectivamente, por esta época (1953) Pound sufría pena de cárcel después de haber sido juzgado “por alta traición” por un tribunal jurisdiccional de los Estados Unidos. Se le acusaba de haber colaborado con el fascismo italiano durante la segunda guerra mundial.

Gabriela Mistral siempre estuvo atenta e interesada en la obra literaria de Ezra Pound (en especial sus primeros *Cantos*, 1933, y *Cantos Pisanos*, 1948). Y Pound, a su vez, admiraba la calidad de la poesía de Gabriela Mistral, y hasta llegó a escribirle un par de sentidas cartas: “Tenga en cuenta que este anónimo corresponsal suyo está sumido en una completa neblina, respecto a los intereses de G.M., aparte del interés básico en la humanidad y en la honestidad” (fecha en Nápoles, septiembre de 1951).

## VIII

Gabriela Mistral, venciendo su siempre obstinada antipatía por el Presidente Carlos Ibáñez, y en una muestra de solidaria adhesión de humanidad y de justicia por una colega, se atreve ahora a escribirle pidiendo indulto presidencial para María Carolina Geel. La escritora chilena (1913-1989) enfrentaba por entonces dramáticas circunstancias judiciales. De estas vicisitudes de su vida escribirá la novela *Cárcel de mujeres* (1956). La carta está fechada en Nueva York, agosto de 1953.

## IX

Una de las pocas veces que Gabriela Mistral se refiere al proceso de su trabajo poético y delimitando las identidades temáticas de sus libros: *Desolación* (1922), *Tala* (1938) y *Lagar* (1954): “Escribo poesía porque no puedo desobedecer el impulso, sería como cegar un manantial que pecha en la garganta”. (Carta al brasileño Fedor Ganz, profesor de latín de Yin Yin en Petrópolis).

## XI

Estos *Ejercicios de observación y fuentes para crear* los escribe Gabriela Mistral para su comadre, la chilena Olaya Errázuriz de Tomic y para que ella, a su vez, los ponga en práctica en su hijo Gabriel, ahijado de la poetisa.

## XIV

Por fin, Gabriela Mistral decide viajar a Chile. Viaja invitada –y nada menos– por el Presidente Carlos Ibáñez del Campo (el mismo que “me rebanó mi jubilación” el año 29, y ahora “mi enemigo arrepentido”). Llega al puerto de Valparaíso (septiembre de 1954) a bordo del *Santa María* después de 16 años de ausencia del país natal. Lee su *Mensaje a Chile*.

Recibe en Santiago una bienvenida apoteósica del pueblo chileno, además de honores oficiales y doctorados Honoris Causa. Desde los balcones del Palacio Presidencial –La Moneda– habla a Chile (“Soy una chilena ausente pero no una ausentista”). Se interesa por el destino del país, por la vida de los campesinos, por una reforma agraria que con justicia pueda favorecerlos.

Agradece los honores definiéndose como “una simple y antigua maestra rural”.



## CUADERNO DE LOS ADIOSES (1956)

Durante estos años (1955-1956) Gabriela Mistral permanece en Long Island, Nueva York. Corrige las distintas versiones de los poemas últimos que escribe: algunos textos rezagados de *Lagar*, otros próximos a su proyecto de *Poema de Chile*. Con ocasión de celebrarse el séptimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos Básicos, es invitada oficialmente a las Naciones Unidas, en Nueva York. En la Asamblea General lee su mensaje sobre los Derechos Humanos (“Yo sería feliz si vuestro noble esfuerzo por obtener los Derechos Humanos fuera adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo. Este triunfo será el mayor entre los alcanzados en nuestra época”). Es su último acto público.

Gabriela Mistral, afectada de un cáncer al páncreas, muere el 10 de enero de 1957 en el Hampstead General Hospital (Long Island, Nueva York). Tenía 67 años. *Triunfo*, fue su última palabra.

J.Q.



Los significativos y singulares textos del presente volumen, escritos por Gabriela Mistral en diversas épocas y en diferentes lugares del mundo, se reúnen unitaria y armónicamente por primera vez. Con esa donosa manera de contar tan suya — "mi bendita lengua", "mi lengua viva" —, nos revela en estas páginas su vida, "echando a la hoguera cuanto es mío" en textos ex-

traídos de sus notas, apuntes, reflexiones, cartas, oficios consulares, artículos, entrevistas, confidencias. De todo ello surge un libro que nos presenta a una Gabriela que habla no sólo de sus intimidades y situaciones cotidianas, sino de su visión de la literatura, la actualidad cultural, la educación y los procesos políticos e institucionales de Chile y, por supuesto, habla también de personajes múltiples. Abierta a las preocupaciones fundamentales de su tiempo, es también, sin embargo, una mujer alegre y festiva, entretenida y anecdótica, que ora evoca la muerte de un cordero en una fiesta magallánica de Año Nuevo o una sesión de espiritismo en una casa londinense, como una velada dedicada al tango en Buenos Aires.

*Bendita mi lengua sea* comprende cronológicamente en sus quince "Cuadernos de vida" una relación que va desde los quince años de la poetisa hasta pocos meses antes de su muerte, entregándonos una semblanza suya reveladora, intensa y profundamente humana.



Biblioteca del Bicentenario



I.S.B.N. · 956 47903 · 0